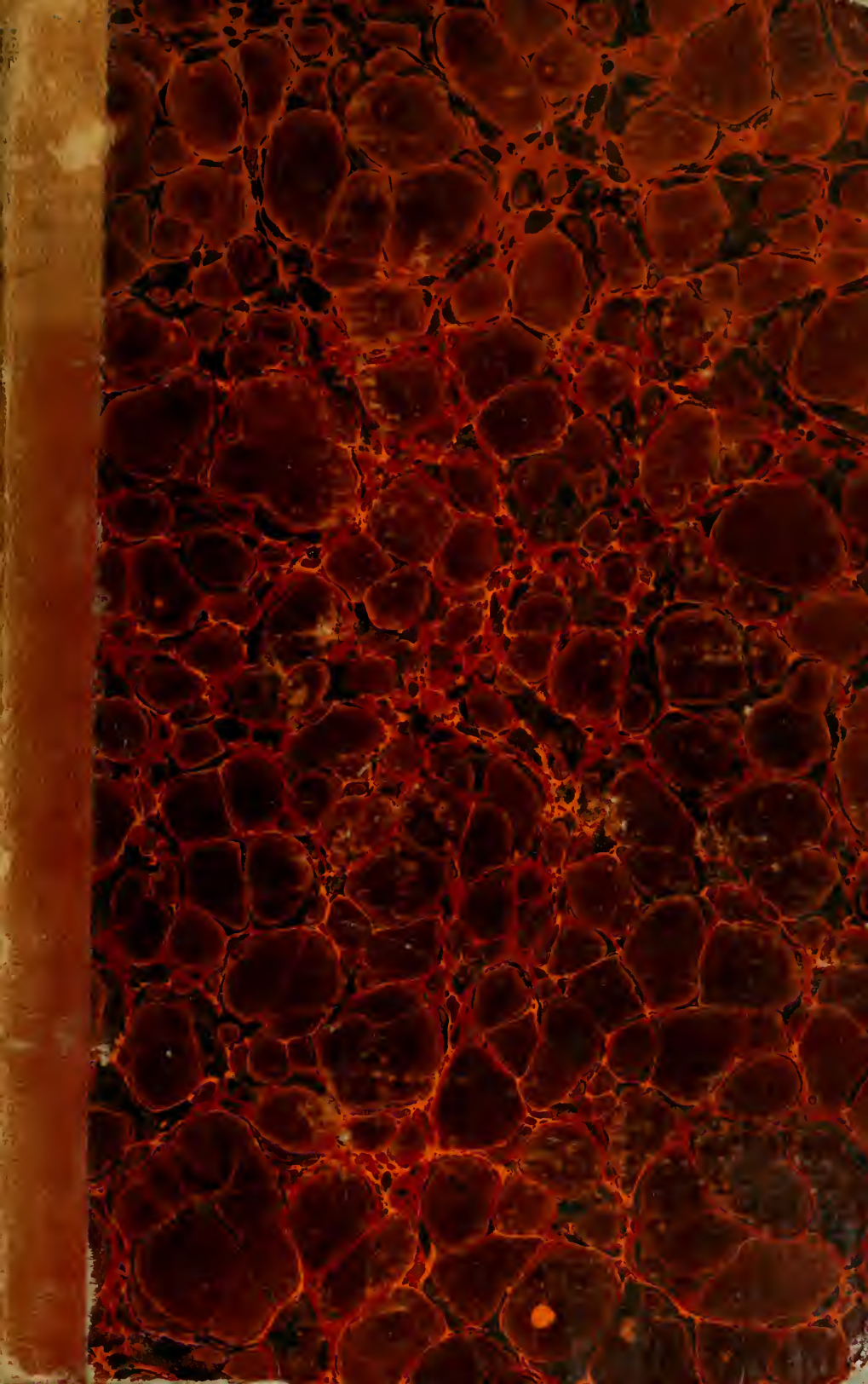

LAS ESPAÑOLAS

PINTADAS

POR LOS ESPAÑOLES

118

Es propiedad de los editores de la Galería Popular.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

S C
R6425e

LAS ESPAÑOLAS
PINTADAS
POR LOS ESPAÑOLES

COLECCION DE ESTUDIOS
ACERCA DE LOS ASPECTOS, ESTADOS, COSTUMBRES

Y

CUALIDADES GENERALES DE NUESTRAS CONTEMPORÁNEAS

IDEADA Y DIRIGIDA

POR ROBERTO ROBERT

CON LA COLABORACION DE

Avilés (D. A.)
Blasco (D. E.)
Campoamor (D. R.)
Frontaura (D. C.)
García Santistéban (D. R.)
Lustonó (D. E.)
Martin Redondo (D. F.)
Matoses (D. M.)
Mentaberri (D. A. de)
Mobellan (D. S. de)
Moreno Godino (D. F.)
Nombela (D. J.)
Nougués (D. P.)
Palacio (D. M. del)
Perez Escrich (D. E.)
Perez Galdós (D. B.)
Puente y Brañas (D. R.)
Rivera (D. L.)
Ribot y Fontseré (D. A.)
Rodriguez Correa (D. R.)
Rodriguez Solís (D. E.)
Ruiz Aguilera (D. V.)
Saco (D. E.)
Sanchez Perez (D. A.)
Segovia (D. A. M.)
Ximenez Crós (D. P.)
Y otros escritores.

TOMO II

MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE J. E. MORETE
Calle del Aguardiente, núm. 6

1872

305

21240
23/1/92

LA CÓMICA DE LA LEGUA.

LA CÓMICA DE LA LEGUA

I

La cómica de la legua es una actriz reñida con el arte, una planta perenne, inodora y sin flor, como esos arbustos que la moderna horticultura nos ha traido del Japon que viven en todos tiempos y en todas estaciones.

El kilómetro ha reemplazado á la legua, pero la cómica existe hoy como existió ayer, como existirá mañana. No el ferro-carril, ni el telégrafo eléctrico, ni la direccion del globo, en el caso de que se descubra, causarán la menor alteracion en el tipo, porque la cómica de la legua no es otra cosa que una berruga del arte, una escrecencia de bastidores, producto de la desgracia y las pretensiones mal fundadas que desde Lope de Rueda hasta nosotros va sucediéndose periódicamente, y es probable que no desaparezca de la faz de la tierra hasta la conclusion del mundo.

El teatro tiene su caló como los gitanos y los presidiarios. Agustin Rojas, el célebre Caballero del Milagro, dice que hay ocho maneras de representantes ó compañías de la legua, y las nombra del modo siguiente: *Bululú*, *Naque*, *Gangarilla*, *Cambalco*, *Garnacha*, *Bojiganga*, *Farándula* y *Compañía*, y nosotros añadiremos otro nombre: *Barco de*

caña, que indudablemente se olvidó de consignar el célebre representante.

Procuraremos en pocas palabras hacer la definicion de los nombres citados. *Bululú* es una *compañía* formada por un hombre solo; viaja á pié, llega á un pueblo, habla con el alcalde, con el cura ó con alguna persona pudiente, y subido sobre una mesa representa una farsa haciendo él solo el papel de todos: esto le produce algunos cuartos ó algunas provisiones, y continúa su camino. *Naque* es una sociedad de actores que forman dos indivíduos que representan piezas de dos personajes, soliloquios ó monólogos, etc., etc. *Gangarilla* es compañía mas formal, y el número de sus indivíduos suele regularmente elevarse á cuatro ó cinco, entre los cuales va siempre uno que hace el papel de bobo (1) y otro que toca alguna locura (2) con la guitarra; por lo regular un muchacho jóven hace el papel de dama. *Cambalco*, aprovechándonos de una frase feliz de Agustin Rojas, se compone de una mujer que canta y cuatro hombres que lloran, sin mas equipaje que un lio de ropa que podria arrastrar una araña. *Garnacha* ya es una compañía que se permite llevar dos mujeres, cinco hombres y un muchacho que representa *particulares* (3). La *Bojiganga*, la *Farándula* y *Compañía*, por tener muchos puntos de similitud las unas con las otras, y ser ya una reunion formal de cómicos *con mas mudanzas que la luna y mas peligros que en frontera*, las describiremos juntas, diciendo lacónicamente que estas ya buscan para sus espectáculos teatros iluminados por la luz artificial y presididos por la autoridad del pueblo, permitiéndose viajar en galera, carro ó cualquier vehículo de trasporte cuando el moderno ferro-carril no les proporciona billete de tercera á mitad de precio.

En otra época estas compañías, que no carecian de un vestuario decente, representaban en los pueblos las fiestas de Córpus, muy buscadas por los cómicos y los poetas, por-

(1) Cómico bufonero.
(2) Especie de baile musical.
(3) Escenas sueltas.

que además de ser muy lucrativas alcanzaban cierta popularidad siempre grata á los artistas.

Pero algunos dirán: el autor de este artículo nos está hablando del tiempo de Mari-Castaña; á lo que contestará el que esto escribe que hace tres años en un pueblo del Maestrazgo ha visto representar sobre una mesa por dos cómicos, varon y hembra, nada menos que *El Trovador* de D. Antonio García Gutierrez. Bien es verdad que el público ingrato no premió los heróicos é increibles esfuerzos del ingenioso matrimonio dándoles al final la copa (1), tan deseada de todos los émulos de Talía.

Pero ahora se me ocurre que hablando del caló de bastidores me olvido de la protagonista de este artículo.

II

Figúrate, querido lector, que la cómica de la legua que voy á presentar á los ojos de tu inteligencia lleva por nombre de pila uno de los innumerables que ha inmortalizado el Martirologio romano, por ejemplo: Ederlinda, ú otro si este no te gusta, porque para el caso es completamente igual.

Ederlinda se llama actriz y está reñida con el arte; vive de *ejecutar* comedias y se encuentra á trescientas mil leguas de la Matilde Diez y la Teodora Lamadrid.

Su madre, viendo en la chica un seguro contra la miseria, la dedica á la honrada profesion de modista; pero la muchacha, que tiene un génio emprendedor, un corazon caliente y una imaginacion soñadora, cansada de la eterna monotonía de los dobladillos y todos los prosáicos y rutinarios ejercicios de la aguja, un dia, como si obedeciera á la sublime inspiracion que siente dentro de su sér, colocándose una mano sobre el pecho y dirigiendo una mirada al cielo llena de dulce y poética vaguedad, esclama: «Quiero ser cómica; »quiero sobre mi frente sentir el laurel de Apolo; quiero oir »los aplausos del público y aspirar el perfume de la gloria.»

(1) Copa. Cuando el público llama á los actores á escena al final de la obra.

Y dicho y hecho, un teatro casero le abre las puertas, y Ederlinda comienza á familiarizarse con el colorete, el cold-cream y la tinta china.

Un dia, ó por mejor decir, una noche cierto empresario amigo de la *juventud* la ve representar una comedia, y prendado, si no de su talento de su talante, le propone un ajuste.

El incienso tiene un no sé qué que aturde y fascina. Ederlinda oye pronunciar al oido por unos lábios lisongeros palabras de color de rosa, proposiciones dulces y halagadoras, y las acepta por amor... al arte.

Desde este venturoso instante la jóven actriz cambia la mantilla por una pamelita con velo, y su madre (mártir resignada) trueca el manton de tartan por un abrigo de merino negro que la da cierta respetabilidad y carácter de persona decente.

Por lo general, el primer ajuste de la cómica de la legua, página bella de su historia de artista, se firma en la hermosa primavera de la vida y nunca se recuerda sin dedicarle una lágrima y un suspiro.

En los diez años primeros de *teatro* la cómica ambulante, la ave viajera de bastidores suele conocer muchos empresarios; pero el recuerdo del primero no se borra tan fácilmente de su corazon.

El tiempo, ese judío errante que no se detiene nunca ni aun en verano para enjugarse el sudor, no pasa impunemente para la cómica de la legua. Su rostro va perdiendo poco á poco las delicadas y suaves tintas de la juventud; su talle la esbeltez y flexibilidad de los veinte años.

El tropel de adoradores que otros tiempos felices se arrastraban á sus piés prodigándole mil deferencias á su hermosura, al sorprender en la frente la primera arruga mensajera de la vejez, huye de ella lanzando una carcajada de desprecio.

La ingratitud de las individualidades que quemaron incienso á la frescura de sus mejillas, á la morbidez de sus formas, no es lo que mas entristece ni mas pena causa á la cómica de la legua. El público, ese público ingrato, para quien los cómicos no son otra cosa que una misa de cuerpo presente, le

hace apurar el amargo cáliz del dolor, con sus groseras silbas, con sus salvajes desprecios, y en vano la infeliz se esfuerza por arrancarle, ya que no un aplauso, al menos una sonrisa de cariño; pero todos sus recursos, todos sus desvelos, todas sus *gracias* se estrellan contra la fria indiferencia del espectador, cuya ingratitud llega hasta el desagradable extremo de silbarla.

Por fin llega un dia, dia de luto, dia de amargura, de dolor infinito, y Ederlinda se encuentra sola, sin mas patrimonio que los recuerdos de ayer y los amargos desengaños del presente. Para ella el porvenir es una palabra que está de sobra en el diccionario.

Muchas veces suele acontecer que, aburrida de la eterna soledad que la rodea, se coloca delante de un espejo y exclama en un arranque de amarga desesperacion:

—¡Público ingrato! yo he sido tu delicia, tu encanto, y la indiferencia es el pago que me das. ¡Maldito seas!

Pero estos momentos trágicos duran poco. Se calma de repente, y soltando una carcajada estrepitosa empieza á cantar con toda la fuerza de sus pulmones:

Ayer maravilla fuí
y hoy sombra mia no soy.

III

Todo edificio que amenaza ruina necesita un apoyo que le sostenga. Ederlinda lo comprende así, y desde el instante que tan salvador pensamiento comienza á germinar en su cerebro, invoca con todo fervor á la diosa del arte para que le preste su ayuda, y se atavia con lo mas seductor, lo mas vistoso de su equipaje. Se pinta con mas esmero, procura darle á su voz una entonacion dulce y apasionada, estudia el modo de mirar y la manera de sonreirse, hasta que por fin encuentra otro desecho de la escena que pueda servirle de media naranja.

Cuando esto sucede, ó por mejor decir, cuando encuentra el hombre que le hace falta, una nueva estrella alumbra para

los dos, y entonces exclaman: «Habíamos nacido el uno para el otro;» pero ¡ay! esta es una ilusion que adormece por un momento su amargo presente, ilusion que el infortunio se complace en que no se desvanezca nunca, que la acompañe hasta el borde de la tumba, porque el teatro es el campo de los ingratos. ¡Desgraciados de aquellos que sin los dones necesarios para la escena se atreven á buscar en ella un sueldo mezquino con que matar el hambre que les atormenta! ¡Desgraciados de aquellos que sin mas dones que su impotencia y su audacia se lanzan á ser sultanes de una compañía cuando solo son esclavos de su insensatez, porque si pisan la escena, si llegan á ataviarse con una corona de carton y un cetro de madera, si el público en un instante de galantería les hace la limosna de un aplauso, ni todas las amarguras de una larga y penosa existencia de bastidores, ni las frecuentes y prolongadas vacaciones que les proporcionen la escasez de las contratas, ni el desprecio de los espectadores, ni la voz abrumadora de sus conciencias serán bastantes á arrancarles del teatro! Una fuerza misteriosa les sujetará á los bastidores á pesar suyo; de dia en dia verán morir sus esperanzas, convertirse su vida en una agonía sin fin, y su muerte, ¡oh, su muerte!... pero hagamos punto final á este párrafo.

IV

Los cómicos llaman á Madrid el *hoyo grande,* sin duda porque Madrid es el inmenso hospital donde se refujian durante algunas temporadas del año y desde donde salen contratados para todos los puntos de España.

La cómica de la legua, soltera ó casada, procura tener un nido en esta villa del oso y el madroño, porque no todas las patronas de huéspedes toleran las artísticas necesidades de su vida privada.

Figúrate por un momento, querido lector, una salita monísima por lo pequeña, casta por lo blanco de sus paredes, humilde por la poca elevacion de su techo, y recatada porque

solo una ventana microscópica deja entrar en su seno un rayo de moribunda luz.

Esta sala tiene una alcobá, y esta alcoba, que carece de puertas vidrieras, se halla adornada con unas cortinas de tela de algodon de color dudoso y de hechura tan extravagante, que la pobre está diciendo á voz en grito: «Me han improvi-»sado.»

Algunas sillas de Vitoria con reminiscencias de otras provincias en los asientos, un sofá respetable por su vejez, una consola cuyo espejo tiene una luna llena de lunares, y una pequeña mesa de caoba orgullosa de sus servicios, son los muebles que adornan la habitacion de la émula de Talía.

Sobre uno de los lienzos de la pared se ve un cuadro que segun aseguran lenguas maldicientes representa á Ederlinda en traje de mora, retrato debido al pincel de un admirador de su *belleza* artística.

Alrededor de esta efigie y como prestándole su sombra bienhechora, suelen verse algunas coronas de laurel, mudos testigos de su pasada gloria, que la cómica conserva para dar un mentís á la maledicencia, aun á despecho de la sabrosa salsa del estofado para quien las crió la sábia naturaleza.

Y despues de todo, ¿qué daño hace á nadie nuestra Ederlinda con poseer coronas que siempre son una sólida garantía para el *caballo blanco* que piensa contratarla?

Pero ¡ay! aquellas hojas verdes hijas de Apolo, de que tan amantes y avaros se mostraban los antíguos, van poco á poco tomando un color de chocolate trasnochado, al mismo tiempo que las arrugas extendiéndose en toda su longitud por la frente de la cómica, le anuncian la fatal vejez, período funesto para las hijas del arte, pendiente resbaladiza que la conduce protestando al respetable estado de característica.

Desde este momento ya no basta soñar en la gloria, es preciso hacer calceta y mitones durante los ensayos, y adquirir un rico caudal de conocimientos médicos, útil siempre

para curar todos los *alifafes* á los demás compañeros mártires.

A una característica de la legua no le basta ser característica: necesita ser la madre cariñosa de toda la compañía, tener ojos y no ver, oidos y no oir, una gran imaginacion para trasformar en pocos minutos unas enaguas en un alquicel moro, una toalla en un turbante, una levita en un traje de abate, un sombrero viejo de copa alta en un birrete de Felipe II; en una palabra, es preciso que sea la sibila, el paño de lágrimas de sus compañeros; que tenga pendiente de los lábios una gran multitud de exclamaciones para enaltecer el mérito de sus compañeros; que celebre la frescura de la dama, la entonacion del galan, etc., etc... y aun con todas estas condiciones, se ve muchas veces obligada á hacerse una cruz en la boca y á quedarse sin ajuste.

Pero este artículo va haciéndose largo, y como dice muy bien mi querido y antíguo amigo Roberto Robert, *de las cosas de telon adentro falta hacer un libro que no dejaria de ser entretenido.*

Terminemos, pues, diciendo que si bien el kilómetro ha matado á la legua, la cómica de esta ha existido, existe y existirá mientras ese padre del dia á quien llamamos sol, preste su vivificante calor al universo.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

LA TERTULIANA DE CAFÉ

Ya es forzoso distinguir entre bello sexo y sexo femenino.

Nadie me ataje, déjenme hablar y me esplicaré. La distincion no es tan sutil como puede parecer á primera vista, y la sutileza reprensible está en los que tratan de confundir lo bello con lo no bello.

¿Cómo imagina el amante á la amada?

De un modo verdaderamente bello.

Le atribuye pensamientos y gustos delicados, lo esquisito de la sensitiva, lo inmaculado del armiño, lo impalpable del aroma. Cree verla alegrándose con la aurora, llenarse de melancolía al ponerse el sol, casi santa en todas sus aspiraciones.

Suponed al tierno adolescente á cuya vista pasa una forma femenil, esbelta y gallarda. Lo primero que se le ocurre al verle la frente es pensar en el cielo; la oye hablar, y el timbre de su voz le encanta; si rie ¡cómo comunica ideas risueñas! si llora, parécele que llora la naturaleza toda: el causante de sus lágrimas debe de ser un sacrílego que ha infringido las leyes mas venerandas del universo: la pena que altera las suaves líneas del hermoso semblante, aviva mas y mas los afectos despertados por el conjunto de tantas gracias: el

gusto producido por la contemplacion de la belleza física se funde con la compasion que el dolor despierta, y de ahí resulta un estado de ánimo que... en fin, cátese V. al muchacho enamorado.

Demos ahora que pierde de vista al objeto de su amor, y entonces viene, como es natural, aquello de desear para ella todas las dichas imaginables y no concebirla sino dotada abundantemente de todas las cualidades que constituyen la mas alta expresion de la belleza moral.

El mozo anda bebiendo los vientos por ella, y no la encuentra ni en teatros ni en paseos; se entristece, como si el mundo fuese un destierro; ya le parece que habria sido demasiada felicidad el encontrarla otra vez; ya empieza á preguntarse si aquella forma fué real ó fué soñada...

Y por cuanto, una noche se topa de manos á boca con su deidad en el café... tal ó cual. ¡Es ella, ella misma; con el manton de cuadros, sí señor, y la anciana que la acompañaba; con el mismísimo perrito: vaya, es ella!

La vé entre una nube de humo de tabaco; se acerca mas y la vé mejor, y la vé en ruin prosa, torciendo con disimulo la vista hácia las fotografías que cerca de ella se están regateando; oyendo comentar en voz alta los anuncios de Holloway, ó aguzando el oido porque á su lado refieren un chascarrillo en voz baja.

¡Y es ella! Pero es ella sin las trasparentes álas, sin el casto cendal, sin aureola. Junto á sus breves y graciosos piés, hay otros cubiertos de becerro y de barro; del fleco de su manton cuelga una colilla; los camareros que van y vienen le pisan el borde del vestido; penetran en sus oidos frases que deberian estremecerla; es insensible á las interjecciones groseras...

¡Hay una edad en que es triste pensar que la amada suda y digiere!...

¿Aquella muchacha es bella?...

Podia serlo cantando, paseando, amando, en el teatro entre esplendidez y lujo, en el hogar pobre, honesto y aseado; pero en un café, donde se respira todo lo hombruno,

entre gente que fuma y bebe licores y disputa y grita, ¿qué hace allí el sexo si es bello? ¿Qué tiene que hacer allí?

¡Tertuliana de café!... ¡Bello sexo! No puedo en modo alguno asociar estas dos ideas.

Y lo peor no es que vaya al café, sino que vuelva á ir y se encuentre bien en aquella atmósfera, y aun exclame alguna vez con pesar:

—¡Ya hace tres noches que no vamos al café!

¿Hay nostalgia mas grosera? ¿Puede haberla?

Pero vamos á ver: esas señoras que concurren diariamente al café, ¿qué se proponen?

Me parece que tengo derecho para preguntármelo.

Así supiera responderme.

Confieso mi ignorancia y acúsome de mi curiosidad: entre las infinitas cosas que se pueden hacer en un café, no doy con ninguna que justifique la presencia diaria del sexo femenino en semejante sitio.

De fijo que la calificacion de bello aplicada al sexo femenino en general, debió de consagrarse antes que las mujeres frecuentasen con asiduidad aquellos establecimientos donde se desembellecen.

Usted verá por esas calles á la matrona de traza respetable que camina á buen paso. Anda resuelta, va á cosa hecha. No es extraño: ha caido la noche y se la oye quejarse del relente. Sin duda aquella buena señora se retira de prisita á su casa.

Por poco aficionado que sea V. á la vida de familia, se complace en suponer á la transeunte en un cuartito retirado del hogar y quizá sentada junto á una cuna, donde duerme envuelto entre limpios y suaves pañales el tierno infante. Recuerda V. la sagrada lámpara solemnizada por Virgilio; y si no la rueca y el huso patriarcales, á lo menos la costura, el bordado, el piano, las faenas domésticas, el libro, los cuidados maternales que á la matrona ennoblecen... Digo, me parece que esto es bello sexo...

¿Sí? Pues buenas y gordas.

La señora no está en casa: iba al café y avivaba el paso;

porque todos los dias á aquellas horas ya está allí, fija en su sitio predilecto y con su tertulia.

Vaya V. á su casa y hallará en efecto cuna y rorro, pero no madre. Tal vez una criada dormitando ó curioseando con las vecinas y los porteros, si es que no ha salido á ver si pilla al asistente del cuarto principal pegándosela con su paisana, en cuyo caso ya están frescos ellos, ella y sus amos.

Bien puede el chiquillo desgañitarse; bien puede quemarse la cena una ó dos veces por semana; bien pueden ella y el marido lamentarse de que todo está muy caro: la señora, á pesar de todo, sigue fiel á su costumbre.

—¡Si ya decia yo que era tarde! exclama al entrar; *ya han tomado* fulanita y menganita.

Y ciertamente, una porcion, docenas de fulanitas y menganitas están en el café hace horas.

Hay allí viudas, casadas y hasta solteras, muchas mujeres cuyo estado civil se ignora, y hemos llegado ya al caso de oir mas de una vez la siguiente afirmacion tan inverosímil como cierta:

—Conozco á esa señora mucho: la conozco del café.

Yo creo que es perdonable el que ciertas madres vistan á sus hijas de corto durante demasiados años; pero que las lleven al café... ¡Ah! y lo mejor es que se las oye decir muy presumidas:

—Lo que es mi hija, nunca se separa de mi lado.

Una noche tienen que distraer á la niña porque se ha embobado contemplando á dos ciudadanas muy llenas de albayalde y colorete, muy ensortijadas de dedos y muy enmarañadas de pelo, que miran con desenfado, andan con valentía, toman primero leche amerengada y luego jamon, pagan en oro, y salen derribando banquetas con los miriñaques y levantando mucho ruido y polvareda con la larga cola del vestido.

—¡Jesús qué mujeres! dice la niña; ¿quiénes serán?

Yo no sé lo que le contesta la madre, pero sé que al dia siguiente vuelve al café con su hija.

Pues otra tertuliana dice muy inocentemente:

—No sé por qué han de ir al café esas mujeres.

—¡Rayo del cielo! ¡Precisamente por eso, porque van esas digo yo que no debian ir Vds!

Comprendo que hablen Vds. de jugadas de Bolsa, de crímenes célebres, de los pliegues que debe tener el cuerpo del vestido y del vuelo correspondiente á la falda, de si se casó ya aquel sugeto, pero ¡en un café!...

Hay hombres intratables que les achacan á Vds., señoras, el hablar siempre mal de sus amigas y el callar siempre la mitad del mal que piensan de ellas.

Esto es intolerancia y parcialidad: algo han de hacer ustedes, incluso el murmurar, como los hombres; pero ¡en el café!...

¡Oh, y las hay aficionadas!... ¡Uf! Y las hay que se creen tan ingeniosas en buscar pretextos para pasar toda la noche en los citados establecimientos...

Las hay que gastando diariamente el importe de dos tazas de café, sostienen que con irse de casa ahorran mucho en el gasto del alumbrado.

Si esas señoras no hubieran tomado la costumbre de asistir á tales sitios, ¡cómo habian de caer en tanta ignorancia ó tanta malicia! ¿Quién sabe?

Y la cosa no lleva trazas de enmienda.

En algunos cafés predomina ya el elemento femenil.

Ciertos pollos, y aun ciertos gallos, no paran un momento en un café donde no haya tertulia de señoras.

Y ténganlo Vds. entendido, almas mias: en el café no siempre se distingue de buenas á primeras ni de buenas á segundas la mujer honesta de la buscona. Conque... su alma en su palma.

Yo no dudo de la honradez de Vds.; pero lo cierto es que todas Vds., sin distincion, han sido objeto de la siguiente pregunta:

—¿Quién es aquella?

¡Aquella! ¿Comprenden Vds.?

Vamos, la verdad: ¿no le irrita á V., señora, que le llame *aquella* el primer desconocido?

Usted me dirá que los hombres son maliciosos, convenido; y que nada respetan, es muy cierto; que es V., á Dios gracias... ¡sí, no lo dudo! y precisamente por eso le digo como amigo y con el tono mas sincero, benévolo y cariñoso:

—Amiga mia... no sea V. tertuliana de café.

¿No recuerda V., doña Eulalia, que la otra noche su hija Leonorcita oyó disputar á dos médicos forenses y queria saber el significado de un verbo... encarnado, aunque nada tenia de divino?

Y V., linda Atanasia, ¿no me refirió V. misma el disgusto que tuvo cuando un hombre medio bebido la tomó por otra y llamaron Vds. la atencion de todo el público?

Y V., Julianita, ¿no tuvo V. ayer noche á una que sola ó acompañada entró en dos horas cinco veces y tomó leche con tostada y café con tostada y chocolate con tostada y despues media tostada? ¿Quiere V. exponerse á tenerla hoy mas cerca, á su lado mañana, y á que la salude á V. un dia por la calle?

¿Y todas Vds., en fin, no repiten constantemente sus quejas sobre la falta de atencion y de descortesía de algunos de sus contertulios?

Ridículos eran los juegos de prendas, es verdad; desagradable es estar dale que dale toda la noche con una calceta interminable; pero Vds., que tienen una imaginacion tan fecunda, ¡podrian tan fácilmente, sin ir al café, entretener las noches!

Ea, ¡si yo sé que Vds. son muy celosas de su buen nombre y capaces de heróicos esfuerzos por conservarle!

No mas café, ¿eh?

Hay muchos teatros en Madrid; los libros se venden ahora baratos; la mayor parte de los adornos que tanto realzan la hermosura, se los pueden hacer Vds. mismas; sus amigas irán un dia á ver á Vds., y otro dia pueden Vds. ir á verlas á ellas. Conque á ver que malo es ello; espectáculo, lectura, labores de su sexo, un poquito de murmuracion tambien... á ver si acomoda.

¡Ah! Me replica V. que eso es prosáico y viejo... Pues con usted no va nada, señora.

Quédese V. con la poesía de la tertulia cafetera, cuyos encantos goce muchos años; siga V. no separándose nunca de su hija (¡pobrecita!); acostúmbrela al olor de las tagarninas y á presenciar el bello espectáculo de una muchedumbre mas ó menos alcoholizada..., y ¡larga vida al cafetero! y á V., y beso á su esposo las manos.

Pero... tú, bello sexo; tú que te sientes lastimado si no es bello cuanto te rodea; tú que eres fragante y pudoroso; tú que aspiras á superar lo mas bello que de tí imaginen los hombres...: ya, ya lo sé; tú no serás nunca (y yo me felicito por ello) tertuliana de café.

ROBERTO ROBERT.

LA BAILARINA

(Antaño y ogaño)

I

Vedla convertida en un brazo de mar, confundida entre tules, gasas y linon de un verde capaz de competir con las ondas del Océano.

La bailarina de hoy es ni mas ni menos que la bolera de ayer; ¡pero qué diferencia, estimado lector! ¡qué cámbio! ¡qué progreso tan *progresivo* separa á la una de la otra!

La bolera que podríamos llamar de *antaño*, vestia largas faldas y cuerpos altos, y bailaba con un decoro y una gracia, que era el encanto de propios y estraños; su honestidad era proverbial, sus peinados encantadores, sus *zaragüelles* largos, y su trabajo carecia de pretensiones.

Asistia puntualmente á sus ensayos á la hora marcada (las ocho de la mañana), con el frio de enero y el sol de junio; planchaba sus innumerables enaguas, teñia sus pantalones, bordaba sus vestidos, hacia sus puntillas, adornaba sus moñas, tejia sus golpes y hombreras, y no se desdeñaba jamás de ir á cumplir con su deber acompañada de su honrada madre; se casaba regularmente con su *pareja* ó con alguno de sus *compañeros*; criaba sus hijos, y era, en fin, un modelo de trabajo y honradez.

II

¡Qué diferencia entre la bolera de *antaño* y la bailarina de *ogaño!*

La bailarina de hoy ha conseguido el imposible tras del cual caminan en balde los políticos de todo el globo, ó lo que es lo mismo, ha realizado la ley del progreso en toda su extension.

Hé aquí su vida.

Ensaya á las nueve (cuando ensaya), y prefiere pagar una multa á madrugar.

Tiene planchadora, modista y peinadora, y no falta jamás á los ensayos de orquesta, *por cumplir*, dice, *con su deber*, pero en realidad para saludar al aristocrático pollo que la flecha los gemelos desde su platea.

Gana menos sueldo y arrastra un lujo fabuloso; regaña á cada momento con el director, y amenaza á la empresa con romper su escritura, porque no necesita, dice, del teatro *para vivir*.

Usa madre por el bien parecer, y porque como dijo aquel autor, *no se comprende* una bailarina sin madre; se casa alguna vez con algun segundon de casa rica, y no tiene jamás hijos, al menos ostensiblemente.

Sigue la escuela *economista*, y reduce la tela de sus trajes á la mas mínima expresion, pudiendo pasar muy bien su vestido de hoy por el volante de un traje de la bolera de ayer.

Se viste de hombre *por dar gusto á la empresa*, pero en realidad para estar mas bonita, siquiera esta nueva gracia haya de costar el pan á uno de sus compañeros cuyo puesto usurpa.

¿Pero qué importa? La bailarina de hoy es un tanto filósofa, y grita con Espronceda:

¡Que haya un cadáver mas!...

III

La bolera de ayer, sin abandonar nunca el escenario, vigilada por el padre, custodiada por la madre y espiada por los hermanos, no se atrevia á levantar los ojos del suelo, empleando para con su novio el mudo pero expresivo lenguaje de los ojos.

La bailarina de hoy, sola como un hongo, resuelta y animosa, *tolera* que el enamorado *pollo* la acompañe, y aun se permite el lujo de salir *fuera* y ocupar un asiento no lejos de su enamorado doncel.

Antes, cuando el *autor* (así se llamaba el que hacia cabeza de las compañías) le ordenaba un nuevo traje, la bolera, pidiendo prestada alguna prenda á sus compañeras y haciendo y deshaciendo, se arreglaba lo mejor que podia para salir del apuro.

Hoy, como las exigencias son mayores, y de esto ninguna culpa tiene la bailarina, es preciso echar mano de los grandes recursos, y cual nuevos ministros de Hacienda arrojar un empréstito á la plaza (vulgo la escena), hacer una nueva y atrevida operacion, empeñar el crédito ó hipotecar el equipaje.

IV

Antes la bailarina parecia un cristalino lago de la poética Suiza: hoy la bailarina se asemeja al agua del mar encerrada entre los altos muros de un puerto.

Ayer habia un género de baile que se llamaba *grotesco*; hoy, en cámbio, tenemos la gimnasia y el can-can.

Antes una bailarina no se presentaba ante el público sino despues de cinco ó seis años de trabajos y estudio, años mortales de angustias y miserias, y esto para comenzar su carrera bailando en último término.

Hoy la bailarina estudia en la academia de Perico el car-

retero, y no se contrata sino como bailarina de *punta* ó como otra primera.

V

Y no se crea que la bailarina de hoy, es decir, la semilla de que ha brotado semejante fruto ha nacido en España, no: por fortuna y para honra nuestra esa planta exótica ha sido importada de extranjero suelo.

No, no fueron españolas las bailarinas del famoso *Circo*, donde sin quererlo y quizás sin sospecharlo nadie se arrojaron los primeros granos de tan mala semilla, que fortalecieron despues los cuerpos de bailarinas extranjeras del teatro de la Ópera, y hace muy poco las escandalosas *cuadrillas* de *L'œil Crevé*, ejecutadas por bailarinas francesas en los Bufos Arderius.

Esto no bastaba, y un director de baile, extranjero tambien, hizo anunciar en los carteles del elegante coliseo de Jovellanos, *Gran can-can de loretas*.

Una de dos: ó este hombre nos juzgó ignorantes ó inmorales. O pensó que desconocíamos el francés y el significado de *loreta*, ó nos creyó inmorales pensando que á nuestro silencio uniríamos nuestros aplausos; por fortuna se equivocó, y la mayoría del público y de la prensa protestaron contra semejantes escándalos.

Y por si esto no era suficiente, la empresa del café-teatro de Capellanes nos obliga á contemplar diariamente unas famosas pinturas colocadas sobre el cartel de anuncio, que ofenden el pudor de la mujer y ultrajan la moral pública.

Despues de todo, no queremos ser tachados de injustos ó de severos: quizás al recordar las glorias de la antígua bolera *hablamos de memoria*, ó lo que es lo mismo, *de oidas*, y juzgamos con alguna severidad á la bailarina de hoy, sin pensar que la bailarina de hoy y la bolera de ayer eran hermanas, hijas de Eva, mujeres al fin, y susceptibles por lo tanto de los mismos defectos é idénticas virtudes.

VI

Vamos á terminar.

En varias ocasiones hemos visto ocuparse, y contra ello hemos protestado con toda la energía de que somos capaces, acerca de la inmoralidad que reina en los teatros y muy especialmente entre las bailarinas.

Esto no es otra cosa que una calumnia grosera inventada por niños *verdes*, por viejos *amarillos* y amantes desdeñados.

La desgracia de la actriz, y sobre todo de la bailarina, consiste en hallarse colocada una vara mas alta que el resto de las demás mujeres y expuesta por lo tanto á los tiros de todo un público.

La escena de un teatro es una especie de exposicion, aparador público ó mesa de féria en que la actriz se expone á las miradas de una multitud consciente ó inconsciente, para obtener la silba ó el aplauso.

Desgraciada la mujer que ha de disfrazarse con un traje raro y exponerse á la burla ó los vítores de un público que allí las desprecia y fuera las halaga; que por deferir á la opinion de su novia ó de su esposa, enemigas mortales de la mujer del teatro, se burla de ella desde la butaca, para venir mas tarde á caer rendido á sus plantas.

La desgracia de las actrices, repetimos, consiste en ser el blanco de todas las miradas, de todos los desdenes, de todas las burlas de una colectividad que fuera de allí encuentra en su misma casa y quizás en su propia mujer semejantes ó mayores vicios de que juzga víctima á la infortunada actriz.

Frecuentad los bailes de la generala B... y allí sabreis que la coronela C... sostiene relaciones amorosas con un lindo cadete que acaba de llegar al regimiento, faltando así á la fé conyugal y á la disciplina.

Asistid á la tertulia de un magistrado, y os dirán que el

juzgado de ascenso dado al moderno Sr. A... es debido á la belleza de su encantadora esposa.

Haceos presentar en las reuniones que da la *directora* de algun ministerio, y oireis que no hay expediente que resista á su atrevida mirada.

Recordad ciertos *sonetos*, justamente célebres, y adivinareis lo que jamás, ni en sueños, pudísteis sospechar.

. . . . . .

Pues si esto acontece en todas partes y en todas las clases sociales, porque la humanidad es una en todas ellas y en todos los tiempos, con sus mismos defectos é idénticas virtudes, ¿á qué acriminar tanto á las mujeres del teatro y sobre todo á la infortunada bailarina?

Al criticar nosotros con el respeto debido á la bailarina de hoy, cuyo tipo nos hemos propuesto reseñar, nos falta decir lo mas importante, á saber: que la mayoría de las bailarinas de hoy, ni han nacido, ni se han criado en el teatro, sino que pertenecen á diferentes clases de la sociedad.

Son mujeres que, no encontrando medio mejor para exponer y hacer resaltar sus gracias, buscan un *empeño*, comprometen á una empresa, y penetran en los teatros en clase de *meritorias* y sin sueldo, quitando el pan á las verdaderas hijas del teatro; y todo, ¿para qué? para convertir el escenario de un teatro en el campo de sus conquistas, haciendo recaer la mancha de su inmoralidad sobre mujeres que nada han hecho para merecerla, y que muy bien podrian ser presentadas como modelos de honradez y virtud.

No, las verdaderas mujeres del teatro, las bailarinas que han hecho del arte coreográfico su carrera y en ella han cifrado su porvenir y su ventura, que no han entrado en él para lucir su belleza sino para labrarse un porvenir, ni son tan inmorales ni tan lindas, ni arrastran ese insultante lujo que enrojece la cara de vergüenza.

Y véase como la antígua bolera y la moderna bailarina han sido suplantadas por mujeres advenedizas, y como á la honestidad ha sucedido el descaro, al trabajo la vagancia y

á la virtud el vicio, y mientras la verdadera bailarina se encuentra sin ajuste, la advenediza tiene de sobra escrituras y protectores.

Y como esto es lo que al empresario interesa, poco ó nada le importa que una buena y honrada bailarina perezca de hambre si la mala é inmoral le trae á su teatro un *protector*, una *platea* mas abonada, y un bombo diario en la gacetilla de un periódico.

E. Rodriguez Solís.

LA AFICIONADA

I

Insisto, con permiso de Vds., en que hay contratiempos afortunados, y digo que insisto, porque yo he dicho esto mismo alguna vez; y si no lo he dicho he debido decirlo, y para el caso es equivalente.

No llevaré mi optimismo hasta el extremo de creer lo que dice el adagio de *no hay mal que por bien no venga;* pero sí aseguro que en ocasiones vemos males y desventuras en sucesos que, bien mirados, no son á la postre para nosotros sino faustos acontecimientos.

¡Cuánto suele haber de amargura, cuánto de pena en el primer desengaño amoroso, en la primera ilusion desvanecida! y sin embargo, ¡cuántas y cuántas veces esta desilusion y aquel desengaño son orígen dichoso de duradera bienandanza!

Mas de uno y mas de dos hechos podria yo elegir entre los innumerables que conozco conducentes á probar la exactitud de mi aserto; me limitaré, no obstante, á narrar lo que hace poco tiempo me ocurrió precisamente cuando juzgaba ser el hombre mas desdichado de la tierra.

Era una mañana, ¡qué mañana! su recuerdo solo pone miedo en mi espíritu y dolor en mi frente. Quise escribir y no

pude; pretendí leer, y logré solamente aburrirme; visitáronme dos majaderos, y en casa no supieron negarme; tenia una cita y llegué tarde, bien que á esta desgracia estoy ya muy acostumbrado: solo, triste, melancólico, paseaba mi ódio sin objeto y mi estómago sin almuerzo por las calles mas concurridas de Madrid, hasta que, sin saber cómo ni cuándo, dí conmigo y con mi aburrimiento en el café de Fornos.

¿Piensan Vds. que sabia yo dónde me hallaba? Pues nada de eso: maquinalmente penetré en aquel templo de la gastronomía, maquinalmente ocupé un asiento, y maquinalmente permanecí en él hasta que un camarero, colocando debajo de mis narices *la carte* (ó si Vds. lo prefieren la lista), consiguió sacarme del doloroso letargo *moral*.

Pues como digo volví en mí, y sin abandonar por completo mis negras imaginaciones, me resigné á pedir un almuerzo suplicando al mozo que me evitase la molestia de discurrir dándome los platos que él tuviera por conveniente. Entre tanto y mientras el almuerzo venia, comencé á orientarme y á examinar, por distraccion, á todos y á cada uno de mis vecinos.

Quienes serian, todos lo presumen: los mismos de siempre: el novel empleado D. F., el escritor D. L., el diplomático H. y nada mas; pero desde luego llamó mi atencion cierto grupo como de unos cinco jóvenes que entre voces y carcajadas, entre brindis y vítores terminaban un almuerzo, del cual, por los restos, podia juzgarse que habia sido digno de una boda.

Algo de boda habia en el asunto por lo que despues supe: tratábase de un *adiós á la vida de soltero* que uno de aquellos jóvenes celebraba en compañía de sus compañeros de locuras y de amoríos.

Uno á uno fueron desfilando los parroquianos hasta dejarnos solos, á mí con mi tristeza y á los jóvenes con su alegría. ¡Desgarrador contraste!

Oí entonces que esclamaba uno, el mas sereno de todos: «Señores es tarde; brindemos por la buena suerte *del moribundo*, y cada cual á sus ocupaciones.»

La proposicion del brindis se acogió con aplauso, y el

iniciador empuñando limpia copa colmada de champagne espumoso dijo:

—Brindo porque nuestro amigo de hoy, el compañero que perdemos halle en brazos de la *artista hechicera* á quien ha de unirse, una compensacion de las diversiones que por ella abandona.

—Gracias, amigo mio, dijo el casado en ciernes: quiero advertirte, sin embargo, que mi esposa futura no es uña artista ni siquiera pretende serlo; es solamente una *aficionada.*

Tres gritos contestaron simultáneamente á esa rectificacion.

—*¡Una aficionada!* ¡Oh!

—*¡Una aficionada!* ¡Ah!

—*¡Una aficionada!* ¡Ay!

Y las copas cayeron al suelo, y las manos que las sostenian se abrieron lentamente, y los brazos á que las manos estaban pegadas colgaron inertes á lo largo del cuerpo, y los cuerpos se dejaron caer en las banquetas del *restaurant.*

—¿Pero qué os sucede? preguntó el preopinante casi tan asombrado como yo. Repusiéronse poco á poco los compañeros del estupefacto jóven, y uno de ellos, el que parecia de mas edad, soltó la voz á las siguientes ó parecidas razones.

II

—¡Ay amigo mio! ¿Has dicho aficionada? Sí, me parece habértelo oido, estoy seguro de que esas han sido tus palabras. *Solamente aficionada*, ya lo oís, señores, dice *solamente*, como si con ser aficionada no tuviera ya bastante para matar á nuestro pobre amigo á fuerza de pesadumbres. Es tarde, es tarde, ya lo sé, para que retires tu promesa; la desgracia es inevitable, lo comprendo y lo deploro; pero quiero que vayas advertido, quiero que al pronunciar ante el sacerdote un *sí* funesto, sepas á lo que te comprometes y adivines lo que te espera, que no es nada bueno; no, amigo mio.

—Yo tenia una prima, aun la tengo, solo que ella no me

tiene á mí porque Dios me tuvo de su mano; Dios se lo pague á Dios. La queria yo como un insensato; hubiera sido capaz hasta de casarme con ella; pero ¡ay! era, como tú dices, *solamente aficionada*; cantaba, amigos mios, cantaba *de aficion*, y el entrañable amor que le profesé un dia, no pudo resistir á las duras pruebas á que se vió sujeto: sucumbió el cariño, y yo dejé de amarla.

Pero en el tiempo que nuestras relaciones duraron, ¿quién seria capaz de imaginar lo que yo sufrí? Nadie: ni yo acertaria á esplicarlo, ni, puesto que acertase, podríais vosotros comprenderme.

Nuestras mas tiernas pláticas eran interrumpidas por la amiguita fulana que venia á ensayar un duo; nuestros proyectos de paseo se frustraban porque la señora mengana tenia que estudiar el acompañamiento de una cavatina.

¿Y qué os diré de cuando el obstáculo era un zanguango con poblada barba que en las mias osaba decir á mi novia: *Io t'amo*, y en su arrebato artístico tomaba sus manos y se las llevaba al lado del corazon?

Por supuesto que en aquella bendita casa, mansion del arte, no habia tiempo para nada: dos criadas y un fámulo traia la niña al retortero; aquellas arreglando trajes, aplanchando corbatas, rizando puños; este corriendo las siete partidas para buscar el duo de Ildegonda, la *serenata* de Schubert, el *Ave-María* de Gounod, el nocturno, el diurno, el... ¡qué sé yo! Y ¿cómo yo, profano en el arte, habia de arreglarme para hablar á mi prima? Levantábase á mediodía, y sin *tocar* ni arreglar, buscaba entre sus papeles los duos, tercetos ó romanzas que habia de ensayar por el dia ó habia de cantar por la noche: echaba, antes de almorzar, una ojeada al traje que pensaba llevar al concierto de la señora de Lopez. Terminado el almuerzo, recibia acompañada de su señora mamá á varios amigos que acudian para felicitarla por el triunfo alcanzado en la reunion de la señora de Gonzalez; engolfábanse unos y otras en conversacion, que indefectiblemente versaba siempre sobre dos asuntos únicos: ó la supremacía *innegable* de la música alemana, ó la ridiculez de la niña de Perez, ó de la

cuñada de García en la última *soireé* musical de la condesa X.

Si por acaso veia un momento á mi prometida sola, cosa que acontecia muy rara vez, aventuraba una frase de elogio, una palabra de cariño; pero ella, sin escucharme, interrumpíame de repente para mirar si el aria de Lucrecia perdia ó no perdia brillantez trasportándola: cuando mas me favorecia contestaba á mis requiebros con trozos de duos ó de romanzas.

—Deseando estoy, dije un dia, que seas mi esposa, y entonces...

—Entonces... me dijo:

Oh si ben mio coll essere
Io tuo, tu mia consorte,
Avró piu...

Debo advertir que mi prima tiene poquita voz, pero desagradable, bien que en cámbio desafina horriblemente: calculad ahora los trabajos que pasaria yo para lograr que en las reuniones sérias á que acudia la aplaudiesen con entusiasmo fingido. Yo era el reclutador de *alabarderos*, y puedo asegurar que desplegué en este ejercicio una constancia de que nunca me hubiera creido capaz.

Esto, sin embargo, una noche, tiemblo al pensarlo, mi prima estuvo feroz; se equivocó ochenta veces, se bajaba por terceras, perdió el compás, y... al concluir los aplausos fueron menos nutridos, oyéndose algunas mal comprimidas carcajadas.

Volvió á casa hecha una verdadera furia; por el camino desgarró los guantes; me dejó caer los papeles de música (de los cuales llevaba yo una respetable cantidad todas las noches á las casas en que ella cantaba), y como para sincerarme la hiciera observar que aquella noche estaba lijeramente ronca, enojóse conmigo, me llamó estúpido, y me prohibió que volviese á dirigirle la palabra.

Hícelo así, y no podeis figuraros lo mucho que despues he agradecido aquella despedida.

III

Conticuere omnes... quiero decir que á esta relacion lastimosa siguió una pausa breve, á la que puso término otro de los convidados tomando la palabra para decir poco mas ó menos:

—Tambien yo, tambien yo he padecido bajo el poder de una aficionada: no era mi prima, pero me trataba como si yo fuera su primo: conocíla en el Prado una mañana del abril florido, y su gracia natural, la languidez majestuosa de su paso, lo expresivo de su mirada, lo cándido de su sonrisa trastornaron mi cabeza. La seguí, logré escribirla, pude hablarla, un amigo de confianza me presentó en su casa, y en poco menos de dos meses me encontré en la envidiable posicion de novio oficial.

Las peripecias á que da orígen un amor naciente habíanla apartado por algun tiempo de su aficion al arte del divino Rafael; pero consolidada ya su nueva situacion de prometida esposa, reanudó con mas ardor sus tareas.

Inútilmente le hablaba su madre, apreciable señora, de costuras ó de bordados; solo para irritar sus nervios servia que la nombrasen la cocina; ni por acaso se hubiera humillado á elaborar un plato de crema ó una compota; habíase propuesto pintar los cuadros que habian de adornar nuestra casa. Al efecto y no bien se arreglaba con cierto *sans-souci*, que juzgaba de buen tono, instalábase en el Museo y allí delante del cuadro de Las Lanzas ó frente al del Pasmo de Sicilia ó á La Perla, se pasaba las horas muertas llenando su lienzo de horribles figuras que ella decia ser copia de los susodichos originales.

El dia que por razon del mal tiempo no podia acudir á esta su ocupacion favorita, consolábase discurriendo cuadros originales ya de historia ya de género, y aun algunas veces descendia hasta el retrato.

Este fué el orígen de nuestra ruptura. Penetraba yo muy pocas veces en lo que llamaba ella su estudio: un dia, sin em-

bargo, me llamó con misterio, y tomando, no sin cierta emocion, mi mano derecha, condújome al *estudio*, en el que entré conmovido.—Aquí tienes, me dijo mostrándome un lienzo como de medio metro cuadrado, lo que estaba haciendo para tí, por eso no queria que entrases: tómalo, ya está concluido.

Yo lo tomé, y despues de dar las gracias quise examinar cuidadosamente el obsequio. La cosa bien merecia ser examinada; ello venian á ser varias capas de colores distintos superpuestas unas á otras, formando, por una caprichosa combinacion, algo semejante á una luna llena.

—¿Está parecido, verdad? me preguntó la aficionada.

—Sí, ya lo creo, dije yo; y ¿quién es?

—¿Cómo quién es? ¿Pues que no le conoces? dijo con ira mal dominada.

—¿Pues no he de conocerle? me apresuré á decir para evitar una escena: lo digo por broma; pero á la legua se ve que es...

—¿Quién?

—¿Quién? toma... ¿quién?... tu papá.

—Eres un necio, me dijo, y arrancando el lienzo de mis manos, lo desgarró, lo pisoteó, y concluyó gritándome: «Por »lo que hago con *tu retrato* puedes comprender cuanto me »molesta la presencia del original.»

La despedida estaba pronunciada, el compromiso roto, y aquí me teneis. Aquel dia respiré con libertad por primera vez despues de tres meses.

IV

Un profundo suspiro sucedió á estas palabras: lanzábale el tercero de los jóvenes, quien, en pos de otros suspiros mas hondos todavía, dijo:

—Dichosos vosotros y bienaventurados que solo de lejos y superficialmente habeis tratado á la aficionada: yo ¡pobre de mí! la tengo en mi familia, dentro de mi casa; es, debo decirlo, *mi hermana*, MI MISMA HERMANA, niña infeliz á quien profeso entrañable cariño y cuya maldita aficion al arte escénico me ha proporcionado y aun ha de proporcionarme los peores ratos de mi vida.

En sus primeros años era Eloisa, que tal es el nombre de mi desdichada hermana, una verdadera joya; linda, vivarachita, monuela, de ojos chispeantes, de agudas ocurrencias, hacíase querer á primera vista y encantaba á todos los que oian un instante su inconexa charla.

Ocho años tendria apenas cuando un conocido nuestro dió en la flor de escribir comedias, y como no hallase fácil y expedito acceso en teatros públicos, perseguido, segun él, por intrigas de bastidores y malquerencias de envidiosos, construyó un teatrito en su casa misma, reunió allí á sus mas íntimos amigos, é inició una série de funciones dramáticas en que, nuevo Moliere y mas aun que Moliere, era el susodicho: autor, actor, empresario, consueta, traspunte, avisador, etc., todo á un tiempo.

Aconteció, pues, que en uno de sus dramas introdujo un papelito de niña exclusivamente destinado á mi hermana; mis padres, padres al fin, no supieron vencer el deseo de ver como se estendia el reducido círculo de los que admiraban y celebraban las infantiles gracias de Eloisa, aceptaron el ofrecimiento y hasta lo admitieron con gratitud: ¡pobre hermana mia! de entonces data su locura, cuyo término por desgracia no veo próximo.

El triunfo que Eloisita alcanzó no es para descrito: la verdad es que estuvo admirable y hechicera. Las palmadas no dejaban oir sus palabras; ramos, dulces, coronas cubrieron por dos ó tres veces el escenario, y concluida la funcion creí que entre todos se comian á la pequeña actriz; este la cogia, aquel la tomaba, de brazos en brazos, de palmas en palmas, entre mimos y besos rodó la niña por todo el salon dos ó tres veces. Mi madre lloraba de gozo, mi padre ocultaba dificilmente la satisfaccion inmensa, el orgullo indecible que inundaba su paternal espíritu.

La funcion se repitió ¿pues no habia de repetirse? y se repitió no ya solamente en el teatrito del mencionado Moliere y mas que Moliere, si que en muchos otros teatros todas las noches y en casa todos los dias.

No entraba en mi casa una sola persona que no hubiera de

oir una vez por lo menos *el parlamento* de Eloisita, sin perjuicio de ver antes las coronas y los ramos y los versos que mamá guardaba como reliquias.

Al cabo tanto hicieron unos y otros y tanto dijeron, que creimos buenamente tener en Eloisa una actriz verdadera, y ella misma se lo creyó.

Pero ¡ay! que pasaron los años y con los años pasaron las gracias infantiles que, por desgracia, no fueron sustituidas con otras.

Eloisa, que cuando niña parecia lista, vivaracha y traviesa, ha perdido su travesura y su viveza; tiene una inteligencia vulgar y un gusto endiablado; es fria como un carámbano en la escena, y por añadidura carece de instruccion artística; esto es natural: acostumbrada á juzgarse desde su infancia como actriz notable, nunca piensa estudiar en nadie lo que en su opinion ella posee, y si alguna vez se digna asistir al teatro, es para censurar con aire de suficiencia la entonacion de Teodora, el amaneramiento de Matilde, la exageracion de Pepita Hijosa y la frialdad de Elisa Boldun.

Nada encuentra en el teatro que le satisfaga: solamente recuerda haber visto á *Julian* (D. Julian Romea) bastante bien en algunas obras; y aunque ella por modestia no lo dice, échase de ver en todas sus censuras la comparacion mental que establece entre su modo de entender tal ó cual situacion y la manera como las actrices de profesion la ejecutan.

Pues pensar que ella haga en todo el dia alguna cosa que no sea repasar papeles, leer comedias, estudiar actitudes al espejo y acudir á ensayos, es locura: ni quiere hacer nada, ni aunque quisiera sabria hacerlo: sabe solamente representar comedias, y digo sabe, por decir algo, porque si la verdad ha de hablarse, esto es de lo que sabe menos: bien que ella se tenga por actriz universal y apta para hacer toda clase de papeles, dama jóven, dama matrona, característica, graciosa...

Con este género de vida ya comprenderán Vds. que mi pobre mamá es una víctima: de funcion en funcion, de ensayo en ensayo, andando todo el dia la pobre señora de aquí

para allá, visitando á las amigas que tienen reunion, recibiendo poetas caseros á todas horas, ni hay para ella punto de descanso ni encuentra modo de cuidar de su casa y de su familia.

Dos veces ha estado Eloisa á punto de casarse, y las dos veces ha reñido con el novio por las maldecidas comedias. Una vez porque su prometido dirigiendo un ensayo se permitió hacerle una observacion, dejó el ensayo, dejó la casa, y no consintió en volver á verle. Con el segundo novio riñó por cuestion de no sé qué reparto de papeles.

Lo peor del caso es que estas dichosas *aficionadas*, y mi hermana entre ellas, suelen *aficionarse* á cosas para las cuales presentan poca ó ninguna aptitud. Eloisa, por ejemplo, tiene voz regular y buen oido y cantaria bien, pues solo en muy contados casos y únicamente en familia se atreve á cantar una piececilla sin importancia.

Y...

IV

Basta, interrumpió entonces el interesado. Conozco perfectamente á esas aficionadas que retratais y á muchas otras que no habeis citado. La que nos persigue con su aria eterna, siempre la misma; la que asegura, y tiene razon, que toca muy mal, y despues de dejarse rogar mucho, toca con gran sentimiento... de los oyentes; la que mendiga aplausos y solo sabe hallarlos en cámbio de las burlas de que hace víctimas á sus mejores amigas; la literata que escribe *haber sin ache* y censura á Breton y habla de Tirso, á quien atribuye la *Rueda de la fortuna*, y cree que Rubí es autor de los *Autos sacramentales*. Conozco esa polilla de las reuniones de medio carácter; ese sér insufrible que está en todas partes como Dios, y en todas partes sobra y molesta; esa mujer cócora que agua todas las alegrías, que afea todas las funciones y que no parece satisfecha si no nubla las fiestas mas amenas; pero hay, y es justo confesarlo, otra clase de aficionadas que vosotros no conoceis y que conocen pocos, por lo mismo que no se exhiben, ni anhelan brillar, ni buscan aplausos.

Estas, lejos de ser un martirio, constituyen la alegría de su familia y hacen el encanto de su hogar. Modestas sin afectacion, porque conocen la dificultad del arte á que rinden culto y al que consagran ratos de descanso y de esparcimiento, ni ocultan su habilidad, ni la pasean de casa en casa. La aficion es entonces un adorno mas en la mujer y tiene muchas probabilidades de llegar á ser una virtud como fuente inagotable de buenos sentimientos y de dulzura de carácter. A esta clase de aficionadas creo que pertenece la mujer que será mi esposa.

V

Estábame yo como un bobo escuchando á este último orador, cuando una mano se apoyó sobre mi hombro: volví la vista y tuve el gusto de hallar á un amigo antíguo. Rogóme que le acompañase, y como yo pretendiese pagar mi almuerzo, me hizo saber que se habia anticipado á ello ahorrándome esta molestia.

Salimos juntos, y en sabrosas pláticas pasamos la tarde.

EPÍLOGO.

Dígase ahora que no hay contratiempos felices.

Mi mal humor de la mañana vino á ser para mí:

Un almuerzo opíparo.

Un paseo agradable con un amigo muy querido... y materia para un artículo que, temeroso de haber sido demasiado difuso, tengo el honor de ofrecer á Vds. He dicho.

A. Sanchez Perez.

LA POBRE VERGONZANTE

¡Cuánta razon tenian aquellos *filósofos!*...
Hubo tiempos,

años felices cuando Dios queria,

en que algun pensador, miembro de una flamante escuela comunista, se atrevió á decir en letras de molde que la caridad era un crímen.

Cuantos tuvieron noticia de esta *especie* pusieron el grito en el cielo, y hasta yo, yo que me precio de ser un hombre *despreocupado*, lanzándome á los horrores de una polémica, sostuve grandes discusiones con aquel que tan malparada dejaba la caridad, y hasta creo que le convencí de su error.

Sin embargo, hoy no dejo de conocer que mi contendiente tenia mucha razon, si bien no era una razon absoluta, al asegurar que la caridad era un crímen.

No era ni es uno solo, han sido varios los filósofos que han sentado y sientan tan terrible máxima.

Alguien ha dicho que las circunstancias que rodean al escritor en su vida privada influyen mucho en sus ideas públicas.

Ateniéndose á *ese* dicho, estoy por conceder la razon, sin

disputar con ellos, á los que han afirmado que la caridad es un crímen.

Acaso se han visto acosados incesantemente por esa *recaudadora* de todos los tiempos que se llama ella misma pobre vergonzante y que de *todo* necesita menos de la caridad pública.

Si este ha sido el motivo de que tal cosa se diga, yo disculpo y perdono de todo corazon á los que tan grave ofensa infirieron á la mas sublime de las virtudes y al mas santo de los deberes.

¡Desgraciados! Comprendo su desesperacion.

*
* *

Existe en España, principalmente en Madrid, una pléyade de *vividoras* que, á semejanza de las langostas, asuelan sin darse momento de reposo los dilatados y feraces campos de la credulidad pública, mereciendo el calificativo de *desgraciadas* por parte de unos, el de *víctimas sociales* por parte de otros, y excitando el sentimiento de la filantropía en todos los corazones magnánimos.

¡Cuántas veces, oh lector benévolo, no te habrás visto *agradablemente* sorpendido en medio del bullicio de una procesion, de una plaza ó de un paseo, por una *señora* decentemente vestida que asiéndote suavemente del gaban, bajos los ojos y toda ruborosa y confusa habrá exclamado en un tono que tú solamente has podido oir á pesar de encontrarte rodeado de gente: «Caballero, soy una pobre vergonzante, so»córrame V. por el amor de Dios!»

Como el hábito hace al monje, tú al ver delante de tí implorando tu socorro á una mujer que lleva manto ú toca, aunque sea usada, te figuras estar mirando la viuda de un bravo militar á quien el gobierno desatiende por las ideas políticas del difunto, ó te imaginas la huérfana de un comerciante *quebrado,* ó la esposa de un cesante que tuvo un gran destino, ó en resúmen, un sér misterioso, casi fantástico, pero siempre una *mujer decente*, una pobre mas digna de

compasion por su *clase* que las pobres que yertas de frio piden limosna públicamente en las puertas de los templos y en las esquinas de las calles.

Y como es natural, dadas tus creencias y tus preocupaciones, lector incauto, si llevas dinero (lo cual es muy discutible), despues de ponerte encendido como un pavo porque juzgas herir la dignidad de la *pobre*, la entregas disimuladamente el par de pesetas que acaso tenias para convidar á tu novia, y te marchas triste, sombrío y hasta conmovido de aquella desgracia, que tú atribuyes á la viciosa organizacion que nos rige.

Si en vez de entregarte á consideraciones tan dolorosas fueras menos *sentido* y te dedicaras á seguir los pasos de la pobre vergonzante, observarias que de cinco en cinco minutos, durante dos ó tres horas, se repite la escena que tanto te ha mortificado, y que la pobre vergonzante ha *ganado* en ese tiempo mas dinero que tú en una semana. (Se entiende, si no eres empleado del gobierno.)

*
* *

La pobre vergonzante que en medio del bullicio ó en los parajes solitarios asalta diariamente al transeunte en cuya fisonomía cree encontrar mayor contingente de candidez ó generosidad, es precisamente la antítesis de lo que representa; pero como en esta bienaventurada sociedad solo hay que guardar las formas exteriores; como las corrientes de la opinion siempre se deslizan por el cauce de las apariencias, de aquí que tengamos que, además de sufrir á los *caballeros de industria* y á los vagos de todas especies y categorías, á la *profesora* de la mendicidad, ó sea la pobre vergonzante, que si no lo es, al menos lo parece.

La mujer que acepta la cómoda manera de vivir á costa del prójimo, estudia detenidamente su plan de accion, y una vez decidida á representar el papel de víctima, facilísimamente entra en el gremio de los séres privilegiados, casi podria asegurarse que es feliz, y hasta pudiera creerse que lo

pasa tan bien como un ministro cesante ó como un párroco de aldea.

Porque ¿qué inconvenientes ofrece el pasar dos ó tres horas cada dia dedicada á la dulce ocupacion de pedir, cuando verificándolo en calidad de pobre vergonzante ha de apiadarse todo el mundo y solo el que nada posea dejará de socorrerla?

Aunque bien mirado, ella pocas veces se dirige al que no tiene dinero, lo cual se conoce á la legua.

Verdad es que el pedir limosna suele ser repugnante para una persona *decente*, pero esto es el primer dia, que una vez acostumbrada, hasta es divertido, máxime cuando á la pobre vergonzante rara vez se socorre con calderilla, por no herir su delicadeza, y lo que mucho produce jamás puede repugnar á quien por su provecho vive engañando al mundo.

Supongamos que la vergonzante por antítesis pide limosna diariamente á veinticinco caballeros (caballeros segun su dicho), y supongamos tambien que recoge de cada uno, por término medio, una peseta.

Ahora figúrense Vds. cómo vivirá la persona que disfruta un salario de cinco duros.

Si es anciana, todo el mundo la respeta por el respeto que las canas infunden.

Si es jóven y bonita, nadie osa ofender su pudor porque no crea que un caballero pueda nunca abusar de la desgracia, toda vez que el pedir limosna una mujer que podia *valerse* de su hermosura, mas que deber, el mundo entiende que es virtud.

Así, pues, libre de todo peligro, ejerce su *honrada* profesion, vive á sus anchas, y disfruta sin cortapisas de ningun género de todos los placeres de la vida, de todos los beneficios de la tierra.

Ella lo entiende, como dijo el otro.

*
* *

La pobre vergonzante de esta especie puede ser la viuda de un militar á quien su modesto sueldo no permita vivir

con las mismas comodidades y con el mismo lujo que cuando *lucian* las estrellas de su marido, y que, no pudiendo resignarse á una existencia mas tranquila y retirada, y sobre todo mas conforme á su estado, hace el *sacrificio* de algunas horas todos los dias, las que destina á engañar bobos, para no dejar su palco de la ópera, ni interrumpir sus periódicas tertulias de confianza, ni dejar de arrastrar sedas, porque todavía tiene pensamiento de atrapar un coronel en cámbio del comandante que perdiera.

Puede ser la esposa del desgraciado que, por efecto de las frecuentes convulsiones políticas ó de los eternos ódios de bandos, ha descendido desde el *elevado* puesto de una direccion al inseguro destino de escribiente temporero en la oficina mas insignificante de un ministerio.

Este destinillo, sin embargo, le produce para ir saliendo aunque con trabajo; pero su mujer, que está acostumbrada á cenar todas las noches en el café, á vivir en piso principal, en buena calle, y á tener criados, no puede en manera alguna amoldarse á la estrechez, no puede prescindir de ninguno de estos menesteres, y se devana los sesos y procura hallar un recurso que la salve de lo que ella llama privaciones.

Al fin lo encuentra. Entrar en el gremio de las pobres vergonzantes.

Entra, y todo se ha salvado.

Tambien pertenece á tan terrible cofradía ¡y esto es lo mas triste! la que sin saber ensartar una aguja puede acreditar que es *costurera* porque así consta en su cédula de vecindad, sin embargo de haber estado dedicada libremente, amparada por la ley, á otra *profesion* muy distinta, á una profesion que el gobierno quiere cubrir (por lo fea) con la de *costurera*, pero está en la obligacion de proteger, puesto que paga contribucion como *industria* reconocida.

¿Se van Vds. enterando?

No puedo ser mas explícito tratándose de *costureras* de esta clase.

La *costurera* en cuestion, cansada de ejercer su ordinario

oficio, y si no cansada desesperada porque no le produce cuanto ella quisiera, ensaya una semana el papel de pobre vergonzante, y lo de vergonzante es para ella lo mas difícil; ensaya, digo, y una vez en *carácter*, se lanza resuelta á la escena, arrancando del compasivo público lágrimas como limones.

El que poniendo en la mano del pobre ciego ó en el sombrero del infeliz tullido un ochavo *moruno* cree haber cumplido con los santos deberes de caridad y de humanidad, lo menos que se atreve á dar á la pobre de mantilla ó de toca es una peseta, porque como dejo dicho, nadie juzga prudente socorrer con calderilla á esta clase de necesitadas.

Como la cabra siempre tira al monte, sucede que la pseudo-vergonzante se acuerda de sus buenos tiempos de *costurera* á la manera que lo entiende el gobierno, y sin perjuicio de practicar diariamente su nueva industria, dedícase en sus ratos de ócio, que forman la mayor parte del dia y de la noche, á sus antíguas y *casi* necesarias *ocupaciones*.

Así, los cuatro ó cinco duros que ella recoge cuotidianamente, en su parte mas principal sirven para subvenir á las necesidades y aun á los vicios de cierto jóven elegante, que sin trabajar ni ocuparse en nada útil, lujosamente vestido, pasa la flor de su vida en los garitos del juego y en todos los demás centros que simbolizan la corrupcion en sus diversas y múltiples manifestaciones.

Para esto sirve ¡oh público sencillo! la peseta ó el escudo que, quizás haciendo un gran sacrificio entregas con la mayor finura á la pobre vergonzante que te he malamente bosquejado.

Despues vente con consideraciones filosóficas que hasta en demagógicas rayan, al ver el desamparo de tan desgraciada criatura.

¡Tú sí que eres desgraciado!

*
* *

Tambien pertenece al *oficio*, y esta es la vergonzante mas temible, la marquesa arruinada, la coronela viuda que no disfruta *viudedad* por haberse casado con el difunto cuando este era subalterno, la consorte del abogado sin pleitos, la esposa del empleado cesante que ha de mantener un gran tren para casar decentemente á su hija, y en fin, todas aquellas que representaron un distinguido papel en la sociedad y á todo trance se empeñan en seguir representándolo.

Esta sucursal de la laboriosa compañía de las vividoras emplea para ejercer su profesion un procedimiento mas decoroso, mas elevado, y sobre todo mas sencillo que el que usan sus colegas.

En lugar de lanzarse á la calle á esplotar la generosidad de los desconocidos, esta fraccion, por el contrario, vive solo de sus conocimientos, únicamente se dirije á sus amigos de confianza.

Quincenalmente ó mensualmente escriben una docena de cartas que respectivamente envian á otros tantos amigos elegidos entre los mas ricos y generosos que conocen.

Cada una de aquellas cartas encierra con levísimas variantes este contenido:

«Señor don fulano de tal:

»Por ser V. uno de mis mejores amigos y la única per»sona de mi completa confianza, me atrevo á dirigir á V. la »presente, despues de haber sostenido una terrible lucha con»migo misma, encaminada á pintarle lo violento y excepcio»nal de mi situacion.

(Aquí entra una descripcion patética y aterradora.)

»Por lo tanto, si V. se digna amenguar en lo posible mi »crítica posicion, yo, además de agradecerlo con toda mi »alma, *reintegraré* á V. oportunamente, pues esto no puede »durar mucho tiempo.

»Espero de la caballerosidad de V. que *esto* quede en el »mas absoluto silencio.»

»Sin otra cosa particular, me repito, etc.

»*Fulana.*»

El que recibe una de estas epístolas se conmueve, *filosofa* gran rato, aunque sin culpar á la sociedad presente que es demasiado justa para él, y concluye por enviar á su desgraciada amiga un billete de quinientos reales por el correo interior sin escribirla una palabra, porque cuanto pudiese decirla rebajaria la dignidad de tan elevada señora.

No piensa en el reintegro de su desembolso, y el que pensase seria inútil, y solo desea que aquella mujer desventurada logre alcanzar mejores dias.

Ella recibe mensualmente una suma con la cual podrian vivir holgadamente media docena de familias verdaderamente desgraciadas: gasta supérfluamente este dinero en coches, en bailes y en teatros, jamás socorre á los desvalidos, y...

Y el mundo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.

*
* *

Ya me parece que oigo decir á mas de un lector encarándose conmigo:

«¡Segun V., no existe la pobre vergonzante!»

Sí señor, existe por desgracia; pero no es la que V. ve, no es la que á V. se llega en el paseo, no es la que le escribe por el correo interior invocando su caballerosidad, es la virtuosa madre que por alguna veleidad de la fortuna no tiene pan que dar á sus hijos, y antes de ser gravosa á nadie empeña sus trajes y sus alhajas, vende sus muebles, agota todos sus recursos, y hasta es capaz de morirse de hambre en un rincon cuando de todo llega á carecer, porque nadie se aperciba de su miseria.

¿Le parece á V. que hay en esto exageracion?

Si le parece, es porque no conoce el mundo, porque no se ha tomado el trabajo de estudiar la sociedad en que vivimos.

Esta pobre vergonzante, si sale á la calle impelida por los gritos lastimeros de sus hijos á pedir una limosna, representa una vergüenza verdadera, un rubor no fingido, y apenas

ha reunido lo necesario para que su familia no perezca de hambre, regresa á su casa satisfecha y dando gracias á Dios.

Vamos á ver, dígame V. ahora que esta no es una pobre vergonzante, ¡una pobre de verdad!

Lo es tambien la honrada esposa del desgraciado artista á quien nadie compra sus obras porque carece de reputacion.

La que contempla meses y meses á su marido sufriendo en el lecho del dolor los accidentes de una penosa enfermedad y que solo contaba para vivir con el sueldo de aquel.

La madre de muchos hijos que solo cuenta para mantenerlos y educarlos con el cortísimo haber de siete ú ocho reales diarios, porque su esposo murió como militar pundonoroso defendiendo á su pátria.

Y otras muchas que no enumero por no fatigar demasiado á mis lectores.

Esta es, en sus diferentes manifestaciones, la pobre vergonzante; pero esta generalmente no sale á pedir en público fingiendo que lo hace en secreto, ni escribe á nadie epístolas como la que copio mas arriba, ni tiene palco en la ópera, ni asiste á los bailes, ni, en una palabra, vive á costa del prójimo.

Vosotros ¡oh ilustres varones! los que vivís en situacion de poder consolar al afligido, los que llenais vuestro corazon con el dulce sentimiento de la fraternidad humana, buscad, indagad el paradero de esas víctimas sociales, de esas familias desgraciadas, de esas verdaderas pobres, socorred sus necesidades, enjugad sus purísimas lágrimas, y habreis cumplido con el mas grande de vuestros deberes.

En vez de entregar vuestro dinero á esas pobres vergonzantes que no poseen el menor resto de vergüenza y que indudablemente son mas ricas que vosotros, entregadlo sin escrúpulos y sin miramientos á las que verdaderamente lo necesitan, y habreis merecido bien de la humanidad.

Si no las conoceis, buscadlas.

Y si por acaso os salen alguna vez al encuentro, no titubeis ni un minuto, entregadlas inmediatamente el busto de D. Amadeo representando veinte reales.

¿Y cómo, dirán de nuevo mis lectores, vamos á distinguir á las verdaderas pobres de las que no lo son, si ambas salen á pedirnos?

¡Ah, inocentes, y sobre inocentes egoistas! ¿Quereis por ventura que yo os enseñe hasta á conocer las personas? ¿No habeis aprendido á distinguir la moneda buena de la falsa? Pues aplicad el cuento, porque segun dice Espronceda en su *Diablo Mundo*,

> . . . . en el mundo hay que aprender
> á sentir crecer la yerba.

FRANCISCO FLORES Y GARCIA.

LA PENSIONISTA

En este país de empleados y de cesantes, la *pensionista* forma un verdadero grupo social y de los mas instructivos. Nace, por lo comun, en el modesto desahogo de la clase media, crece en el olvido involuntario de las cosas domésticas, y se educa en las pueriles vanidades de una opulencia engañosa. De aquí sus amarguras, sus desgracias y sus tropiezos frecuentes.

Hay *pensionistas* de varias edades y categorías: las hay jóvenes y las hay viejas, las hay viudas y las hay huérfanas, las hay que cuentan sus mesadas por cientos de reales y las hay que las cuentan por cientos de duros; escusado es decir que las hay bonitas y las hay feas. Entre unas y otras invaden todas las esferas de la vida.

Se las encuentra en la córte con su título de excelencias y sus humos de grandes señoras. Se las tropieza en las iglesias con sus hábitos de compuncion y sus ribetes de fanatismo. Se las distingue en el teatro con su traje de *suripantas* ó sus pretensiones de partiquinas. Se las halla en el café con su *media tostada de abajo* y su *media copa mezclada*. Se las vé en la romería de San Isidro con su botijo encarnado en la mano y su pañuelo de rosquillas debajo del brazo. Se las sorprende, por fin, en los humildes rincones

del quinto piso con su apariencia de modistas y sus pujos de cortesanas.

Pero lo que divide la especie en dos grandes familias es el novio. El novio es para las mujeres lo que el rocío para las flores, lo que el agua para los peces, lo que el aire para las aves: una necesidad primaria é ineludible. Sino que existen mujeres que buscan el novio para marido, mujeres que lo buscan para maridear, y mujeres que lo quieren para entremarido. Hé ahí el toque de la clasificacion psicológica y fisiológica que hemos menester.

Figuraos una *pensionista* viuda á quien impresione fuertemente el recuerdo de sus grandezas de casada, ó una *pensionista* huérfana á quien aguijon sin descanso los ejemplos de matrimonios deslumbradores, y tendreis conocida la primera familia de la especie. Esta podria llamarse la familia de las *pensionistas casaderas.* Su principal cuidado y su eterna preocupacion, es hallar un marqués, un embajador, un banquero, ó un almacenista de alfombras que les dé su nombre. Allí son los afeites, los perfumes, los vinagrillos, los cosméticos, el agua de Barcelona, la toalla de Vénus, los empréstitos ruinosos, las cuentas abrumadoras y los descuentos asfixiantes.

Figuraos una *pensionista* huérfana que tiene miedo infinito á los azares de la fortuna, ó una pensionista viuda que tiene amor decidido á la tutela del presupuesto, y ya estais enfrente de la segunda familia de la especie, la cual se podria denominar la familia de las *pensionistas célibes.* Todo menos casarse es su divisa. Aquí son de ver las citas clandestinas, los parentescos improvisados, las uniones temporales y los divorcios prematuros. Cupido guarda para estas ejemplares Susanas todas sus travesuras, y Mercurio no siempre les niega sus dones.

Claro está que en ambas categorías hay su aristocracia, su mesocracia y su democracia. No hay que decir que varian los perfiles y los pormenores de cada tipo, segun la posicion económica de la protagonista. Pero esto no altera la sustancia de las cosas. Pasemos, pues, adelante.

Dos veces por lo menos en el año rige para las pensionistas el principio de igualdad. ¡Dichosas ellas! puesto que dos veces al año se exige su presencia personal en las oficinas del Estado para pasarles revista. ¡Qué espectáculo el de esas dos fechas! Yo he asistido á él, durante una buena época de mi vida, y no hubiera cambiado el privilegio por un palco de abono en la ópera, ni por un abono de tendido en la sombra, aunque fuese entusiasta de los toros y á pesar de creerme mas que aficionado á la música.

Huérfanas apolilladas, de sesenta años de edad, con la piel curtida como el cordoban y los cabellos descoloridos como la ceniza; viudas de veintiseis años no cumplidos, con los ojos provocadores como la malicia y los lábios estimulantes como la pimienta; sayas de percal cubriendo formas de alabastro que merecian la seda y el terciopelo; rostros de diosas bajo cabellos de oro y cabellos de ébano sobre semblantes de azucena; perlas en donde debia haber callos y callos en donde debia haber perlas... ¡Cuán estraños contrastes no he presenciado en la galería semestral de *pensionistas!*...

Entre otras notabilidades conocí por este medio á la bella Carolina, célebre hoy en los anales del *demi monde*, linda muchacha de rostro angelical, de talle flexible, de pié menudo, de hechizos sobrehumanos: nácar sobre amapola, nieve sobre fuego, huérfana de un antíguo vista (que no sé si seria en vida ciego), la cual ¡no se asusten mis inocentes lectores! parecia no haber encontrado medio de disimular la inoportuna inflamacion de su vientre. Era la única tacha que se podia poner á la pureza de su contorno. Y ella debia saberlo, porque al oirse llamar huérfana, cubrió púdicamente con sus manos su accidental flaqueza.

Así entré tambien en el comercio amistoso de una excelente señora, ya en paz eterna, cuyos ojos dulces como el azul de los cielos y cuya faz serena como el agua de la laguna, no habrian revelado á nadie ni el corazon tempestuoso que latia bajo la pañoleta de blondas, ni el bolsillo extenuado que agonizaba bajo la airosa falda de *glacé* perla claro. Víctima infeliz de la vanidad tanto como del amor, vivió

viuda diez y seis meses y murió tísica en diez y seis semanas.

Una anciana respetable he tratado por fin en aquella fecha, que cobraba los servicios hechos por su difunto padre al rey D. Fernando VII, y era de carácter tan vario como indefinido continente. A pesar de su peluca semi-rubia, semi-castaña, y de sus ojillos grises, semi-vivos, semi-apagados, no cabia decidir sobre su edad, que oscilaba entre los cuarenta y los ochenta. Ni hermosa ni fea, ni fresca ni ajada, ni alta ni baja, ni gruesa ni flaca, parecióme desde el primer momento una memoria curiosa de los archivos oficiales. Amena en su conversacion, ejemplar en su trato, artista en sus devociones, devota en sus costumbres, y en sus alegrías como en sus epígramas circunspecta, diríase que era el último resplandor de una generacion fútilmente discreta.

Lo mismo cantaba la *Traviata* en las *Flores de María* que el *Tantum ergo* en los conciertos de confianza. Lo mismo satirizaba á cierta prima suya porque se encenagara en el ascetismo, que á cierto su buen tertulio porque se apasionase de Voltaire y del baron de Holbach. Abrazaba á los revolucionarios y les llamaba «mis hijos,» lo mismo que festejaba á los neo-católicos y les decia «mis camaradas.» Reíase de las debilidades episcopales como un presbiteriano, y se indignaba contra las profanaciones jacobinas como un legitimista. Elogiaba alternativamente á Garibaldi y al Papa, á doña Isabel II y al duque de Montpensier. Solo tenia una pasion, que era la de su personal independencia...

Y esa mujer vive todavía en una casita que dirigió como arquitecto, entre su piano y su harpa, entre el retrato de Calomarde y el busto de Juan Padilla, entre sus cuarenta y sus ochenta del pico. ¡Qué réditos ha cobrado á la pátria el benemérito progenitor de tan simpática dama!

Como se vé, el personal femenino de las *clases pasivas* es muy abundante en ejemplares especiales y curiosos. Desde el ama del cura, rechoncha y coloradota, hasta la fornarina del ministro, altiva y resplandeciente; desde los siete reales de la hija del administrador de loterías, hasta los dos mil pesos de

la viuda del intendente de la Habana... ¡qué escala y qué fases!

Mas, sin embargo, todas las *pensionistas* se parecen en una cosa: en el horror que sienten hácia las reformas y en el amor que profesan al *statu quo*. Todas son conservadoras. No parece sino que presienten cuán amenazado anda su peculio por las vías de la mudanza.

No me amenaceis... deliciosos querubines del paraiso tradicional... Yo reconozco que brillan en vuestro cielo sonrisas acreedoras á toda subvencion y que se esconden entre vuestros caprichos terrenales virtudes superiores á todo encomio. ¡Cómo no, si he visto agonizar sobre un lecho de pajas, humedecidas con el vapor de inmensos infortunios, á una pobre criatura que consumió la juventud en el trabajo y la existencia en la caridad, no abrigando otro dolor (al despedirse de la tierra) sino el de no trasmitir á su nodriza, enferma y rodeada de pequeñuelos, la miserable limosna con que la pátria indemnizaba el martirio de un héroe oscuro!!...

PABLO NOUGUÉS.

LA QUE VIENE Á MENOS

«¡Oh, tempora! ¡Oh, mores! ¡Qué feliz era yo en vida de »mi esposo! ¡Cómo se complacia en darme gusto mi aprecia»ble Celestino que en pié descanse!»

Así clamaba una viuda infeliz recordando los buenos tiempos en que solia ser esposa de un empleado de Hacienda, mucho mas antíguo que las contribuciones y los empréstitos y el archivo y demás aparatos que un ministerio requiere.

Es verdad que no tenia motivo para menos la buena señora, porque su difunto disfrutaba, segun ella, un sueldo de 30,000 reales, fuera del último cero, dicho sea en honor de la verdad.

¡Qué lujo gastaba entonces la adorada, aunque nunca adorable esposa! Ni la bella princesa Sulamit alcanzó tantas y tantas muestras del amor profundo de su *fantástico* Salomon, como Enriqueta (porque entonces se llamaba Enriqueta) consiguió de su Celestino.

Y ahora se ve sola y abandonada de todos, como la miseria y la vulgaridad. Es una señora «que ha venido á menos,» ó como quien dice: es una señora que no conserva de su estado primitivo sino el recuerdo, esa mancha que nos imprime el tiempo al pasar sobre nosotros.

La señora que viene á menos ha entrado ya en la edad

madura; porque necesita un pretérito de toda clase de felicidades, un pretérito sobre qué hacer historia, y la de una muchacha que cuenta pocos años de edad, generalmente hablando, ofrece pocas peripecias.

La señora que viene á menos debe de ser viuda, por una razon análoga, ó por lo menos, es necesario que lo diga, y esto suele bastar en la mayor parte de los casos.

Si es guapa, tiene que haberlo sido mucho mas, y si es fea, ha de haber padecido siquiera una terrible enfermedad que la robó su belleza.

Es preciso que del paralelo entre el presente y el pasado resulte la señora actual como la antítesis de la señora que fué. Es menester que se supla la falta de esperanzas con la sobra de recuerdos. Todo el mundo cree en la ley de las compensaciones, hasta el punto de imaginárselas cuando no existen. ¿Se siente V. enfermo? pues ande V., que para eso no le falta qué comer. ¿No tiene V. una peseta? en cámbio disfruta usted de buena salud. ¿Qué, le faltan á V. ambas cosas? váyase lo uno por lo otro, que bastantes años ha estado V. bueno y sano, y ha tenido dinero y comodidades.

La señora que viene á menos ha disfrutado de muy buena salud y ha vivido holgadamente: en compensacion ahora no puede disfrutar de ninguna felicidad. Por eso suspira frecuentemente, y se la llenan los ojos de lágrimas, y se la hace la boca un agua cuando algun caballero cesante ó *lipendi* la dirige algun requiebro, ó se atreve á proponerla un segundo enlace.

Su corazon, como su cara, iban siempre cubiertos por un velo fúnebre: todo ha cambiado en ella, hasta su nombre; ya no la conocen mas que sus amigos de la juventud por el nombre de Enriqueta; se llama Soledad, nombre característico de las desamparadas. Su traje es negro como sus pensamientos: su existencia es un romance terrible, con su viñeta á la cabeza, que es un retrato de la fotografía del que fué su esposo, retrato que no se aparta... de un alfiler de pecho, fijo siempre en un cajon de la cómoda de la viuda.

La señora que viene á menos saluda á todos los vecinos de

su casa y conoce la historia de cada cual por medio de las criadas que, segun numerosas experiencias, se ha demostrado que son los mejores conductores del calórico y de los secretos ajenos. Esta curiosidad inocente de la señora obedece tambien á la ley de las compensaciones; es muy justo que ella se entere de las vidas y milagros de los demás, despues de haber despilfarrado el relato de la suya, mucho mas milagrera, si no milagrosa, que la del mismo San Vicente de Paul, salva sea la parte.

Todas las criadas de la vecindad saben que la señora es viuda, aunque sin constarlas oficialmente que antes fué casada; pero basta que ella lo diga. Todas tienen noticia de las felicidades pasadas de doña Soledad y de sus infortunios presentes: á ellas debo yo estos apuntes, relatados por la mia con mas malicia que caridad. Dicen que la señora sale todas las mañanas muy temprano y no vuelve hasta el oscurecer, y añade la portera, esa maga de los tiempos modernos que adivina cuanto sucede en un kilómetro alrededor de su portería é inventa lo que no adivina, que la señora Soledad sale despues á favor de las sombras de la noche y no la oye volver nunca.

Yo la he seguido algun dia llevado por la curiosidad, y he podido comprender algo de su misteriosa vida. Doña Soledad se dirige á casa de la duquesa X ó de la marquesa Z, espía el momento en que cualquiera de ellas sale á la calle, la ataja el paso, y con lacrimoso acento la refiere por vigésima vez la historia de sus infortunios: alguna de estas narraciones suele diferir bastante de la del dia anterior, y todas ellas están mucho mas lejos de la verdad. Pero la señora aristocrática se enternece, ostensiblemente por lo menos, y abre el porta-monedas para cerrar la boca de la peticionaria.

Esta derrama algunas lágrimas despues de examinar la moneda que ha recibido, y desaparece. Se dirige á un establecimiento de comidas, almuerza, y sale ya mas consolada en busca de otra parienta ó pariente.

No pierde el sermoncito ni la novena, ni deja de comprar alguna friolera para tomar un bocadito á las altas horas de

la noche; porque el mucho llorar debilita, y la pobre señora llora cada dia mas que el resto de los mortales en un año con las medidas gubernativas.

Come en fonda; los mozos la conocen, así como todos los detalles de su historia: la que no han conocido nunca ha sido su generosidad. Aseguran que algunas veces no come sola, pero esto debe ser por vengarse de la ruindad de la pobre señora.

Lo que es indudable es que toma café en el de San Luis con un ciudadano contemporáneo de su difunto Celestino, y que salen uno tras otro por no dar que decir á las gentes, y que suelen permitirse el exceso de asistir al teatro, pero siempre con la mayor prudencia y cautela, á la localidad mas oscurita, y se sientan tan juntos, sin duda para no parecer mas que una sola persona, que, segun dicen los acomodadores, no necesitaban comprar mas que dos medias entradas.

La señora que viene á menos suele casarse en segundas nupcias; pero este es un *casus belli*, y semejante vulgaridad es indigna de la clase. Algunas veces la señora pretende una viudedad, otras consigue un estanco; esto consiste en que se halla bien relacionada ó logra ponerse en contacto con algun personaje.

Las menos afortunadas no aspiran á tanto y se contentan con los buenos oficios de la gente filantrópica.

No faltan algunas que siguen la honrosa carrera de patronas, pero siempre en la esfera mas humilde. Ellas, y solo ellas, son las que se atreven á pedir pupilos á «seis reales »con principio y postre.» Ellas las que, con el mayor desinterés posible, anuncian en *La Correspondencia de España*, eco imparcial de la opinion de la prensa y de las patronas, las gangas mas positivas que aparecen en la cuarta plana del diario noticiero, á excepcion de las líneas consagradas al aceite de bellotas, revalenta arábiga y sastrería póstuma de la funebridad.

Verbigracia, y vamos al decir: «Una señora viuda cede »habitacion y cama con asistencia ó sin ella, para un caba-

»llero ó dos. Se advierte que no es casa de huéspedes.» Y no está demás la advertencia, porque á primera vista cualquiera cree lo que no es.

Otras veces se lee: «Una señora sola, condicion *sine qua* »*non*, desea salir de Madrid *afuera*, con un caballero sin hi- »jos: tendrá quien la abone.»

Alguna establece una almoneda perpétua de muebles, y hasta se dan casos de señoras que vienen á menos que se ganan la subsistencia con el nobilísimo arte de echar las cartas. Son hormiguitas que no se dejan morir como las mujeres vulgares.

Estas sucumben en la oscuridad y la miseria ó consagran sus cariñosos desvelos al hijo de sus entrañas, al esposo querido ó al venerable padre. La viudez ó la orfandad las deja sumidas en el desconsuelo. Estas dignísimas esposas, hijas, amantes ó heróicas señoras no caben dentro del tipo de la señora que viene á menos. Ellas están unidas á la humanidad por las virtudes y el sentimiento: la señora Soledad es el «águila caudal» de que hablaba Quevedo, que no está asida sino á los escudos de sus semejantes hasta cierto punto.

La señora que viene á menos solamente tiene un punto de contacto con el mundo, ó para decir con mas propiedad, un apunte, un ciudadano que vive, como ella, de su industria y que no naufraga tampoco muy fácilmente en el océano social.

Su modo de vivir es «muy oriental, pero poco civilizado,» como dice aquel personaje de una zarzuela: consiste todo el artificio en ofrecer, por medio de anuncios, colocaciones, mediante una fianza ó dinero para alguna empresa, ó descubrimientos especiales para cualquier uso, pidiendo á cada indivíduo que cometa la inocentada de creer en semejantes gollerías, cuatro ó cinco sellos de correos para dirigir la contestacion al que hace la pregunta. Inocentada es tambien decir á Vds. que la fianza suele desaparecer por el mismo conducto que los sellos, y que el amigo de la señora que viene á menos tiene la modestia de no dar su nombre para tan ingeniosas negociaciones.

Tal para cual: doña Soledad y su amigo viven á costa del país y menosprecian las murmuraciones. La señora que viene á menos vive para sí y el caballero hace lo propio: forman una asociacion explotadora y ninguno de los sócios quiere ofender al otro haciéndole partícipe de ganancias á que no ha contribuido.

Cuando llega el dia de la ruptura y la razon social desaparece, se cantan las cuarenta y se ponen como nuevos recíprocamente ambos consócios.

Cuando la señora, á fuerza de venir á menos, viene á enfermar y á morirse, solamente puede contar con el hospital y el *hoyo grande*. Entonces comprende su verdadera soledad, pero ya es tarde. Es una planta parásita, cuando menos, cuya conservacion á nadie interesa: la sociedad nada la debe sino disgustos alguna vez, y no se preocupa de la suerte de la pobre buscona.

No hay quien vele por ella; no deja en la tierra quien la llore: si alguno recuerda su nombre será para escarnecerla, quizás para difamarla, y hasta sus estudiadas quejas, sus cómicos suspiros y forzadas lágrimas se recordarán por alguno de sus amigos para hacer reir á los que le escuchen.

La señora que habia venido á menos ha muerto. Tranquilícense Vds., que tambien muere aquí este artículo.

Me parece que me porto como caballero; no puedo hacer mas que matar á la protagonista de mi obra, para quitar á ustedes de encima esa plaga social.

E. DE LUSTONÓ.

LA PITONISA DEL BARRIO.

LA PITONISA DEL BARRIO

I

Lo mismo en el barrio de Maravillas que en el del Barquillo; así en Sevilla como en Barcelona, y donde quiera, en fin, que haya barrios, hay sus respectivas pitonisas.

Sobre todo en los barrios antíguos, en aquellos donde ni las casas ni su alineacion han sido en largo tiempo alteradas; allí donde las familias que viven hoy son descendientes de las que estrenaron las habitaciones; allí es donde se encuentra perenne y en toda la plenitud de su sér la pitonisa; allí, cuando se va acabando una, se está completando otra que, á su debido tiempo, pacífica y ordenadamente le sucede en su espinoso cargo, con tácito pero unánime asentimiento del vecindario.

II

La pitonisa del barrio es mujer francota, de buena salud, servicial y de índole generosa; se detiene á hablar á todas las puertas de calle y á las de todos los vecinos que encuentra abiertas al subir y bajar las escaleras de su casa; á cada vecino da de paso una noticia; porque madruga, hace diligen-

cias, se entera, tiene buena memoria, y le gusta propagar los conocimientos humanos. ¡Buena persona! diria Márcos Zapata.

Debia haber dicho tambien que tiene siempre mas de cuarenta años; porque si bien no existe ley alguna que fije la edad en que se pueda desempeñar tan honroso ministerio, la opinion no concede sus sufragios á las de menos edad que la susodicha, y las mujeres que aspiran á ocupar las vacantes, en vez de sublevarse ó apelar á bajas intrigas, esperan pacientemente el turno, convencidas de que sin el apoyo de la opinion en vano tratarian de imponerse.

Es asunto de prestigio y confianza, y nada mas.

III

Ella sabe... ¿quién es capaz de decir lo que sabe?

Con referencia á su barrio, lo sabe todo; de los demás sabe mucho, y de algunas leguas en contorno sabe algo.

De genealogías de los mas antíguos habitantes del barrio, sabe por lo menos hasta tres generaciones, inclusas las ramas colaterales y sus entronques; de incendios y demás siniestros ocurridos, da razon sin pasar en silencio accidente alguno de mediana importancia; de cuando se hizo la fuente; de cuando pasaron por allí uno á quien iban á ahorcar; de las rentas que cobraban los frailes en toda aquella demarcacion; de las funciones que celebraban; de los privilegios que tenian; de quienes en el barrio fueron afrancesados el año *de ocho* y de quienes fueron realistas cuando cayó *la* sistema; de quien tuvo escondido al general que estaba perseguido y conspiraba y de si éste pagó bien ó mal el beneficio; de quienes se enriquecieron con el matute y de quienes vinieron á menos, y si fué por propia ó ajena culpa; de todas estas cosas y otras muchas es sabedora la pitonisa del barrio.

IV

¿Pero es esto solamente lo que la caracteriza? ¡Bah! ¡Pues si esto es bicoca y nonada!

Ella es la que tiene la botellita de árnica y el aguardiente alcanforado, y la imágen de San Ramon Nonato y el clisterio (al que da otro nombre) que están siempre en uso por el barrio; porque cuando un vecino le devuelve uno de esos objetos, otro se lo está pidiendo prestado.

Y hay mas. ¿Creerian Vds. que hay mas? Pues hay mas, digo; porque con su aptitud y su buena voluntad, lo mismo es para un barrido que para un fregado; y así como es capaz de pasarse toda la mañana en la cocina de la de al lado, que celebra fiesta de familia, cuidando de todos los guisos y enseñando á la hija mayor el modo de componer las albondiguillas y darles forma dentro de una jícara con su tapadera sin manosearlas, así tambien por la tarde acude á cambiar la ropa de cama de una enferma que no puede menearse, y por la noche, ó va á la novena, ó lava y tuerce cuatro trapitos, ó da una vuelta por la verbena, y al dia siguiente vuelve á estar en pié al cantar el gallo.

V

Sus conocimientos prácticos, su excelente memoria y su experiencia le grangean contínuos elogios de cuantos la tratan; pero, si bien debemos declarar que no le pesa ni mucho menos de verse bien quista, preciso es añadir que no se envanece en proporcion de los elogios que se le tributan.

La pitonisa del barrio no recibe de la deidad noticias sobre lo porvenir; pero ella las deduce de lo presente y lo pasado.

Cuando ella dice: ahora sí que va á apretar el frio; vamos á tener un invierno crudo porque ha llovido el dia de san Tal y desde entonces todos los dias hemos tenido nieblas; y yo me acuerdo de que esto solo lo he visto una vez en mi vida, que fué el año de tantos, cuando por Reyes hubo cinco lavanderas heladas en el rio, y además que el dolorcillo sordo y traidor que tengo en esta pierna solo me aqueja cuando el tiempo va para muy frio y hace tres dias que no me deja sosegar; cuando ella dice estas ó semejantes razones,

todo el vecindario se apresura á preparar los abrigos, y si aquel año el frio no es muy riguroso, no importa: el vecindario cree que sí porque ella lo ha dicho; que á esto y mucho mas conduce la idolatría, y todo barrio idolatra á su respetuosa pitonisa, porque le halaga el creer que en ningun otro barrio hay mujer tan entendida y útil.

¿Por qué se purgan ó dejan de purgarse los indivíduos de la vecindad?

Porque aconsejó ella.

¿Por qué acuden para ciertos y determinados artículos á una droguería que está muy lejos, habiendo otras mas cerca?

Porque para aquellos artículos la droguería lejana merece la mas ciega confianza de la pitonisa.

¿Se instala en el barrio una familia desconocida?

La pitonisa es la que primero forma concepto de ella: primero por los muebles, cuya cantidad y calidad le revelan muchas cosas; despues por la cara y pelaje de los indivíduos, y despues por las horas á que entran y salen de casa, si van juntos ó cada uno por su lado y hácia dónde se encaminan. Despues caza indicios al vuelo, recoge por casualidad una noticia, se topa de manos á boca con un pariente ó amigo del vecino nuevo; y si no es así, de otro modo cualquiera, ello es que muy en breve nuestra mujer sabe mas que todo el barrio junto acerca de la vida y los hechos de los recien llegados al barrio.

VI

Si se descubre una mala accion cometida por persona que tiene conocimiento en el barrio y gozaba en él de buena fama, tengan Vds. por seguro que mas de cuatro personas dirán:

—¡Mire V. lo que son las cosas! ¡Y parecia tan hombre de bien! ¡Canastos qué buen ojo tiene la señora Pepa! Mas de dos y mas de tres veces la oí hablar de él, y siempre decia: Será muy bueno; pero no sé lo que tiene en aquella mirada, que á mí no me gusta.

Cuando quebró el curtidor de la esquina, unos decian que era jugador; otros, que habia malbaratado el caudal con una bailarina; los de mas allá dijeron que todo lo habia gastado en sociedades mineras: hasta hubo quien le colgó al pobre hombre el haberse arruinado porque habia tenido que comprar á jueces y escribanos para que no le echaran á presidio, habiéndole descubierto que era monedero falso.

¿Pero quién dió con la verdadera causa?

¡Quién habia de ser! La señora Pepa.

Ella nunca dió crédito á todas aquellas habladurías, y siempre mostró la sospecha de que la causa de la ruina del curtidor era una cuñada muy beata, que él por caridad habia recogido; una cuñada que poco á poco habia llegado á dominarle; que no se trataba con nadie; que apenas comia y engordaba mucho, y ¿qué sé yo qué cosas?

El pobre curtidor cerró su establecimiento y se murió de pesadumbre.

Al poco tiempo la cuñada dijo que le habia caido la lotería, y se compró una casa.

Súpolo el barrio y hubo un coro al unísono, repetido durante largo tiempo, coro cuya letra era del tenor siguiente:

—¡Caramba con la señora Pepa! ¡Si parece bruja!

A ella no se le quitaba de la cabeza que la cuñada era una pícara, y ¡mire V.! al fin salimos con que ha comprado una casa.

Y si la señora Pepa se hubiera equivocado y á la cuñada le hubiera caido la lotería, tampoco habria importado nada. Con pruebas á la vista, la señora Pepa habria podido desengañarse de su error; pero sus admiradores, ó mas bien dicho, sus devotos, no.

VII

¡Con qué placer saborea lo que dice! No quiero tacharla de parlanchina; pero es aficionada á narrar sucesos, y lo hace con tanto gusto suyo como de los que la escuchan.

Materia de los mayores triunfos de su elocuencia son

aquellas narraciones en que explica el curso de una larga enfermedad á que sucumbió por fin alguna vecina del barrio.

Por supuesto que la pitonisa no puede ver á los médicos ni pintados. Alguna vez, cuando á ella le parezca, no vacilará en llamar al sangrador, pero al médico nunca. Cuando habla de estos, no es para decir que visitan á tal ó cual familia, sino para decir: á Juan le mató tal médico, á Pedro le mató tal otro.

El barrio en general, no hay para qué dudarlo, participa de sus opiniones y suele dejar que se agraven en su recinto las enfermedades, sin acordarse de que haya médicos en el mundo. Cuando en una casa están á punto de perder toda esperanza de salvacion para el enfermo, entonces piensan, como recurso extraordinario, en la medicina; pero antes de resolverse á llamar á la puerta del doctor, vacilan y dicen entre sí: ¿Qué va á decir la señora Pepa?

Si sobreviene la muerte, la opinion del barrio condena al médico, y ninguno de los parientes y allegados del difunto quiere tener la culpa de haberle llamado (pues culpa lo consideran), y despues cada uno procura explicar á la señora Pepa las cosas de manera que no crea esta que quien primero habló de médico fué la persona que le dirige la palabra, y por último, se justifican echando sobre el muerto la responsabilidad de lo ocurrido, por haber sido él quien propuso si seria del caso, dándolo ya todo por perdido, intentar la calaverada de buscar salud en la medicina.

Ella cree de buena fé que el difunto y su familia hicieron un disparate, y no deja de echárselo en cara; pero como no es inexorable ni rencorosa siquiera, se lo perdona con magnanimidad, y en esos casos es cuando refiere á sus atentísimos oyentes las notables enfermedades padecidas por personas amigas suyas, el respectivo curso de esas enfermedades sin pasar por alto vicisitud alguna, y las torpezas mortales cometidas por los médicos, precisamente cuando la enfermedad habia hecho crísis y el enfermo iba á ponerse bueno.

VIII

Hay en muchos barrios mujeres ventaneras, habladoras y chismosas, que no deben ser consideradas como otros tantos aspectos y variantes de nuestro tipo.

La pitonisa no es chismosa ni murmuradora: es discreta, y aunque refiere mucho, en sus relaciones se distingue claramente lo distante que se halla de la charla y la maledicencia.

La pitonisa es benévola.

Díganlo tan innumerables favores como tiene hechos á todo el vecindario; la paciencia con que sufre á los impertinentes chiquillos que entran de contínuo en su casa y á su sabor la revuelven; la buena voluntad con que por Carnaval completa los disfraces de las mozas, peinando á una, prestando unas preciosas cintas ó una buena saya á otra, y enseñando á todas los modos de hacerse con sus propias ropas los mas variados trajes de capricho.

La pitonisa no es de aquellas que al dar noticias de otras personas dice por ejemplo: Doña Petra estuvo casada con un señor alto y grueso que tenia la nariz colorada de tanto beber, y tuvo una hija tan mala cabeza como una tia suya que mató á disgustos á su pobre marido; no, la pitonisa dice: Doña Petra tenia un marido muy buen mozo y fué madre de una niña rubia ó morena.

Cuidado, empero, con que doña Petra ó su hija traten de causar el menor daño á persona alguna y ella tenga que intervenir en el negocio, porque una vez comprometida su negra honrilla, no se callará nada de cuanto sepa, y entonces se verá si hasta entonces no habia dicho mas por prudencia ó por ignorancia.

Cuando llega la muerte para ella, hay una verdadera desolacion en el barrio y sus amigos llegan á creer de buena fé que nunca podrán consolarse.

Pero... se consuelan.

Sin embargo, no la olvidan, y durante largo tiempo se oye decir con frecuencia en el barrio:

—Hoy hace tantos dias ó meses que murió la pobre de la señora Pepa.

—Esta randa me la dió la señora Pepa.

—Ayer hemos comido bacalao con patatas, que estaba riquísimo. Aun me acuerdo del dia que la pobre señora Pepa me enseñó cómo se guisaba.

Y en alguna casa se sirven de una alcuza ó de una redomita que le habia pertenecido, y durante toda una generacion se le llama la alcuza ó la redoma de la señora Pepa.

ROBERTO ROBERT.

LA BONITA... Y NO MAS

¿Y no mas? ¿Pues qué mas queria V. que fuera, hombre de Dios? dirá de cierto algun lector al tropezar con el epígrafe de este artículo. Y no me estrañará que lo diga, porque conozco mas de uno y mas de veinte hombres tan apasionados de la estética, que tienen la belleza por la primera condicion de que deben estar dotados *los objetos*. Tampoco me extrañará que alguna fea contemple con agrado el epígrafe de mi artículo, adivinando tras las cinco palabras que lo constituyen toda una crítica de la belleza mujeril, al par que una exposicion completa de principios, de los cuales se deduzca que la hermosura no tiene en el sexo *bello* la importancia que los escritores y los que no escriben la atribuyen.

Si alguna fea, en la mas exacta acepcion de la palabra, piensa que el autor de este escrito va á romper lanzas contra las mujeres bonitas, se equivoca de medio á medio. Si algun aficionado á mujeres hermosas presume que el abajo firmado adora la fealdad y detesta la hermosura, se equivoca tambien. No sabe el que en este momento tiene el honor de dirigirse al público ilustrado, si acertará á exponer clara y correctamente el objeto que se propone al trazar estas líneas, y por esto y porque desea que nadie abrigue duda de ningun género acerca de la sinceridad de sus intenciones, declara que

no le ha movido á publicar las presentes reflexiones ningun sentimiento bastardo de ódio ni venganza, sino el honrado y laudable deseo de enaltecer al bello sexo, deduciendo de la censura de algunas mujeres el elogio de otras, para que el curioso lector, con perfecto conocimiento de causa, falle y decida en pró de las mas dignas y merecedoras de afecto, estima y consideracion.

*
* *

Hecha esta advertencia debo entrar en materia y comenzar á cumplir mi cometido descubriendo el tipo de la bonita... *y no mas*, y al poner manos á la obra me hallo en la más triste situacion en que jamás se halló hombre alguno, puesto que el tipo de que debo tratar es de tal naturaleza, que se escapa á mi tosco espíritu de observacion y se niega á encerrarse dentro de mi humilde estilo. Decir de una mujer que es bonita, es bien fácil decir; decir que no es mas que bonita, no es tampoco difícil; pero dibujar y contornear el tipo de la mujer que no tiene otra mision en la tierra que la de ser bonita, es empresa que podrá ser llana y sencilla para claros ingénios, pero que para mí no es sino árdua y difícil y punto menos que imposible de realizar.

Digo esto para que el lector sepa á qué atenerse y no pase adelante si busca en este artículo cosas hondas y de sentido, y para que en ningun caso tenga motivos para motejarme de poco sincero, ya que los ha de tener de sobra para tacharme de ramplon, difuso y falto de ingénio.

*
* *

La *bonita* se diferencia notablemente de la *buena moza*. Esta luce en la calle y en el palco, allí donde puede ostentar su espléndida y fornida belleza; aquella brilla en la carretela ó en la platea, allí donde puede ofrecer á la consideracion de los aficionados su rostro delicado, sonrosado y agraciado, sus hombros blancos, mórbidos y redondos, y sus manos suaves y

diminutas. La *buena moza* nos seduce por el conjunto, la *bonita* por los detalles. Hay en la *buena moza* algo de varonil, de imponente, de dominante, que en vano buscaríamos en la *bonita*. La *buena moza* parece que subyuga, que manda, que impone á los que la ven la obligacion de admirarla; el bello ideal de la *bonita* es el suspiro, la contemplacion, el éxtasis. En la religion del amor aquella viene á ser una especie de San Cristóbal hembra; esta representa un papel semejante al de Santa Filomena... con urna de cristales y todo.

*
* *

Las heroinas se nos aparecen á través de los tiempos bajo la figura y aspecto de *buenas mozas*. La madre de los Gracos debió ser lo que se llama vulgarmente una *real hembra*. Juana de Arco, la heroina de Peralada, la monja Alférez, Theroigne de Mericourt y Agustina Aragon, fueron sin duda *buenas mozas*. Tambien lo fué, y de ello doy testimonio, cierta lavandera que en la revolucion del 54 llevó á cabo la hazaña que refirió por entonces un aleluyero (ó aleluyista) en los siguientes términos:

Una mujer varonil
desarma á un guardia civil.

Las heroinas del amor, ya inmortalizadas por los poetas ó ya creadas por la mente de estos, pertenecen casi siempre (ó mucho me equivoco) al grémio de las *bonitas*. Helena (con *h*), Cleópatra, Dido, Lesbia, Delia, Cinthia, Beatriz, Laura, Leonor, Isabel de Segura, fueron bonitas y archi-bonitas, si hemos de creer á los que las amaron. De Safo me figuro que debió ser fea, y me fundo en el desvío con que la trató el bellísimo Faon.

Un tomo y dos y ciento pudiera llenar con ejemplos y citas en demostracion de que en este mundo ha habido y hay mujeres *bonitas;* pero en España escribo y con españoles hablo, y no creo necesario cansarme en probar lo que (y no lo

echeis á mala parte) está harto probado. Un santo, de cuyo nombre no me acuerdo, decia: *Si quieres milagros, mira.* Yo, humilde pecador, me permito decir á mis compatriotas: *Si quereis ver muchachas bonitas, tomaos el trabajo de abrir los ojos.*

*
* *

Revenons á nos moutons, que dijo Panurgo. Volvamos á nuestro asunto y tratemos de la *bonita... y no mas*, que á eso se dirige el presente artículo, por mas que hasta ahora lo disimule bastante.

La *bonita... y no mas* es un tipo harto frecuente en nuestra sociedad y lo será sin duda en todas las sociedades. Hay entre nosotros infinidad de mujeres muy bonitas, muy seductoras, muy recomendables por su aspecto exterior, mas en cuyo interior no existe la menor señal de inteligencia, el menor átomo de espíritu, el rastro mas insignificante de pensamiento. Como el busto de la fábula, inspiran al que las contempla la célebre cuanto sencilla reflexion siguiente:

Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.

Estas pobres criaturas, verdaderas *pobres de espíritu*, nacieron con cierta predisposicion hácia la tontería; predisposicion que se acrecentó notablemente merced á las circunstancias que desde la niñez las rodearon, y merced sobre todo á su fatal y mal empleada belleza. La educacion femenil no existe en España, y se puede asegurar que la mujer que *sale lista* y dispuesta, á su natural ingénio, no á la enseñanza, lo debe. Nacer bonita y rica por añadidura y además tonta, son tres condiciones de las cuales resulta la perfeccion del tipo de que tratamos. La que nace en tales condiciones no halla en la sociedad la enseñanza que proporcionan las desventuras, esa enseñanza que la fea pobre recoje de la experiencia del mundo y que convierte á la tonta en discreta y en sábia á la ignorante.

Acostumbrada desde sus primeros años á que la llamen *bonita*, no es nada extraño que la mujer de quien hablo cifre todo su conato en conservar y en acrecentar su belleza. De aquí que en vez de ilustrarse y de atender á las faenas domésticas, la bonita solo lee los periódicos de modas, y su única faena consiste en dar á los mil menjurjes que la industria de los perfumistas inventa, la aplicacion que estos industriales recomiendan.

¡Qué bonita es la bonita! Y sin embargo, ¡cuánto pierde de encanto la que no abriga ninguna idea en su cerebro, la que no es mas que bonita! Tras aquellos ojos tan bellos no hay nada mas que un estúpido sentimiento de satisfaccion personal; tras aquella frente que pudiera abrigar nobles y elevadas ideas, no hay sino el último figurin.

La *bonita... y no mas* no cose, por no perder la suavidad de sus manos; no lee, por temor de que se la enrojezcan los párpados; no llora, por la misma razon; no se agita, por no despojar á su plácido semblante del sello de tranquilidad que juzga indispensable condicion de la belleza; no rie, por miedo de alterar, siquier momentáneamente, las líneas de su rostro; no piensa, por no distraerse del único pensamiento, del de parecer bonita.

*
* *

La bonita suele casarse, y con los datos arriba expuestos no es difícil averiguar cuál será el destino de su infeliz marido.

¿No habeis oido mil veces, en el teatro y en el paseo y allí donde se reunen las gentes, decir: Qué bonita es la mujer de fulano? ¿Y no habeis sorprendido mas de una vez las miradas envidiosas que dirigen á fulano los admiradores de su mujer? ¿Y no habeis manifestado repetidas veces vuestra extrañeza al saber que fulano era desgraciado con su mujer y se daba á todos los diablos por haberla llevado al altar?

Pues si esto habeis visto y oido (porque lo habeis oido y visto, no me cabe duda), ¿habré de cansarme en describiros los

inconvenientes de casarse con mujeres que no tienen otra dote personal que su hermosura?

La bonita y no mas suele ser súcia, mal educada, perezosa, derrochadora, y... ¡la mar!

*
* *

La mayor parte de las mujeres que se pierden son *bonitas... y no mas*. Es probado.

*
* *

No es difícil que la bonita recobre su razon y su reflexion á medida que va desapareciendo su hermosura, y es natural que pase la vejez triste y preocupada exclamando, como la heroina de la cancion, si bien por distinto motivo:

Combien je regrette
mon bras si dodu,
ma jambe bien faite,
et le temps perdu!

*
* *

Los cortesanos de la belleza son como todos los cortesanos. ¡Qué animacion, qué alegría en casa del poderoso! ¡Qué lisonja, que reverencias, qué muestras de admiracion en torno de la bella! Pierda aquel su fortuna, esta su belleza, y vereis como cambia el cuadro. ¡Qué soledad! ¡Qué abandono! ¡Qué aislamiento! Apenas turba el silencio el ruido del sarcasmo. Una alteracion en la Bolsa ó unas viruelas destruyen una córte, acaban con una religion, con la córte de la fortuna y la religion de la belleza.

La virtud modesta, oculta, escondida, tiene pocos adoradores y aun estos le sobran, porque le basta la aprobacion de la conciencia y tiene por recompensa suficiente la tranquilidad que procura al que la practica. Esa no muere, esa no se acaba, esa no se consume, esa no sufre menoscabo, cualesquie-

ra que sean las circunstancias y los accidentes del tiempo y de la fortuna.

*
* *

De todo lo cual resulta, señoras mias, que es muy bueno ser hermosa, pero que es necesario ser algo mas que hermosa para llenar los fines que la naturaleza marca al bello sexo.

PEDRO AVIAL.

LA ACTRIZ DE NACIMIENTO

I

—¿De nacimiento? Vamos, querrá V. decir que nació predestinada para brillar en la escena; que desde sus primeros pasos en la vida revela ya el génio que ha de valerlemas tarde triunfos, coronas y la consiguiente *ovacion*, en el apogeo de la gloria, de una música de regimiento pagada por el público (público son cuatro abonados á turno) y que la acompaña la noche de su beneficio desde el teatro á la casa de pupilos que habita la diosa. Actriz que nació con génio ¿es verdad? ¿Es eso á lo que V. llama actriz de nacimiento?

—No señor, mi actriz de nacimiento es un tipo mas general de lo que V. se figura. No aseguraré á V. que nace con talento ó con disposicion natural para las tablas; lo que desde luego me atrevo á decir es que nace fatalmente para ser actriz. ¿Por qué? me preguntará V.—Hombre, muy sencillo, porque sus padres ejercen la profesion de actores y ella viene al mundo, como quien dice, en el teatro. Ella, la pobrecita, ignora si es buena ó mala la carrera que ha de emprender; sus padres saben solo que el arte está perdido (así dicen todos), y sin embargo, el destino, el implacable destino que nos coje

de la mano y nos lleva al templo de la gloria ó al hospital, sabe positivamente que aquella niña ha de ser actriz.

¡Sí señor, actriz!

Porque son actores sus padres, y nada mas. Podrá tener talento, podrá dejar un nombre en la historia del arte, podrá acaso arrostrar una existencia precaria en esos oscuros teatros de provincia, y *ejecutando* de cualquier manera las obras de nuestros ingénios... en fin, nadie sabe lo que ella podrá ser una vez lanzada al torbellino; pero que ha de ser actriz, eso está fuera de duda.

Quizá sea fea, ¡desdichada! y tenga mala voz, y el público se atreva con ella...

(Un paréntesis: atreverse el público con una actriz es perderla el respeto y silbarla; con las demás mujeres sucede lo contrario, atreverse con ellas y perseguirlas amorosamente hasta la catástrofe.)

Decíamos que quizá se atreva el público con ella, y de derrota en derrota vaya la pobre actriz recorriendo el repertorio moderno hasta que los desengaños y la necesidad le obliguen á limitar su talento... á los papeles secundarios.

En este caso, si alguno le pregunta ¿por qué es V. actriz? podrá contestar como el almirante suizo en la zarzuela bufa:

—¿Cómo es V. almirante en un país que no tiene mar?

—Lo soy... por derecho de nacimiento. ¿Comprenden ustedes ahora el tipo que traemos entre manos?

Pues vamos á describir la vida y milagros de esta españolita.

II

Cuando su madre se sintió embarazada fué un dia bien triste para la familia. Era en el mes de agosto.

Un empresario, mejor dicho, un agente de esos que sirven de intermediarios entre el empresario y el actor mediante un módico tanto por ciento, se habia presentado el dia anterior á contratarla como primera actriz para Cartagena por la tem-

porada del próximo invierno. Su esposo era gracioso, y entre los dos podian reunir un sueldo regular.

Pero no podian empezar á trabajar hasta octubre.

De modo que la madre de nuestra actriz calculaba: dos meses lo menos que tiene ya de fecha esta fechuría, y otros dos que pasarán antes de trabajar, son cuatro; dos meses que trabaje disimulando la cosa, seis; otro mes á disgusto del público: total, que para últimos de diciembre tengo que dejar de trabajar indispensablemente por causa superior.

—¡Y tan superior! añadia el gracioso. Estamos bien. Seis meses llevamos sin contrata empeñando tus trajes de reina, y ahora que nos prometíamos un invierno completo, solo podemos aprovechar tres meses, y gracias, porque si el empresario conoce algo, adiós mi dinero.

—Tú tienes la culpa.

—¡Mujer, yo!

—Sí, tú; estamos sin contrata tanto tiempo, y no se te quita el buen humor.

—Pues ya lo creo. Es lo único que me queda.

—¡Ya!

—¿Pues qué quieres? ¿Que porque estoy sin contrata me figure que estoy sin mujer? Chica, chica, eso seria faltar á Dios en primer lugar, y despues á este cura, porque yo soy muy buen esposo y te quiero como el dia que te conocí en el teatro de Tarragona...

—¡No me lo recuerdes!...

—En fin, mujer, hay que resignarse. ¿Y tendremos niño ó niña? ¿No conoces tú por los síntomas si será pez ó rana?

—Temprano quieres tú que conozca.

—Adelante con los faroles. Uno mas á comer pan, el cual empieza por impedirnos ganar el idem. ¡Qué ganga!

Yo soy la nata y flor
del amor...

—¡Calla! Creo que suena la campanilla. Es el agente que viene con la escritura y el préstamo.

—¡Pues chica, que ignore la ocurrencia!

La escritura fué firmada. La temporada dió principio en octubre, y ya al mes siguiente empezó el respetable público de Cartagena á escamarse con la barriga de la primera dama.

Una noche se hacia *Don Juan Tenorio*, y ella representaba á doña Inés, á la inocente doña Inés.

—¡Qué corto le está el hábito por delante! dijo una señora desde las butacas.

—¿Corto? replicó un jorobado muy amigo del arte, pues no hay que decir por qué.

No fué necesario mas.

El público exigió otra dama.

Hacer papeles de inmaculada pureza con trajes cortos por delante, no puede ser: no hay arte ni prestigio que lo resistan.

Y luego por Navidad se trataba de hacer un á propósito y la dama tenia que representar á la Vírgen.

—¡Bonita estaria la Vírgen! exclamó el jorobado delante de los abonados mas influyentes, y el empresario trajo al punto otra primera dama.

III

Nació, pues, la actriz, hija de legítimo matrimonio (se dan casos) entre un gracioso de mucho *pesquis* y una primera dama de facultades.

En cualquier familia que no pertenezca al *ejercicio*, el nacimiento de una niña trae consigo largos quebraderos de cabeza.

¡Una mujer! ¿Qué haremos de ella cuando le llegue la hora? Si es pobre, ¡cómo casarla! Si es rica, ¡cuánto cuidado hasta ponerla en libertad, esto es, en el matrimonio!

¡Dichosos padres los tuyos, oh niña que naciste entre las bambalinas de Cartagena! Ellos no se preocupan por tu porvenir. O vives, en cuyo caso ganarás sueldo en cuanto sepas

hablar, ó te mueres, en cuyo caso tampoco hay que pensar mucho en lo que han de hacer contigo.

La niña empieza á desarrollarse con el nombre de Concepcion.

Su padre tuvo mucho empeño en que se llamara Concepcion, porque de este modo (pensaba él) todo el mundo la llamará Concha. Concha de niña, Concha de jóven, Concha de jamona, y cuando llegue á vieja será tambien Concha. ¿Quién se atreve á decir doña Concepcion? No señor, Concha. La Sampelayo es característica hace ya medio siglo, ¿y creerán Vds. que entre bastidores le llama nadie doña Concepcion? ¡Ya, ya! Concha, y hasta Conchita he oido yo que la llamaba Romea algunas veces.

A los cinco años de edad la niña Concha ha recorrido media España recibiendo besos de los traspuntes mas afamados.

Sabe ya leer y empieza á hacer garabatos con la pluma.

Su bautismo artístico tiene efecto de la siguiente manera:

Se trata de representar una de esas comedias en que el autor ha puesto una niña que dice tres veces *papaito mio*, *mamá*, y otras lindezas en situaciones de efecto.

Concha aprende las palabras y las pronuncia en alta voz con un tonillo delicioso.

Sale por la noche y el público la aplaude y la llama á la escena.

Dos pesetas le vale cada noche este triunfo.

La aficionada al arte que empieza por ir al Conservatorio y por estudiar desde la galería del teatro del Príncipe á los primeros actores, sufre una presion de veinte calenturas la primera noche que se presenta al público.

Concha no experimentó la mas lijera emocion.

Se habia amamantado entre bastidores; habia observado desde niña que salir al público era simplemente dar dos pasos mas hácia las candilejas y hablar mas alto.

Ella no conocia el teatro desde fuera.

Así como no hay hombre grande para su ayuda de cámara, tampoco hay público para la actriz de nacimiento.

Suele haber aplausos, suele haber flores, regalitos, silbas

estrepitosas, ruido de todas clases, ¡pero público! ¿Qué es eso de público?

IV

Llega Conchita á los trece años, y, ¡válgame Dios! se ajusta ya como otra damita jóven. Este *otra* significa en el teatro *segunda*, solo que es mas bonito.

Con su vestido de cola, su corpiño abultado para que parezca mujer, su peinado arquitectónico y unos guantes claros, sale á la escena y se lleva las simpatías de los abonados mas Tenorios.

Con la misma naturalidad entra en escena que yo en el café Suizo; con el mismo gracejo habla delante del público que un diputado en el Congreso.

Aquel terreno es el suyo.

Pisa por vez primera aquellas tablas; ¿pero qué le importa? ¿No son todas iguales?

Llevad un marinero de un buque á otro. Siempre se encuentra á merced de las olas, que son su elemento. Mudad la actriz de teatro, siempre se encontrará delante de las candilejas y el apuntador, que son su océano.

Conviene no olvidar una observacion importante.

La actriz de nacimiento no es nunca polla. Esta etapa de la mujer social no tiene razon de ser en la mujer teatral. Las bambalinas de la vida como las de la escena se han ido descorriendo para ella á medida que ha ido dando los primeros pasos, y cuando un dia se viste de largo, sabe ya perfectamente por qué y para qué.

Una actriz que vive en contacto con el público, tan lleno de asechanzas, deberá ser víctima de algun Lovelace...

¡Quiá!

El Lovelace llega siempre tarde.

La actriz no conoce al público sino mucho despues de haber conocido á sus compañeros.

Cuando los adoradores que por contrata les salen en cada localidad á las actrices no reparan aun en aquella niña, ya

ella hace telégrafos con un segundo galan jóven, y una noche averigua su papá que los tramoyistas la han visto bajar al foso.

¡El foso, donde se hunden por escotillon desde las reinas de Egipto hasta el asno de *La Almoneda del Diablo!*

¡El foso, donde descansa todo lo inservible! Allí dejó Conchita sus ilusiones.

Dos años despues se daban de sopapos varios jóvenes aficionados al arte, disputándose los amores vírgenes de aquella niña encantadora, mientras ella entraba de lleno en su carrera haciendo ya todas las damas jóvenes y algunas primeras en comedias de costumbres.

No, no seré yo quien asegure á Vds. que Conchita no tenga amores mas ó menos ardientes, y amores variados como los postres en las fondas.

Lo que me atrevo á asegurar es que la actriz de nacimiento se casa con un cómico. ¿Por qué? En primer lugar, porque no aparece otro fácilmente, y despues porque dos á ganar ya es otra cosa, ¡y qué demonio! al que mas y al que menos le gusta hacer lo que han hecho sus padres.

La mayor parte de las gentes que tienen sentimientos religiosos no reconocen por causa mas que el haberlos tenido tambien sus padres.

¿Conque se heredan ciertas enfermedades y no quieren ustedes que se hereden las preocupaciones?

V

Cuando la actriz de nacimiento tiene verdadero génio artístico, llega mas pronto que otra alguna al pináculo de la gloria.

Contribuyen á ello:

La educacion, la costumbre, el ejemplo.

Así es que, si recorremos la historia del teatro, veremos que la mayoría de las mujeres notables pertenecian á familias de actores, y sus primeros pasos los han dado desde el cuarto-vestuario á la concha del apuntador.

Parándose un punto á contemplar esta existencia del arte llena de peripecias, se comprende fácilmente el prestigio que ejerce sobre las imaginaciones juveniles y soñadoras.

Verdaderamente es admirable ver que en medio de una sociedad en que se niega todo á la mujer, pueda esta vivir decorosamente de su trabajo rodeada de todos los esplendores del lujo, de todos los atractivos de la seduccion.

¿Qué importa que el inocente público tenga siempre en los lábios una palabra de sospecha injuriosa para la virtud de la actriz?

Observen Vds. que cuanto mas tonto es un hombre peor suele pensar de los demás.

Hay sér tan bonachonamente estúpido que cuando usted le habla del talento de una actriz pregunta indefectiblemente:

—¿Con quién está enredada?

¡Ah picarillo! ¡Cómo sabe decir todo aquello que cree conveniente para que le tengan por listo!

¿Habia él, el hortera ó el comerciante, despues de dejar la modesta labor de la tienda ó el bufete, de confesar su inocencia?

No, modesto menestral, honrado comerciante que engañas al comprador llevándole un duro de *momio* y llamas ladron al pillete que te saca un pañuelo del bolsillo; no, tú tienes boca y lengua, á Dios gracias, y los domingos y dias de guardar te propinas una butaca para algo. Este algo es el espíritu de crítica que reside en todos los cerebros y que tú aplicas con asombrosa complacencia á la virtud de la actriz que mas brilla.

El dia que te cuentan el último amor de la primera dama crees haber descubierto un problema, y no sabes que tu mancebo te pone en ridículo con tu mujer.

Doblemos la hoja.

La virtud y el vicio no son patrimonio de ninguna clase.

Yo he visto la lucha que esas pobres actrices sostienen con todo lo que las rodea, en busca de una posicion social,

libre, feliz é independiente como se abrió la España al cartaginés.

Algunas lo consiguen, otras sucumben.

Respetemos la desgracia de los vencidos y arrojemos una rosa á los piés del talento triunfante.

¡Cuántas vigilias, cuántos estudios, cuántos sueños se han desvanecido y han vuelto á nacer antes de llegar á esa cúspide que aparece de pronto deslumbradora ante los ojos de la multitud como la decoracion de gloria iluminada por bengalas!

VI

Habeis visto muchas veces que algunas actrices se casan y abandonan la escena.

Ninguna de estas actrices es de nacimiento.

Salieron ayer de la muchedumbre, brillaron un dia, hicieron su negocio, y vuelven á la muchedumbre, que es su pátria.

¡Vulgaridad!

Entre estas actrices y Conchita hay toda una sociedad por medio.

Todos los dias ocurren en el teatro casos de tener que socorrer á un actor desvalido. Se hace una lista de suscricion y cada cual deja allí su óbolo. Como si no fuera bastante esta diaria limosma, contínuamente son solicitadas por las señoras aristócratas para trabajar en beneficio de los pobres. Y las mismas que dudan de las virtudes de la actriz tienen que reconocer en ellas la primera de todas, la caridad.

Aquí entramos de lleno en los rasgos que son peculiares á todas las actrices, y yo no quiero salir de mi tipo, que es una especialidad en la generalidad.

Además es fácil que otra pluma mas experta haya tratado de bosquejar la actriz.

Concretándome, para terminar, á la actriz de nacimiento, quiero hacer observar que su fin es como fué su principio.

Salió de una familia de actores, y si ella tiene familia, dejará actores tambien en pos de sí.

En los teatros hay dinastías que duran años y hasta siglos.

De cuando en cuando sale de esas dinastías un génio que es el encanto de su generacion y la honra de la pátria.

Se parecen en esto á las dinastías de los reyes.

Pero mas afortunado el génio de la actriz que el génio del monarca, cuesta á su pátria menos dinero, y no causa con sus triunfos ni lágrimas ni sangre.

LUIS RIVERA.

LA QUE NO QUISO CASARSE

I

Ella así lo dice; ¿pero Vds. lo creen?

Yo no.

Y no solamente no lo creo, sino que creo todo lo contrario á lo que ella dice sobre ese punto, uno de los que mas á menudo trata.

Esa misma insistencia en asegurar que bien casada estaria si hubiera querido, y la poca maña con que en toda conversacion procura introducir sus accidentes, sin paréntesis, para poder decir á tuertas ó á derechas que si se ha quedado soltera por su gusto ha sido, hacen sospechar á cuantos la oyen de la veracidad de su aserto.

No pasemos, empero, adelante sin establecer una distincion indispensable.

Hay efectivamente mujeres que no se casan porque no quieren.

II

Son mujeres egoistas en sumo grado que se aplican á sí mismas todos los afectos benévolos; mujeres que aman su

manguito, su braserillo, su abanico, su baño, su butaca, su sueño tranquilo; en resúmen: lo sacrifican todo á su persona y á lo que á su persona es conveniente; pero no aman á nadie mas en este mundo.

Su ciego egoismo les hace concentrarse en sí mismas, y son de tal índole, que viven persuadidas de que el dolor de muelas ajeno nunca ha sido ni puede ser tan vivo como el que ellas padecen.

Esas mujeres no solo no aman, sino que no se dejan amar. Encaminadas todas sus acciones á complacerse á sí mismas, nada agradecen; porque si un beneficio ó una muestra de afecto reciben, imaginan que fué accion interesada y que á nadie le ha de costar caro sino á ellas mismas.

Hablan á veces de amor y de amistad; pero hablan de ello sin saber lo que dicen, solo por ajustarse á lo que creen que es una mera convencion hipócrita de la sociedad, y no hay mas que oir la monotonía y las frases estereotipadas con que se expresan para convencerse de que no sienten ni creen lo que dicen.

Esas de quienes voy hablando no pueden ver á los niños sin fruncir inmediatamente el ceño.

La idea de que si se casaran podrian llegar á tener hijos que llorasen, causasen destrozos, exigiesen contínuamente cuidados y les quitasen horas de sueño, bastaria para hacerles mirar con horror el matrimonio.

Por lo demás, no amando á nadie, no entiende que de nadie pueda ser amada, y en todo caso, como ya dije antes, culpa siempre los móviles del amor que se le profesa.

Por ejemplo: si es rica, presumirá siempre que todo hombre que la ame la ama única y exclusivamente por su dinero; pero lleva mas allá las cosas todavía, porque si no es rica y es hermosa, tachará de egoista al que confiese amarla por su hermosura, y si un extraviado le atribuye bellas prendas morales y le dice que por ellas la ama, dirá que no es menor egoismo amar lo bello moral que lo bello físico.

Ahora bien: de esa clase de mujeres no he pensado ocuparme sino para decir que sé que existen; que esas en efecto

no se casan porque no quieren; pero que precisamente yo me propuse tratar en este artículo de las que nada tienen que ver con ellas; esto es, de la que dice que no se casó porque no quiso, y no es cierto.

¡Ay!... no es cierto.

III

Aquellas de quienes he pensado ocuparme se propusieron casarse todas; mas por desgraciada excepcion se encontraron en uno de aquellos rarísimos casos en que la mujer propone y el hombre dispone.

Ya pueden Vds. comprender que no he de hacerlas responsables *in solidum* de su desgracia, ni puedo en general acusarlas de un capitalísimo defecto como á las que no se casaron porque no quisieron; y aunque de muchas de aquellas es notorio que parte de culpa les cabe en su involuntaria soltería, tienen en favor suyo, además de las circunstancias atenuantes que el sexo lleva consigo, otras individuales que acaso sepa yo dar á conocer á mis lectores.

IV

Vamos á ver si me explico.

La madre de Eulalia tiene huéspedes estudiantes, y Eulalia tiene quince años.

Ó diez y seis, que lo mismo da para el caso.

Uno de los huéspedes se fija en que con poco dinero puede ir siempre mas limpio y bien planchado que otros, tener mejor habitacion y mejor cama, y ser, en fin, el huésped predilecto.

Si quieres ser amado, ama, dice el Libro; y él hace una leve modificacion en el texto y traduce: si quieres estar bien cuidado, finge amor á Eulalia.

Y así lo hace.

Lo que al chico le inspira su propio interés es elocuentis-

mo: la inexperiencia y la buena índole de la muchacha subliman mas y mas esa elocuencia.

Empiezan los demás huéspedes á encelarse al ver la predileccion de que es objeto el estudiante vividor; murmuran, se quejan, y la madre obliga á nuestro héroe á que declare sus intenciones, que por supuesto resultan ser las mas santas, con lo cual queda legitimada su posicion excepcional en la casa.

Llega el verano, el mozo se vuelve á su tierra, y desde allí escribe una sentida carta á la novia diciéndole que su padre está irritadísimo con él porque ha descubierto sus proyectos de matrimonio; que su madre no hace mas que llorar de dia y de noche; que si ella lo exige, él se mantendrá firme y le cumplirá su palabra; pero que teme con esto causar la muerte de los amados séres que le dieron la vida y han hecho por él mil sacrificios.

Todo es falso; pero ya sabe él que Eulalia será incapaz de reclamarle el desempeño de su palabra, y efectivamente, la pobre le escribe llorando y le devuelve la libertad (que él se hubiera tomado).

Y aunque en su vida otro hombre vuelva á decirle á Eulalia: «buenos ojos tienes,» y aunque Eulalia viva cien años, no se cansará de repetir que si no se casó fué porque no quiso.

Esta, sin embargo, tiene algun fundamento, siquiera aparente, de que dice lo cierto.

V

Vamos, empero, á las que no tienen excusa, ni jamás la tuvieron, para creer que podian haberse casado y hacen alarde jactancioso de voluntaria soltería.

Tiene una muchacha un vecino ó pariente, camastron que vive en uno de los pisos de la casa que ella habita y suele visitar á la familia.

Ese hombre no tiene ó parece que no tiene trapicheos; ese

hombre no visita á nadie mas que á la familia de la mujer de quien hablamos; ese hombre hace tal confianza de la susodicha familia, que siempre que tiene que comprarse camisas ó corbatas, consulta con la chica y la madre y la tia sobre el color, el precio y la hechura; ese hombre, cuando hay barricadas, cuando hay cólera, las tranquiliza y las visita con mas frecuencia. Además (¡ojo á lo que sigue!) cuando se habla de si la chica se casará ó no, él dice que sobre este particular está muy tranquilo, porque tiene la certeza de que cuando á ella se le antoje se casará en seguida.

¿Qué significa todo esto para ella? Que el vecino ó el pariente es uno de aquellos hombres de entendimiento reposado y claro, de costumbres puras y afectos tranquilos, que está reuniendo su capitalito sin mas objeto que poderle decir á ella un dia: Ea, ya tenemos asegurado el porvenir. ¿Me quiere V.? ¿Sí? pues al juzgado, á la vicaría, á casita, y *laus Deo.*

Pasan años. El hombre se muere. En cuyo caso desde aquel momento no cesa ella de decir hasta el fin de sus dias:

—Si yo hubiera sido como otras, que no ocultan su vergonzosa impaciencia, podia haber casado muy bien. Y con persona acomodada. Y de mucho entendimiento. Y que bien claro lo habia dicho él en cien ocasiones; que si yo no me casaba era porque no queria; que ahí están mi madre y mi tia y mi prima, llenas de vida, que lo pueden atestiguar. Pero el pobre está debajo de tierra y yo no he querido ofender su memoria.

Y si él en vez de morirse se va fuera de España, entonces dice ella:

—Si yo fuese como otras, él no se habria marchado y casados estaríamos; pero como nunca he sido egoista y se trataba de su bienestar, dije: Anda, y Dios te dé buena suerte, que yo no seré de otro mientras viva. Y he cumplido mi palabra.

Y aun si ni siquiera se va él de España y sigue visitándola, entonces dice que habria podido casarse con otros.

VI

Porque es de saber que hay mujeres á quienes nadie les ha conocido el menor amago de novio, y en llegando á cierta edad dicen que los han tenido á manojos.

Y no contentas con decirlo, sacan por testigos de su aserto al primer conocido, que no suele desmentirlas en sus barbas, pero en ausencia suya se lava y disculpa del falso testimonio.

Algunas de estas mujeres se achacan el cariño de todos los que han amado á sus amigas, vecinas y parientas.

Juanito, dicen, el que se casó luego con Amalia, anduvo mucho tiempo á mi alrededor; pero yo no le hice caso: era demasiado ligero de cabeza.

(Y á veces es verdad que Juanito habia ido alrededor suyo; pero ¿para qué? para cortejar á su futura, en cuya casa no era admitido todavía.)

Hay muchas que podrian haberse casado con varios que ¡mire V. que casualidad! se murieron todos.

Hay otras mas ingeniosas, mas artistas, en cuanto á cohonestar su soltería.

Una mujer sola es capaz de decir:

Que podia haberse casado con fulano; pero no le quiso porque era bullanguero.

Que podia haberse casado con mengano; pero no le quiso porque aunque muy rico era calavera.

Que podia haberse casado con zutano; pero no le quiso porque queria llevársela á América.

Que podia haberse casado últimamente con otro; pero no quiso por no dejar á... su madrastra, á cualquiera comodin que le sirva para el caso.

VII

Todas estas que dicen y repiten: «yo no me casé porque »no quise,» suelen tener lenguas de vívora cuando se trata de los hombres.

De todo casamiento que se anuncia auguran mal y procuran apartar cuanto pueden de la senda del matrimonio á las jovencitas con quienes tratan.

Saben de memoria un sinnúmero de anécdotas relativas á matrimonios desgraciados, de cuyas desgracias, por supuesto, siempre tuvo el marido la culpa, y en todas partes espetan sus terroríficos relatos para poner miedo y desconfianza en el ánimo de las doncellas casaderas.

Se forman allá una teoría de talco y oropeles sobre las excelencias del celibato femenil, y la propagan dia y noche para edificacion de su sexo.

Para nada se acuerdan de mentar aquellos últimos años de la vida, cuya soledad hiela el corazon con solo imaginarlo; todo lo refieren á la comodidad de la que vive independiente; á la paz de la que vive libre de celos y traiciones conyugales; no saben ó no quieren ver en los hijos mas que chiquillos llorones, causa de congojas y pesadumbres; ni piensan ni sienten cuan incompleto vive el sér humano si no participa de lo mas íntimo de los ajenos afectos.

Así acaban no solo por vocear de contínuo que no se casaron porque no quisieron, sino que con escandaloso arrojo añaden que se alegran de no haberse casado.

VIII

El castigo de esas señoras consiste primero en su forzada soltería, y con decir forzada queda bastante encarecido el castigo.

Pero no es este solo el que les cae encima. Llevan otro, con que ellas mismas nos vengan cumplidamente de los ultrajes que hacen de contínuo á nuestro sexo.

Este otro castigo consiste en que ninguna de esas mujeres cree á ninguna otra cuando la oye decir que no se casó porque no quiso.

Apenas una de ellas suelta semejante aserto, la que la oye dice en seguida para sí con burlesca intencion:

—Sí, como yo.

Y si aquella no se cansa de repetirlo, tampoco esta se cansa de replicar lo mismo.

Despues que en medio de un corro se fatiga una para dejar bien sentado, con mil comprobantes de palabra, que si hubiese querido se hubiera podido casar magníficamente, las otras se reunen á espaldas suyas y haciendo mil aspavientos dicen:

—¿Pero han oido Vds. á esa mujer? ¿A quién le va á contar esos disparates? ¡Si en su vida se le ha conocido un novio! Ha hablado de su primo, que no la podia ver ni pintada; de fulano, que si iba á su casa era por pasar el rato y divertirse con sus ridiculeces; de aquel otro, que nunca hizo mas que negocios con su padre y bien claro dijo siempre que si se habia de casar habia de ser con mujer de mucho dinero. ¡Y á esos llama novios!

—No hay mas que dejarla, interrumpe una del corro. Tiene esa manía... Pues si ella dice que pudo casarse bien, ¡qué no podria decir una si se pusiera á hablar de esto!

Y apenas se va la que acaba de usar de la palabra, ya las otras se miran sonriéndose y dicen:

—Pues esta padece del mismo mal. ¿Qué podria ella decir aunque hablase un año entero? Como si no supiéramos que jamás la habia sucedido nada.

Y ¡ay de la que hable! porque á todas las sucederá lo mismo en cuanto vuelvan la espalda.

Ese mútuo despellejamiento de las solteras involuntarias es una venganza providencial para nosotros.

Como venganza, podria ser poco laudable; pero como providencial, debemos reverenciarla.

Son incorregibles; conste así.

Podria ser muy bien que una de ellas leyese este artículo y dijese para sí: Yo tambien he dicho alguna vez que no me casé porque no quise; pero yo podria probarlo.

¿Ya piensa V. en probarlo? Pues tampoco es verdad.

LEONCIO ALIER.

CUATRO MUJERES

Sr. D. Roberto Robert.

Mi estimado amigo: No sé como podré salir del aprieto en que V. me pone pidiéndome una mujer, pues aunque la circunstancia de *española* que V. espresa por añadidura parece facilitar el cumplimiento del encargo, ello es que ni yo tengo el tal *objeto* (llamarémosle así por ahora), ni deseo adquirirlo, á Dios gracias, ni lo daria á dos tirones, en caso que la Divina Majestad ó Patillas me lo depararan, que uno y otro suelen dar estos regalos á la humanidad incorregible.

Pero á falta de hermosos, interesantes y vivos ejemplares de tan noble especie, V. se contenta con el retrato, con una imágen cualquiera que recuerde las facciones del objeto amado, y esto ya es otra cosa. Andan tantas por ahí de tan diversas condiciones, figuras y modales, que el dibujante menos experto podria, tomando de esta la nariz, de aquella el pié, de estotra los ojos, trazar curiosos tipos que no dejaria de admirar con gusto la posteridad entusiasmada. Y ¡asómbrese V.! ante la fecundidad de la naturaleza y de la sociedad en feliz consorcio ó además de las que existen *per se*, como diria cualquier filósofo, tenemos las que deben sus propiedades físicas y morales al hombre con quien se han unido. Yo tengo para mí, segun otra vez dije, que para formar una

buena coleccion de esta soberbia fauna y al mismo tiempo gigantesca flora, es preciso buscar elementos en el matrimonio. Y dada la estupenda diversidad de tipos masculinos, ¿no es verdad que hay tambien donde escojer tratándose de mujeres? Pues no digo nada si el observador dirije sus miradas al campo político, y no contento con explorar lo que la próvida naturaleza ha creado allí variando los accidentes del *homo sapiens*, se dedica al exámen y estudio de la mujer política, no llamada así porque profese determinadas ideas de partido, sino porque tiene en toda su persona, así como en su lenguaje y modales, el sello de las creencias que aquel esclarecido mortal, su digno esposo, profesa.

Fíjese V. bien en esta circunstancia, y comprenderá qué magnífico campo no surcado aun ofrezco á los colaboradores de LAS ESPAÑOLAS PINTADAS POR LOS ESPAÑOLES. Usted, que tiene tan buen ingénio, lo puede cultivar mejor que nadie, y en caso de que se decida á emprender tan agradable tarea, yo podria darle el archivo de algunos datos preciosos, recogidos con verdadero amor al asunto.

No se precipite V., amigo mio, y proceda con método, que sin esto, como sucede en todas las ciencias, no es posible hacer cosa alguna de provecho. No se aturda V. dudando á quién dar la preferencia, y oiga la voz de la desinteresada prudencia que aconseja dar aquella sin reparo alguno á la mujer del progresista, á quien pudiera llamarse, usando un tropo, *la progresista*, personaje que unido desde el año 12 á todas las glorias del parlamentarismo y á todos los conatos de la libertad, es una elocuente síntesis de la historia contemporánea. Y en efecto, ¿conoce V. documento mas curioso que *doña Baldomera Gutierrez*, esposa de aquel famoso *ayacucho* que finó hace dos años sin perder ni un ápice de su antígua fé en la eficacia de ciertos hombres y de ciertas cosas?

Ella, que data, si no estamos equivocados, de 1822, mamó con la leche el amor á la libertad, política se entiende, pues como hija y como esposa no hay ejemplo de mas honrada docilidad que la suya. En 1840, y cuando aun no habia pasado de los diez y ocho, sus delicadas manos se entretenian

en mil diversas labores destinadas á adornar uniformes de sus hermanos, primos, sobrinos y allegados, que pertenecian todos á la milicia nacional. Cordones de pasamanería, borlas, granadas, ribetes, plumeros, bandas, franjas, tahalíes, galones, eran su honesta ocupacion, y no hay que hablar de la bandera de cierto batallon de artillería, que fué objeto de extraordinario entusiasmo en las paradas y formaciones. No sabemos si fué su rara habilidad ó su hermosura lo que cautivó al furibundo *ayacucho* que le dió la mano de esposo el año 41. ¡Matrimonio felicísimo y jamás minado por la discordia! A pesar de los mil trabajos que ambos pasaron por rechazar el soborno de los moderados, jamás quisieron salir de su honrada pobreza, y vivian modestamente con los escasos rendimientos de un almacen que habian heredado de sus abuelos, y que en aquella época no producia gran cosa porque el comercio andaba por los suelos. El año 54 les sacó de apuros, dando al *ayacucho* una elevada posicion política y á doña Baldomera abundante tema para espresar su entusiasmo. El niño mayor, que apenas contaba doce años, lucia sus habilidades caligráficas en las oficinas de la administracion provincial, y el mas pequeño, que aun no tenia once, estaba de meritorio en las de correos. Su familia prosperó entonces, ¡qué felicidad! parecia que aquello no habia de acabarse nunca, y doña Baldomera en su optimismo lo manifestaba así, diciendo:—¡Gracias á Dios! Ahora ya pueden esperar sentados los señores moderados.

Pero ¡ay! *quantum est in rebus inane*, como dice el latino. Vino el año 56, y la honrada familia se quedó de nuevo sin otros emolumentos que los de su ódio á la tiranía y los de su incontrastable consecuencia. Él rechazó con indignacion toda propuesta de resellamiento, y se retiró á la vida privada con cierto majestuoso desden á las cosas públicas, ni mas ni menos que como Cárlos V. cuando se encerró en Yuste. La casa se vió frecuentada por las eminencias del partido, y aun se habló de conspiraciones que tenian lugar en aquel honradísimo recinto.

La familia *ayacucha* vivia con dignidad, manteniendo

incólumes sus principios y esperando la venida de ciertas mitológicas individualidades, como esperan los hebreos la venida del Mesías. Pasaron años y mas años, y él se hizo antidinástico; fué de los que almorzaron con mas constancia, de los que mas trabajaron en los comités, de los que hicièron verdaderos prodigios de movilidad por propagar la mortífera fórmula de *ó todo ó nada*. Pasaron aun mas años, y llegó por fin el felicísimo de 1868, y entonces la sombría casa se iluminó con todas las irradiaciones del poder y del presupuesto. Él ocupó una elevadísima posicion política: los chicos, que ya eran grandes, siguieron los pasos de su aprovechado papá, y ella se puso mas gruesa; su semblante adquirió desde entonces una particular sonrisa, que no es fácil confundir con ninguna otra manifestacion del alborozo humano, sonrisa propia del que tiene la sarten por el mango, como vulgarmente se dice. Se la vió desde entonces vivir con cierto lujo; se habló de sus tertulias, no ciertamente el modelo de lo *fashionable*, pero dignas de ser mencionadas por la historia en atencion á la discreta confianza que en ellas reinaba. Su coche, que tenia algo de epigramático, era el primero que aparecia por las tardes en la Castellana, y antes faltaba el primer violin en un teatro ó concierto que faltar *doña Baldomera Gutierrez*.

Cuando V. la retrate, no se olvide de volver enérgicamente por la honra de la familia ayacucha, ultrajada de las viperinas lenguas de la envidia, pues me consta que en aquel lujo satisfecho, feliz y que tenia cierta puerilidad encantadora, no tuvieron arte ni parte ninguna clase de inmoralidades como las que se cuentan de otras personas. El esposo de doña Baldomera era un hombre honrado á carta cabal, y es lástima que no viviera mas tiempo para regodeo de la familia y gloria de la administracion. Se murió cuando iba á ser diputado, y director, y subsecretario, y ministro, y embajador, y qué sé yo... Doña Baldomera, que era excelente esposa, lloró á su marido y lo está llorando todavía. ¡Ella que habia estado pensando cuál escogeria entre las dos legaciones de Austria y Prusia! ¡Ella que ya le habia oido recitar algunos pár-

rafos del discurso que habia de pronunciar el año siguiente en las futuras Córtes! ¡Ella que en la última crísis estuvo toda la noche sin dormir porque al menor ruido le parecia que un emisario del regente tocaba á la puerta para llevarle á formar ministerio! *Sic transiit gloria mundi.*

Hoy doña Baldomera se halla en un estado de lamentable decadencia, intelectualmente hablando, y siempre dominada por profunda tristeza. Sus dos hijos se han afiliado en distintos bandos aunque siempre conservando la misma denominacion, y son enemigos irreconciliables. Va perdiendo la fé en la eficacia de ciertas palabras y de ciertas cosas, y cuando le dicen que la cosa pública anda mal, muéve la cabeza y exclama: «Ya se están acabando los hombres de »bien.»

Además doña Baldomera, que siempre fué buena cristiana, es ahora un poco devota, aunque habla mil pestes de los curas y dice que si desde luego se les hubiera atado corto, como su marido deseaba, ya andarian mejor las cosas de España. Su vida es monótona y triste, le falta entusiasmo, y cualquiera diria que va á desaparecer para unirse á su leal esposo en la mansion de los justos.

Por tanto dése V. prisa á retratarla, porque la progresista se va, llevada por la mudable condicion de los tiempos que no permiten á ciertas especies durar mayor plazo del que necesitan para producir sus naturales frutos. Doña Baldomera (y si V. quiere personificar en ella á su partido, hágalo en buen hora) ya dió de sí todo lo que tenia que dar; no es mas que un recuerdo ilustre y una elocuente página en la historia contemporánea.

Si no le basta á V. con este tipo para su galería, puede echar mano de *doña Leopoldina de Manzanares*, hoy *condesa de Vicálvaro* y señora que lejos de hallarse en decadencia, como podia creer un observador superficial, está en el colmo de la fortuna. No se busque en su historia abolengo tan antíguo como el de doña Baldomera, pues esta doña Leopoldina es mas moderna, y hasta 1860 no se la vió por esas calles deslumbrando á todos por su elegancia y buen tono. Y no

hay que dudarlo: encanta su conversacion, seducen sus maneras, enamora su trato, y hasta cautivan sus defectos. Usted, que si no la ha tratado la ha oido hablar muy de cerca, sabrá esto mejor que yo. De su marido no tengo que hablarle á V., porque harto le conocemos todos; diputado que habla bien; empleado que no administra mal; ministro que entiende de achaque de elecciones mas que cuantos han fatigado el telégrafo en el ministerio de la Gobernacion: este es el hombre.

Difícil es el análisis psicológico ó histórico de *doña Leopoldina*. Desde luego, si V. la retrata, no le suponga los timbres nobiliarios con que se exornan otras damas muy conocidas. Esta, nacida en la clase media, pertenece á la hornada de la novel aristocracia con que los poderes contemporáneos han querido sustituir la aristocracia antígua plantando un garabateado escudon en las puertas de los banqueros, de los ex-ministros, de los bolsistas y de algunos contratistas de obras públicas.

Doña Leopoldina es persona amabilísima, como antes dije á V. Las recepciones de su casa han adquirido cierta celebridad, no solo por la elegancia y buen tono en ellas *desplegados* (palabrilla que es preciso usar), sino porque se habla mucho de alta política en su casa, especie de elegantísimo y perfumado club donde se elaboran combinaciones muy ingeniosas y se *crean* notabilidades en todos los ramos. Domina en estas reuniones el gusto francés: los que allí concurren son lo mas escogido de la sociedad; y en verdad, *doña Leopoldina* no escatima nada para que sus amigos queden contentos. Considere V. que ella posee muy buenas rentas en consolidado y además fincas rústicas y urbanas de gran valor, pues su marido hizo muy buenas adquisiciones en bienes nacionales.

Cuenta ya á estas horas la de *Manzanares* algunos hijos, y V. que los conoce, sabe cuán listos son. Detalles de su persona no necesito dar, puesto que es muy vista de todo el mundo en teatros, en paseos, en todas partes. Es guapa, viste bien, tiene especial maña para cautivar á las gentes, y muchos condes que jamás pensaron poner los piés en su casa

los pusieron en fin, no sé si para dicha ó desgracia de entrambos.

Ya van dos. Pero si quiere V. otro tipo ahí tiene V. á *doña Ramona de Loja, marquesa viuda de Arlaban*, dama de otro orígen, que aunque ha venido á menos, no por eso deja de meter bastante ruido. Si tiene V. su retrato, como espero, ponga V. punto en boca sobre ciertas particularidades de su historia, porque de nombrarlas, quedaria ella muy mal parada y V. con nota de maldiciente y de irrespetuoso por tratarse de una señora. *La marquesa viuda de Arlaban* es una jamona ilustre de hermosura trasnochada, y lleva en su rostro claras señales de inveterados padecimientos morales y de berrinches mayúsculos, que la han trocado de amable y melosa que era en adusta y gruñona. La muerte de su esposo, y mas que nada la pérdida de su antígua influencia y prestigio, han puesto sobre su rostro las tocas de una viudez doblemente marchita y doblemente fastidiosa. Por algun tiempo estuvo completamente eclipsada; mas otra vez ha sacado los piés fuera del plato, y recibe nuevamente en su casa, abierta á los antíguos amigos de su inolvidable consorte.

Como es mujer que ha brillado mucho, tiene gran séquito de admiradores, especialmente entre la gente de cierta sociedad. Sus reuniones íntimas, aunque entristecidas por melancólicos recuerdos, no dejan de ser brillantes, y de ellas se habla mucho en Madrid. Figúrese V. que allí la chismografía política tiene un verdadero templo; considere V. el gasto de flores simbólicas que acompaña á estos conciliábulos elegantísimos, donde van á ostentar su hermosura y á desahogar su encantador enojo tantas damas apuntadas en los *carnets* (hablemos como ellas) del travieso Asmodeo; reflexione V. en el papel histórico de doña Ramona, en sus agostadas esperanzas, en las mil circunstancias morales y sociales que le han dado celebridad, y comprenderá que sus tertulias chismográficas no dejan de tener interés.

Por lo demás, la señora de quien hablo á V. y cuya representacion plástica le recomiendo, tiene en su fisonomía

como en toda su persona y costumbres rasgos muy fáciles de retratar. Los miopes ojos de nuestros observadores la encuentran hermosa, pero bien sabe V. que en su casa se han ensayado todos los artificios del tocador, no suficientes sin embargo á mermar la alarmante cifra de los cincuenta años. Fué bella, no es posible dudarlo; fué elegante y lo es todavía, aunque afecta en cuestiones de modas cierto rigorismo tradicional que la deja muy atrás de su antígua amiga *doña Leopoldina de Manzanares*. Así como esta tiene la gracia y la movilidad de la dama francesa, aquella es muy inglesa y no se cuida de disimularlo. Advertiré á V. con todo, para que no dé demasiada estension al anglicanismo de esta señora, que su marido, que en paz esté, hombre muy dado á la política, jamás tuvo nada de inglés en esta clase de asuntos, pues sus costumbres públicas, segun resulta de eruditísimas investigaciones, mas se parecian á las del sultan de Joló que á las de otro soberano alguno.

Es sensible que ni V. ni yo la conozcamos de otro modo que de vista, pues habríamos de adquirir excelentes datos para la pintura. Verdad es que la voz pública se ha ocupado tanto de ella, que casi no es preciso mas. Es inmensamente rica, mucho mas que doña Leopoldina; no olvide V. esta circunstancia.

Van tres. Si cree V. que aun no es suficiente coleccion y desea alguna mas, vuelva V. los ojos á *doña Cándida de la Rápita,* que aunque bastante decrépita, todavía da qué hablar con sus travesuras y atrevimientos. ¿Querrá V. creer que aun coquetea como si estuviera en sus verdes años, en aquellos años floridos é inolvidables cuando su querido y feroz consorte andaba por esos campos matando gente como en tiempo de los mismos moros?

Ya sabe V. que es excesivamente devota y santurrona, sin dejar por eso de ser un verdadero basilisco por las palabras y por los hechos. Como todas las cosas malas, ha tenido esta mujer una fecundidad horrorosa, y sus célebres hijos, ya barbados y con muchos humos, nos vuelven locos cuando hablan y nos envenenan cuando escriben. Pero deje V. á los

hijos y fíjese tan solo en la famosa madre. La verdad es que es fea á carta cabal. ¿Contribuirá esta circunstancia á hacer mas fácil su retrato? Tal vez, y parodiando una frase sacramental, podremos decir que hay caras *que se retratan por sí mismas*. La de doña Cándida es una de estas.

No quiero cansarle mas ni insistir en las particularidades de esta buena señora *de la Rápita*, á quien conocen todos los chicos de las calles, acostumbrados de antaño no solo á verla sino tambien á faltarle al respeto con inmenso desparpajo. Concluyo, pues, mi ingenioso amigo, recomendándole que vacie este metal que le doy, ya convenientemente derretido, en la misma admirable turquesa de donde han salido otras figuras que el público ha visto arrogantemente puestas sobre sus pedestales, en la vasta galería escultórica de LAS ESPAÑOLAS PINTADAS POR LOS ESPAÑOLES. El material es bueno, no falta mas que un buen molde, y ese no lo tengo yo.

Me ha pedido V. una mujer y le mando el material de cuatro. V. que tiene buena mano, fabríquelas á su gusto, con lo cual quedaremos todos bien, V. con mayor fama de artista, los lectores del libro contentos como unas páscuas, y descargado de un pesado compromiso su afectísimo amigo,

R. PEREZ GALDÓS.

LA MODELO

No vamos á describir, como el título de este bosquejo hace suponer, á la *mujer de su casa*, modelo por el que deberian estar copiadas todas las mujeres. Acometer tamaña empresa seria atrevido para los maestros; para nosotros los neófitos es imposible.

¡Dista tanto la *modelo mujer* de la mujer modelo! La que nosotros vamos á dibujar es la que atiende á su subsistencia por medio de la exhibicion de su hermosura; la que convierte su cuerpo un manjar, y se sirve por raciones y á domicilio.

La mas pequeña imperfeccion puede hacer á veces que una modelo se muera de hambre: el pintor, rigorista hasta el extremo, tratándose del arte no perdona jamás ni un sabañon en la punta de la nariz, ni un dedo del pié con juanete.

La modelo para el pintor no es una mujer, es una estátua; si está bien modelada, sirve para el caso y se le da carta de naturaleza en el grémio, donde entra á ganar ocho reales por hora como los coches de alquiler.

La clase de modelos es inmensa y variada; existen, primero la vestida, ó sea la mas barata, la cual solo necesita tener buena cara, buen color y talle flexible; viene despues

la que *pone* los brazos y el escote, término medio entre el pudor y la desvergüenza, y termina la coleccion la completamente desnuda.

Esta es la verdadera modelo, la que orgullosa de su valía desprecia á toda aquella de su oficio que no llegue al grado de desnudez á que ella ha llegado, gracias á su buena conformacion.

Preguntad á una de estas modernas Frinés:

—¿Qué tal modelo es fulana?

Y os contestará con aire desdeñoso:

—Buena, pero no se desnuda.

El poder servir un dia para el natural, es el legítimo y último grado en su campaña artística. Porque la modelo es artista por naturaleza y sentimiento. Ella os dará su opinion sobre cualquier obra de arte, y os sacará á relucir todas las faltas de que pueda adolecer ó todas las bellezas que atesore. Educada al lado de pintores, viviendo de estudio en estudio, ¿qué estraño es que aprenda á murmurar del mismo á quien ayer mostraba sus atractivos? ¿Qué estraño es que la mujer que durante media hora ha de permanecer inmóvil, en una posicion casi siempre incómoda, recoja todas las frases, todos los elogios ó todas las censuras que durante esa media hora se pronuncian? ¡Y se pronuncian tantas en un estudio!

Ha dicho no sé quién (juraria que es un hermano mio) que el dia que nuestros pintores dibujen como pintan, pinten como sienten y sientan como critican, nuestra escuela de pintura será la primera de todas y la maestra de las demás.

La modelo es la encarnacion del pintor, tiene todas sus virtudes y todos sus vicios, pero uno, sobre todo, mas desarrollado que los demás: la murmuracion. En cámbio, generalmente, es honesta. Esplicaremos su honestidad.

La modelo, esa mujer que no tiene escrúpulo en exponerse delante de un pintor, y por una retribucion mezquina, tal como Dios la hizo, bien sea por un resto de pudor de que no ha podido desprenderse, bien por un sentimiento artístico inexplicable, os rehusará la entrada en el estudio haciéndoos

esperar hasta haberse vestido de piés á cabeza. Es la antígua Pitonisa, cuyos misterios estaban velados á los profanos. Pues bien, á esa misma mujer hacedla creer que sois pintor; menos aun: decidla que sois un gran aficionado y comprador de cuadros, y caerá el velo que os impedia contemplarla, ó lo que es lo mismo, os permitirá entrar en su misterioso templo. No importa que la examineis atentamente ni que interrogueis su semblante esperando hallar en él un vestigio de vergüenza, estoy seguro que ni se pondrá colorada; pero si despues de haberla examinado á vuestro placer descubre que ni habeis pintado ni habeis comprado un cuadro en vuestra vida, huid, huid, desgraciados, porque esa Vénus cuyos encantos han profanado vuestros ojos, os arañará, y os los sacará si puede, como en castigo de su indiscrecion.

—¿Cuál es el término de la carrera de esta mujer?

—Nadie lo sabe, pero quizás sea la *carrera* misma.

¡Injusta recompensa á su abnegacion y sus sacrificios por el arte!

El arte, sí, porque la verdadera modelo no trabaja por el miserable sueldo que la ofrecen, sino por satisfacer una necesidad de su alma, acaso incomprensible para su oscura inteligencia, porque necesita de una atmósfera especial para respirar y para vivir, y esa atmósfera la halla solamente en el arte.

Vive entre pintores porque se halla en su centro; sacadla de esa vida, prometedla ganar mas con menos trabajo y mas decorosamente, y no lo aceptará.

¿Qué la importa saber que su belleza ha de marchitarse al soplo de los años? El porvenir no la aterra, porque conoce su porvenir. Como la mariposa, revolotea alrededor de la luz, y llega un dia en que quemadas sus vistosas alas, perece aplastada por el peso inflexible de la necesidad.

Sin embargo, no todas son tan infortunadas; algunas despues de haber figurado en mármoles y lienzos y haber sido contempladas por miles de ojos, han tenido la buena suerte de encontrar alguno que, prendado de sus atractivos, se haya sentido capaz de darles su mano y su apellido. Una recuerdo

(¡qué hermosa era!) se casó no hace mucho con un opulento inglés. No puedo resistir al deseo de contar la historia de Angelita.

Sus primeros años están envueltos, como los de la mayor parte de sus congéneres, en la noche de los tiempos; con todo, tengo por seguro que sus padres no fueron *modelos* de nada y mucho menos de honradez.

Muertos estos, y viéndose desamparada á los diez y seis años, edad en que el alma extiende poco á poco las alas para remontar el vuelo de pronto, tuvo necesidad de sostener una terrible lucha entre el instinto que la impelia al bien y los ejemplos que desde niña habia tenido á la vista. La virtud, como mas fuerte, triunfó por fin, y Angelita entró de oficiala en un gran taller.

Allí pasó cuatro años viviendo en la misma casa y siendo á la vez costurera y doncella del ama del obrador.

Pero llegó un dia en que un enamorado ó un ocioso, que para el caso da lo mismo, vertió en su oido ese dulce veneno, esas palabras trémulas que acariciando la presuncion de la mujer van á depositarse en el fondo de su corazon, como va una bala á depositarse en el fondo del mar para no volver á salir de él.

El amor es un escopetazo tirado á un gorrion: ó le mata, ó le sirve de aviso para huir.

Pero esta vez el tiro dió en el blanco, es decir, en el corazon de Angelita.

¿Para qué detenernos en detalles que todo el mundo conoce por experiencia propia?

Tiernas miradas, cartas, suspiros, paseos por debajo de los balcones... y no hubo mas.

A los quince dias Angelita se despidió del taller y fué á habitar con su amado una *preciosa boardilla.*

Así vivió por espacio de algunos meses; pero un dia su amante la comunicó la triste noticia de que tenia que partir para un largo viaje, el cual no podia emprender con ella por ser un mueble demasiado incómodo.

Hubo llantos, protestas de amor, veinte duros que recibió

Angelita con oferta de enviarle mas, y el galan partió á Filipinas.

¿Quién despues de haberse acostumbrado á comer perdices se resigna voluntariamente á comer patatas?

¿Cómo habia de volver Angelita á tomar la aguja y á estropearse los dedos? ¡Imposible!

El recuerdo de su amante duró en su corazon hasta que se acabaron los veinte duros; entonces desesperada hizo lo que todas las mujeres y aun todos los hombres hacen cuando pretenden algo: echarse á la calle.

La casualidad, esa diosa que lo mismo lleva á uno á romperse una pierna que á comprar en la lotería el premio grande, deparó un conocido á Angelita.

—¡Adiós, Ángela! ¿A dónde va V. tan sola? dijo el conocido.

—A matar el tiempo, contestó Angelita.

—¿Y Ramon? (Este Ramon era el amante desertor.)

—Se ha marchado á Filipinas.

Y rompió á llorar al decir estas palabras, no sabemos si por su amor ó por los veinte duros que le habian seguido tan de cerca.

—¡Vamos! no se aflija V., Angelita, ¡qué diablo, mientras pueda V. coser!

—Sí, pero el caso es que no encuentro dónde.

Angelita mentia descaradamente á pesar de ser gallega.

—Eso es lo peor, ¡caramba! prosiguió el conocido.

—No, lo peor es que Ramon me dejó solo veinte duros y ya los he gastado.

—¡Ahora que me acuerdo! Si V. no tuviera inconveniente, podria ganar doce ó catorce reales diarios.

—Ya lo creo que no tengo inconveniente, pero ¿cómo?

—Muy sencillo. Yo tengo un amigo pintor á quien hace falta una buena modelo. Usted me parece muy á propósito, y...

—¡Eso jamás! Antes me pondré á pedir limosna.

Ya hemos dicho que Angelita mentia descaradamente.

—Bueno, quiere decir que si tiene V. escrúpulo en servir al natural, podrá hacerlo vestida, aunque gane menos.

—De esa manera no tengo inconveniente en aceptar.

—Pues véngase V. conmigo.

Y efectivamente, en el estudio del pintor X empezó su enseñanza y aprendió los primeros rudimentos del arte, á razon de cinco reales por hora.

El trato engendra la familiaridad, y tres ó cuatro horas diarias de trato con un pintor ya pueden comprender nuestros lectores la familiaridad que engendrarian. Así, pues, no deben estrañar que haciendo falta un dia un brazo desnudo no pusiera obstáculo Angelita á descubrir el suyo. Despues del brazo hizo falta copiar algo mas, y Angelita, por no estropear el conjunto del cuadro, tuvo al fin que acceder á las súplicas del artista.

A las tres semanas servia de modelo de natural á todos los pintores de Madrid.

Se hizo artista por la razon que antes hemos expuesto, y esplotó el tesoro que la generosa naturaleza le concediera.

Pero un estravagante inglés la vió fielmente reproducida en un *Juicio de Páris*, y con esa tenacidad á prueba de desdenes que poseen los hijos de Albion, no descansó hasta encontrarla y ofrecerla su mano.

No se crea que Angelita aceptó en seguida tan halagüeñas proposiciones; le dolia dejar una vida tan llena para ella de encantos, almuerzos, dias de campo, la gloria de verse admirada y reproducida, y finalmente, todas las ilusiones de la juventud que quizá valen mas que la fortuna.

Pero aconsejada por todos sus amigos cedió por último á las instancias del enamorado inglés, y dando un adiós á lo pasado, dejó las orillas del enteco Manzanares para ir á habitar en las del Támesis caudaloso.

Hoy dia es una gran señora que llama la atencion por su belleza y su elegancia, y sin embargo, el recuerdo de su primer amante viene á turbar algun momento su felicidad.

El corazon humano es como un cementerio: todo lo que ha existido, todo lo que ha turbado de alguna manera la monotonía de nuestra vida tiene en él una cruz, una lápida

ante la cual nos arrodillamos alguna vez, pero ante la cual nos levantamos en seguida limpiándonos los ojos... y los pantalones.

¿Qué es la memoria del pasado ante la felicidad del presente?

¡Hé aquí la historia de Angelita! ¡Hé aquí la modelo!

Quizá direis que el retrato es algo inverosímil; pero si quereis convenceros de la verdad, id á Lóndres, y preguntad á cualquiera por Angelita, en la seguridad de que... no la conoce.

La modelo, para concluir, es una mujer como otra cualquiera. Si veis en la calle á una jóven que se mete en un portal para atarse una liga, no os fieis de ese pudor de *doublé*, quizá es una modelo.

Una frase que resume todo lo dicho y que puede servir de epílogo ó *post-scriptum* á este mal pergeñado articulejo: *¡La modelo gasta pantalones!*

ANGEL DEL PALACIO.

LA VIEJA VERDE

I

Puesto que tengo imprescindible necesidad de padecer, ó lo que es lo mismo, de escribir, quiero *padecer por la justicia*, practicando, por medio de esta obra de misericordia, otra no menos peliaguda y meritoria, cual es la de *levantar al caido*, ó séase á la *caida*, de la consideracion y del respeto públicos. Para lograr tamaña empresa, para destruir rutinarios axiomas y equivocadas creencias que han adquirido la estúpida sancion de innumerables generaciones, me gustaria estar dotado de la elocuencia de Ciceron antes de que le picasen la lengua, ó poseer la péñola que de una espetera dejó colgada Cervantes no bien hubo terminado el *Quijote*.

Repito que la empresa es árdua para fuerzas tan débiles como las mias, pues desde Terencio, que llamó *agua estancada cubierta de légamo verde* al tipo de que voy á ocuparme, hasta Valmiki ó Shakespeare (no sé cuál de los dos), que con suma fatuidad le clasifica de *fuego fátuo*, génios y medianías, tirios y troyanos, hombres y mujeres, y hasta animales, como mas adelante tendré el honor de demostrar, en todos los tiempos y países parece como que se han unido en una injusta cruzada para vejar y burlarse del susodicho tipo,

que no obstante tantas y tan autorizadas opiniones, á mí me parece laudable y hasta benemérito.

Con efecto, amado lector, despues de Dios, á quien algunos han llamado y llaman *el Dios de los ejércitos*, no hay un sér menos comprendido que la vieja verde, ni amalgama mas absurda que lo viejo y lo verde, ni, dado el caso de hallarse unidas ambas cualidades, burla mas infundada y contraproducente.

Si en el antíguo sitio del Buen-Retiro, y no digo moderno Parque de Madrid porque despues de la tala la cosa seria mas difícil, existiera una encina centenaria coronada de verde follaje, causaria la admiracion de todo el vecindario de la villa coronada y á nadie le pasaria por las mientes menospreciar á aquel fenomenal producto de la naturaleza; pues bien, lo que no en el físico, sucede en el órden moral, siendo en este, á mi entender, mucho mas apreciables y útiles el prolongado verdor del espíritu, la necesidad de espansion, el infinito deseo de agradar á sus prójimos, y en fin, las innumerables cualidades peculiares que tanto enaltecen á la respetable clase de matronas, vulgar y rutinariamente llamadas viejas verdes.

II

Un rey se obstina en ser rey contra el voto de sus pueblos, y esto se halla natural; á un autor le silban cinco dramas y se empeña en escribir el sexto, y esto parece disculpable; un ministro cae siete veces de la poltrona envuelto en las ruinas del país, y lucha y se afana para ocuparla por la octava vez, y esto quizá se califica de patriótico, y en cámbio á una débil mujer se la critica el deseo de conservar ó aparentar que conserva juventud, corazon, belleza; todo lo que perdió...

¡Oh! injusticia humana, ¡oh! hombres irreflexivos y monopolizadores, ¿hasta cuándo abusareis de vuestra usurpada superioridad?

Lanzo este apóstrofe á los hombres, porque ellos han hecho las leyes, han sancionado las costumbres, y se han

colgado á la espalda la alforja de sus vicios y ridiculeces; tanto es así, que un viejo verde no es medido con el mismo rasero que una vieja verde.

El verdor del viejo es casi simpático, casi natural.

La verdura de la vieja es una ensalada sin sal y con mucho vinagre.

—¿Por qué?

—*Quia nominor leo*, ó Juan, ó Cosme, etc., etc.

Está bien; pero la verdad es la verdad, y lo cierto es que con frases no se oscurece ni se tergiversa: si el hombre no debe ser nunca ridículo, la mujer está en su derecho pretendiendo agradar el mas tiempo posible, puesto que el hombre la ha repartido este papel en la comedia de la vida.

¡Pobrecillas! ¡Y cómo se afanan para desempeñarle con acierto, sobre todas, esas señoras de edad provecta á quienes no quiero nombrar! Así como la condesa Trifaldi y sus dueñas no tenian hacienda suficiente para hacerse rapar las barbas que un maligno encantador habia hecho nacer en su cútis antes terso, del mismo modo las antedichas señoras consumen toda su renta y ahorros en comprar bisoñés, añadidos y pelucas á fin de ocultar la calvicie, tanto mas dolorosa cuanto que no es prematura, en lo cual no hacen mas que imitar á otras indivíduas mucho mas jóvenes que ellas. ¿Y luego?... ¡Qué de cosméticos, polvos, aguas tofanas y menjurjes! ¡Cuántos tormentos para atenuar el volúmen de los piés desarrollado por la edad! ¡Qué complicada combinacion de lazos, cintas y colores, tan vivos estos, que las exponen á las iras de los insipientes perros! Percance al cual yo me referia en el comienzo de este artículo.

Pues ¿y los dientes artificiales? ¡Gran Dios!

¡Qué surgidero tan inagotable de contrariedades y sobresaltos!

Yo he visto... ¡aun lo recuerdo con horror! he visto en el paseo de la Alameda de Cádiz una señora elegantísima, de blancas y redondas mejillas, al lado de un caballero que amorosamente la contemplaba. Ella, negligentemente inclinada hácia el mar, oia conmovida las tiernas frases de su

admirador, cuando de pronto una astilla, desprendida quizá del mastelero de algun buque, viene, impelida por una ráfaga de viento, á herir en el rostro á la señora, lanza esta un grito, un objeto indefinible cae al Océano, acudimos algunos transeuntes, y... ¡oh asombro! hallamos á la dama, á quien todos de vista conocíamos, con las mejillas tan hundidas como las de las brujas de Makbeth.

El mar se habia tragado una dentadura postiza, una obra maestra de Mahkean, y lo que es mas doloroso, dos mil reales, importe de la susodicha dentadura.

No hubo buzo para aquellas perlas.

III

Y no se tienen en cuenta tales sacrificios, se menosprecia tanta abnegacion, se marca con el estigma del ridículo la frente de... la vieja verde, la frente cuyas arrugas ella con tanto esmero pretende ocultar; ella, que tan profundamente lleva grabada en su alma la máxima evangélica de *amaos unos á otros;* ella, que á cámbio de una sonrisa da el corazon, y por un beso el corazon y sus dependencias; ella, la vestal del amor, la guardadora del fuego sagrado... ¡Oh ingratitud!

Si amase á un gato, á un perro, á algun animal irracional, enhorabuena; pero amar á un hombre ó á varios hombres, ¡anatema, anatema, anatema!

Se ven los efectos y no se investigan las causas; se conoce á la vieja verde, pero no se hace una revista retrospectiva de su infancia, de su adolescencia y de su juventud.

Era fea, pero era jóven, y por tanto sometida á las leyes naturales de la edad; no ha encontrado quien la ame, y como, magüer fea, tiene tambien su alma en su almario, el almario continúa abierto hasta ver si alguien hace uso del alma.

Era bonita, la han amado, pero su primavera de amor ha sido tardía; y como cuando hace frio en junio suele hacer calor en noviembre, deduzcan Vds. las consecuencias.

Era bonita y de corazon apasionado; se dió á leer las no-

velas de Ana Radecliffe y de Arlincourt, y soñando siempre con el Solitario del monte Salvaje, el Prado, el Retiro y el coliseo de la Cruz no la parecian suficientemente salvajes, ni los lechuguinos de su época tan solitarios como ella necesitaba para decidirse á amarlos, y de aquí su soledad de corazon hasta que, andando el tiempo, se decidió á amar á los hombres en sociedad.

Además, la hora del amor no suena en un mismo minuto para todos, y no hay ninguna ley votada en Córtes que consigne la edad en que las mujeres han de encontrar su media naranja, ó naranjo, á gusto del consumidor.

Pero dejemos lo pasado y atengámonos á lo presente, que es la vieja verde.

El que prescindiendo de la superficie se va al fondo; el que, bastante filósofo, hace caso omiso de las apariencias, ó mejor dicho, comprende que todo en el mundo es mas ó menos aparente é ilusionador; el que por relacion ó esperiencia propia sabe que así como no hay hombre grande para su ayuda de cámara (idea nueva) no hay belleza física que resista al análisis íntimo de un año de contacto; el que, en fin, consigue poder amar á una vieja verde, este habrá tocado la meta de la felicidad humana en lo que á la parte femenina se refiere.

Porque la pollita es aire.

La jóven humo y cálculo.

La mujer de treinta años cálculo y fuego.

Y la vieja verde... la mar.

La mar, no tempestuosa, sino clara y tersa como la que se descubria desde la gruta de Calipso; la mar que en su combado lomo recibe y sostiene al buque, sin preguntarle de dónde viene ni á dónde va.

La vieja verde da todo cuanto tiene, y en cámbio solo exige un poco de cariño.

La vieja verde es una odalisca que no necesita mas eunucos que su vejez, y por tanto, su marido ó amante están siempre libres de cacho.

La vieja verde no tiene las exigencias peculiares á las

demás mujeres: á las jóvenes para contentarlas es preciso quizá regalarlas, por ejemplo, un chal de cachemira, mientras que para volver loca de alegría á una vieja verde basta con nombrarla en diminutivo. ¿Se llama Dolores? pues la llamais Lolita; si su nombre es Blanca, decidla ¡Blanquita! y á tan poca costa la rejuvenecereis en veintidos años por lo menos.

No obstante, el trato, consorcio, maridaje, y mas que todas estas cosas, los amores de una vieja verde tienen tambien sus puntos negros. La mayor parte de las indivíduas de esta respetable y no comprendida especie, son amables, resignadas, cariñosas, porque á pesar de la vanidad inherente al sexo, comprenden que el género que dan está averiado ó es de contrabando en la aduana del amor; pero haylas tambien que, á fuerza de fingirse jóvenes, llegan ellas mismas á persuadirse de que lo son, ó por lo menos á creerse tan acreedoras como si lo fuesen, y entonces... mas no, entonces no pasa nada, porque no puedo creer que entre mis contemporáneos haya uno que aguante á una vieja verde, casquivana, exigente con el hombre que la ama ó la finge amor; este sér humano seria tan raro como el megaterio del Paraguay que existe en la Historia Natural.

Pues si la vieja verde se aquieta y deja de ser verde tan luego como logra ser correspondida en amores, ¿cómo hay tantas? ¿Quién ha conocido una vieja verde que deje de serlo?

Comprendo, amadísimo lector, lo justo y oportuno de la pregunta, y confieso que me he equivocado y que por meterme en el terreno de la hipótesis he faltado á la verdad. Si la hipótesis fuese cierta, las consecuencias tambien lo serian; quiero decir, que si una vieja verde llegara á ser amada verdadera y desinteresadamente (pues por el interés muchas lo son), seria igualmente cierto que ella tendria todas las buenas cualidades que yo la atribuyo; pero desgraciadamente esta suposicion es un ideal no realizado todavía y que próbablemente no lo será jamás.

El judío errante vagaba por toda la tierra anhelando un sitio de reposo.

La vieja verde anda por todas partes buscando un corazon masculino que la consuele de la pérdida de la juventud.

IV

Parece providencial el que yo escriba este artículo en época en que se multiplican los bailes de máscaras.

Porque si el breve reinado de la violeta es la primavera, el de la vieja verde es el Carnaval.

Así como el empleado vive esperando la paga todo un mes, de igual modo la vieja verde sobrelleva el peso de los años pensando en las Carnestolendas para ocultar lo mas posible las suyas arrugadas.

Llegados los primeros bailes la vieja verde reviste el arnés, ó séase el talar dominó ó capuchon, se cala la celada ó careta, se calza las manoplas, ó si se quiere guantes de Valladolid, y se lanza al palenque ó salon, viva, ágil y sutil y animada de aquella efímera y aparente juventud tanto mas impetuosa por cuanto es mas breve.

Durante el Carnaval la vieja verde bulle, baila, embroma, oye frases de amor, da citas, recibe obsequios, apretones de manos y convites de café y media tostada como el resto de las demás mortales. No como la mariposa de flor en flor, pero sí como la oruga de hoja en hoja, la vieja verde salta de adolescente en adolescente, de provinciano en provinciano, desplegando en la eleccion de sus pasajeros amantes un tacto que revela su profunda experiencia.

Desgraciadamente el número de incautos va disminuyendo de dia en dia, y cada año van siendo mas frecuentes los diálogos parecidos al siguiente:

—¿Me das el brazo?

—Sí, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que te quites la careta.

—¿Para qué?

—Toma, para verte.

—Ya me ves.

—El bulto.

—¿Qué mas quieres ver?

—La cara.

—Ya me ves los ojos.

—Las viejas tienen los ojos brillantes.

—Luego me descubriré.

—Pues luego te daré el brazo. Abur.

La vieja verde se queda inmóvil un instante, deja caer los brazos con desaliento, y tal vez murmura:

—¡Dios mio! ¿hasta cuándo?

Quizá la vieja verde no es tan desgraciada como parece á primera vista; acaso, en sus amores sin esperanza, goza amorosos é ideales deleites.

No sé. Balzac ha dicho:

«Bienaventuradas las viejas verdes, porque de ellas es el »reino del amor.»

F. Moreno Godino.

LA CURIOSA.

LA CURIOSA

Si yo participara de la opinion general, que tiene por curiosos á todos los individuos del sexo femenino, ó séase *individuas*, en vez de titular á este articulejo *la curiosa*, le habria bautizado con el nombre genérico de *la mujer;* pero no, yo opino que hay mujeres que son y otras que no son curiosas; no soy de los que creen que la diferencia entre ambas solo estriba en el mayor ó menor grado de desarrollo de la curiosidad, condicion, segun ellos, innata y característica en la mas hermosa mitad del género humano.

Entiéndase bien que me refiero á la curiosidad como defecto y aun como vicio, pues ni trato de examinar el tipo de la mujer curiosa, en el sentido de limpia y amiga de la limpieza, acepcion que tambien tiene esta palabra, ni he de concretarme á hablar del deseo constante de estender la esfera de los conocimientos que poseemos, deseo que todos, hembras y varones, sentimos en nuestro fuero interno y ejercitamos constantemente; orígen de notabilísimos descubrimientos y manantial de innumerables bienes para los que habitamos en este mundo bajo... ó alto, segun el punto desde donde se le mire.

La curiosa que yo intento describir es aquella cuyo inmoderado deseo de saber la conduce á tratar de enterarse de

lo que no la importa ni poco ni mucho; á inmiscuirse en lo que no le va ni le viene, segun se dice vulgar pero gráficamente; á investigar lo que hace ó intenta ó piensa ó sueña ó puede soñar hacer fulanita ó menganito; lo que quiere ó desea ó le sucede ó puede sucederle á cualquier sér animado ó inanimado, y para llegar á este fin no omite paso, ni perdona medio, ni pierde ripio, y arrostra por todo hasta satisfacer lo que un amigo mio llamaba «hidrofobia de meterse en camisa de once varas,» enfermedad que suelen padecer algunas mujeres.

El complemento de ese funesto afan de escudriñarlo y saberlo todo, es poder publicarlo y circularlo entre todo el mundo; así es que una mujer cuya curiosidad consistiera solamente en gustar de saber vidas ajenas, guardando con prudencia y sigilo el secreto de sus investigaciones, no podria en puridad y rigor ser calificada de curiosa.

La verdadera curiosa hace incesantes indagaciones y almacena noticias, con objeto de difundirlas entre sus relaciones y conocimientos (y no digo amistades, porque las curiosas no tienen amigos.)

¿A qué fin habria un ministro de la Guerra de proveer los arsenales de todo género de armas, sino para poder emplearlas cuando llegase la ocasion? Y un industrial ó comerciante ¿no produce ó adquiere efectos para cambiarlos por otros ó por dinero, que tanto monta, y volverlos á cambiar y vivir de este constante tráfico?

Pues así trafica la curiosa con las noticias que adquiere.

Por la curiosidad pudiéramos explicarnos muchos movimientos del alma y aun del cuerpo, que suelen llamarse propensiones y aun pasiones; porque muchas veces el amor es mera curiosidad, la ambicion nace y se alimenta en tal fuente, la vanidad la tiene por base, y la glotonería y casi todos los instintos sensuales arrancan de la pícara curiosidad.

Tan antígua como el mundo y como la primera mujer, segun el *Génesis*, vemos en el paraiso terrenal á nuestra madre Eva morder aquella terrible manzana, que aun tiene

atragantada el linaje humano, solo por la imprudente y fatal curiosidad de conocer el gusto del fruto prohibido y qué le sucederia cuando fuese tan sábia y poderosa como quien la habia criado. Y no se contentó con probarla, sino que fué con la noticia á *su hombre* y le hizo caer en la tentacion, y nos legó á todos las consecuencias de su falta y aun su falta misma, porque desde entonces existen y existirán las mujeres curiosas.

Hombres curiosos los hay, y buena prueba de ello es aquel *curioso impertinente*, tipo inmortal del inmortal Manco de Lepanto; pero son menos y no constituyen el objeto de mis lucubraciones. Si así fuera, ya saldria yo del paso no mas que con fotografiar aquí á un mi amigo que conoce á todo el mundo, que se halla en todas partes, encuentra á uno y le hace veinte gruesas de preguntas en menos que canta un pollo, pareciendo como que exige las respuestas en un lenguaje conciso y breve como el de la telegrafía, y que, infatigable investigador de las ajenas acciones, ha elevado su curiosidad á la categoría de profesion, de la cual honradamente vive como puede vivir un médico de la suya.

La curiosa, que es mi tipo, no vive de su curiosidad, pero moriria si no pudiera satisfacerla. Tiene expertos los sentidos, de lo mucho que los ejercita, y no hay cocinero que la gane á paladar, ni lince á vista, ni á olfato perro perdiguero, ni conejo á oido, ni ciego á tacto, porque las noticias entran por los sentidos, y si estas puertas no están abiertas de par en par, la serian de poco provecho.

Juicio ha de tener el menos posible, porque siendo persona juiciosa no podria apoderarse la curiosidad de ella, pero sí cierto ingénio é imaginacion para hallar trazas con que llegar al objeto constante de sus ánsias, que es rastrearlo y saberlo todo con pelos y señales.

No diré que entre las jóvenes no haya curiosas, que ya Campoamor lo ha demostrado en su bellísima poesía titulada *Por el ojo de la llave*, ni que falten entre las viejas; pero el tipo completo de la curiosa se halla entre las mujeres de edad mediana, que no ignoran la causa de muchas cosas y

por otra parte poseen todavía actividad bastante para alimentar el instinto á que rinden culto.

Métense en casa de sus conocidas y allí averiguan la vida y milagros de otras, y por lo que ven y observan, la de aquellas mismas á quienes visitean.

Si por acaso algun criado ó criada les lleva algun recado de la amiguita fulana, los interrogan de mil modos para enterarse de cuanto sucede en la casa: si hay pocos ó muchos intereses; de dónde proceden; qué se come; á qué hora se levantan y se acuestan los amos; si se llevan bien ó mal; el carácter íntimo de cada uno; los defectos de cada cual; si entran muchas ó pocas personas; de qué clase y con qué confianza; si el vestido de fulanita ha costado mas ó menos de lo que se les ha dicho á las amigas; si... pero seria el cuento de nunca acabar entretenerse en ir enumerando todas las preguntas que la curiosa hace y todos los registros que toca en tales ocasiones.

Pues no se diga, cuando es imposible averiguar directamente algo, los medios que su entonces fecunda inventiva sugiere á la curiosa.

Recuerdo haber oido hablar de una residente en cierto pueblo, que se levantaba muy de madrugada á examinar los desperdicios que de noche arrojaban á la calle las criadas de sus vecinas, con el objeto de averiguar qué habian comido estas el dia anterior. Y al dia siguiente iba de casa en casa contando á fulanita lo que comia menganita, y censurando á las unas por manirotas y á las otras por cicateras.

Para la curiosa, cada misterio es un estímulo y un incentivo, y si tarda en descifrar el enigma, sufre de un modo indecible.

Jamás ha podido imaginarse un tormento mayor, ni Dante creo que haya ideado en su infierno nada comparable para castigar á los diferentes condenados que pinta, como para una curiosa un baile de máscaras, sobre todo siendo concurrido, porque si no puede conocer, como es fácil que suceda, todos los rostros que se ocultan bajo los antifaces, pasa

un rato tan malo como los hipócritas de la *Divina comedia* bajo sus hábitos de plomo.

Recuerdo que una señora conocida mia, de cuyo nombre no quiero acordarme, porque era tan curiosa como no es posible figurarse, fué en cierta ocasion á un baile de máscaras.

Cada dominó azul, rosado ó negro que pasaba por delante de ella era un acicate que le punzaba la curiosidad.

—Mire V., me decia, aquella del cucurucho debe ser la señora de tal; la del manto estrellado es fulanita. La he conocido en lo desgarbada.

Y al decir esto, la del cucurucho pasó por delante de ella y la dijo en esa algarabía peculiar á las máscaras:

—¡Adiós, fulana! ¿A que no me conoces?

—¡Vaya si te conozco!

—¿A que no?

—¿A que sí?

Y acercándose á la curiosa, añadió:

—Vamos, dime al oido quién soy.

—Eres... y en voz baja le dijo un nombre.

La máscara pareció agitarse y palidecer, si bien esto no pudo verse á causa del antifaz negro que la cubria el rostro.

—¿Me prometes no decírselo á nadie?

—Confia en mí, mascarita.

Y la máscara siguió paseando y se perdió en el océano de gasa y de seda que rebosaba por los salones.

—Mire V. cómo no me habia equivocado. Es la señora de X... Usted es discreto y se lo digo en confianza.

Por supuesto que mi curiosa consideraba discreto á todo el mundo, y no habia persona en quien no estuviese dispuesta á confiar sus secretos mas íntimos.

—¿Es posible? exclamé yo; pero ¿y su marido?...

—¡Su marido! ¡Hombre, no sea V. inocente! ¿Pues para qué se habrian inventado entonces las caretas?

Cada vez que dando la vuelta por el salon pasaba aquella

máscara del brazo de su pareja, que era un chico muy guapo, se acercaba á la curiosa y la decia:

—¿No me descubrirás?

—Descuida, te lo prometo.

Tan luego como pude desprenderme del lado de aquella señora, que me tenia frito con sus preguntas y sus observaciones, fuíme para no volver por aquel sitio en toda la noche.

No podia yo, sin embargo, olvidarme del incidente que habia presenciado.

¿Será posible, decia entre mí, que la señora de X... haya venido al baile sin su marido? ¡Una mujer que parecia tan buena, tan honrada! ¡Vaya V. luego á fiarse de nadie!

A los dos dias fuí á casa de unas amigas y encontré á mi curiosa que al entrar yo estaba asegurando con ahinco algo que acababa de decir.

—Nada, exclamó al verme, aquí tienen Vds. una persona que tambien lo ha visto y no me dejará mentir.

—¿De qué se trata? dije despues de los saludos de ordenanza.

—¿De qué ha de ser? Del baile último. Acabo de decirles á estas que ví allí á la de X... y no quieren creerme. Hágame V. el favor de decir que V. la vió tambien.

—Yo..., balbuceé, creo que...

Y no me atrevia á asegurar lo que no me constaba positivamente.

—Pero eso es horrible, decia una señora casi tan curiosa como la que habia promovido el incidente escandaloso; ¡una mujer casada ir á un baile con otra persona que su marido!

—Y un pollo muy elegante que era, añadió la curiosa.

—Pues, señoras, exclamó á esto un caballero anciano de benévolo aspecto que habia hasta entonces escuchado la conversacion con muestras de impaciencia, yo puedo asegurarles á Vds. que nada de lo que aquí se ha dicho es cierto: me consta lo contrario.

—¿Y cómo le consta á V.? dijo la curiosa algo picada.

—Porque hoy mismo he ido á visitar á X... y su señora estaba en cama.

—¿Y no es mas que eso? se apresuró á decir la curiosa. ¡Miren qué gracia! ¿Pues no vé V. que esa circunstancia viene en apoyo de mi aserto? Estaria en cama á causa del cansancio del baile.

—No, señora, dijo el anciano, está en cama porque precisamente la noche que V. dice haberla visto en el baile, dió á luz un robusto niño, que es hoy el encanto de sus padres.

—¡Ah!... exclamó la curiosa haciendo una mueca de rabia.

—¡Já! ¡já! ¡já! exclamamos nosotros riendo de todo corazon.

Aquella risa era la vindicacion de la honradísima señora de X... y una banderilla de fuego para la curiosa, que á poco se retiró de la casa corrida como una mona.

¿Creeis, lectores mios, que escarmentó por esto? ¡Qué disparate!

Poco despues la ví en otra parte indagando noticias para ir á contarlas por ahí, sin pensar en que pudieran ser verdaderas ó falsas y en que su curiosidad podria servir de instrumento á la difamacion y á la calumnia, como suele suceder á muchas que, creyendo inocente eso de averiguar vidas ajenas, investigan é indagan lo que no las importa, quizá para morder y destruir las mas sólidas reputaciones.

De mí sé decir que miro á las curiosas como cercanas parientas de las chismosas, y huyo de ambas como de un hierro ardiendo.

ANGEL AVILÉS.

LA CONSPIRADORA

I

No: Vds. no la conocen, estoy seguro de ello.

Habrán Vds. visto por ahí muchas veces *La Habladora*, *La Pollita*, *La Enamorada*, y todas las mujeres, en fin, que aparecen en este libro determinando un tipo, un carácter ó una condicion; pero en cuanto á *La Conspiradora*, ¿cuándo la han visto Vds.? ¡Oh, nunca!

Y es natural, señores, muy natural.

Tanto que ni basta ser hombre, ni es suficiente ser conspirador para conocer á *La Conspiradora*.

Hay sus razones. En primer lugar *La Conspiradora* no se muestra á todos; en segundo lugar su tipo no es constante, no es cuotidiano, sino periódico.

Así como algunas aves huyen al otoño y vuelven á la primavera, así tambien *La Conspiradora*, para vivir, para tomar forma, digámoslo así, necesita un grado determinado de calor en la atmósfera política.

Ahora bien, como la política en nuestro país aparece como los colores en un caleidoscopio, resulta que la conspiradora entra de servicio y queda de reemplazo (¡otra comparacion!) con una frecuencia extraordinaria.

Cuando los que han de ser mas tarde ministros nos llaman *conciudadanos;* cuando las noticias políticas se suprimen de oficio en los periódicos y se dicen oficiosamente al oido; cuando se murmura que han preso á fulano ó mengano; cuando los de abajo empujan y los de arriba resisten; cuando se reparten sigilosamente impresos clandestinos; cuando se va al café á preguntar qué hay de cosas; cuando, en fin, gritan unos «órden» y murmuran otros «libertad...» aparece la conspiradora.

Cuando hay milicia nacional; cuando se toca públicamente el himno de Riego; cuando la prensa suelta á todo trapo su aluvion de frases peculiares; cuando se suprimen los consumos (señal segura); cuando hay iluminaciones espontáneas; cuando se publican alocuciones en la *Gaceta de Madrid* y bandos cuotidianos en las esquinas..., entonces la conspiradora cesa en sus funciones, desaparece y vuelve á confundirse con las demás de su sexo.

II

He dicho mal, he dicho «aparece,» «desaparece,» y no hay tal. Quiero rectificar.

¿Cómo ha de desaparecer si, segun dije antes, ustedes suponen su existencia, sin tener de ella un dato real, efectivo, palpable? ¿Cómo ha de desaparecer si solo nota su presencia un número reducido de personas?

Porque, eso sí, y mire V. si es cosa rara: la conspiradora es prudente y reservada, ¿no es verdad que parece mentira? Pues no lo es.

A veces, sí señor, á veces «resuella por la herida,» como suele decirse; pero es inevitable, completamente inevitable, y corrige inmediatamente el rapto de entusiasmo que la delata.

Por ejemplo:

Se asoma á la ventana y vé abierta la ventana de la vecina (esposa de un empleado del gobierno); entonces entona con fuertes pulmones las primeras frases del himno

Si Torrijos murió fusilado,
no murió por servil ni traidor.

Y aquí reprime el canto, ahoga la voz y observa si su imprudencia ha sido notada por mas personas que aquella que la ocasionó.

Otro ejemplo:

Como las conversaciones sacan los asuntos enredados unos tras otros, ocurre un dia que habiendo empezado á hablar de la ventaja de los pantalones de *patencourt*, se llega á murmurar de la subida del pan, y despues se pasa á decir algo de las cosas del dia, de la impaciencia política y de los que mandan.

—¡Son unos pillos! dice ella en un arranque.

—Pues, mire V. que los otros..., añade la madre de un gobernador.

—Todos, señora, todos; tiene V. razon, interrumpe ella corrigiendo su impertinencia.

Y á menudo suelta frases que no por ser concisas dejan de suplir un discurso completo, como «Ande V., que ya se volverá la tortilla,» ó «Pierda V. cuidado, que ya será otra cosa,» ó «Dentro de poco veremos,» y otras análogas.

Aparte de esto, es la misma reserva, y V. la tratará quizá, la hará visitas, sabrá V. que su esposo anda escondido, y no sabrá V. que ella «anda en esas cosas,» hasta que un dia despues del triunfo llega V. á saber por azar que la órden del alzamiento vino de fuera dirigida á doña fulana, que doña fulana la recibió de noche, que volvió á vestirse, que fué á casa de don fulano, que dió la señal convenida para que la dejaran hablar con él (porque se le supone ausente) y que C por B le dijo: «Esto pasa: vea V. lo que acabo de recibir.»

III

Y esa misma confianza depositada en ella, ese convencimiento pleno que llega á adquirir de que tiene en su mano el nudo de una trama, el triunfo de una idea y hasta el porvenir de un pueblo (fíjense Vds. bien, porque no es hipérbole); esa importancia, digo, que llega á adquirir, la alienta mas y

mas á desplegar su actividad, su perseverancia, su celo, su prudencia y su arrojo; que todas estas condiciones reune.

Así es que los hombres importantes que andan en el ajo no tienen para ella secreto alguno, y ¡ay de ellos si lo tuvieran!

A veces encuentra á uno de esos en la calle y le detiene; la criada que la acompaña se separa unos pasos segun costumbre; entonces ella pregunta al recien encontrado:

—¿Qué me dice V. de bueno?

—Pues he sabido esto... y esto... y esto...

Si durante el coloquio se acerca algun amigo, la conversacion se corta rápidamente, y se imita como se puede que se estaba hablando de otra cosa.

Por regla general, si V. se acerca alguna vez á dos personas que le saludan con turbacion y que una de ellas reanuda el diálogo con la frase obligada: «Pues como iba diciendo...» despues de la cual se encuentra perpleja para continuar, es cosa segura que hablaban en secreto.

La época, las circunstancias y las condiciones de las personas le indicarán á V. si se hablaba ó no de política. Si una de esas personas es mujer, puedo asegurar á V. que es mi tipo *La Conspiradora*, porque si no fuera ella, ¿qué cosa podrá decirse en secreto á una mujer que no pueda revelarse á cualquier hombre?

IV

¿He dicho que tenia presencia de ánimo? Pues me alegro, porque voy á demostrarlo con un ejemplo.

Una mañana suena violentamente la campanilla de la casa. Es la policía que va á sorprender al marido de *La Conspiradora*. Escuso decir que con frecuencia la policía es la que resulta sorprendida, porque doña fulana (la llamaré ya así para evitar alusiones) lo tiene todo previsto: se presume que han de ir á sorprender su casa, y ha tomado ya sus medidas. El esposo ha dormido fuera ó tiene medios seguros de

ocultarse en casa, ó facilidad para pasar á la habitacion de otro vecino sin riesgo alguno.

Pues bien... llega la policía y doña fulana acude al ventanillo y pregunta:

—¿Quién?

—La autoridad.

—¡Vaya unas horas de venir á molestar! ¿Y qué quiere la autoridad?

—¡Abra V. la puerta!

—Es que estoy sola, y yo soy una señora, y...

—¡Abra V.! repito.

—Bueno, abriré, pero se me ocurre una cosa. ¿Y si ustedes en vez de ser la autoridad fueran gente que viniera con mala intencion? (Observacion lógica que irrita al que la recibe.)

—Señora, vea V. aquí la órden del gobernador en virtud de la cual...

—Bueno, bajo su responsabilidad de V. va todo.

Y abre, y en este tiempo el pájaro ha volado si debia volar, y si no habia para qué, ella se ha burlado á su manera de los polizontes.

Y empieza el registro: de una habitacion se pasa á otra, se hacen abrir los baules, se escudriñan cómodas, cajones, camaranchones y boardillas, y la autoridad emplea dos horas en una requisa monótona que ella sabe sazonar con pullas ú observaciones sarcásticas.

—Pero hombre de Dios, ¿V. cree que mi esposo iba á estarle esperando á V. para que viniera á prenderle?

—Sí, mire V. papeles, ¡ahí iban á estar los papeles interesantes para que V. los cogiera! ¿Tan tontos nos creen Vds.?

—¡Vaya un gobierno! Nunca hemos estado peor, ni siquiera respetan á las señoras.

Al marcharse la policía nota el inspector una puerta que no se ha abierto.

—A ver, abra V. ahí.

—Quisiera suplicar á V....

—Abra V. y calle.

—Se abrirá, señor, se abrirá. Doloroso es que una persona

como V. se vea en estos casos, pero ¿qué remedio? Ya está abierta la puerta.

—¡¡Uff!! ¡Cierre V.!

—Paciencia y barajar; el que acepta el oficio que V. desempeña tiene que pasar por todo, hasta por esta habitacion. . . . . .

Conque... ¿tiene agallas *La Conspiradora?*

V

Por eso, por su energía, se hace acreedora á que la confien las mas delicadas empresas.

Ella madruga, trasnocha y se fatiga de dia; ella va y viene, conduce órdenes, da avisos, facilita evasiones de emigrados, recolecta y reparte socorros, distribuye paquetes de impresos que envia á provincias envueltos en un «fardo de telas;» ella es uno de los hilos importantes de la tela revolucionaria y á veces el eslabon que enlaza la junta central con las juntas locales, estas con los comités de distrito, estos con las comisiones de barrio.

Ella recibe del extranjero la correspondencia sibilítica de los conjurados, que va dirigida á su nombre; ella la conduce al oportuno destino; ella traslada verbalmente esos acuerdos que fuera imprudente confiar al papel; ella lo hace todo, lo que puede y lo que no puede, lo sencillo y lo árduo, lo fácil y lo dificultoso, todo con una energía sublime, con una constancia admirable, con una asiduidad y precision pasmosas.

Y ¿cómo no si tiene por estímulo «el triunfo de la idea» y por escudo (no siempre invulnerable) la autoridad de su sexo?

Por otra parte, no crea V. que ella se mete en esas cosas á tontas y á locas. En primer lugar, siempre hay un padre, un hermano ó un esposo cuyo porvenir depende del triunfo, y en segundo lugar, ¿V. sabe la esperiencia que ella ha adquirido y el interés que en ella despertaron los trastornos políti-

cos, las persecuciones que sufrió su familia y los vaivenes que esperimentó su fortuna?

Muchas veces dice: «¡Ah! si mi padre no se hubiera metido en política, otro gallo nos cantara. ¡Cuánto dinero le costó la libertad! ¡Cuántos destrozos nos ocasionaron los facciosos!» etc., etc.

¿Cómo ha de permanecer pues indiferente ante una idea que le recuerda tantas escenas de su vida?

VI

Usted no tiene mas que ver lo siguiente:

Su padre fué de los exaltados aquellos que siempre andaban con la maleta al hombro: ó huyendo disfrazados á la emigracion, ó volviendo de Francia á disfrutar de las espansiones constitucionales.

¡Los palos que le dieron! ¡¡Oh!! ¡Los garrotazos que arreó! ¡¡Uff!!

Fué miliciano y alcalde, tomó parte en lo de las Cabezas de San Juan, estuvo en la Plaza Mayor aquella pícara noche del año 22, y murió en el puente de Luchana siendo aun ella una muchacha.

La madre sufrió mil sustos y contratiempos. La zurraron la badana por *negra* las hermanas de un intendente; pegó ella á las *intendentas* cuando Riego fué ya dueño de toda Andalucía, y en fin, ó no se la veia salir de casa ni asomarse al balcon cuando los blancos subian, ó habia de lucir sus hermosas cintas moradas cuando los blancos bajaban; cintas que en letras de oro ostentaban el mote:

Juré mi suerte,
Constitucion ó muerte.
—Antes morir
Que querer á un servil.

Con tales padres, ¿qué inclinacion quieren Vds. que tuviera la muchacha?

Liberala, sí señor, *liberala* y tres mas, «porque lo *ha*

mamado, porque lo heredó de sus padres, porque es liberal la sangre de sus venas,» y en cuanto oye hablar de inquisicion, se pone fuera de sí, se le crispan los nervios, y quisiera ser hombre para hacer una... que fuera sonada.

Casó con un hombre que es su media naranja en todo y por todo. Hijo de unos labradores acomodados, viuo á Madrid á estudiar leyes, y alcanzó el título de abogado cuando los padrés llevaban invertidos en libros, matrículas, hospedaje y gastos diversos la mitad de su caudal.

Jóven aun le dió por la política, por escribir en los *papeles* públicos, por perorar en los cafés, y por tratarse con los principales hombres del partido liberal.

El año 41 ya era miliciano, y en aquellos trastornos que iniciaron O'Donnell en Pamplona, Piquero en Vitoria, en Zaragoza Borso, Concha en Madrid y en Zamora Orive, tragino, sufrió aguaceros, hizo guardias, y pasó, en fin, un mes de octubre que se lo da al mas pintado de estos políticos que hay ahora.

Casado ya, continuó con ardimiento la propaganda, logró significarse, creció su importancia, se hizo cuasi necesario, y en tiempos de efervescencia, ya se sabe: la primer prision decretada es la suya, el primer registro que se ordena el de su casa, el primer disfrazado que traspasa la frontera es él, el marido de *La Conspiradora*, que va á gastarse en Portugal en un año lo que ganó en su bufete durante un invierno.

Con estas y las otras ella «se ha hecho á las armas» y ha adquirido tal práctica que al primer periódico denunciado, á la primer medida represiva del gobierno, le arregla á él la maleta, le reune el dinero disponible, y lo deja todo dispuesto para la primer eventualidad.

¡Y tiene un ojo para ver venir los acontecimientos! Puede decirse que olfatea á la reaccion.

VII

Pues... ahí tienen Vds., esa es *La Conspiradora*.

Es decir, ese es uno de los caractéres de la conspiradora,

porque la clase en general tiene cien divisiones y subdivisiones, varios y multiplicados aspectos.

Porque como la política en España ha estendido ya sus brazos á toda clase de personas, como son ya tan abigarrados los elementos que componen los partidos, en cuanto llega una de esas épocas de efervescencia política, *La Conspiradora* brota con sus múltiples personificaciones, ya en la esposa del abogado ó del artista, ya en la hermana del menestral, ya en la amante del dependiente de comercio, ya en la prometida del periodista perseguido, ya en la fiel doméstica del ex-diputado, del ex-ministro ó del ex-director de un ramo.

Y desde la que anda en los manejos principales de la trama, hasta la que solo sabe (por una vecina que le ha oido á su marido que trata á un asistente de un capitan «muy liberal») *que se va á armar*, todas conspiran.

Y como los gobiernos que hasta hoy hemos tenido, siempre han creido que lo mejor es atar corto á sus enemigos, ellos mismos sin saberlo, sin pensarlo siquiera, han aumentado considerablemente *las conspiradoras*.

Supongan Vds. que un menestral cualquiera es llevado á la cárcel una noche «por verter opiniones contrarias al actual órden de cosas,» como se dice ministerialmente hablando.

¿Qué es lo que hace la mujer de ese menestral? Primero, llorar y patear: segundo, aborrecer al gobierno: tercero, trabajar porque caiga.

Pídanle Vds. que esconda en su casa un par de fusiles. Los esconderá.

Pídanle que trasporte de un punto á otro unos cuantos paquetes de cartuchos. Los trasportará haciendo uso de sus refajos.

Pídanle sus vestidos para que pueda escapar un comprometido, pídanle que introduzca proclamas en tal ó cual sitio, pídanle que vigile tal ó cual casa mientras en ella se celebra una junta importante. Todo lo hará, con tal de ver á su marido libre.

Ya no se acuerda de que siempre le dijo: «¿Por qué te metes en esas cosas si á tí no te han de hacer general?» Entonces solo se acuerda de que su marido está encerrado, de que no gana un cuarto, de que todo está empeñado, y de que se come mal y de fiado.

Pero esta conspiradora no es reservada; ella es la que aborrece á los agentes de órden público, á los polizontes, la que les pone apodos segun el traje que visten; «guindillas,» «mangas verdes,» «amarillos;» esta es la que suelta alguna pulla cuando pasa á su lado un inspector de vigilancia y la que le insulta y reune á sus vecinas y arma un escándalo que obliga á la autoridad á poner piés en polvorosa; esta es la que cura heridos y los esconde en su casa en dias de *jarana*, cosa que no hace la descrita anteriormente, á la que pudiera llamarse en lenguaje contemporáneo, la *conspiradora consciente*.

VIII

¿Conspiradoras? ¡Oh! Las hay á cientos.

Y eso que no cuento entre ellas á la que conspira por medio de padre-nuestros, es decir, á la que se pasa rezando toda una mañana en la iglesia para que Dios haga de modo que una mañana aparezcan colgados todos los liberales y repantigado en el trono alguno de esos innumerables *Cárlos* que sucesivamente van ofreciéndonos su proteccion y apoyo.

Yo no creo que eso sea conspirar.

Introducir al final de cada rosario un Ave-María «por el triunfo de la buena causa;» quemar cuantas constituciones se vienen á la mano; decir al oido á la vecina que D. Félix ha dicho que pronto vendrá *el señor*; dar un real y unos versos para aumentar una suscricion política; ¿es esto conspirar?

No.

IX

Ahora... pido la palabra para terminar este artículo.

¿Concedida? Gracias.

Al tomar la pluma para emborronar unas cuantas cuartillas hablando de *La Conspiradora*, he oido las voces de algunos lectores que me decian:

—¿Va V. á hablar de la conspiradora? ¡A ver como me la trata V.! ¡Duro en ella!

—Sí, sí, ¡palo! ¡qué no se meta donde no la llaman!

—¡Miren la entrometida!

—¡Rómpala V. un hueso!

Confieso que hubiera deseado contestar respetuosamente á todos los que me dirigian observaciones. Pero, en fin, mas vale tarde que nunca, queda abierta la discusion.

—Pues... lo dicho ¡buena andaria la política si la mujer interviniera en ella!

—Pues qué, ¿tan lucida anda la cosa pública?

—¡Buenos decretos darian las mujeres!

Esto me dicen, y yo pregunto:

—¿Eran mujeres aquellos gobernantes que obligaban al ciudadano á afeitarse de este ó del otro modo?

—Pero la mujer, me replican, no debe cuidarse sino de su casa y de su familia.

Bien, señores, no me opongo; pero en este caso seria preciso renunciar á que la idea de la pátria tuviera una María Aragon, el partido liberal una Mariana Pineda y la causa del cristianismo innumerables heroinas y mártires que abandonaron su hogar y sus familias para ir á exponer su vida en defensa de la idea nueva.

Por mi parte no quiero renunciar al orgullo que me corresponde por haber existido españolas que han legado á la posteridad un nombre glorioso.

El que piense en sentido contrario que alce el dedo.

¡Oh! Seguramente no le alzará nadie.

Si es mujer, por aquello de que todo lo que sea defender el sexo es digno de aprobacion y elogio.

Y si es hombre, porque... ¡señores, los hombres tenemos tanto por qué callar!...

MANUEL MATOSES.

LA QUE VA Á CAER

¡Apetitoso cebo para la curiosidad femenil!

¡La que va á caer!...

Quizá ya espere alguna mujer el momento de la caida para jactarse de su virtud jamás puesta á prueba; quizá otra piense encontrar en esa caida una disculpa á sus propias debilidades...

El vulgo de los hombres espera que caiga para exclamar: ¡al fin, como todas!; el vulgo de las mujeres honradas, para mostrarse implacable; solo las virtuosas, las que con entereza de ánimo lucharon y vencieron, solo esas serian capaces de tender los brazos á la desgraciada y recibirla en ellos para que no se despeñara al abismo.

Porque las mujeres que tuvieron la dicha de nacer y vivir pacíficamente honradas, son por lo general inexorables con las femeniles flaquezas; y no contentas con la consideracion que por honradas se les tributa, envidian mas de una vez el lauro solo debido á la virtud triunfante.

Perdóneseme esta digresion y cualquiera otra en que incurriere; que hoy, como otros dias, me siento propenso á digresiones.

¡La que va á caer!

¡Ah! iba á decir antes, que ni las mujeres honradas tendrán

motivo para jactancia, ni las virtuosas para rasgos de caridad, ni el vulgo para repetir vaciedades; porque la protagonista de este artículo no caerá en él; si cae en efecto, será en otra parte. Aquí solo *va á caer*... y al fin, ¿quién sabe? tal vez no caiga.

Figurémonos una mujer que acaso proceda de aquellas alturas serenas, diáfanas, risueñas, donde la honestidad vegeta apacible, criada en una atmósfera sana para la conciencia; figurémonos que la hemos visto nacer, la hemos admirado en los primeros años de su vida, y besando su tersa frente, nos hemos despedido de ella viéndola entrar en la edad adulta.

Al cabo de algun tiempo, aquella conciencia, antes inspiradora de afectos puros, ha enmudecido; aquella frente serena, tersa, radiante, se ha anublado y parece preñada de tempestades; el paso de aquella mujer es tortuoso, porque sigue á ciegas el vaiven de sus pensamientos; sus alegrías tienen algo de lúgubre: no puede sonreir á la luz del sol; toda virtud le parece idealizada por un génio malquisto con ella; se anticipa á compadecerse al igual de las que ya cayeron; cree que ha bajado pocos peldaños de la pureza, pero que volver á subir uno es un esfuerzo inmenso: esa... esa va á caer.

¿Por dónde ha pasado, que en tan poco tiempo ha podido llegar desde las floridas cumbres á los áridos despeñaderos del torrente?

¿Quién la condujo por los atajos de la pasion ó del vicio? ¿Dónde están estos?

Eso quisiera yo saber para levantar un plano topográfico, y me lo pagarian muy bien los padres de familia que por los pícaros negocios no tienen tiempo para cuidar de la moralidad de sus hijas.

La que va á caer no siempre anduvo por caminos floridos, ni siempre se empeñó en correr por pendientes de movedizos pedregales.

La que va á caer... Pero, silencio...; acérquese V., lector, y mire V. á hurtadillas una que viene hácia acá vestida de negro. ¿Ve V. qué bellos ojos relampaguean debajo de aquel

velo? Ahora que se acerca mas, échele V. como por casualidad una mirada; verá V. qué bello es su rostro melancólico. Palidita ¿no es verdad? pero hasta esa misma palidez la hace mas interesante. Mírela V. ahora por detrás: ¡buen talle, buen aire! y la traza muy señoril y honesta. ¡Qué lástima!

Digo ¡qué lástima! porque esa va á caer.

Conozco de su historia lo que le voy á contar á V. ahora mismo.

De esa mujer ha visto V. poco. Si bellos tiene los ojos, lindísima tiene la boca, graciosa la forma de la cabeza, que se ensancha suavemente hácia las sienes; abundante, negro y sedoso el cabello, y ovalado el rostro, que con una frente poco espaciosa se corona. Camina lenta y se mueve con gracia; es algo corta de vista; le gustan el dulce y la música de Donizetti; lee poco, y se complace en meditar ó en dejar libre su imaginacion por espacio de dos ó tres horas antes de acostarse, reclinada en una butaca.

Pero esto, me dirá V., no es su historia. Cierto. Usted va á lo positivo, y no tiene como yo la pícara propension á las digresiones, que alejan del punto principal. Lo principal es la historia. Vamos, pues, á ella.

Pues señor, esa mujer que V. ha visto es hija de padres ricos, pero honrados. Criáronla estos con gran recogimiento y educáronla unas monjas, únicas maestras suyas; de suerte que cuando dejó de ir al convento, época en que tendria unos diez y siete años, sabia perfectamente cuanto son capaces de enseñar todas las monjas de una comunidad dedicada á la enseñanza. Pues bien: sabiendo todo esto, era natural que la familia dijese, como dijo: «Hé aquí que tenemos una buena doncella, apta para ser buena esposa y buena madre de familia; fortalecida contra los peligros del mundo que no conoce; alentada por los ejemplos de virtud, supuesto que solo ha visto á las buenas madres muy bien halladas con su suerte, y como no ha leido mas libros que los de rezo, á lo menos no tiene idea de los vicios y pasiones que subyugan los ánimos mal inclinados.» A todo esto, ¿creerá V. que la chica ignoraba que fuese bella? Y lo era: le aseguro á V. que lo

era; pero no habia ejercitado su criterio en ninguna cosa mundana: ni siquiera en su hermosura.

El primero que le llamó la atencion sobre el particular fué un condiscípulo mio, un tarambana, pintor, colorista, que dibujaba mal, pero componia regularmente y manchaba la tela con garbo, variedad y armonía.

Pues, como iba diciendo, ese amigo, ó mejor, condiscípulo mio, fué quien reveló á la chica que era hermosa; y sin duda porque en el convento le habian enseñado á discernir lo verdadero de lo falso, conoció ella en seguida que era verdadera su hermosura, y como era de buena índole, quedó muy agradecida al que la habia encaminado al conocimiento de una perfeccion mas que agradecer al Todopoderoso.

El mozo, que ante todo era artista, alabó las lindas manos de la doncella, alabó sus piés y su talle y su color y su andar y su cabello y su voz, y... ¿cómo he de decir que poco á poco la fué alabando toda?

El tener buenas prendas corporales no es cosa opuesta á los designios del Altísimo, antes al contrario: cuando Dios crió á Adan y Eva les dió hermosas y proporcionadas formas, y sin duda, en virtud de esta consideracion, nuestra doncella no pudo menos que sentirse complacida con las alabanzas que sus atractivos exteriores inspiraban al tarambana de mi condiscípulo.

Pero la belleza corporal no debe prevalecer sobre las dotes morales: esto lo sabia muy bien la muchacha, y quizá si hubiera tenido tiempo para meditar sobre ello, habria lamentado que el artista la admirase solo desde el punto de vista plástico y sensual, sin tener una palabra de elogio para sus dotes inmateriales; pero quiso la buena suerte que él no le diese tiempo bastante para esa lamentacion, pues comenzó inmediatamente á celebrar su inocencia, su candor, su honestidad, sus inclinaciones todas con tanto entusiasmo como antes habia elogiado sus manos, sus piés y toda la humana pepitoria y demás que constituye lo material y perecedero.

Al llegar á este punto, llegó para la jóven el momento supremo: la crísis.

¡Amada! ¡Amada moral y físicamente! Aunque el amor que inspiraba era mundano, no por eso podia tener nada de diabólico, porque su amante, si bien ponderaba la belleza de su rostro, lo ponderaba por bello en el concepto de su carácter virginal, angélico, y aun la amaba mas por su rectitud, por sus castos pensamientos, por su honestidad y por su inmaculado candor que por sus bellas formas.

Sucedió pues...

No habrá olvidado V. que ella es una jóven de ojos negros y rasgados, boca sinuosa, color moreno, talle esbelto y ondulante, etc.; pero aunque V. lo haya olvidado, tal vez no sea este un dato muy necesario.

Volvamos al suceso.

Sucedió, pues, que...

Estábamos en que la chica se vió amada moral y físicamente por un sér dotado, en su concepto, de atractivos físicos y morales.

Porque es de advertir que mi condiscípulo no tenia facha de ganapan ni nada semejante; se expresaba con facilidad y cultura, y si bien como artista se dejaba arrebatar por la belleza de la forma, como sér *sintiente* y *pensante* mostraba con espontánea elocuencia su admiracion hácia las perfecciones psicológicas de mi conocida.

La muchacha le amó ¡bien lo sabe la eterna sabiduría! le amó como á un raro ejemplar de los mortales masculinos que podian hallar gracia delante del Señor.

Vióle creyente, honesto, sincero, leal, entusiasta por las bellezas del alma, y ¡qué de revelaciones tuvo en una sola noche de insomnio! ¡Cómo se dilataron los horizontes del mundo hasta entonces por ella entrevisto! ¡Y cómo admiró y bendijo la exquisita discrecion de las buenas monjas, que le habian reservado íntegro el placer de la sorpresa respecto de las mil maravillas encerradas en los afectos puros!

Dice el adagio vulgar que el amor y el dinero no pueden estar ocultos, y en efecto: la familia de la muchacha descubrió en seguida el amor del artista, y si no le descubrió el di-

nero, por mas que escudriñase, fué porque en realidad él no tenia un real.

Se despidió al muchacho, se celebró consejo de familia, que él calificó de consejo de guerra, y segun una expresion suya tambien, se condenó á la bella á matrimonio.

Ello es que padre, madre, tios y tias, cada uno echó á la niña un grave y razonado sermon sobre la impureza de los afectos nacidos sin conocimiento de los padres y tutores y sobre la obediencia de los hijos, y ¡cosa particular! todos lamentaron que la niña hubiese olvidado tan pronto las sanas lecciones recibidas en el convento; error craso, pues ella no habia olvidado leccion alguna y hacia tan bien entonces los palilleros, las natillas y los bordados y sabia tan al pié de la letra el catecismo como cuando estaba con las buenas madres.

Y no solo es raro que la familia incurriese en un error tan evidente, sino que ella tambien cayó en lo mismo, y como era de buen natural, hizo propósito de enmienda, aunque por mas que discurria no llegó á averiguar nunca de qué debia enmendarse.

La familia entre tanto resolvió en sesion secreta casar á la niña.

El artista, poseido de cierto mundano orgullo, consideró que era pobre y ella rica y que no querrian dársela por esposa; que no le estaba bien pretenderla, porque achacarian sus diligencias á deseo de granjear un caudal por malos medios; confió en que ella le olvidaria y él á ella andando el tiempo, y se eclipsó.

Explorando el seno de familias respetables, la de la niña dió con un novio.

Era este, me atrevo á decirlo, un doncel de agradable aspecto, criado á la apacible sombra de un corpulento canónigo tio suyo. El mozo sabia latin, teneduría de libros y música, y además en las largas veladas de invierno habia aprendido sin ajeno auxilio á hacer linternas mágicas, marcos para cuadros y barcos de corcho.

Era un poco encogido, pero tenia cierta gracia.

Proporcionóse el que los chicos se vieran, hízose de modo

que se trataran, se les preguntó si se aceptarian el uno al otro, él respondió con fuego que sí, y ella respondió lo mismo sin violencia y con algun agrado.

En vista de lo cual los casaron.

Ella se acordó del artista, no por asomo de infidelidad, ni mental siquiera, sino porque dijo para sí: el pintor me hizo entrever una inmensa dicha con el afecto que despertó en mi pecho; pues ¡cuánto mayor no será la que va á deparar-me el cielo por medio del afecto que él mismo ha bendecido!

Habíale dicho su madre cómo debia pensar y proceder una buena esposa, y ella prometió sinceramente seguir sus consejos y aspiró á ser modelo de buenas casadas.

Él la amó muchísimo. Dos secretos, solo dos, habia ocultado á su tio el canónigo: el uno era que le gustaban las rubias; el otro, que las morenas le gustaban mas todavía.

Su mujer era inocente, dócil, sumisa, afable, hacendosa, y además y sobre todo era morena; con que...

Ella pudo ver en él los ímpetus de un corazon que se desborda, la integridad de una pasion vehemente, la locura producida por la posesion de un precioso objeto largamente codiciado; pero... ¿cómo lo diré? no encontró la dicha que esperaba.

Creia ella que aquella dicha consistiria en que su esposo, autorizado por la Iglesia, continuaria con ella la conversacion del pintor en el punto en que este la habia dejado en su última entrevista; buscaba en el acento del marido, no el acento del pobre artista, sino la misma fuerza conmovedora; esperaba del marido ideas que apenas expresadas se les hiciesen igualmente comunes; deseaba, por ejemplo, que sobre algun asunto se les ocurriese á entrambos á un tiempo una exclamacion misma; que tal nube del espacio les pareciese á ambos un caballo con su ginete, y tal otra un mónstruo con alas; que una misma música expresase para entrambos un mismo afecto, un mismo carácter de pasion, un mismo matiz de sentimiento...

Y no sucedió nada de lo que pensaba y esperaba; pero dijo

para sí: tal vez la dicha tome diversas formas y se manifieste por otros modos que me son desconocidos. Esperemos.

Y esperó.

Mientras ella esperaba, él quiso conocer el mundo, esto es: los paseos, los teatros, los casinos, las aventuras galantes, los hábitos de la gente que daba que hablar, etc.

Anduvo y vió algo. Le gustó casi todo. Casi todo, porque le disgustó que á cada momento se le conociese su inexperiencia mundana; le disgustó el ser siempre un maravillado espectador y nunca un envidiado protagonista; podia presentarse como modelo de fidelidad conyugal, y precisamente esta era la cualidad que debia ocultar para no cubrirse de ridiculez.

Su mujer continuaba dócil, sumisa, hacendosa y morena; pero su mujer no le admiraba ni bastaba á satisfacer los apetitos que iba despertando en él lo desconocido con su natural encanto.

Se avergonzó de ver que en efecto no era ni un vulgar hombre de mundo, y aguijoneado por los hasta entonces refrenados ímpetus y por las exigencias del amor propio, entró mundo adelante; compitió con los que de él hacian burla; venció á mas de uno, fatigado ya en luchas anteriores; descolló al poco tiempo en su círculo, y de tal modo se dilataron y embellecieron para él tambien los horizontes del mundo, que el hogar le pareció estrecho para su vida y fatigoso y monótono aquello de ser siempre invariablemente morena su esposa.

Su esposa esperaba pacientemente la dicha.

El hombre admirado, festejado fuera de su casa, empezó á resentirse de que su esposa no le admirase tambien; se picó de verse amado lisa y llanamente como un marido bonachon. Él queria ser objeto de impaciencia, de sobresalto, de arrebatos de celos...

En vano lo intentó por medios indirectos.

Ella no comprendia, no sospechaba el alcance de ciertos actos ó palabras.

Tres años llevaban de matrimonio cuando oyó á su mari-

do jactarse de impurezas, de triunfos innobles, de aberraciones groseras, de glorias de lupanar...

Y desde entonces ya no creyó en la dicha. La dicha tomó á sus ojos la forma de un ángel que lentamente descendia hácia ella, y desde muy lejos le volvia de pronto la espalda, remontando rápidamente el vuelo y haciendo ademanes de eterna despedida hasta perderse en el espacio.

Desde aquel dia...

Perdóneseme que calle ciertos pormenores: el discreto lector los deducirá de los hechos sucesivos.

El dolor fué con ella tan piadoso cuanto el dolor puede serlo, porque acabó de embellecer con un toque postrero su semblante.

A su marido le pareció menos bella desde entonces, porque con cada onza de carne desaparecia para él un grado de belleza.

Despues de la postracion, sintió ella nacer en su pecho un noble orgullo. Era incapaz de sacrificar su decoro á una ruin venganza, incapaz, como otras, de envilecerse por castigar una vileza ajena.

Creyóse desde entonces doblemente obligada á la virtud; se la oyó desde entonces expresarse menos caritativa que antes con respecto á las mujeres que olvidan sus deberes; escapábasele en mas de una ocasion manifestarse inflexible contra la infidelidad de las esposas, y se mostraba al par tan serena, tan sinceramente resignada, que se granjeaba cuando menos el respeto de cuantos conocian ó sospechaban su desgracia.

Jamás se la oyó aludir ni remotamente á sus propios sinsabores: estaba firme en sus propósitos y confiaba ciegamente en sus fuerzas.

En cuanto á él, á nadie hacia misterio de su vida y sus costumbres. Vivia persuadido de que su mujer era todavía la monja boba de marras. Aficionado á la celebridad del escándalo, empleaba todos sus conatos en conservarla cuanto pudiera.

Así pasó otro año.

El tarambana de mi condiscípulo no la habia olvidado del

todo. Se apesadumbró de veras al oir hablar de la conducta del marido; experimentó cierta satisfaccion al oir que á pesar de todo ella se conducia dignamente, y se pasmó de admiracion cuando un alma piadosa dijo que, aunque mas flaca, estaba mas hermosa que nunca.

Despues que el artista hubo permanecido buen rato con la cabeza torcida y los ojos y lábios inmóviles y muy abiertos, dijo para sí:

—Con que... ¿mas hermosa que antes y embellecida por el pesar y la nobleza del padecimiento heróicamente sobrellevado?... Haré por verla. Quisiera poder tomar de ella un apunte. Pues si antes era divina, ¿qué será ahora?

El artista halló fácil medio de ser invitado á una reunion á que asistia ella.

Viéronse, ¡y con qué fraternal confianza le alargó ella la mano! ¡Con qué hidalga compasion se la estrechó él, impresionado al propio tiempo por la armonía de líneas y por los ricos tonos de aquel rostro!

Habló él, y en verdad que no se propuso hacer frases ingeniosas ni fingir sentimientos romancescos. Se produjo con naturalidad, como hombre sincero, en prosa usual y corriente, sobre los objetos por que ella le iba preguntando, y ¡fenómeno! ella le escuchaba como si hallase en aquellas palabras una suave música oida en la niñez y no del todo olvidada; ella encontraba yo no sé qué de poético en los mas fáciles giros del lenguaje por él empleado; su discrecion le pareció caballeresca; su llaneza misma, patriarcalmente augusta; la pobreza y la independencia en que vivia se le representaron como maridaje solo posible en un modelo de virtudes; en mas de una ocasion, la pobre se echó á reir no muy á propósito, para contener las ánsias de llorar que le daba el recuerdo de aquellas breves horas que, apenas dejado el convento, habia pasado junto al artista.

Él recordó tambien algo; pero no enlazó la memoria de su antíguo y puro afecto con esperanza alguna capaz de despoetizar el alto concepto que habia ido formando de ella.

Antes de retirarse, se fijó él mucho en el tono general

del bello semblante y en cierta expresion melancólica que á veces lo dominaba.

—¿Nos volveremos á ver? preguntó con amistoso acento al despedirse.

—Sí, y con mucho gusto, respondió ella, que no queria reconocer en nada una fuerza mayor que la de su virtud.

Aquella noche entró valerosa en su casa, pero lloró en su lecho.

Despues tuvo ciertos barruntos de miedo, pero se tranquilizó pensando que no amaba al pintor, sino que amaba las memorias de su adolescencia; y como entonces habia conocido al pintor y se le habia hecho tan simpático, la asimilacion de ideas, el encanto de lo pasado...

Y volvieron á verse en la misma casa.

Ella, la pobre, no buscaba contraste alguno entre el artista y su esposo; pero el bribon del contraste, sin ser llamado, le estaba bailando el agua, como suele decirse.

Habláronse largo rato, sobre todo él, por complacerla. Y en su conversacion encontró ella un atractivo mas semejante al de años anteriores que al de pocos dias pasados.

Aquella noche, ella á sus solas llegó á sospechar que si no hubiese conocido al pintor siendo niña, no por eso le seria menos simpático.

Se mostraron uno á otro un afecto, una amistad tan pura, que fueron llegando á la mas íntima confianza.

Él la alentaba á persistir en su conducta de noble abnegacion; elogiaba sus sentimientos, sus ideas, sus firmes propósitos de permanecer fiel á sus deberes; le atribuia todas las cualidades capaces de inspirar un amor profundo...

Pero no le decia que la amaba.

Ella le oia con delicia; le decia de buena fé que estimaba en él las dotes de caballero, su aficion á toda belleza moral, la rectitud de sus ideas, la constancia en sus puros afectos...

¿Decia todo lo que sentia?

. . . . . .

Hace algun tiempo acordaron los dos no volver á verse

nunca. Se habian confesado que el trato frecuente podia ser, no peligroso ¡eso nunca! pero... doloroso para entrambos.

La casualidad los volvió á reunir un dia y revocaron de comun acuerdo la dura sentencia, conviniendo en que no se buscarian, pero no se evitarian.

Despues, no se han confesado que se busquen; pero se encuentran á menudo.

Ella guarda hoy dia profundo silencio acerca de la culpabilidad de las mujeres infieles: no hace quince dias que allá, á sus solas, admitió como circunstancia atenuante en favor de las culpables, la fuerza del destino...

Esta va á caer.

*
* *

Y quiero yo suponer ahora que un discreto me pregunta:

—¿Pasa por ese camino toda aquella que va á caer?

—No señor, me apresuro á contestar; pero conocida la mayor altura desde donde se cae, es fácil imaginar las menores.

La que sorprendida por un revés de fortuna no se siente capaz de renunciar á lo supérfluo, y despedaza como tigre al primero que se propone abusar de su desgracia y solo araña como gata al segundo...

Esa va á caer.

La que hasta ayer se reia á carcajada de los maridos puestos en ridículo, y hoy hablando de lo mismo no ha hecho mas que sonreirse y aun se ha sonreido por fuerza...

Esa va á caer.

A propósito: ¿Vé V. aquella gallarda y hermosa rubia que se pára ante el escaparate de Samper? ¿No la vé V.? ¿No? Pues imagínesela.

Está mirando un broche precioso: esmalte, brillantes, zafiros...

Son las dos, y es la tercera vez que pasa y se pára á meditar ante la joya.

No la compra por veinte mil reales y la puede obtener con una palabra.

Si vuelve á pasar otra vez, le digo á V. que tambien esa va á caer.

ROBERTO ROBERT.

LA SÉNECA

Héla ahí, mas alta que baja, mas gruesa que flaca, mas altiva que hermosa, mas hermosa que afable, los ojos grandes y vivos, la cabellera larga y poblada, los lábios prominentes y tentadores, la barba recogida con gracia bajo la boca, la boca modelada con arte sobre la barba. Habla poco y despacio, rie menos y aprisa. Casi nunca llama á su padre «papá,» y á su madre la llama casi siempre «madre mia.» Puede tener veinte años ó treinta, tutor ó marido, renta ó suegra. Puede llamarse Inés ó Leonor, Flora ó Delfina. Nada importa, siempre será ella misma. ¡Ella!... Pero ¿quién? La conoceis todas ¡oh lectoras de mi alma! yo os lo fio. La conoceis como se conoce el paisaje de la aldea natal y el tañido de la campana vecina.

Cuando pequeñuela la habeis visto pasear, grave, reservada, entre las colegialas de las *Salesas Reales*, y la apellidaban «la niña grande.» Cuando muchacha la habeis visto pasear, reservada, grave, entre las casaderas del Prado ó del Retiro, y la apellidaban «la niña boba.» Cuando mujer la habeis visto cien veces entre las demás mujeres, y la pusísteis, de burlas ó de veras, el bautismo que todavía lleva. No es una mujer, es un tipo. ¿Ridículo? No tanto como os pareció en la adolescencia. ¿Extraordinario? No tanto como os

pareció en la niñez. ¿Vulgar? No tanto como os parece en la edad adulta.

Un poco mas de cultura, y se convierte en una mujer literata. Un poco mas de grandeza, y se convierte en una mujer de génio. Un poco mas de mundo, y se convierte en una mujer encantadora. Así, tal cual es, participa de esta triple naturaleza sin constituir ninguna de sus categorías esenciales. Para hacer el encanto del hogar doméstico le sobran pretensiones. Para hacerse el objeto de la historia le sobran pequeñeces. Para poetisa le sobra prosa, y para mujer le sobra poesía. No es aquella madame Sevigné que averiguó tan discretamente durante su vida todas las liviandades de la córte de Luis XV para contarlas tan bizarramente despues de su entierro. Pero tampoco es aquella marisabidilla que ignora lo bastante para no economizar lo que sabe, y sabe lo bastante para no reparar en lo que ignora.

Hay que reconocerla á veces buen sentido, en ocasiones buen juicio, de vez en cuando talento, pero oportunidad nunca. Su trato peca de pedantesco por no tocar en frívolo, y su conversacion huele á didascálica por no caer en pueril. Hay algo en su austeridad que denuncia el almidon, y algo en su gracejo que recuerda el aceite. Trueca con frecuencia el amor en arte, el arte en oficio y el ingénio en bisutería. De modo que á menudo, queriendo ser profunda, es incomprensible, y no falta sazon en que, deseando pasar por original, solo logra pasar por escéntrica. A cada interrogacion opone una sentencia, á cada parecer un axioma. ¿Sabeis ya, lectoras mias, de quién se trata?

Pues si no lo sabeis, la culpa es mia, que no acierto á pensar en mi heroina por pensar demasiado en vuestros hechizos. ¿No me creeis? Pues os lo juro; tengo delante de mis gafas media docena de querubines que revolotean en adorable confusion sobre el papel que voy tiznando. Manecitas aterciopeladas me borran los renglones; frentes de nácar me roban las miradas; perlas que parecen dientes me toman las palabras de la boca, y claveles, que embriagan como los besos de una vírgen, me disipan las ideas en el cerebro. ¡Yo

quisiera ser mariposa del amor para quemarme en esa inmensa luz de la eternidad que se llama la belleza! Mas, por ahora, fuerza será volver á nuestro análisis.

La mujer Séneca se diferencia tanto de la mujer letrada como de la mujer bachillera. No es tan indiscreta como la una ni tan intemperante como la otra. Suele ignorar el nombre de Tácito y menospreciar la historia de Roma. Se cuida poco de Quintiliano y apenas si se acuerda de las Partidas. César y Cleópatra le inquietan tan poco como la Maintenon y Luis XIV. Pero no por eso ama el perol y la espumadera. ¡Disparate! Una sonrisa le inspira un discurso; una anécdota le inspira un epílogo. Al quitar y poner la mesa, al vaciar y llenar la copa, ella encuentra modo de decir algo grave y solemne. ¿Para qué? Para decirlo solamente.

No se imagina siquiera que pueda aprovechar á nadie, digámoslo en honor de la fidelidad histórica. La clase del auditorio tampoco le interesa demasiado. Lo mismo dogmatiza ante la lavandera que ante el maestro de piano, ante el cartero que ante el magistrado de Audiencia. Su instinto la arrastra y ella cede. Si se casó con un comerciante de comestibles, allí son las pláticas de moral y los consejos de prudencia. Si se casó con un mercader de ropas hechas, allí son las consejas apolilladas y los aportillados consejos. Si tiene padre y hacienda, allí es verla reinando sobre sí propia. Si tiene abuela y sobrinos, allí es verla seduciendo la senectud y la infancia.

Si tiene hijos ¡ah! entonces puede llegar á ser una buena madre, que es para una mujer, docta ó lega, típica ó no típica, la mas loca de las fortunas. En todo caso, la mujer Séneca posee dos cualidades recomendables: la economía y la constancia. La economía, de la cual se hace una ley, la impide cansar al prójimo; la constancia, de la cual se hace una religion, la impide cansarse á sí propia. De esa manera cruza incólume por entre las dificultades de la vida, y prolonga acaso la viudez hasta los límites de la decrepitud menos prematura. Se dan ejemplares octogenarios. Ahora bien: ¿de dónde le viene el marco que ha obtenido en este cuadro?

Una tarde del mes de agosto departia yo con un inglés amigo mio por las orillas del mar Cantábrico, que enviaba sus espumas hasta las nubes y mandaba sus rumores hasta el abismo. El cielo azul y resplandeciente parecia un espejo; la mar tumultuosa y tonante parecia un diluvio. Mirábamos entre contemplativos y absortos la mar y los cielos, las crestas de las salvajes montañas donde se quebraban las olas y la niebla de las espumosas olas que se quebraban en las rocas salvajes, así mi amigo como yo, cuando una pequeña vela asoma por la inmensidad del espacio, blanca paloma perdida en el torbellino de lo infinito. Era una barca pescadora. Allí venia ella. Ya sabeis quién es ella.

Apenas hubo ganado la playa el barquichuelo, divisamos una mujer mas alta que baja, mas gruesa que flaca, mas hermosa que afable, los ojos grandes y vivos, la cabellera larga y poblada, los lábios prominentes y tentadores, tal, en fin, como la tenemos descrita al comienzo de este artículo. Estaba pálida, porque el trance que habia corrido no era para menos, y mojada como una ave acuática, porque el piélago que habia atravesado no era para mantenerse enjuta. Pero estaba tranquila y serena como quien cree y espera. El inglés se apasionó de aquel estoicismo femenino y se felicitó de aquel drama al aire libre. Poseia una casita solitaria, tallada sobre una mole de granito, no lejos de la playa, y ofreció su vivienda á la señora. No era potestativo aceptar ó rehusar la hospitalidad en aquellas circunstancias, y la dama aceptó desde luego.

El inglés y yo cuidamos de enviarle su doncella y su equipaje, pues vivia en uno de los *hoteles* de la ciudad inmediata, y comimos juntos en mi modesto alojamiento. A los tres meses se celebraba una boda en Madrid y yo servia de testigo. ¡Lo que puede producir un paseo por el mar en una tarde tempestuosa! Ya han nacido varios vástagos de aquella familia improvisada. Una niña rubia y graciosa como los angelitos pintados en la catedral de Búrgos, Carlota; un niño jugueton y robusto como los pintados por Rafael en los brazos de sus inmortales vírgenes, que se llama Roberto, cuando

menos. Y mi amigo cada dia mas feliz. ¿Pero á qué ese episodio fantástico? dirán mis buenas lectoras.

Esa especie de náufraga salvada por el amor, á quien visitábamos todos los dias mi amigo el inglés y yo desde el lance de nuestro estraño conocimiento, me ha proporcionado los primeros materiales de esta monografía. Justo era concederle un lugar en sus declives. Mujer verdaderamente delicada, nada habia que pedirle ni en punto á maneras ni en punto á conveniencias sociales. Educóla un canónigo digno de la mitra, y la dejó rica y jóven un general que habia sido su primer esposo. No conoció mas novios que sus dos maridos; templaba y templa los caractéres salientes del tipo con su educacion esmerada, y no llegaba nunca á lo grotesco por mas que rayase de ordinario en lo estrambótico. Pero respondia al ideal de las mujeres Sénecas.

Algo de culta, no poco de sibila, y un no sé qué de melancólico componian el lado esterior de su carácter. Por dentro ¿quién es capaz de dibujarla? Sentia fanatismos estraños é inspiraba sentimientos mas estraños todavía. Iniciaba pensamientos grandes y desleia sutilezas pequeñas. Solia cometer anacronismos históricos y heregías científicas, aunque no desconociese del todo ni la eficacia de la ciencia ni la razon de la historia. Tenia la lengua mas subordinada que el idioma, y la mirada mas perspicaz que el entendimiento. Nadie diria sino que habia nacido para la diplomacia y se empeñaba en ejercer el magisterio. Hubiera ganado mas adeptos enseñando el pié que la ética, y conquistado mas simpatías con las sonrisas que con los apotegmas.

Pero no era de aquellas que hacen tropos como calcetas, ni de las otras que hacen calcetas como tropos. Se guardaba de comparar el Sinaí con el Calvario, el Líbano con el monte Cénis, el Evangelio con las cosmologías modernas, y sobre todo, no barajaba el romanticismo con el clasicismo, ni la política con la teodícea, como tantas eminencias contemporáneas. Amó siempre á Dios sobre todas las cosas, y hoy ama á su inglés sobre todos los hombres. En esto último desearíamos ver imitado su ejemplo por muchas que se precian de

mas discretas y de menos casquivanas. De todas maneras, héla ahí tal como ha aparecido á mis ojos.

Yo no sé en qué relacion deben estar la sangre y la bílis, los nervios y los músculos, los sólidos y los líquidos para producir esta variedad del género femenino. Yo no sé qué propiedades fosfóreas ó calcáreas convienen al cráneo organizado de semejante manera. Yo no sé ni aun el peso aproximado de la masa encefálica contenida en una cabeza de esta índole. Por no saber cosa alguna sobre el particular, ignoro hasta qué punto la anatomía y la fisiología puedan explicar el fenómeno. Un elemento moral entra siempre á despecho del bisturí en la composicion de los caractéres humanos, y este elemento, que podrá ser ó no ser la resultante de un concierto dinámico ó de una combinacion química, constituye por sí solo la mitad del secreto genesiaco.

Pasiones y sentimientos, virtudes y vicios, facultades y atributos, si no idénticos parecidos, producen fisiogonías de todo en todo discordantes. El mismo cielo, el mismo sol, la misma agua y el mismo aire elaboran productos racionales de todo en todo heterogéneos. ¿Por qué? ¿A virtud de qué? Ese es el eterno problema de la humanidad y la eterna disputa de los sábios.

Contentémonos con advertir los resultados sin indagar sus causas próximas ó remotas los que no somos sábios, y así habrá paz entre los chicos, ya que no suele haberla entre los grandes. Mas ¡ay! oigo decir á mi lado que desfiguré la semblanza de este boceto. Una mujer como esta mia, asegura la rubia de ojos garzos, que no se ha visto jamás ni en el colegio, ni en el Prado, ni en Madrid, ni en España. «Las niñas grandes» suelen tener mas discrecion, segun la morenita de arqueadas y negras cejas. «Las niñas bobas» suelen tener menos talento, segun la linda costurera que entrega todos los sábados á las ocho de la noche en *El siglo XIX*.

Una mujer mitad hermosa, mitad desgraciada, mitad noble, mitad vulgo, mitad avisada, mitad indigesta, mitad flexible, mitad terca, mitad mujer y mitad mito, piensa la señorita de los párpados dulces y sombríos que no se parece ni

á la mujer docta, ni á la mujer loca, ni á la mujer de casa, ni á la mujer de mundo. Precisamente por ello es otra que bulle entre todas esas y muchas mas en el anfiteatro del mundo. ¡Caricatura! exclaman con reticencia dos hermanas gemelas en donaire y en hechizos. Y luego, añade una matrona de tupé ceniciento, ¿por qué llamarla Séneca?

Responda la malicia á la pregunta. Yo, autor silbado y calumniado, me retiro de la escena con el pesar en el alma y la envidia en el corazon. No he conseguido desarmar á mis encantadores aristarcos ni aun huyendo las dificultades mas bien que afrontándolas. ¡Decís que han de acabar las disputas! Antes se extinguirá la vida. Pero ¡ay! yo no quiero disputar á mis tiranos del sexo bello el placer de la crueldad. Aquí me teneis enamorado de todas á un tiempo, hasta de las Sénecas mismo, y olvidado por todas á la vez, hasta por la que lea estos renglones para entretener males de ausencia.

PABLO NOUGUÉS.

LA TRAPISONDISTA

¿Seré yo valiente?

Solo, jóven, inexperto; atreverme con ese tipo... ¿Ustedes saben lo que es una mujer trapisondista?

Si una enamorada, si una celosa, si una de las que han jurado casarse ó morir apenas caben en los límites del humano entendimiento, ¿qué no será una mujer que por su índole traviesa sea capaz de todas las trapisondas de todas las mujeres juntas?

¿Quién le encuentra los caractéres mas dominantes para darla á conocer reproduciéndolos? ¿Quién sabe escoger y reunir los mas perceptibles? ¿Quién está seguro de que no le pasará por alto precisamente la cualidad mas propia, mas pictórica de ese enrevesado tipo? ¿Quién, en fin, tendrá meollo y sagacidad suficientes para descubrir aquellas individualidades femeniles que, á fuerza de ser trapisondistas, han logrado vivir largos años ocultando que lo fuesen?

Y yo, sin embargo, á impulsos de fuerzas desconocidas, me atrevo al intento...

Por esto, por esto dije al empezar: ¿seré yo valiente?

Porque, cuidado con ella, caballeros; que si un hombre trapisondista da mucho que hacer, por mucho que ello sea, todo es tortas y pan pintado en comparacion de la faena que

se echa encima la que, por natural instinto al principio y por hábito mas adelante, llega á merecer el dictado de trapisondista.

En los negocios en que la fuerza corporal ó la sana reflexion deciden, convengo en que los hombres se llevarán siempre la primacía; pero en aquello que se refiere á lo laberínticamente artificioso, á las repentinas inspiraciones para salir del paso, y aun á los discursos que en vez de aclarar un asunto han de servir para enmarañarlo mas, callen todos los españoles nacidos y cedan el paso á las hembras, cualesquiera que estas sean, y teman y huyan, si en lugar de habérselas con una española cualquiera se hallan frente á frente con la que merezca ser comprendida debajo del título de mi artículo.

Grande invencion fué la de las casas de préstamos. La facilidad con que en ellas se verifican los negocios, nunca será suficientemente alabada. De muchos hombres se oye decir que se arruinaron en sociedades de crédito y aun de seguros; otros se arruinan poniendo almacen de hierros, de maderas, de comestibles; pero yo jamás oí que nadie se hubiese arruinado con tener casa de préstamos.

Pero la invencion del préstamo es sencillísima. Uno que posee numerario se lo presta á otro por tiempo determinado, quedándose en garantía con prenda que en todo tiempo valga cantidad mucho mayor que la prestada.

¿Y si el otro, terminado el plazo, no puede rescatar la prenda?

Véndela el que le prestó sobre ella, le abona la diferencia, y se acabó.

Alguno, sin embargo, supo dar mayor esfera al negocio del préstamo, y ese alguno ideó el vender la papeleta de empeño á un tercero, con lo cual ese tercero pasaba á ser dueño de la prenda empeñada.

Ese alguno pudo sin dificultad ser un indivíduo del sexo masculino.

Pero aun así, el negocio era breve y limitado: daba poco de sí y quedaba harto claro.

Aquí le tocó intervenir á la trapisondista: ella ideó que las papeletas, en vez de ser vendidas, podian ser empeñadas. De este modo quedaba pendiente el interés del drama, se complicaba mas y mas, se pagaban dos intereses, é intervenian mas personajes en el dramático asunto; que dramáticos son todos aquellos argumentos cuya exposicion tiene por escena una casa de préstamos.

Por este rasgo pueden imaginarse algunos de la trapisondista.

Tiene un pecho...

No hablo de sus cualidades físicas, que no hacen al caso para mi asunto: hablo de lo arriesgada que es en todo lo que puede contribuir al logro de sus propósitos.

Creo que fué Voltaire quien, hablando de Marivaux, dijo: «Ese hombre conoce todos los senderos del corazon, pero »el camino recto, no.»

Así es la trapisondista, que jamás va derechamente en obras, palabras ni pensamientos: al contrario, siempre es la tortuosidad su norma: asoma alguna vez una intencion por la vía recta, y en seguida la lleva por revueltas callejuelas despreciando el dicho del sábio: *Non debet fieri, per plurima quod potest fieri per pautiora*, si mal no recuerdo.

Si una mujer necesita cuatrocientos reales y cree que una amiga suya puede prestárselos, lo natural es que, explicándole la causa de su necesidad, se los pida lisa y llanamente prestados.

La trapisondista no procede así. ¡Buena es ella para esa sencillez de teatro griego!

La trapisondista en ese caso remueve las especies en su memoria, y recuerda que una conocida suya dijo, por ejemplo, que de buena gana venderia una sortija ó una leontina si se la pagaran regularmente.

Entonces nuestra dama coge el manto, va á ver á la conocida, y le dice:

—Ayer me acordé de V. Es muy posible que una amiga mia le compre á V. la joya que V. deseaba vender. Por su-

puesto, que no le he dicho quién la vendia, pero sí le he indicado que no le costaria menos de tanto.

Arranca la alhaja. Acude á casa de un joyero; enterada del precio que le darian en una tienda, recorre siete ú ocho casas de personas conocidas, ofreciéndoles la mercancía y diciendo que da aquel paso por favorecer á una amiga que pasa gran necesidad de momento. Si no logra venderla, acude en seguida á empeñarla, y despues se va tan fresca á casa de la dueña de la alhaja y le dice que casi puede dar el negocio por hecho, pues á la señora le ha gustado mucho la prenda y se la ha llevado á casa de su madre para que la viera, y en cuanto llegue su marido, que salió por unos quince dias á Guadalajara ó Soria, le mandarán recado.

Si trascurre mucho tiempo sin que la otra vea dinero ni alhaja y la pone en el caso de entregar lo uno ó lo otro, la trapisondista no se apura; corre á otra conocida con cualquier pretexto y le pide otra prenda de mas valor. La empeña, desempeña con su producto la primera y queda bien, y trampa adelante.

Si una de estas operaciones se le desgracia y no puede devolver la cosa empeñada, es capaz de salir de casa una noche, y en medio de una calle llamar al sereno diciéndole que la ayude á buscar una sortija que llevaba en el bolsillo y ha echado de menos despues que le dieron un codazo dos transeuntes con traza de beodos; busca el sereno, buscan los vecinos que por casualidad se asomaron; finje ella que tambien busca; finje una congoja; se hace acompañar á su casa en un estado de trastorno que inspira compasion; pone un anuncio en el *Diario* ofreciendo un grande hallazgo por lo que supone perdido, y con el tiempo lo paga... ó no lo paga, aunque generalmente lo paga á costa ajena.

Aunque su paga ó su caudal no experimenten altibajos, tan pronto parece que está nadando en oro como que la devora la miseria.

A veces cuanto mas tiene, mayor miseria aparenta, así como en otras ocasiones no tiene qué comer, y cualquiera al oirla creeria que varea la plata.

Es segun lo que se propone. Tiene buen golpe de vista, y cuando necesita de persona que no la ha de auxiliar sino conmoviéndose por creerla desgraciada, es capaz de comprarse en una prendería un vestido viejo con que presentarse á pedir llorando; y cuando trata de servirse de personas que nada han de hacer por ella si sospechan que no tiene, entonces rie y echa plantas y todo le parece poco y se muestra rumbosa y sin cuidados.

Si le da por explotar amantes bobos ¡rayos y truenos! ¡cómo los zarandea, qué galleos los suyos! A la verónica, á la navarra, con mas muleta que Cayetano Sanz y mas brazo derecho que Lagartijo, les compone y descompone la cabeza, que no hay mas que verlos.

Hay ciertas mujeres *(libera nos Domine)* que dicen á su marido: «Vengo de casa de mi madre,» y vienen de otra parte.

La trapisondista es mujer que vendrá efectivamente de casa de su madre, y dirá que no ha estado á verla, nada mas que por no pasar por la verdad monda y lironda.

Algunas de ellas se han compuesto una parentela ficticia, de mentira en mentira. Se las oye hablar de sus tias, de sus primas, y no son primas ni tias suyas ninguna de aquellas de quienes hablan, y lo peor del caso es que tiene parientas casi iguales á las que se finge; pero á las verdaderas no las mienta, solo porque son verdaderas.

Nadie habla con mas frecuencia de sus amigas que la trapisondista. Para sus enredos apela á cada paso á hablar de una amiga suya, y las personas de su mas íntimo trato jamás llegan á conocer á ninguna de esas amigas de que hace mencion para explicar sus cosas.

La trapisondista se muda de casa con frecuencia. Nadie sabe por qué se muda. Podria buscar un solo pretesto que satisficiera la curiosidad de todos; pero aun el apelar á un solo pretesto le parece demasiado sencillo: así dice á los unos que se mudó porque la casa era húmeda; á otros porque era demasiado cara; á otros porque necesitaba habitacion mejor,

aunque le costase un poco mas; á unos porque estaba lejos del mercado; á los de mas allá porque tenia malos vecinos: de todos los motivos imaginables echa mano; de todos menos del verdadero. Tan callado lo tiene, que yo mismo, á pesar de haberle seguido la pista largo tiempo, no he podido averiguarlo.

Las trapisondistas de cierta esfera son la desesperacion de muchas conocidas suyas, que no dejan de exclamar:

—Yo no sé cómo se las compone fulana: ella no tiene caudal, su marido está cesante hace dos años, y sin embargo, ella tiene su palco, ella sale á veranear, ella en los conciertos, ella viste bien, tiene una casa bien puesta...

De pronto compra una casita de campo y dice que quiere retirarse para siempre porque no puede soportar el inmenso gasto de la capital.

Envia á su nueva propiedad muebles, flores, adornos, y en efecto se eclipsa.

Pero cuando menos lo piensa uno, vende la casa, lo malbarata todo y vuelve á establecerse, lamentándose de su soledad, del tiempo que ha pasado aburriéndose, de las brutalidades que ha tenido que sufrir de los patanes...

Hay trapisondistas que conocen á todos los escribanos y procuradores y á mas de dos docenas de abogados.

Algunas explotan sus relaciones con los empleados públicos, y se las conoce de verlas entrar y salir de las oficinas del Estado.

Doña Margarita se levantó esta mañana y mandó llamar á una mujer que en otro tiempo fué criada de su madre, le entregó una cartita, le dijo dónde tenia que llevarla, y añadió: «No vuelva V. á traerme la respuesta acá; yo la esperaré á V. en la primera callejuela á mano derecha, y allí me dará usted la contestacion.»

Así se hizo, en efecto. Con la contestacion se fué á casa de una amiga suya con pretexto de descansar, y cuando ya se iba, preguntó con aparente indiferencia:

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto V. á don fu-

lano? Lo digo, porque le ví ayer, despues de haberle perdido de vista hace mas de un año, siendo así que antes me le encontraba al paso todos los dias. ¿Se habrá mudado de casa?

Apenas averiguó el nuevo domicilio de don fulano (que era su único objeto), se despidió y fué á verle.

A poco se volvió á su casa, mandó otro recado á la antígua criada de su madre, le dió dos docenas de cubiertos de plata para que los llevara á empeñar, recogió el dinero, fué con él á otra casa de préstamos, salió de allí con un lio muy bien acondicionado, se paró un momento con una amiga diciéndole que acababa de hacer unas compras, entró en el sombrío portal de un memorialista, le hizo escribir una breve carta, que ella misma echó al buzon, volvió á su casa, mandó á la de un platero por otras dos docenas de cubiertos para que los viese una sobrina suya que iba á casarse, comió con ellos y los dos convidados que tenia...

¿Pero á qué fué todo esto?

No lo sé. Unicamente sé que ella es trapisondista, y estas operaciones y otras semejantes las hace todos los dias.

Siempre tiene mandados que encargar á los hijos de las porteras de las casas en donde ha vivido, con cuyas porteras conserva buenas relaciones; sabe por experiencia qué trato se da en todas las fondas; ha asistido con careta y dominó á los bailes de máscara mas desaforados; da cartas de recomendacion para que coloquen guardas de caminos, agentes secretos de órden público y hasta porteros de casas de juego; riñe y hace las paces dos ó tres veces al año con sus cuñadas; prueba todos los remedios anunciados en la cuarta plana de los periódicos; conoce, aunque siempre por una casualidad, á muchas mujeres de esa reputacion mal llamada dudosa; sabe cómo se juega al monte y cómo á la ruleta...

Déjela V. hablar de su vida, y despues de oirla, verá usted que es la cosa mas sencilla, mas diáfana.

—Yo, apenas me trato con nadie: mi casita y nada mas.

¡Y sin embargo, qué de gente conoce! ¡Qué relaciones tan heterogéneas las suyas!

Conoce, sobre todo, á muchas mujercillas; sabe para qué sirve cada una de ellas y tiene el buen acierto de escoger á la mas apta para cada uno de los servicios en que suele emplearlas.

No hay dia que no tenga algo que decir en secreto á alguna persona.

A cada paso le sucede negar que se halle en casa.

Siempre que tiene visitas le ocurre tener que salir unos breves momentos á la antesala ó al pasillo, porque le traen la contestacion *de aquello*.

Mientras vuelve á donde dejó las visitas, estudia la innecesaria mentira que va á decir para explicarles qué era aquello, y en efecto, entra y la suelta.

Ciertas trapisondistas, las de peor género, mueren fuera de su país natal, y habiéndose mudado el nombre en el último tercio de su vida.

Esas á quienes califico de peores suelen tener mas de una cédula de vecindad, y tienen medios para facilitar las de comunion á otras personas.

Conocen á los que se dedican al contrabando y á sus auxiliares colocados en las oficinas del gobierno, y en cierta esfera social suelen recibir con frecuencia encargos de vender géneros que son verdaderas gangas para el comprador que los necesita.

Casi á todas ellas les gusta andar en negocios de compras y ventas; no diré que no lo hagan con alguna esperanza de lucro; pero tampoco callaré que basta que la cosa se haya de vender en secreto y mediante algun engaño para que les sea agradable tratar de ella.

La trapisondista conoce al dedillo el orígen de muchos caudales mal adquiridos, y además tiene la desgracia de creer que todo el que se mueve con alguna actividad es tramposo.

Alguna habrá que ni por adulterino amor, ni por vicio, sea infiel á su marido; pero estará dispuesta á incurrir en infidelidad siempre que para ello tenga que salvar obstáculos, andar por sendas muy tortuosas, pasar por encima de ascuas y dar pábulo á las inclinaciones de un ingénio.

Es poco afectuosa: la gente llana y sencilla le disgusta por su sosera; la gente de trastienda le llama la atencion porque le puede ofrecer campo para sordas competencias de travesura y la grata esperanza de vencer á un avisado ó aprender algo de él.

Dos hembras trapisondistas que lleguen á tratarse no pueden vivir seis meses sin regañar, ni otros seis meses sin hacer las paces. Se ódian en el fondo; pero les sucede como á los jugadores, á los enfermos de un mismo mal, á los accionistas de una misma empresa, á los cómicos de un mismo teatro, y á otros que, por un interés, una necesidad ó una tendencia comun, han de estar en contacto forzoso por mas ó menos tiempo.

Los gatos que saltando de las hornillas á un vasar culebrean por entre frágiles copas y botellas, y vuelven á saltar de allí sin romper cosa alguna, hacen lo que con mas ó menos suerte hace la trapisondista durante su vida.

De muchas plagas tiene que librarse el hombre para vivir con el menor disgusto posible en este mundo. Una de las grandes plagas es el trato de la trapisondista, que por milagro pone el pié en casa donde no influya de una manera ú otra, y lo peor es que entre los peligros é inconvenientes del trato social, hay unos que solo pueden perjudicar á los hombres, y otros que solo pueden ser temibles para las mujeres; pero la trapisondista es arma de dos filos: á uno y otro sexo puede ser funesta.

Dichoso el hombre que no es víctima de la petulancia de la mari-macho, ni de la martirizadora celosa, ni de la derrochadora, ni de la imprudente; pero dichosísimo el que no emparejó con la trapisondista, que además puede tener todos los defectos citados y ¡parece mentira! además otros.

ENRIQUE V. CÁRDENAS.

LA DUQUESA

¿Por qué son siempre bellas las duquesas? preguntaba mi juvenil curiosidad un dia.

Y un sábio observador, que fué en su mocedad hombre de mundo y que vivió soltero hasta que se casó como un simple mortal, compadecido de mi ignorancia me explicó el fenómeno de esta manera:

—Para ceñir á su frente ducal diadema, comenzó, tú comprendes que es preciso que una mujer sea esposa ó hija de algun duque. Pues bien: los duques tienen el buen gusto de preferir las hermosas á las feas; pueden elegir y eligen lo mejor entre lo bueno, y despues, es natural, hereda su hija del padre la corona de nobleza y de la madre la de la hermosura. Como ves, no hay nada mas sencillo.

—Cierto, le dije; mas ¿si la niña se parece al padre? porque se dan casos, y yo concibo que se puede ser duque y ser muy feo: la ley que yo he observado se refiere tan solo á la parte femenina de las razas ducales, pues en cuanto á la otra, Cuasimodo consigue á veces, no sé por qué diabólicas artes, proyectar su efigie en los mas ilustres blasones.

—Aunque así sea, me interrumpió el mentor sonriendo finamente, la niña podrá ser incorrecta; mas la mujer será

tambien hermosa mas ó menos; pero, en fin, lo será, porque no ignoras que la belleza es en gran parte artificial y efecto de la educacion y de los objetos que desde la infancia nos rodean. ¿No has oido decir nunca que la elegancia es la mitad de la hermosura?

—Lo sospechaba.

—¿Nada mas? Pues se conoce que eres inexperto y que no has estudiado bastante á Alfonso Karr. De lo contrario, él te habria enseñado la razon de la ley de razas y sabrias cómo se forman esos prodigios tentadores de pié invisible y de mano breve, de talle esbelto y de formas puras, de tez delicada y dulce sonreir, de mirar altivo y andar majestuoso; esos tipos que tanto nos seducen y que dan idea de que hay en la creacion tambien aristocracias, séres privilegiados, predestinados á la adoracion y al dominio universal por la mágia de sus gracias naturales.

—Yo habia creido siempre que estos dones solo el cielo los daba.

—Ciertamente, prosiguió con bondad; pero observa que aunque el fundador de una ilustre casa no fuera precisamente un Apolo, ni su consorte una Vénus, como en lo antíguo á la nobleza acompañaba siempre la opulencia, podia educar á sus hijos con todos los refinamientos del arte y de la ciencia, haciéndolos ágiles y cultos, teniéndoles siempre rodeados de objetos bellos y seductores, aprisionado el pié dentro de primorosos borceguíes, enguantadas las manos con gamuza finísima, respirando perfumes y oyendo constantemente hablar de grandes hechos y de brillantes fiestas, todo lo cual eleva el espíritu y presta al cuerpo ese aire de superioridad que en el mundo se llama distincion.

De esta manera, la segunda generacion es ya mas correcta que la primera, y así sucesivamente la estirpe se va perfeccionando de una en otra, con tal que los enlaces sean discretos y que la fortuna no decaiga, pues no hay distincion ni carácter de raza que resista á tres generaciones de pobreza, porque entonces el crudo ambiente de los campos ó la atmósfera infecta de un tugurio, las privaciones, el tra-

bajo y el olvido de toda coquetería, que es en cierto modo parte de la higiene y de la estética, acaban por vulgarizar al sér mas favorecido por la naturaleza. Así, pues, debes estar convencido de que aunque un duque sea feo y su heredera se le parezca al nacer, la educacion, la riqueza y la elegancia perfeccionarán sus gracias, haciendo que tenga al ser mujer las dos coronas que ves resplandecer en las frentes de esas bellas duquesas que admiras; de manera que tu observacion es exacta y la ley se cumple eternamente hasta en las duquesas hereditarias, pues de las electivas nada tengo que decirte, ni el arte tiene que hacer con ellas: nacen ya hermosas, su belleza las señala á la admiracion universal, sus encantos las ennoblecen, el amor las diviniza, y el himeneo viene al fin á coronar sus sienes con la diadema de perlas y brillantes. A mi juicio estas son mas duquesas de derecho divino que las otras.

—Tal vez; pero no profundicemos, que en el fondo tú sabes, y lo sabe todo el mundo desde que lo escribió un padre jesuita, que el derecho divino y el derecho humano, el dedo de Dios y el sufragio universal se confunden en un mismo principio, en una eterna verdad, porque así como ningun pueblo sufre indefinidamente un yugo que aborrece, nada tampoco sucede en el mundo que Dios no haya dispuesto.

—Filosófico estás; pero esto no es del caso; yo lo que te aseguro es que daria diez años de mi vida por una hora del amor de una de esas mujeres ideales.

—De esa manera, con dos duquesas consecutivas habrias consumido toda tu vida galante, toda esa verde edad de esperanzas, de amor y de ilusiones, cuyos episódios son las acuarelas que ilustran el álbum de nuestra existencia, porque antes de los veinte años se puede ser un buen muchacho, un jóven de porvenir y hasta un mancebo bien parecido, mas no es uno un hombre todavía, y despues de los cuarenta, cuando empieza el otoño de la vida, nuestro espíritu desencantado se asemeja al sol de esta estacion, de pálido color y rayos tibios, melancólicos como la sonrisa que entreabre los lábios de un amante al contemplar el paquete de cartas,

el retrato ó la trenza de cabellos cuya vista le daba frenesí diez años antes.

—Un poeta francés ha comparado la angélica sonrisa de la niña que llora, esa mezcla sublime de la alegría y las lágrimas, con el sol á través de la lluvia, como quien dice, el iris de las tormentas del alma; mas la ténue sonrisa de la mujer ó del hombre de cuarenta años que ha vivido, ¿no se parece tambien al sol del polo cuando rompe las eternas nieblas y sale á iluminar un paisaje de nieve? Porque la esperiencia es el sol de la vida, sus nieblas son la duda, y los desengaños son la nieve que platea nuestros cabellos y contrae nuestros lábios con esa espresion triste y resignada de la senectud.

—Todo lo cual, con tu permiso, creo yo que nada tiene que ver con las duquesas.

—Mas de lo que tú piensas; porque ellas y algunas que como ellas son hermosas, espirituales y elegantes, forman la constelacion que mas se estudia desde el observatorio del amor y que retrata esa cámara oscura que se llama la fantasía; ellas son el ideal que se proponen realizar todos los corazones jóvenes y entusiastas; ellas inspiran las voraces pasiones que agostan en flor las existencias ó dejan como el rayo cicatrices de fuego allí por donde pasan.

—Segun eso, las crees insensibles.

—Líbreme Dios de incurrir en tamaña vulgaridad; no hay mujer insensible, y la duquesa mujer es para dicha suya y del que la posea: todas ellas son capaces de sentir el amor y compartirlo; mas es presiso sabérselo inspirar, que sino, lo mismo que fué volcan para uno puede ser de nieve para otro. Balzac tuvo razon en compararlas con los violines, de los cuales un verdadero artista saca vibraciones y notas dulcísimas, mientras la torpe mano de un profano solo arranca sonidos penetrantes y discordes. Solamente la fatuidad masculina halla mas cómodo calificar de insensible ó de sér incompleto ó egoista á la mujer que no logra enamorar, que reconocerse ella misma incompetente para conseguirlo; y en esta vanidad está fundada, entre otras preocupaciones, una por punto general muy estendida entre las gentes de medio-

pelo y que supone á una duquesa, ó mas generalmente á una dama de alto rango, frívola siempre, sin corazon, viviendo en una atmósfera que escluye todos los grandes sentimientos y cuyos sentidos halagan tan solo la lisonja que adula, el lujo que deslumbra y la coquetería que hace víctimas, sin que la gran señora se apiade nunca de ellas ni sea capaz de ningun acto de abnegacion.

—Es preciso no haberse acercado jamás á una de ellas, ó ser tonto, jorobado ó tuerto para pensar así, pues de lo contrario, cualquiera ha tenido ocasion de reconocer que, lejos de embotar su sensibilidad, el ambiente que aspiran esas mujeres tentadoras no puede menos de predisponerlas al amor, desarrollando de un modo esquisito su sensibilidad. Ernesto Feydau lo ha dicho en uno de sus mas profundos estudios filosóficos: los amores románticos, las grandes pasiones son patrimonio de las personas ociosas y ricas.

—Por supuesto que estamos tratando del amor no como lo entienden los naturalistas y lo esplican los fisiólogos, sino del modo que el corazon lo siente y lo concibe la fantasía en las organizaciones superiores; que de la otra manera, cualquier maritornes serviria, y yo no hablo ahora de la hembra, sino de la mujer, debiendo advertir que no lo es, aunque lo parezca, toda la que lleva faldas. Recuerdo que Balzac, en su estadística conyugal, solo registra cuatrocientas mil mujeres entre los treinta millones de franceses que existian en su tiempo. ¿Cuántas habrá en España?

—No lo sé; pero he de preguntárselo al Excmo. Sr. D. José Emilio Santos, amigo mio, que ha sido mucho tiempo director general de Estadística. Hoy, sin embargo, la cifra no hace al caso, toda vez que yo afirmo, bajo la fé de hombre de muy buen gusto, que todas las duquesas lo son, teniendo no solamente el prestigio y las gracias que exteriormente las adornan, sino en su alma los tesoros de ternura y en su espíritu las delicadas fantasías que dan fuerza y calor al sentimiento.

—¡Cuánto se engañan los que al ver pasar una berlina pequeña y tapizada de raso blanco, al trote de dos corceles de

pura sangre que salpican con su brioso piafar, cabeceando, de barro negro y blanca espuma al transeunte, imaginan que la mujer aquella, recostada con suprema indolencia en los cogines, mirando apenas y sonriéndose á veces, es un sér frio, desvanecido, indiferente á la mayor parte de las cosas!... La envidia así lo juzga, porque no pudiendo sustraerse á la fascinacion que la hermosura y la elegancia producen por doquiera, sintiéndose magnetizada por el brillo de dos ojos negros y profundamente lánguidos, con pestañas largas y sedosas, llena de admiracion ante una cabellera espléndida y bruñida como el onix, que encuadra el óvalo perfecto de un rostro ligeramente pálido, sonriendo de un modo irresistible, como no admite discusion tampoco el talle aéreo y voluptuoso que se adivina entre la seda y los encajes que Worth, Besanzon ó la Clemencia combinaron con arte para vestirla, busca en otra parte la revancha, y para tomar venganza de los homenajes y lisonjeras palabras que todo el mundo tributa á esta hada de la elegancia y de los amores, inventa que aquella hermosa cabeza no es inteligente, que aquel corazon no late, que aquel alma no se eleva, que aquella organizacion, en fin, no tiene delicado mas que el cútis.

—Pero los hombres de talento que forman su córte saben que los comprende y á veces se anticipa á las mas grandes ideas, discurriendo con esa viva flexibilidad que el cielo ha puesto en la imaginacion de las mujeres; los que la aman sienten por ella fanatismo, y á los desgraciados consta que es compasiva y generosa tanto como bella. Siendo así, ¿la opinion del vulgo qué le importa? Nada, y por eso hace muy bien en no ocuparse de ella, siguiendo su triunfal carrera sin dignarse fijar una mirada en los que la deprimen, bien segura de que, si un dia quisiera que su mas furioso detractor, su adversario mas cruel y sistemático, el hombre á quien hubiera dado calabazas prévias, que son las que se sienten, variase de opinion, solo con mirarle un instante y entreabrir dulcemente el diminuto estuche de corales donde guarda las perlas de sus dientes, le tendria á sus piés rendido y delirante de amor, ébrio de esperanza.

Afortunadamente para la dignidad del sexo fuerte, que lo de feo es ya muy antíguo y además está tan á la vista que no precisa decirlo, es raro el caso de que una de estas notabilidades tenga enemigos entre los hombres: las mujeres son las que no perdonan; pero á una hermosa le importa tanto esta enemistad, como á un hombre de corazon que de él murmuren, pues solo con presentarse hace que la maledicencia se postre y enmudezca.

Cuando la duquesa va al teatro, su palco es el punto de mira de todos los anteojos: analizan las mujeres su *toilette* y los hombres admiran su belleza, porque hay en todas las almas varoniles instintos de artista que les hacen fijarse mas en las perfecciones físicas que en los fastuosos encajes y ricas pedrerías: para nosotros esta es la decoracion, el aire, la atmósfera natural que debe rodear á una mujer hermosa, mientras que, para ellas, esta no es mas que un estuche, un escaparate, y su mirada va derecha á las joyas.

En el baile sucede lo propio: la duquesa entra con los hombros desnudos y la cola arrastrando, meciendo su talle y sonriendo á la creacion, de que sabe es la obra mas perfecta y admirada; no anda, sino que ondula; no mira, sino que irradia; no habla, sino que lanza vibraciones eléctricas cada vez que mueve los lábios ó que su seno albo y torneado se levanta por la respiracion, como en el mar la espuma de dos olas gemelas; atraviesa salones y salones con su paso de reina, pareciendo cuando sale de uno que las luces se apagan un instante, que hay momentáneo eclipse, porque falta el resplandor de aquel astro; mas la admiracion y el deseo la siguen por todas partes hasta en la antesala donde este toma la forma de amigo obsequioso que cubre su alabastrina espalda con el chal de Rusia, el albornoz turco ó la pelliza de armiño; luego le da temblando de emocion el brazo y la acompaña al coche que espera al pié de la escalera; mas allí al deseo sucede la realidad, entrando detrás de ella el marido y dando la órden al cochero que fustiga su tronco y parte á escape.

ADOLFO DE MENTABERRY.

LA QUE ESPERA EN EL CAFÉ.

LA QUE ESPERA EN EL CAFÉ

Llega cinco minutos antes de la hora prefijada, porque ella es así: quiere proporcionarle á él la grata sorpresa de que al entrar la vea allí ofreciéndole una sonrisa.

Viene aseada: sus botitas, sus guantecitos, atusado el cabello, un poco de pomada, un poco de plancha... vamos, que de golpe no parece mal.

El camarero pasa el paño por la mesa preguntándole *¿qué va á ser?* pero ella le responde: nada por ahora; cuyo *por ahora* equivale á una explicacion, á un cúmulo de gratas esperanzas; aquel *por ahora* es como la alborada de un dia risueño, la profecía de un porvenir tan próximo como bello.

Los concurrentes la miran. Ella aprovecha un momento para mirarse al espejo con una rapidez y un disimulo admirables.

Da la hora: él va á venir.

En aquel momento le parece á ella que no está bien sentada. Se coloca mejor, y de un par de discretas manotadas á uno y otro lado, reduce el volúmen de la falda del vestido, que cediendo á las sugestiones del almidon, se habia puesto demasiado hueca.

Se mira los piés y los coloca de modo que no asomen demasiado, ni queden ocultos debajo del vestido.

Se mira un hombro, se mira el otro, y hace la siguiente reflexion: supuesto que así parezco bien, él no puede tardar.

Y sin embargo, para que se vea cuán falibles son los juicios de los mortales de ambos sexos, él tarda.

La que espera comprende que aun podria estar sentada mas á gusto, y hace un leve movimiento, despues de lo cual se convence de que en materia de esperar sentado ya no cabe mayor perfeccion.

Se han ido del café dos, tres, cuatro personas; no quedan mas que la que espera y uno que toma una copa, lee el *Diario* y de cuando en cuando la mira.

Ella está en uno de los mas bellos períodos de la fidelidad: no hace caso del desconocido.

Va á tomar otra posicion y se detiene, acordándose de que está sentada del mejor modo imaginable.

Se mira el alfiler del pecho, se mira la mano enguantada abierta, se la mira cerrada, se mira la otra, cruza las dos, se las mira cruzadas y se gusta.

El camarero, que ha pasado varias veces por delante de su mesa, se pára á la puerta mirando á la calle al través de los cristales.

Ella miraba tambien con la sonrisa en capullo para hacerla florecer apenas viese que el esperado empujaba las puertas vidrieras, y no puede sufrir que el importuno cuerpo opaco se interponga...

Tuerce la cabeza á un lado, inclina algo el cuerpo, y todavía ve algo; pero el simple del mozo se mueve á cada paso; ahora la quita la vista por la derecha, ahora por la izquierda, ella se marea de curiosidad, de impaciencia y de torcer el cuello á un lado y á otro. No hay mas que un medio para que el hombre deje el sitio: pedir café.

Y lo pide.

Al fin puede ver cómodamente por los cristales.

La traen el café. Es lástima tener que empezar á tomarlo sola, sin que *él* añada á la taza el terroncito de cortesía, sin que *él* pida para ella un poquito de leche para el vaso del agua...

Pero ya no puede tardar: paciencia.

Un remoto presentimiento la mueve á tomar el café á sorbitos muy pequeños. ¿Para qué? ¿Para que aun tenga la taza llena cuando él llegue, si llega pronto, ó para que dure mas el pretexto de permanecer allí si él tarda?

No lo sabe; pero en efecto él tarda de veras.

Tan de veras, que ella, sin notarlo, ha apoyado el codo en la mesa y la mejilla en la mano con aire meditabundo.

De pronto conoce que su actitud es la del abatimiento, y recobra decidida su posicion primera, pasándose la mano por el cabello como alisándolo, y toma otro sorbito.

De una de las salas interiores del café sale un mozo garrido, que abre con garbo la puerta de cristales y queda apoyado en el pomo hasta que ha salido á la calle la morena que con él anda.

La que espera, como si nada viese, toma la taza y bebe; pero á medida que va bajando la cabeza levanta los ojos para no perder ni un movimiento de aquella pareja feliz á sus ojos.

En seguida, con apariencia indiferente, toma la cucharilla para menear el azúcar del vaso y ahoga un suspiro mientras piensa:

—¡Qué suerte tienen algunas!

Se da una rápida mirada al espejo, y se compara con la morena.

El perro del café se sienta á su lado mirando atentamente su platillo de azúcar.

El café se enfria y él no viene.

Casi es mejor que no llegue en aquel momento, porque si apareciese, ella no podria menos de llamarle ingrato, descortés, comprometedor; se expondrian á regañar... y ella no quiere; por eso es ella la que espera.

Entra una turba de mozalvetes, uno de los cuales se queja de sus compañeros porque le traen allí, haciéndole faltar á una cita con su novia.

Reflexion de ella:

—Es claro: así son los hombres. Por los amigos ¡qué ami-

gos! por cuatro tarambanas que les pierden, olvidan sus mas principales obligaciones y la ponen á una en ridículo...

—Anda y que espere cien años (dice otro de los camaradas); cuanto mas la hagas esperar, mas te querrá.

—¡Pícaros! (piensa ella) ¡bribones! conocen el flaco de una y abusan sin caridad. Si no fuéramos tan tontas...

—Lo peor, observa el novio, es que si falto á la cita es por culpa vuestra y no mia, y cuando esta noche se lo diga, no me va á creer: es capaz de figurarse ¡quién sabe! Lo siento, porque la pobre no me ha hecho esperar nunca, y no merece...

Reflexion de ella:

—No, lo que es algunos ya tienen buenos sentimientos; pero esos demonios de amigos son causa de que á veces...

¡Oh alegría!

Asoma de lejos un sombrero ladeado... ¡Es el de él! Así es de forma y así lo lleva. Él es. Al fin cumple; ya decia yo...; se acerca...

Mirada al espejo, brillo en los ojos, preparada la sonrisa... Entra y no es él.

Parece imposible que haya dos sombreros tan iguales y un modo tan igual de llevarlos.

El sombrero es idéntico, pero todo lo que está debajo es diferente.

¿Quién toma café, quién no cambia de postura, quién no cierra los dientes, quién no se muerde los lábios en ocasion semejante?

Los mozalvetes gritan, alborotan, piden copas, dicen chascarrillos: todo el café se estremece de risa.

Menos ella.

Ni siquiera los oye. Piensa que la sociedad está mal organizada; que la reparticion de cualidades entre ambos sexos es injusta; que la ley deberia castigar al hombre que hace esperar á una mujer en vano.

A aquellos mozalvetes los desprecia; los tiene por estúpidos é inhumanos, porque se rien diciendo sandeces mientras una pobre mujer espera.

—Que se fastidie, dice repentinamente en voz baja; tambien espero yo. Tal vez sea alguna señorita muy remilgada que no me levantaria del suelo si me viese caida... y en fin, sea quien fuere, bastantes quebraderos de cabeza tengo yo por mí.

Los mozos, alegres, hablan indiscretamente de sus aventuras amorosas; se rien de las mujeres que dicen haber burlado.

Monólogo mental de la que espera:

—Sí, babosos, sí: reíos de las pobres mujeres; puede que la que os eche el guante vengue á todas las demás. No, lo que es yo... cuando vuelva á poner aficion en otro... me parece á mí que... ¡Si todos son unos! Pues con mi génio, ya, ya. En cuanto yo le eche la vista encima al que me tiene aquí; en cuanto yo le vea... ¡no sé! Ahora quisiera yo que asomara por esa puerta, ahora; que puede que... ¡jum!

La pobre va á beber un sorbo; ¡pero si está helado! No puede con ello.

No sabe qué hacerse.

¡Ah! todavía no se ha abanicado. ¿Para qué es el abanico?

Lo saca del bolsillo y se da aire, pero con alma; y sin embargo hace frio.

¿Pero lo sabe acaso ella? Lo que hace es ira, celos, enojo, rabia...

Se ve pasar un paraguas abierto.

Esto nos faltaba.

—Si cuando una nace para desdichas...

Todos los pensamientos de la que espera, dando muestra de una admirable disciplina, van á parar á las enaguas, á las botitas... El terror la domina al imaginar el deterioro á que están expuestos los objetos mas caros de su ornamentacion.

El que la viese acercar con distraido ademan á sus lábios el borde del vaso de agua azucarada, ¿cómo podria sospechar que debajo de tan fria apariencia ardian volcanes?

Si estuviera sola, lloraria.

Ya siente de cuando en cuando un poco de escozor en los ojos; pero se mantiene firme que firme.

Se acuerda de que él fué quien escogió la hora de la cita, que por cierto no era la mas cómoda para ella; él fué quien eligió el café; él dijo que iba á ser el mas puntual...

—Vamos, esto no es de caballeros.

Así dice, y se echa tres terrones de azúcar en el bolsillo.

El perro del café se levanta paso á paso y se va á sentar junto á otra mesa.

Entra un barrigudo con el paraguas seco y cerrado.

Reflexiones de la que espera:

—No tiene excusa, porque ya no llueve. ¿Qué mas habria querido él, sino poderme decir que iba á venir; que el chaparron le habia detenido; que se le habia hecho tarde?... ¡Pero ni esto! A mas de que yo, con lluvia y todo, habria venido... (¡Bribon!) Porque otra cosa no tendré, pero soy mujer de palabra. No soy como él, que no tiene nada de caballero. Porque cuando una persona quiere á otra... Y le he de decir que es un pelele y un mendigo; y si se le ha figurado que necesitaba yo que me pagase el café, anda muy equivocado; que ni es caballero ni ese es el camino.

Los mozalvetes se van, y todos al pasar se vuelven á mirarla.

Ella, como si no los viera, llama al perro, que se despereza primero y sin hacerle caso se va á la cocina.

El barrigudo la contempla con atencion.

Reflexiones de ella:

—A puñados los tendria una si solo mirase al interés y no fuese franca como una es, y no pusiera aficion en las personas. Otras hay que se rien de todo y son las mas queridas; que cuanto mas quiere una, peor trato recibe.

Lleva dos horas de esperar.

—¿Pero va bien ese reloj, camarero?

—Sí señora; atrasa unos minutos.

—¡Atrasa!

—Casi nada.

El barrigudo la mira embobado.

La que espera tiende la mano, se la mira, la cierra, la apoya al borde de la mesa, coge el abanico, se da con él tres

golpecitos en los dientes superiores, lo deja encima de la mesa, y estirando mucho el dedo meñique, toma la cucharilla y menea el agua azucarada.

Reflexiones que hace al mismo tiempo:

—No me gustan los hombres tan gordotes. Y ese tiene cara de bruto. A bien que á veces esos son los mejores. Parece hombre acomodado. A veces mas vale un machucho así que otros que con mucho pintarla y echarla de muy caballeros son aguachirle. Porque lo que es aquel indino, está visto que no viene. ¡Mala hora lo coja! Lo que mas me puede es haberle dicho á la Vicenta que venia á esperarle. No se va á poner poco ufana, si sabe que él no ha venido. Seria cosa de oirla del modo que se pone cuando se rie la fantasiosa, que parece una pava. Y eso que bien puede reirse de las demás, que mujer de mas belenes... ¡Bendito sea Dios! Lo que es él, que no vuelva á mirarme; porque á lo primero que me dijese le probaria yo que su modo de portarse no es de caballeros.

Vuelve un poco la cabeza y sus ojos se encuentran con los del barrigudo embobado. Deja la cuchara y toma el abanico. Vuelve á guardarlo en el bolsillo, vuelve á estirar el meñique y bebe.

Va á oscurecer.

Reflexiones de la que espera, mientras se pasa el pañuelo por los lábios:

—Lo que es esperar que él venga, ya es escusado. No, pues si se ha creido que me he de morir por eso... ¡ay qué risa! Lo que es con la hija de mi madre, eso sí que no. Miren qué gracia, darle á una un planton bajo palabra. Luego dicen caballeros, caballeros; farfantones y pillavanes, digo yo: y nada mas. Que venga otra vez con Carmencita, cóseme, y Carmencita, plánchame, y Carmencita cariño, y Carmencita entrañas. ¡Como no le cosa la boca con que miente!... No mas, vamos, no mas. A otra podrá engañar mañana; lo que es á mí... ¡á mí!

Sí que le he querido, sí señor. ¡Y qué! ¿Es algun delito? Boba he sido con él, que otra cosa no podrá decir, y si lo dijese, le haria volver las palabras al cuerpo; que aun no somos

tan desgraciadas para no tener quien saque la cara por una; que mi familia es bien conocida y vengo de buena línea: mejor que la suya cien veces y toda su alma.

Y á todo esto sigue limpiándose, restregándose, despellejándose los lábios con el pañuelo.

Repentina, resueltamente, llama al mozo, y al dirigirle la vista se encuentra con la mirada insistente del barrigudo.

Da dos reales y no toma la vuelta. No quiere que crea el mozo que necesita los cuatro cuartos.

Se levanta y toma la puerta con denuedo.

El barrigudo la sigue bufando, porque la moza anda lista.

Al dar la vuelta á una esquina, mira ella de reojo y ve al bobo que le sigue la pista.

Entonces acorta el paso.

De lo demás, no sé una palabra: ni una.

ROBERTO ROBERT.

LA QUE TIENE MUCHOS NOVIOS

—Pero... ¿cuántos son muchos?

—¡Con que cuántos, eh!... ¿Cuántos ha tenido V., señorita?

—¡Yo!... Pues mire V., así de pronto no me ocurre; pero me parece que... sí, lo que es novios formales... verdaderamente novios... porque si va V. á meter en cuenta como tales todas las tonterías de chica, y los medios galanteos de mayor, y los que le suponen á una sin ser, y...

—¿Pero V. cuántos ha tenido?

—¿Cuántos?

—Sí señora, con franqueza.

—¿Con franqueza? Pues vamos, la verdad es que hasta la fecha, si no recuerdo mal, he tenido, he tenido... espere usted un poquito... Vamos, sí; he tenido siete, nada mas que siete. ¿Le parecen á V. muchos?

—No me parecen pocos.

—Y diga V., ¿entro yo tambien en el artículo?

—Sí que entra V., hija mia; pero no hay que asustarse por eso. Al fin y á la postre la cosa no constituye crímen ni delito, ni tan siquiera *falta*; cuanto mas... *sobra* de novios. Con que así, permítame V. hilar las ideas y exponerlas al público, sin miedo ni recelo por su parte, que ni ha de

perder V. sus novios por ello, ni yo la consideracion que se debe siempre al sexo débil. ¿Estamos?... pues oido á la caja.

*
* *

El tener muchos novios presupone muchas cosas; por ejemplo, encontrar pretendientes á granel, ser todita corazon, consagrarse al bullicio del mundo, etc., etc., etc.; pero desde luego *la que tiene muchos novios* puede asegurarse que, ó vive largos años en soltería, ó cambia de personal con mas frecuencia que de ministros el señor rey que nos rige. Porque... es claro como el agua, si la niña en sazon se casa con el primer novio que tiene, y no enviuda, en su vida llegará á tener el segundo.

Y dirá al leer esto la que los tuvo *por desgracia* (que hay mil modos de tenerlos): «¡¡¡Pero Dios mio, en qué pude habe»ros ofendido para que yo haya tropezado siempre con novios »maleantes, juguetones y refractarios á la dulce coyunda!!!»

Y tendrá razon.

Por supuesto, que bien mirado el asunto, si la esclusiva ocupacion de la mujer es el amor en todas sus manifestaciones y se dedica á esa profesion con el propio ardimiento que nuestros valientes almogávares ponian en la de dar puñaladas, claro es tambien como el cristal (pues que en el bello sexo tanto monta un novio como en el soldado una campaña) que la que logra tener muchos debe creerse rodeada de una aureola muy semejante en su género á la de los veteranos de la guardia imperial en tiempo de Napoleon I.

Y tambien tendrá razon.

Y eso sin contar con que siempre las moscas acuden á la miel; aunque si atentamente se recapacita, bien podrian ellas acudir, sin que la miel (teniendo voluntad) se dejase comer por ellas.

Además que entre no tener ninguno y quedarse *zapatera*, como dicen los chicos, ó tener muchos, mas vale no pecar por carta de menos.

Pero, en fin, esto no es del caso, y no está el tiempo para digresiones. Continuemos.

*
* *

Lo de tener una niña *muchos novios* puede verificarse de dos maneras, á saber: ó engullirlos por pelotones, ó paladearlos separada y sucesivamente.

El primer caso es inadmisible. Supone una poligamia moral, propia tan solo de las coquetas doctoradas *in utroquæ*.

Llamar «mi vida» á un hombre moreno por la mañana, y apellidar á un rubio «cariño mio» por la tarde, cosa es que debe repugnar al sentido íntimo de la mujer, que es el pudor.

Y yo supongo, ¿qué digo supongo? creo firmemente que ninguna de mis amables lectoras se encuentran en el lastimoso caso de haber perdido el verdadero aroma del bello sexo.

Quien tal haga que tal pague: corramos, pues, si ustedes gustan, un velo, abandonando el tipo al estigma afrentoso de su propia conciencia.

Y vamos al segundo caso.

En el *rompe* la marcha (como decimos los militares); la que los tiene porque quiere tenerlos, la que los desea, la que los *caza*, la que por fin se vanagloria de ello.

Esta mujer comienza de niña por andar en dimes y diretes, cartitas y escarceos, con los estudiantes de instituto, aspirantes á cadetes, amanuenses de la curia, etc., etc., y el dia en que se alarga el vestido y se tapa los pantalones como diciendo «me cargan,» aquel preciso dia, por un antítesis engañosa, es el en que los busca y los desea con mas ahinco que nunca, y los flecha con los ojos, y los llama con los piés, y los pesca con suspiritos, y los enreda entre los pliegues de su ondulante falda, acabando por hacer lo que las gentes expresan con la frase *despepitarse por los novios*.

Y pasa del moreno al blanco, y del pelinegro al rojo, y del gordo al enteco, y del alto al bajo, y del artista al co-

merciante, y del militar al curial, y del literato al notario, y del andaluz al gallego, con la propia facilidad con que pasan hoy nuestros políticos de progresistas á sagastinos y de sagastinos á conservadores.

Si ellos son bastante *cursis* para dar en la flor de pedirla pelo como prenda de cariño, y ella es sobrado incauta para acceder á la pretension, cortárselo y regalarlo (¡asusta el pensarlo, lectoras mias!) pero entre todos la pelan.

Y sobre este particular de *pelos*, la historia privada registra casos verdaderamente portentosos. ¡Cuanta abnegacion! ¡Cuanta generosidad!... ¡Lástima grande que el nivel psicológico de aquel cariño no esté ni con mucho á la altura de la ofrenda material! Sin ir mas lejos, cierto amigo mio posee una hermosa trenza de pelo, recuerdo de una novia de quince diás, por la cual aprontaria gustoso cinco duros cualquiera peluquero de la villa.

Algunas mujeres, de advertidas ó de escarmentadas, procuran tener en casa doncella de su propio pelo, y cuando alguno les pide ese producto fanérico en prueba de amor, se lo cortan á la infeliz, acabando por convertirla en víctima propinatoria de los galanes de la señorita.

Todo lo cual es muy sensible, pero... á la postre el pelo vuelve á crecer, y... ¡qué diantre! lo del pelo es lo de menos en esta cuestion.

Las mas sobresalientes de la clase suelen hacer gala del numeroso escalafon que guardan en la memoria. He oido relatar á una señorita en son de alabanza propia que contaba (amen de muchos otros) con quince novios cuyo nombre de pila era Eurique. Ella lo referia como una gracia... tal vez haya quien se la encuentre al caso; yo no, pero de gustos...

*
* *

Despues de esta prójima viene aquí como de molde *la que tiene muchos novios* porque es muy sensible, porque la compasion la domina, porque es *toda corazon*, porque ni sabe ni

puede, en fin, decir que no á quien amorosa y blandamente le suplica, ruega, pide é implora su cariño.

Y como los hombres casi siempre suplican de esa manera... ¡saque V. la consecuencia!

Una niña de diez y siete abriles me confesaba paladinamente en cierta ocasion, que le era imposible verse requerida de amores por unos ojos masculinos, sin que los suyos contestaran inconscientemente en el propio lenguaje.

¡Adorable ingenuidad, digna de mejor causa!

Este tipo suele ser un tanto peligroso, pero muy simpático.

Ordinariamente la mujer que le posee es un dechado de bondad, tiene imaginacion, goza de sus puntos de habilidosa y es tan graciosamente amable que hasta sabe conquistarse el cariño de las mujeres.

Todos cuantos la tratan, dicen: «¡Qué buena es fulana!» y en efecto lo es. Tiene un corazon mas inflamable que el fósforo, un corazon que rebosa en complacencias, que se anega en caridad. Como V. solicite su cariño mimosa y graciosamente diciéndola: «¡Por Dios, ídolo mio!...» seguro está que ella se atreva á negárselo.

Es lo sublime de la caridad cristiana aplicada esclusivamente á lo sublime del amor.

¡Qué tipo tan especial! Yo no la quiero para mí, y sin embargo... me gusta.

*
* *

Y aquí encaja como anillo al dedo la presentacion de *la mujer que tiene muchos novios* contra su propia voluntad, y única y esclusivamente porque la mala suerte se empeña en que los tenga.

Mártir del *Golgotha amoroso*, á quien crucifican unos galanes verdaderamente *judíos* en varios años de *pasion*, y sin que aquel estéril cuanto inmenso sacrificio pueda servir siquiera de ejemplo ni salvacion á las demás de su especie.

Su corazon es constante y leal, sus ideas *sanas*, sus cos-

tumbres dignísimas, y sin embargo, hoy dia de la fecha en que cumple treinta y cinco octubres, ni se ha casado, ni se casa, ni probablemente se casará, á pesar de que tiene por galan al novio número 23.

¿Por qué no se casa? ¿Por qué ha tenido tantos novios? ¿Por qué? Por su desgracia; únicamente por su desgracia.

A los quince años se enamoró perdidamente de un jóven incauto, elevándole en las regiones de su fantasía á la altura de los héroes, y á las quince semanas hubo de desilusionarse por completo en razon á que el chico era tonto por los cuatro costados: ella misma le despidió, mas como no era coqueta lloró lágrimas amargas y abundosas sobre las ruinas de su cariño.

Y esta fué la primer caida de la calle de la Amargura.

El desencanto la llevó al desengaño, y temió y se encerró en su concha, y se anduvo con piés de plomo, y pasó diez meses viuda de novio, hasta que un dia la necesidad de amar, el talento superficial de un hombre, el diablo, qué sé yo... la impulsaron nuevamente á emprender el camino del galanteo, en direccion al templo de la dicha, y tropezó con otro prójimo que...

Era un chico honrado; de buena fé la abordó y de mejor la quiso, y ella, aunque sin el entusiasmo de su *debut*, pagaba en la misma moneda aquel cariño.

Y los papás hacian la *vista gorda*, y él *la triste*, y ella *la enamorada;* y el muchacho tomaba asiento junto á la niña en paseo, y allí se hablaban con el disimulo posible para que todo el mundo les viese, y los progenitores de la polla se tapaban los ojos por no ver, y ellos se escribian billetes y se comunicaban por el ventanillo de la puerta en la escalera de la predestinada, y él llegó á parecer el perro de la familia, y se querian y proyectaban un casorio, y en una palabra, todo marchaba al pelo.

Pero... el chico acabó su carrera, tuvo que marcharse al pueblo de su naturaleza,

y aquí fueron los suspiros,
cuando ella le dijo... ¡adiós!!!

Protestas por aquí, juramentos por allá, lágrimas por esta parte, ayes por la otra, recuerdos cambiados, palabras empeñadas, sin que faltasen aquellas frases del último momento de «¿Me olvidarás?»—«¡Sí!»—«¿Me escribirás?»—«¡No!» en que trocaba las respuestas el estado mental de estos cómplices de amor.

La niña pasó un mes cantando el final del primer acto de *Jugar con fuego*, y repitiendo para sus adentros: «¡Se fué!» «¡Se fué!» «¡Se fué!» y pasó un año, y la renta de correos sufrió un alza sensible.

Y pasó otro año y se escribieron menos.

Y pasó... ¡digo! y pasando estaba el tercer año de ausencia, cuando el galan, hostigado por su padre, espoleado por su madre y empujado por su abuelo, entregó su morena mano á una chica del lugar, que si no valia ni física ni moralmente lo que la otra, valia lo que pesaba... en talegas.

Él se quedó con su mujer, mi tipo sin novio ni marido, y esta fué la segunda caida.

¡Pobre víctima! ¿De qué te servian la fé, la gracia, el cariño, la hermosura, el talento y la moralidad en que rebosabas? ¡Pobre víctima!

Dos años llevó el luto de su viudez en el alma; dos años vivió sin acudir al paseo, ni mirar á los hombres, ni nada; en este punto comenzó á darla caza amorosa un gallo con espolones, mas largo que una caña de pescar, quien á la postre consiguió rendir la fortaleza, y asaltó sus muros, y no dejó piedra sobre piedra, haciendo mas estragos en aquel corazon femenino que Alfonso el de las Navas en el ejército de los Almmoades.

Y esta fué su tercer caida y su verdadera pasion.

Él, que era un granuja de playa, acabó por dejarla *en seco*, y ella, con tan rudos y lastimosos desengaños, comenzó á criar *corteza* y á dejarse caer por la pendiente de su aficion amorosa.

Y de pillo á tonto y de tonto á pillo, hoy goza del novio número veintitres, y sueña casi todas las noches que se casa, y que es feliz, y ¡qué sé yo cuántas cosas sueña!

¡Pobre víctima de tus galanes! ¡Ah! Si existe un cielo para los mártires de amor, como asegura D. Ramon, no es posible que te falte allí un rinconcito ¡desgraciada!

*
* *

En este punto considero oportuna la presentacion á mis lectoras del último tipo de esta galería: me refiero al de la mujer que *tiene muchos novios*, pero todos militares.

Existe, en efecto, una parte, y no pequeña, del bello sexo que se distingue por su aficion á *la casaca de dos colores*, hallándose tan enfrascadas en esa bélico-manía, que serian capaces de preferir á un capitalista un alférez de reemplazo.

¿Por qué? Por la casaca: solo por la casaca. ¡Pero, señoritas...!

A la verdad que tal obstinacion me parece un absurdo de mas de la marca, y Vds. perdonen. ¿Qué tiene que ver el monje con el hábito? ¿Se adoran los paños ó la personalidad que cubren? ¿Dedicais vuestro amor á las estrellas y bombas y castillos? Pues entonces tomad por objeto de vuestro cariño cualquiera tienda de aquellos artefactos. ¿Amais el valor? Pues bien sabeis que no es patrimonio esclusivo de la milicia. ¿Buscais al hombre que se dedica á afrontar peligros? Pues elegid entre los marinos de nuestras costas.

Mujer hay á quien no conmueven las melodías de Bellini, ni las modulaciones de Gounod, ni las armonías de Meyerbeer, y sin embargo, experimenta un espasmo nervioso, y siente un deleite inefable, y sufre simpáticas sacudidas en las entretelas de su corazon, cuando escucha el ronco redoblar de los tambores ó los estridentes sonidos de la corneta.

¿Por qué? Porque le gusta la casaca de dos colores (1).

Pues bien: entre las que forman el grupo de agregadas

(1) Y advierto que, como tambien yo visto el honroso uniforme, no son la envidia ni el despecho quienes me inspiran estas frases.

voluntarias al ministerio de la Guerra, las hay que *tienen muchos novios*.

Este tipo es mas bien provinciano que de córte; lo sé. Pero es lo cierto que al entrar de guarnicion en cualquier capital de segundo ó tercer órden el batallon de cazadores ó el regimiento de caballería, hay siempre detrás de las cortinillas ó sobre el antepecho de las ventanas una docena ó dos de niñas casaderas que se reparten *in pectore* los oficiales de la fuerza, como pan bendito.

Entre estas apreciables *prójimas*, privan, como es natural, los cuerpos facultativos.

El arquetipo de la clase se encuentra en las ciudades que poseen un centro de enseñanza militar, Toledo, Segovia, Guadalajara.

Allí el amor se dedica por lo general al cadete ó alumno.

Mujer hay que cursa varias veces la carrera, y se encuentra por décima ó duodécima vez en tercer año (ó mejor dicho), amorosamente unida á un alumno de tercer año, cuando su primer novio ocupa ya el puesto de coronel de un regimiento.

Y en fuerza de sufrir las emociones de exámenes y las ausencias de su amor en los dias de reposo, se identifica con la ciencia y acaba por conocer las dificultades de la mecánica, de las construcciones ó de la balística.

Y ó se casa pasando á ser el tipo de la militara perfecta, ó se queda en perpétua soltería, y acaba sus dias festejando los de gala y asistiendo á todas las paradas, relevos, ejercicios y demás funciones militares.

Lástima grande que no cobre *retiro* por los servicios que prestó, ó *viudedad* por los novios uniformados que tuvo.

*
* *

Reasumiendo: la mujer que *tiene muchos novios* se queda por regla general para vestir imágenes, y en este caso, ó se dedica al oficio de *vieja verde*, ya descrito, ó se abisma en las lóbregas sinuosidades de la beatería.

De todos modos la compadezco, porque no pasa de ser la víctima de una mal dirigida exuberancia de amor.

¡Pobres mujeres!

*
* *

Réstame solo decir dos palabras.

Cuanto va dicho en abono de algunas de las que *tienen muchos novios*, no reza absolutamente con las que hacen *mascar hierro* á sus adoradores.

¡Oh! tú lector incauto, si tropiezas en el camino de la simpatía con alguna beldad que *tuvo muchos novios* y peló con ellos *la pava* por la reja, no te dejes poner *casaca*, y despídete de ella á la francesa, cantándole de mi parte esta malagueña:

Anda, ve y dile á tu madre
que te meta en un nichito,
y que te encienda dos velas,
que yo no te necesito.

P. Ximenez Crós.

LA MOGIGATA

Aunque á vivir me acomodo
lejos del humano trato,
no soy ningun mogigato
que haga escrúpulos de todo.

BRETON DE LOS HERREROS.

No pueden Vds. decirme que atestiguo con muertos: vivo está,—en buena hora lo diga,—el insigne Breton, mas estimado como autor de *El pelo de la dehesa* y *Un novio para la niña*, que conocido como secretario perpétuo de la Academia española; y él, autoridad irrecusable en el asunto, nos dice que mogigato *es el que hace escrúpulos de todo.*

Escrúpulos de todo hace efectivamente mi vecina doña María de las Angustias Repulgo, viuda de Vista-Baja, persona distinguida y de toda mi estimacion, cuyo trato cultivo, con gran contentamiento mio, hace ya muchos años, y que admitirá gustosa en su intimidad á todos aquellos de mis lectores que de un modo conveniente lo soliciten.

Bien entendido que doña María de las Angustias Repulgo, viuda de Vista-Baja, padece frecuentes ataques de nervios; tiembla como azogada si á sus castos oidos llega por casualidad un vocablo torpe y malsonante; tiene un síncope cuando en la calle se profieren palabras obscenas, y sus bue-

nos amigos recuerdan todavía con verdadero espanto que en cierta ocasion guardó cama por mucho tiempo, y aun presentaba ya síntomas alarmantes, porque una prima suya, mal intencionada por lo visto, se permitió hacerla embozadas insinuaciones sobre la conveniencia de contraer segundas nupcias.

De aquel acontecimiento hablábamos precisamente, pocas noches há, varios *tertulianos* de doña María de las Angustias Repulgo, viuda de Vista-Baja; y como en ninguna parte faltan, y menos alrededor de una mesa de café, hombres escépticos capaces de negar que el sol alumbra y que el fuego quema, no faltó en este caso quien dijese: «Vamos, decididamente esa mujer es una hipócrita.»

Lejos estaba yo de presumir que á estas palabras sucederia, como sucedió, un silencio profundo, muestra casi evidente de conformidad. Habia yo creido que, contra la atrevida aseveracion del incrédulo, iban á levantarse protestas enérgicas: no fué así; nadie protestó, y lo que juzgué todavía mas peregrino, ni uno solo de aquellos hombres, amigos todos de mi vecina, manifestó en lo mas mínimo disgusto ni extrañeza.

—Yo creo, dijo al cabo de un rato un pariente de la aludida, que Angustias no es precisamente *hipócrita*, sino *mogigata*.

—Mogigata ó hipócrita, replicó el primero, allá se van, y para mí tanto vale una cosa como otra.

—No, hombre, no.

—¡Qué disparate!...

—Eso es un despropósito...

—¿Está V. loco?

—¡Pues no hay diferencia que digamos!

—Es confundir las palabras.

Todas estas y muchas otras exclamaciones brotaron casi simultáneamente de aquellos lábios. El encanto estaba roto, la protesta habia llegado, algo retrasada tal vez, si no contra la injuria inferida á una señora ausente, contra una punible infraccion de la gramática castellana.

«Mogigata es esto.»—«Hipócrita es aquello.»—«La mogigata finge.»—«La hipócrita finge tambien.»—«Lea V. *La Mogigata*, de Moratin.»—«Lea V. *El Hipócrita,* de Molière.»—«Por eso digo.»—«Pues, por lo mismo...»—«Los dos vocablos representan la misma idea.»

Creo, me atreví á decir aprovechando un instante de tregua, que si habláramos sosegadamente podríamos llegar á entendernos, y pues este señor, pariente de doña Angustias, tiene mas motivos que nosotros para conocerla, y es justamente quien ha rectificado la opinion del que la llamó hipócrita, propongo que principiemos por escuchar sus explicaciones sobre el particular. Tales cosas podria decirnos que nos convenciese á todos, con lo que habria terminado toda discusion.

Acogiéronse con benevolencia mis palabras; y bien que á regañadientes se conformasen á escuchar algunos de los mas obstinados, convinieron casi todos en que la discusion habia de iniciarse en el órden por mí indicado.

«Explique V. sus opiniones, y justifique si puede su rectificacion,» dijimos al sugeto consabido, y despues de habernos advertido que seria tal vez un poco difuso, pidió café, encendió una regalía británica, y soplando y sorbiendo en acompañada alternativa, comenzó la siguiente

«HISTORIA DE DOÑA MARÍA DE LAS ANGUSTIAS REPULGO, VIUDA DE VISTA-BAJA.

»Presumo, dijo, prévia una meditacion de pocos instantes, el pariente de doña Angustias, que ni la ocasion ni el sitio son muy propios para un relato que algo y aun mucho ha de tener de triste y de doloroso; pero como ni aquella ocasion ni este lugar han sido elegidos por mí, quiero y debo satisfacer los deseos por Vds. manifestados, advirtiendo de antemano que molestaré lo menos que me sea dable la atencion de mi auditorio, bien que, á pesar de estos mis excelentes propósitos, la historia no es corta, ni fácil mi palabra; de forma que, amigos mios, para rato tenemos.

»Muchos años han trascurrido desde que por primera vez nos vimos, en casa de su padre, Angustias y yo: era ella á la sazon una chiquilla hechicera, aunque mal criada: consentida como hija única, desenvuelta y osada como casi todas las niñas que no han conocido á su madre, habia pasado mi prima la mayor parte de su infancia pensando únicamente en divertirse y discurriendo siempre nuevas travesuras, para cuya realizacion jamás se halló detenida por respeto alguno: contaba para todo con la indulgencia inagotable de su papá, soldado de la guerra de la Independencia, tan severo en asuntos de ordenanza militar y tan bravo en los combates como manso y apacible en el hogar doméstico, sobre todo en lo que á su *diablillo* se referia.

»Puedo asegurar á Vds. que, á pesar de cuanto los moralistas digan, era tierno y conmovedor cuadro el de aquel leon, fuerte todavía y vigoroso, de arrogante figura, bigote entrecano y rostro fiero y cejijunto, dominado por una niña que contaba apenas dos lustros.

»Y no se crea por lo que llevo dicho que en Angustias se desarrollaban simultáneamente la travesura y la malicia con instintos perversos, no en verdad. Habia en el fondo de su alma gran dósis de rectitud y de honradez, que aparecian, sin ella pretenderlo, aun en medio de sus menos disculpables bromas. De buenos sentimientos, de corazon noble y leal, y sobre todo de una franqueza sin límites, conmovíase mi prima con la desgracia ajena mucho mas que con los propios sinsabores, y en la seguridad de no ser castigada habíase acostumbrado á decir siempre la verdad, toda la verdad, sin concebir siquiera que en algun caso fuese necesario, ni aun posible, desfigurarla.

»En resúmen, con todos sus resabios, hijos de su educacion descuidada y del cariño escesivo de su padre, Angustias era ¡mucho ha variado desde entonces! la vida y la animacion de su casa, y el encanto de todos los que la conocian. Ríase de mí quien quiera reirse; pero lo confieso, cuando miro ahora aquellos ojos clavados humildemente en el suelo, cuando echo de ver aquellos contínuos aspavientos y aquellos

molestos dengues de mi prima, casi anciana, recuerdo con amargura, con dolor verdadero, la mirada franca y atrevida de aquellas pupilas azules, á través de las cuales se adivinaba la infantil malicia de sus pensamientos.»

En este punto se hallaba de su historia el improvisado narrador, cuando los bostezos mal comprimidos de algunos y las atentas insinuaciones de los camareros, que nos dejaron á media luz (y no sé si diga á céntimo), interrumpieron el relato: aquel prólogo me habia interesado lo bastante para determinarme á pedir la continuacion: hícelo, y mas afortunado de lo que yo mismo esperaba, fuí inmediatamente complacido.

*
* *

La noche apacible, fresco el ambiente y clara la luna, convidaban á pasear: así lo comprendimos mi discreto amigo y yo, y cuando, unos en pos de otros, daban los relojes de la capital las tres de la noche, comenzamos ambos á pasear á la ventura, y comenzamos tambien, él á referir y yo á escuchar.

«El padre de Angustias murió cuando ella habia cumplido diez años; y esta pérdida, siempre y para todos horrible, fué para mi prima la desgracia de toda su existencia. Obligada á vivir desde entonces con su abuela materna, señora muy anciana y de carácter adusto y áspero, y que residia en Albacete, no tengo para qué decir si hallaria Angustias doloroso el cambio en su hasta entonces alegre y descuidada vida.

»Cuando al cabo de siete años volví á verla, no la conocia: tal y tan profundo cambio se habia operado en su carácter, y aun en su aspecto.

»Aquella expresiva animacion de su cara; la picaresca sonrisa que daba vida y movimiento al rostro; la instantánea réplica (casi siempre aguda é ingeniosa) con que correspondia á las bromas de sus amigos; todo, todo lo que en otro tiempo le daba personalidad y carácter propio, habia desaparecido. Continente humilde, modesto y severo traje, pertinaz silencio, andar reposado: tales eran los rasgos que habian susti-

tuido, con gran desventaja, al antíguo atrevimiento, á las galas anteriores, á la locuacidad incesante y á la viveza espontánea de la primera edad.

»Bien se me alcanzaba que los caractéres varian y se modifican en el tiempo: esta variacion era, sin embargo, tan completa, que no acerté á esplicármela.

»Cuando le pregunté si bailaba, Angustias me miró con asombro, ni aun creyó necesario contestar, y por el gesto avinagrado de su abuela comprendí que la pregunta la habia escandalizado: hablé de teatros, de paseos, de modas, de novelas, de reuniones, y cada vez eran mas evidentes la zozobra, el sobresalto que tan peligrosa conversacion causaba en la vieja como en la jóven: pedí permiso para retirarme, y se me otorgó inmediatamente, bien que indicándome la abuela la satisfaccion con que me veria honrar aquella tarde su mesa, siempre que prometiese proceder con juicio, porque habia convidadas varias personas de suposicion y de respeto.

»Cuando por la noche conocí á los habituales tertulianos de la desdichada Angustias, me lo espliqué todo inmediatamente.

»Dos presbíteros, un antíguo dómine, tres santurronas y un escribano, todos de la misma edad y de idéntica catadura que al ama de la casa, rodeaban, por un lado y por otro, á la desdichada niña.

»Comenzóse la comida (que fué de viernes, como vigilia de San Pedro) por el consabido *benedícite*, que escuchamos todos con los ojos bajos, y callando y comiendo se deslizaron los primeros tres cuartos de hora: entonces los reverendos estómagos hubieron menester un rato de reposo, y con esto dió principio la conversacion, que ya no terminó hasta bien entrada la noche.

»Las excelencias de la humildad cristiana y de la caridad evangélica; la conveniencia de un trato honesto con los libros religiosos; los horrores de la vida mundanal; las insidiosas seducciones del ángel de las tinieblas; la irresistible fuerza de un exorcismo oportuno, y la decisiva influencia de

una buena parte de rosario, fueron los amenos asuntos de tan deliciosa conversacion: en ella, aunque modestamente, y siempre con el permiso prévio de su abuela, tomó alguna parte mi prima, haciendo muchas cruces cada vez que á Satanás se nombraba, y llevándose las manos á los oidos cuando remotamente se aludia á las poderosas tentaciones de la *carne* ó á otros apetitos desordenados.

»Cuando me despedí, y al estrechar la mano de Angustias, observé que su presion era persistente y expresiva: miré á sus ojos, y... por primera vez me parecieron los suyos, y vislumbré en ellos una lágrima: «¡ay, amigo mio, hermano mio!» me dijo en voz baja; pero con tal tono que, aun hoy, al recordarlo siento despedazarse mi corazon.

»Aquella lágrima, aquellas palabras despues de lo que habia visto y oido, eran mas que una revelacion, eran una historia completa; historia de padecimientos contínuos, de lucha sorda y no interrumpida, en que el enemigo mas débil fingia una derrota para esperar ocasion de obtener el triunfo.

»Si desgracias de familia no me hubiesen llamado con urgencia á Madrid, ¿quién sabe? acaso á estas horas Angustias seria mi mujer. Comprendí bien que se encontraba en un momento crítico de su vida; crísis que la eleccion de marido habia de resolver en un sentido ó en otro, y como yo estimaba y queria mucho á mi prima, casi casi me conocia dispuesto á convertirme en protector suyo.

»Lo que yo no hice, pudo hacerlo algunos meses despues D. Caralampio Vista-Baja, hombre ya maduro, aunque no anciano ni achacoso, que enamorado de la modestia y de la humildad de Angustias, tomó su mano y con la mano una dote no despreciable, dando en cambio otra mano acartonada ya y con ella algunos créditos negativos.

»La proporcion, como V. ve, no era ventajosa para mi prima: tal era, sin embargo, su deseo de respirar con libertad, y tal tambien la prisa de su abuela por librarse de la carga de velar por una doncella, que el matrimonio se arregló con toda la brevedad posible.

»Si D. Caralampio Vista-Baja hubiera sido tan excelente persona como lo fué mi pobre tio, el padre de Angustias, esta habria recobrado, seguro estoy de ello, su perdido buen humor, su alegría, su ingenuidad: por desgracia, el tal Vista-Baja solo era una edicion aumentada (y muy aumentada) de la abuela de Albacete, y esto decidió definitivamente la formacion del carácter de disimulada, mogigata y denguera de Angustias.

»Dominante, cruel, atrabiliario y descontentadizo el ya difunto Vista-Baja, era un tiranuelo en su casa, si bien pretendia pasar por un excelente marido entre sus amigos y conocidos. Angustias se vió, pues, precisada á continuar por espacio de *veinticinco años* (!!) su papel de mujer gazmoña y asustadiza.

»Esta representacion tan larga ha formado en su espíritu así como una especie de *blindaje* de la conciencia primitiva, á la cual ahora ni aun ella misma puede acaso llegar, sustituyéndola, sin darse cuenta de ello, con la artificial que á las circunstancias ha debido.

»Hoy, créame V., hoy hace dengues y aspavientos maquinalmente y de un modo instintivo. Ni quiere aparecer mejor, ni le importaria que la creyesen peor; su espíritu está verdaderamente aletargado y sin conocimiento de lo que hace, y solo siguiendo la costumbre adquirida, se asombra, se espanta, se santigua cuando oye ó vé cosas por las cuales durante treinta años ha tenido obligacion de asombrarse, espantarse ó santiguarse: no de otro modo, sin pretenderlo yo, hemos llegado, como tengo por hábito, á esta puerta, que es la de mi casa, en cuyo cuarto segundo tiene V. una habitacion y un amigo...»

*
* *

Con estas palabras acabó la relacion semi-dramática de aquel complaciente biógrafo, que en efecto me habia encaminado, sin notarlo, hasta la misma puerta de su casa. El sereno abrió, mi amigo pisaba ya los umbrales de la puerta,

no habia medio de detenerle; no quise, sin embargo, soltar su mano sin decirle en son de queja: «Debo á V. una deliciosa noche, amigo mio; solo siento que no haya V. cumplido su promesa tácita, probando que doña Angustias Repulgo, viuda de Vista-Baja, es mogigata y no hipócrita.»

«La observacion, dijo él, no me parece justa. En los hechos que he referido está la prueba de lo que senté al comenzar.

»Angustias hoy no es ni mogigata ni hipócrita: ha sido mogigata, hoy no es mas que un cadáver que se mueve y digiere.

»El hipócrita ve la virtud y se finge virtuoso, porque comprende que la virtud vale mas que el vicio, y ya que no sea virtuoso, quiere parecerlo.

»*El mogigato* no ve en lo que finge mas bondad que en su verdadero carácter; finge, sin embargo, para realizar determinados propósitos.

»Cuando Angustias, por ejemplo, se fingia beata, tímida, humilde, no lo hacia así porque juzgase que los dengues, la timidez y la humildad valian mas que su despreocupacion y su franqueza, antes bien es de presumir que juzgase de muy contrario modo; fingia, no obstante, para evitar reprimendas diarias y obtener confianzas y comodidades que de otra manera no hubiese obtenido.

»El hipócrita se conoce á sí mismo y sabe que en realidad es peor de lo que aparenta ser.

»El mogigato tambien se conoce á sí mismo, y al transigir con las debilidades ajenas, conoce que vale menos lo que finge ser que lo que en realidad es.

»En resúmen:

»El hipócrita, al fingir virtudes, demuestra que se desprecia á sí mismo.

»El mogigato, al simular lo que juzga debilidades, prueba que desprecia á los demás.

»Buenas noches.»

*
* *

La historia de mi vecina doña Angustias Repulgo, viuda de Vista-Baja, me afectó de tal modo, que desde entonces la contemplo con afectuosa compasion; con esta advertencia reproduzco aquí, lector amigo, el ofrecimiento que al principio hice de presentarte á ella. Al conocerla (despues de conocer su historia) puedes asegurar que conoces ya al noventa y nueve por ciento de nuestras mogigatas.

Con variaciones muy escasas y puramente accidentales, igual á la de mi vecina es la historia de la verdadera mogigata. El carácter se forma antes ó se forma despues; el hábito del fingimiento se adquiere en la infancia ó en la pubertad; ya será la causa un padre muy severo, ya una madrastra cruel, ya un marido brutal ó celoso; pero sin una presion invencible, sin una necesidad imperiosa é impuesta por la ineficacia de otros medios, pocas mujeres, muy pocas (si ya no son naturalmente perversas, y de esas ni hablo ni quiero hablar) ocultan sus aficiones y fingen defectos de que carecen.

No se me hable de la mogigata sincera, porque esa no es mogigata. Será monomaniaca, tendrá preocupaciones; pero si en efecto las tiene y no las finge, no puede ser incluida entre las colegas de doña Angustias Repulgo.

Tampoco se me hable de las mogigatas que podrian llamarse de ocasion; esto es, de las que, sin serlo, sin parecerlo en casa ni en familia, lo son en sociedad cuando las circunstancias lo aconsejan.

El trato social tiene, en efecto, exigencias con las cuales es indispensable transigir: en este concepto, hombres y mujeres, cuantos andamos por el mundo, tenemos algo de mogigatos.

Y hasta un refran muy conocido que dice: *Donde estuvieres haz como vieres*, viene á sancionar esta especie de *mogigatería* universal, de que yo desafío al mas ingénuo de mis lectores á que se declare en verdad completamente desligado.

Resulta, por consiguiente, que, si no en todos, en la mayor parte de los casos *la mogigata* lo es á pesar suyo. El disimulo, la humildad aparente, el fingimiento contínuo,

son las armas únicas de que, para compensar su debilidad, puede hacer uso la mujer (dadas las condiciones actuales de su existencia): esto si no la justifica la disculpa, y antes la hace digna de lástima que de animadversion y de encono. Cuando el hombre no exija á la doncella soñadas perfecciones; cuando la sociedad, con sensato acuerdo, conceda á la mujer personalidad propia, *la mogigata* dejará de existir, porque ese tipo meramente accidental no tiene causas *esenciales* de vida. Por eso lo que instintivamente disculpamos todos y compadecemos en la mujer, lo reprobamos en el hombre: *el mogigato* es siempre y para toda persona honrada un ente ruin, pequeño y despreciable.

Prescindo, por último, de algunas *colectividades mogigatas*, como el llamado gran mundo y los públicos de los teatros, que compuestos por punto general de indivíduos que no son precisamente modelos de virtud, afectan escandalizarse cuando aparece en las tablas una muchacha seducida ó una esposa adúltera.

Estas *colectividades mogigatas* darian ocasion á consideraciones de cierta índole que yo quiero evitar, porque sobre ser peligrosas, no me parecen ahora del caso.

Por todo lo cual, y porque es hora ya de recogerse, permíteme, lectora benévola, si no eres mogigata, que bese respetuosa y verbalmente tu mano diminuta, cumplimiento no usado para con las señoras, pero que á mí me parece mas cómodo que el de besar los piés.

A. Sanchez Perez.

LA AMABLE

En la *Introduccion* á esta galería de españolas he leido ciertas palabras que me han despertado el deseo de entablar conmigo mismo una polémica respectivamente á la mujer amable.

En efecto, nada en el mundo mas amable que la mujer amable, y esto seria pero-grullada, si por otra parte no existieran pruebas fehacientes de que muchas mujeres calificadas de amables no han podido ser amadas por el único varon que se halló en el caso de conocerlas por completo.

Pregúntome á mí mismo: Esas de quienes acabo de hablar, ¿constituirán una excepcion del tipo?

Y despues de recapacitar sobre ello, me respondo: No, amigo mio; precisamente constituyen la regla general.

¡Hola, hola! Pues aquí hay misterio. ¡Y poquito aficionado que soy yo á lo paradójico! Vamos á ver en qué consiste esa aparente contradiccion; despejemos la mente, desechemos toda idea ajena á nuestro asunto, concentremos bien las que le sean propias, y vamos á meditar con calma y órden.

Pues señor...

(Me parece que cuando uno quiere ser sóbrio, ordenado y claro en sus discursos, debe empezar siempre diciendo: Pues señor.)

Siendo esto así, y habiendo dicho ya «pues señor,» añado: En casa de Luisa la modista afirman que Teresita es muy amable; en casa de la baronesa X aseguran todos los tertulianos que Teresita es amabilísima; mi amigo Calixto jura que en su vida conoció mujer tan amable como Teresita; el embajador ruso le dijo un dia á ella misma: «Señora, las pa»risienses tienen fama de ser las mujeres mas amables de la »tierra, y con todo, no hay en París mujer tan amable como »usted.» La portera de Teresita dice que en cincuenta años de ejercicio no ha visto mujer mas amable; y yo, yo mismo dije un dia hablando de ella: ¡como es tan amable!...

Su madre, que me oia, bajó la cabeza como contrariada; su hermana hizo un ademan de falsa aprobacion; su cuñada se expresó por medio de una sonrisa no tan imperceptible como irónica, y su esposo se volvió á mí preguntándome con cara de vinagre: ¿Amable mi mujer? ¿Cuándo?

Acometiéronme graves temores de haber incurrido en una indiscrecion, porque sabia que los jóvenes somos con frecuencia indiscretos, y respondí tartamudeando, al paso que trataba de recobrar mi aplomo:

—Siempre... Es decir, yo no puedo estar sino muy agradecido á su amabilidad, y además, la baronesa, y los de nuestra tertulia, y el embajador de Rusia... vamos, todo el mundo dice lo mismo.

—¡Psch! hizo el marido encogiéndose de hombros; y meneando con aire distraido una silla, dijo: Todo el mundo lo dice, y... no, lo que es en cuanto á esto... ¿Se queda usted? añadió de pronto, pasándose la mano por la frente y cogiendo el sombrero.

Yo conocí que el hombre estaba violento.

—No, me voy, con permiso de estas señoras. A los piés de ustedes...

Ellas, medio turbadas y conociendo mejor que yo el estado del marido, apenas me contestaron. Movieron á un tiempo la cabeza como conejitos de yeso, pero la una no me dijo mas que:

—Beso á ust...

La otra solo dijo:

—...ted la mano...

La madre me despidió dando una cabezada, y salí rojo de vergüenza, pensando que por torpe habia producido mal efecto en el ánimo de personas que me eran simpáticas y á quienes deseaba tener por amigas.

Separéme del marido en cuanto pude hacerlo, y hasta entonces no me repuse un poco.

Desde aquel dia comencé á someter al análisis la amabilidad de las mujeres muy amables.

A una conocí muy pronto en tertulia de confianza.

La primera noche de reunion, apenas me fijé en ella; la segunda noche no concurrió á la cita, y todos los concurrentes de uno y otro sexo la echaban de menos, y ninguno dejó de decir: ¡Es tan amable!... La tercera noche me dediqué á observarla, si no con visible descortesía, á lo menos con una curiosidad quizá pecaminosa, lo confieso.

Y no con mala intencion, sino muy al contrario. Parecióme no solo amabilísima, sino graciosa, bella; bien formada; y yo, embobado, iba diciendo entre mí: pues debe ser de génio muy apacible; y ¡caramba, qué hermoso cabello tiene! y revela una clara inteligencia; y ¡qué caida de hombros tan graciosa! y dale y vuelta: en resúmen, que tanto de lo moral como de lo físico, pieza por pieza, me la fuí imaginando toda y de ella quedé prendado.

Afortunadamente, un compañero muy listo lo conoció, y sin darme tiempo le ofreció su corazon por lo pronto y lo aceptó ella, segun costumbre; porque es de advertir que me ha sucedido repetidas veces prendarme de una mujer, anticiparse otro á declararle su cariño y quedarme yo sin ella.

El muchacho se puso loco de contento con su conquista. Todo era alabarla, ensalzarla, divinizarla...

Pero daba lástima oirle como le oí cierto dia, poco antes de casarse.

No la podia ver ni pintada, como suele decirse. Tenia que llevar por fuerza las corbatas que ella le asignaba; tenia que calzarse con el zapatero que ella le escogia; tenia que

reir sin gana para que ella no creyese que estaba de mal humor á su lado, y tenia que estar sério contra su voluntad cuando ella podia creer que se habia reido con objeto de contrariarla.

Era insensible á los quebraderos de cabeza del pobre novio; era exigente en el gasto de los preparativos de boda; queria que él saliese de disciplinante el Viernes Santo; queria que no se tratase sino con determinadas personas por ella indicadas...

El pobre mozo habia empeñado su palabra, y era hombre de honor, y se resignaba á ser víctima de aquella mujer adusta, despótica, y el mismo dia en que me refirió sus cuitas asistió con su novia á nuestra acostumbrada tertulia, y cuando ellos se retiraron (¡yo lo oí, mortales!) todos los tertulianos decian: «Vamos, no se ha visto amabilidad igual á »la de esta chica.»

Y tenian razon, porque con todos habia estado amable. No lo era con su novio, sin duda porque no hay dicha completa en la tierra, y él decia de buena fé que para ser completamente feliz, solo le faltaba ver á su novia amable con él.

Abrí los ojos ante ese ejemplo, y fuí estudiando amabilidades femeniles.

Desconfiad, míseros humanos, de la amabilidad de toda mujer que vende algo en tienda.

He conocido tres en un mes...

Ellas han acreditado el establecimiento, es cierto.

Las mujeres dicen: á casa de fulanita se puede ir á comprar, siquiera por lo amable que es con todo el mundo.

Sí. Ella madruga, ella revuelve tres y cuatro estantes de género para vender algo, aunque sea cosa de dos reales; ella ofrece silla al que honra su casa; ella sonrie á tiempo y con gracia; ella usa agradables expresiones; no muestra jamás enfado ni mal humor con los que despues de charlar una hora se van sin hacer gasto; pero ¡ira de Dios, qué terrible es su venganza!

Todo lo que de buena gana habria dicho á las pollas im-

pertinentes, á las viejas posmas, á las presumidas que todo lo tienen en poco, se lo dice *mutatis mutandis* á su marido.

Todo el enojo acumulado durante el dia, lo descarga por la noche contra el pobre sócio.

Se queja del exceso de trabajo, y dice que esto es lo que la pone de mal humor.

Él la propone que no trabaje, que descanse, que pasee y se distraiga, y ella no quiere.

Necesita enojarse y desenojarse cada veinticuatro horas.

Se queja de que él no la ayuda bastante; él trabaja un dia entero, suda, se afana, y por la noche le dice ella encorajinada que no ha hecho mas que estorbar en todo el dia.

Se queja de que él, delante de los compradores, le dé consejos y le haga advertencias, como si ella no sirviera para nada; la deja el hombre libre, y en seguida le dice que en aquella casa parece ella bestia de carga ó esclava, porque lleva todo el peso del trabajo.

Uno de esos enojos con el marido corresponde á cada un dia del año.

Pero á la mañana siguiente, apenas pone los piés en el almacen una persona de fuera de casa, su voz es dulce, su semblante atractivo, sus nervios se han calmado, se brinda á todo, en todo halla un medio de complacer...

Y el marido, desde el fondo del escritorio, lo vé y lo oye, y dice: ¿Pero, Dios mio, es ella misma?

Y ella misma es, y ella tiene buen cuidado de demostrárselo apenas se cierra la tienda.

No solo tengo noticia especial de la amabilidad de la tendera á quien aludo, sino que la he oido hablar sobre ese capítulo con dos compañeras, y las tres decian que les pasaba una cosa misma. Se daban la razon unas á otras y se aprobaban sus respectivas ideas con una amabilidad... ¡de que Dios nos libre!

Los jovencitos ven por primera vez á una dama jóven simpática hacer el papel de Pamela ó de Virginia, la amada de Pablo, y piensan que la actriz es tan amable como el tipo que representa, y la ven en sueños. Por esta razon, casi no

hay adolescente que no haya profesado amor platónico á la primera dama jóven que ha visto en escena.

Preguntasen á los demás actores qué tal es la niña... pero tampoco lo creerian. La juventud quiere creer que lo bueno es lo que á ella se lo parece.

(Salvo las debidas excepciones, debia haber dicho antes.)

Pues si hay mujeres que solo parecen amabilísimas al vender, ¿qué diré de las que únicamente lo parecen al comprar?

Sépase que toda mujer que acompañada de su esposo entra en joyería, en almacen de alfombras, en donde se venda raso ó blonda, parece quinientas veces mas amable de lo que realmente es.

Cuanto mas caro es lo que va á comprar, mas amable parece.

En el acto de comprarlo, se entiende.

Por esta razon todo vendedor de objetos de lujo dice una saudez cuando califica de amable á una mujér, si solamente la conoce como compradora.

Hay amabilidades femeniles, y no pocas, que recuerdan los sepulcros blanqueados de la Escritura.

Ciertas mujeres solamente son amables despues de haber irritado hasta la cólera al marido ó al amante.

Este suele ser el refinamiento de su venganza, y saborean con delicia ese placer supremo de los dioses en una ocasion especial.

Cuando han chillado, han proferido injurias y han roto algo que cueste dinero, el complemento de su dicha consiste en que de pronto entren visitas.

El esposo está lívido todavía, le zumban los oidos, siente golpeadas las sienes, apenas respira, tiene la voz anudada en la garganta y le tiemblan manos y piernas. Está tan torpe, que apenas acierta á saludar.

Pero ¡ella! Ella sonrie, besa, da apretones de mano, habla con volubilidad encantadora, saca dulces para los niños, hace de modo que inmediatamente el marido tenga que tomar parte en la conversacion, y parece escucharle embelesada.

Pero á todo esto, ¿será que no existan mujeres amables?

¡Oh, sí! Muchas, muchísimas. Lo son por lo general algunas que ante todo el mundo lo parecen, y muchas cuya amabilidad solo es conocida de un corto número de personas.

Si todas las risueñas fueran amables, ya no seria este mundo un valle de lágrimas, sino un jardin siempre florido.

No todas las risueñas se distinguen por su amabilidad; por consiguiente... nada de jardin.

Pero tal vez en una numerosa reunion de mujeres nos parezcan todas amables menos una, y precisamente aquella vencerá en amabilidad á todas las demás juntas.

Acaso haya tenido trato con mucha gente y nadie haya formado de ella un juicio exacto.

Pero puede consistir el yerro en que la mujer de que hablamos sea esencialmente afectuosa y no derroche en el trato superficial lo que ella considera con razon como prenda de gran precio.

Mujer modesta, es mujer amable. Su amabilidad es planta perenne y de olor suave y sano.

Los médicos de larga práctica suelen distinguir perfectamente entre la verdadera y la falsa amabilidad mujeril.

Con ver una sola vez enferma á una mujer, y verla al lado de un enfermo de su propia familia, tienen lo bastante para formar seguro concepto.

Casi todas las que despilfarran su amabilidad en una tertulia llegan á casa mohinas, urañas, y con un dolor de cabeza contagioso.

Hay mujeres amables que, nímiamente celosas de su decoro, temen parecerlo demasiado y se violentan en presencia de los ajenos.

Dichoso el mortal que merezca su afecto, ya sea como amigo, ya como amante, ora se llame su esposo, ora su hijo.

Una amabilidad que amenaza desbordarse, y que sin embargo ceja y se reposa por influjo de pudor, de respeto propio ó de discrecion, es una fuente de delicias, cuya llave solo poseen muy pocos y que ni sacia ni empacha.

Cuando una de esas mujeres ha llegado á la intimidad con otra, bien puede decirse que hay dos criaturas felices en la tierra.

La amabilidad que esa mujer escatima á los demás, la prodiga á la persona amada.

Hay mujeres que desde un palco de la ópera muestran grátis el seno, la espalda y los brazos á los abonados á turno impar y á todo el paraiso pesetero. En cámbio no le permiten á su marido la entrada en su cuarto sin prévio especial permiso.

Esas mujeres hacen con sus carnes todo lo contrario á lo que hace con su amabilidad aquella de quien iba hablando.

Esta lleva poco descotados los afectos; enseña un poco mas que las monjas y muchísimo menos que las estátuas griegas; pero en el mundo de los profundos afectos lleva siempre desnudo el corazon jugoso.

Otras enloquecen por el placer, ella por el cariño; el amor le inspira sentencias graves en forma de chispeantes epígramas; nadie mas ingeniosa que ella para los engaños que han de redundar en provecho del que se acoge á su amparo; la verdad mas dura y austera, se convierte al salir de sus lábios en un madrigal delicado y elegante; da una limosna y parece que pide licencia para satisfacer un antojo; atenúa las faltas ajenas, que ella se reprocharia como delitos si se creyese capaz de cometerlas; no oye hablar de errores ó culpas sin que inmediatamente no se le ocurra una generosa hipótesis que pueda hacerlos perdonables...

Dichoso, repito, quien de su amabilidad participe.

FRANCISCO CANTARELL.

LAS QUE SE PINTAN

Sí señor, las que se pintan, las mujeres que se pintan: vamos, ¿y qué?

¿Tiene V. algo que decir en contra, señor mio? ¿Es usted de los que disparan una batería de anatemas contra la mujer que hermosea su rostro? ¿Será V. quizás de los que llaman vicio, coquetería ó cosa así á la necesidad—¡sí señor, á la necesidad!—de poner un anzuelo mas para asegurar la pesca del sexo feo?

Pues qué, apasionado censor, ¿no se riza V. tambien el pelo una vez al año, siquiera la noche en que acude V. al baile, para donde le dió cita aquella bellísima hurí de rasgados ojos, negras y pobladas pestañas y encendidos lábios, *émulos de la rosa?* ¿No es V., señor mio, el que pide en la peluquería pomada para el cabello, cosmético para el bigote, brillantina para la barba, etc., etc.? ¿No es V. el que se tiñe el cabello cuando blanquea en el otoño de la vida? ¿No es usted el que sufre en julio las molestias de la peluca por el deseo de encubrir la calvicie? ¿No es V. el que emplea delante del espejo un cuarto de hora en arreglar el nudo de la corbata, estudiándolo de modo que el lazo, coqueta y premeditadamente colocado, parezca que el descuido y la gracia natural le formaron? ¡Hola! ¿Conque V. hace todo esto y lleva

á mal que la mujer ponga en prensa su imaginacion para presentarse á V. con un atractivo que realce su belleza y con un adorno que ponga de relieve su encanto? Pues es usted injusto.

¡Que se pinta! ¡Yo lo creo! ¿Y qué ha de hacer?

Gracias á que despues de pintada y de arreglada y de pulida oiga ella un dia que al pasar V. á su lado dijo á un amigo que le acompañaba: «Hombre, ¿sabes que me gusta »esa mujer?» Porque crea V. que mas de cuatro veces este es el único premio que recibe: el de la satisfaccion de haber agradado hoy un poco mas que ayer.

¡Que se pinta! Sí señor. ¿Y para quién cree V. que se pinta? ¿Para sus parientes? ¿Para satisfacer su vanidad propia? ¿Para engañar á sus amigas? Pues no señor: se pinta para V., exclusivamente para V.

Porque ella sabe que á V. le gusta el color sonrosado en tal grado, y la ceja completamente negra y que tenga tal dibujo y tal dimension, y los ojos los quiere V. rasgados como no los hace la naturaleza, y los lábios le gustan á usted de un carmin determinado tambien, y todo, en fin, le gusta á V., señor hombre, de una forma distinta á la ordinaria, mas ideal que real, mas poética que positiva.

¿Y porque la mujer procura complacerle á V. y crear los tipos como V. los pide la llama V. pinturera, pretenciosa, coqueta y...? Pues no tiene V. ni pizca de razon, caballero.

¡Ah! ¡Si V. siguiera con ella la misma conducta que ella observa con V.!

Porque V. se acerca y la hace el amor. Bien hecho. ¿Cuándo se ha quejado ella de esa desordenada barba? ¿Cuándo le ha reprochado á V. el aceitunado color de su rostro? ¿Cuándo le ha exigido á V. dientes de marfil ni lábios de coral?

Usted quiere que ella trascienda á perfume, á ámbar, á jazmines, y sin embargo, V. se acerca á ella cuando acaba de arrojar la colilla nauseabunda de un cigarrazo pestífero; usted quiere el pelo á la *Pompadour* ó á la *Currutaca*, y no

se cuida V. á veces de arreglar el suyo; y en fin, mientras en V. todo son exigencias y pretensiones, ella ¡la infeliz! escribe en su corazon un lema para hacernos á todos iguales, agradables, apetecibles:

El hombre y el oso
cuanto mas feo mas hermoso.

Convengamos, señor hombre, en que es V. injusto, egoista, raro y caprichoso á mas no poder.

Porque no es cierto ¡qué ha de serlo! que á V. le guste la mujer como la naturaleza se la presenta. ¿Qué ha de gustarle á V.? Ni la mujer ni ninguna otra cosa.

Usted filtra el agua para beberla, purifica y compone el zumo de la uva para convertirle en sabroso néctar, adorna usted y rellena y adereza el pavo para presentarle á la mesa rodeado de atractivos. Usted enmienda la plana á mamá naturaleza en cuantas ocasiones se le presentan, y ¿pretende hacernos creer que la mujer le agrada sin ningun aderezo, sin ninguna modificacion introducida por el arte? ¡Para el bobo que lo crea!

*
* *

Observen Vds., lectores mios, que he tenido muchísima razon, y no me he salido ni un ápice del terreno de la justicia, al lanzar contra algunos hombres la anterior filípica.

Para prueba irrecusable, no hay mas que buscar el orígen del uso de los afeites en la mujer. Pero ¡ah! ¡trabajo inútil! ¡árdua empresa ante la cual tiemblan los mas avezados historiadores! ¡inútil propósito, donde se estrellan los esfuerzos de los investigadores mas asíduos!

El orígen de los afeites se pierde por la callejuela de la historia, en la noche oscurísima de los tiempos, y cuantos estudios han practicado los mas importantes sábios no han dado otro resultado que el de obtener la seguridad de que,

donde quiera que ha existido una mujer obligada á agradar á un hombre, allí ha existido tambien el afeite y la compostura, y lo que modernamente llamamos *mano de gato*.

Sí, señores mios; la mujer se ha compuesto siempre, y hasta nosotros han llegado todavía, rodeados de ciertos elogios, los baños griegos, los perfumes romanos, los afeites de las mas remotas épocas y de las mas diversas naciones.

Y se sabe de una manera positiva, indubitable, que se pintaba y adornaba Cleopatra, y Lucrecia, y Judith, y Esther, y Rebeca, y las hijas de Lot, y la señora de Putifar, y Raquel, y... todas, señor: absolutamente todas.

¿Qué mas diré? Eva, la modesta Eva, cuando con la pérdida de la inocencia y la castidad perdió tambien aquel sonrosado color que era ¡bien me acuerdo! su mas preciado aliciente, ¿qué dirán Vds. que hacia para presentarse á su adorado esposo con las mejillas encendidas? Pues se las frotaba fuertemente, hasta que, atrayendo la sangre por este medio, se presentaba á las gentes... digo, á su marido, con unos colores como una amapola.

¡Oh! ¡siempre, siempre se ha pintado la mujer! Precisamente hoy es cuando menos se recurre al adorno del cuerpo. ¿Qué comparacion tiene una mujer de nuestros dias con una de aquellas señoritas romanas que, para suavizar el cútis, quitar las pecas y aumentar la blancura de su rostro, se acostaban en camas preparadas *ad hoc*, se untaban el cuerpo con cien menjurges, se arrancaban los lunares no agraciados, y se los hacian postizos donde lo creian conveniente? ¿Qué comparacion tiene? vamos á ver. ¡Ninguna!

Y esto de pintarse las mujeres, ¿ha reconocido alguna vez, reconoce hoy país, estado ó condicion determinadas? ¡Oh! tampoco. Porque se pinta la inglesa y la natural de las islas Zanzíbar, se pinta la cortesana y la plebeya, la soltera y la casada, la vieja y la jóven, la pobre y la rica.

*
* *

¿Por qué? Se lo diré á V., sí señor. Porque el éxito mas brillante coronó el ensayo de la primera que se pintó, y en vista del éxito las demás siguieron el camino.

V. considere que si la primer mujer pintada hubiera encontrado esquivez en los hombres, se hubiera despintado inmediatamente, y las demás hubieran escarmentado en cabeza ajena; pero, amigo, debió suceder lo contrario, y *ecco*...

No hay que darle vueltas. Tómense dos mujeres (cuidadito con hacerlo al pié de la letra, porque es peligroso) igualmente bellas, permítase á una de ellas que por medio del arte corrija algun descuido de la naturaleza (que no hace nada completamente perfecto), y déjese á esas dos mujeres que recorran los paseos de una capital. ¿Sabe V. la que se llevará mas miradas y mas solicitudes de los hombres? Pues yo sí lo sé: la pintada, la adornada, la corregida.

Así es que ¡créalo V.! se pintan la mitad de ellas, y la otra mitad se reconcomen por no poderse pintar. ¡Ay, si pudieran!

Si todas pudieran, todas se pintarian; pero el pintarse y el emplear buenos ingredientes no es para todas las fortunas.

Algunas hay que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se presentan en el paseo con la blanca tez y el carmíneo labio que prescriben los idilios, y es que á las infelices llega el convencimiento de lo indispensable, de lo necesario que es hacerlo así para atraerse las miradas de esos pícaros hombres.

Pero ¡ah! es muy fácil descubrir la hilaza de tales pinturas; porque no es lo mismo el blanco que imprimen los polvos de arroz y el rosa de las hojas de colorete que venden en las droguerías, que la leche de Vénus, ó el carmin parisiense, ó *le noir de sourcils* que viene de Francia, que cuesta caro, y que solo se encuentra, siendo legítimo, en algunas perfumerías elegantes.

Y ¡si V. viera las triquiñuelas á que ha de recurrir la

pobre que siente la necesidad de hermosearse y carece de los afeites necesarios! ¡Si V. viera!

El corcho quemado para las cejas; la horquilla ahumada á la luz de una bujía para hacerse rasgados los ojos; el almidon molido con cuidado esquisito y tamizado despues; el tul viejo para aumentar subrepticiamente el pelo; la manteca lavada para sustituir al *cold-cream* ó la... ¿qué sé yo?

Y á veces entre esta gente escasa de medios encuentra usted mujeres verdaderamente artistas, que convierten sus rostros en caras angelicales.

Yo he conocido una doncella de labor que sufria de su señorita mil impertinencias y caprichos, mil reprensiones injustas, un trato, en fin, duro, tiránico. ¿Y saben Vds. por qué sufria con calma tan endiablado carácter? Pues tan solo porque la señorita usaba los afeites mas finos y renombrados que se conocen, y ella á hurtadillas... ¡calculen Vds.!

*
* *

Y no es este el punto en que menos se revela el talento de la mujer; porque hay unas que se pintan bien, otras que se pintan tal cual, y otras que se pintan muy mal, que son, digámoslo así, las tres clases en que puede dividirse el pintor: pintor de brocha, iluminador de estampas, y artista pictórico.

La que se pinta bien es una maravilla del arte, y creerá usted en que se pinta porque V. debe saber que todas lo hacen así, pero no porque en ella pueda ver ni la mas insignicante prueba que haga sospecharlo.

¡Ya puede V. mirarla con detenimiento, ya! No encontrará V. el disfuminado de aquella mejilla ni el límite de aquel alabastro; percibirá V. perfectamente los poros del cútis; todo, en fin, cuanto V. investigue será inútil, y exclamará V. convencido: «Pues señor, ¡no se pinta!» Pues sí se pinta, diré yo, solo que se pinta artísticamente.

Y es que esa mujer pasa todas las mañanas de la alcoba al tocador y allí se arregla; y esto lo hace tan cuotidiana y constantemente, que no se ha dado un solo caso en que una sola persona la haya visto en ese pequeño intervalo que media entre poner el pié en el suelo y el pincel en la cara.

Así es que para la mayoría de las gentes no se pinta: unas cuantas amigas envidiosas lo sospechan y lo murmuran; pero ¡que venga alguien á decir: «Me consta que »se pinta!» ¿A que no hay quien lo diga? Pudiera decirlo la doncella, pero... no lo dirá por la cuenta que la tiene.

A veces oirá V. decir á esa mujer: «Yo lo primerito que »hago en cuanto me levanto es lavarme perfectamente con »agua fria, muy fria en todo tiempo, y así conservo este »color tan sano y tan...» Queda V. autorizado para murmurar entre dientes: «¡Habria mucho que hablar de eso!» Pero está V., sin embargo, obligado á reconocer y elogiar su maestría.

Mire V. si tendrá talento esta mujer, que jamás ha cambiado del género que desde un principio abrazó. ¿Se propuso ser morena? Pues morena toda la vida. ¿Se propuso ser siempre blanca? Pues ahí la tiene V. blanca.

En cuanto á esas otras que una semana son trigueñas, y otra blancas como la nieve, y que hoy tienen dos lunares, y mañana uno solo... esas no debe comparárselas con la anterior, porque son menos ingeniosas.

Y en perjuicio propio, sí señor; porque, ¿qué hombre dice: «¡Cuánto me gusta la morena que va á tal parte!» sin exponerse á ser desmentido por el alabastrino color con que aquella morena ha de presentarse mañana?

*
* *

De las que se pintan ni bien ni mal, y que son, por decirlo así, la clase media de la pintura, habria mucho que

hablar, y necesitaria yo, para escribir respecto de ellas todas las observaciones que se me ocurren, lo menos veinte tomos como el que tienen Vds. entre manos.

Porque unas se pintan medianamente porque no *pueden* pintarse mejor por las razones ya expuestas, y hacen ya demasiado con pintarse tal cual, y otras no se pintan bien porque no *saben*, es decir, por la misma razon de que llevando magníficos trajes no parecen elegantes; ¡vamos! porque son *cursis* con dinero, y así como no basta tener dinero para ser elegantes, tampoco basta dejar caer el color en el rostro para ser graciosas.

¿Me explico yo? Y si no me explico, ¿me entienden ustedes, que es lo que yo quiero?

Pues bien: de estas últimas diria yo algo malo, las reprenderia con dureza, porque la mujer que pudiendo pintarse no se pinta bien, es indigna de ser mujer y de otras muchas cosas mas.

Y si estas no ponen mas cuidado en su embellecimiento consiste en que, como se pintan con ese término medio que hace que para unos sea agradable y para otros indiferente, ellas siguen creyendo la opinion de los primeros y pintándose hoy como ayer, mañana como hoy, sin que el sello del progreso se marque ni una sola vez en aquella mano rutinaria y amanerada.

Además, estas son causa de que los hombres escrupulosos lancen su anatema contra todas las que se pintan, porque los términos medios han encontrado siempre censores razonados.

Y hay motivo para ello. Yo he oido hablar de la cuestion á algunos, los cuales dicen: «A mí déme V. una mujer (en »sentido figurado, por supuesto), una mujer pintada, pero »que no se le vea la pintura, y si es posible, que no sepa yo »que hay tal pintura, y la tomaré.» ¡Yo lo creo!

De las que se pintan mal, completamente mal, no sé si diga algo, porque á mí me parece que en el pecado llevan ya la penitencia, y no debo ensañarme en la desventura de las que, como dice la Biblia, «tienen ojos y no ven el color, tie-

»nen oidos y no oyen las pullas y las risotadas de los hom-»bres.»

Algunas parece como que han metido el rostro en una espuerta de harina, y despues se han dibujado en cada carrillo un círculo y le han rellenado de carmin, que parecen así...

Decididamente no quiero hablar de estas.

*
* *

Porque si yo fuera á hablar de todas las divisiones y subdivisiones que se conocen entre las que se pintan, ¡uff! habia para un rato.

Porque tendria que hablar de las que disimulan enfermedades pintándose el rostro.

De las que se pintan por la tarde para ir á paseo de una manera, y por la noche para ir al teatro de otra.

De las infelices que se pintan para venderse como mueble de prendería.

De la actriz que practica y conoce dos géneros pictóricos, uno de efecto para el teatro, y otro mas delicado y muy distinto para la calle.

De la que padece *pictoromanía* y todo lo olvida por el frasquete y la muñequilla y la brocha, y no hace sino entrar y salir en el tocador y añadir cada vez una pincelada mas á las anteriores.

De la que murmura del modo que todas sus amigas se pintan, y hace lo que muchos que yo conozco han hecho al hablar de exposiciones de pinturas.

De la que...

¡Bah! Hay asunto para un libro.

*
* *

¡Pobres mujeres! ¡Tener que pintarse!

Porque V. no puede tener idea de lo caprichosa que es tambien la moda en este punto.

Hoy es el pelo rubio y la tez morena lo que el ritual prescribe; mañana es el pelo negro y el color de la carne blanca; á lo mejor se estilan las ojeras; otra vez son los lunares los que privan; pero ¿quién es capaz de seguir en sus caprichosas revueltas é infinitas variaciones á doña moda?

Así es que la mujer que tiene medios para comprar siempre el último cosmético inventado, la última pomada descubierta, el elíxir combinado recientemente, ó la tintura hace poco confeccionada, tiene ya muy suficiente para convertir su tocador en un laboratorio químico.

Frascos de mil colores, de mil formas y de mil tamaños; tarros de metal, de madera, de porcelana; jabones *pentacrostizados* de variados colores; brochas y pinceles innumerables; en fin... no es posible describirlo. Y al contemplar, como he contemplado varias veces, un tocador repleto de objetos de perfumería, se me ha ocurrido lo mismo que debe habérseles ocurrido á algunas mujeres al sentarse frente al espejo, que es el caballete de sus cuadros: «¿Por qué no han »de gustarles á los hombres las mujeres sin pintura?»

¡Oh! Y en esto no cedo un ápice. Dispuesto estoy á volver á lanzar contra el hombre exigente y murmurador el anatema con que empecé este artículo. Pero... «las once dan... yo me duermo...»

*
* *

Voy á concluir, y á concluir como el caso requiere, con una anécdota histórica y con una bomba, que es tambien el modo de acabar las funciones de fuegos artificiales.

—¿Sabe V., señora, decia un galante militar á una elevada y aristocrática dama española, sabe V. lo que opinan de su belleza la marquesa H y la condesa de X?

—¿Qué opinan?

—Pues dicen que, en efecto, V. parece muy bella; pero que lo parece porque... porque...

—¿Por qué?

—Porque dicen que V. se pinta.

—Pues fácil es el remedio para que ellas combatan la fealdad. *¡Que se pinten!*

En efecto. ¿Podrá una chata dejar de serlo por mucho que se pinte?

*
* *

La bomba final va regalada á los hombres que hablan pestes de las mujeres que se pintan:

«Conozco á un teniente coronel del ejército ¡¡QUE... SE... PIN... TA!!!...

MANUEL MATOSES.

LA AMIGA

Habrán Vds. oido hablar de Cástor y Polux, supongo.

Yo tambien.

Y la parlera fama no habrá dejado de llevar á sus oidos los nombres de Pílades y Orestes.

Lo mismo me pasa á mí.

Y además, en *El Curioso impertinente* habrán ustedes notado el extremo de amistad á que llegaron Anselmo y Lotario.

Corriente.

Ejemplos de amistad acendrada entre los dioses y los hombres los tenemos; y yo me pregunto: ¿cómo es que ni la mitología ni la historia citan ejemplos equivalentes de amistad entre mujeres?

Si alguno sabe lo contrario, le estimaré que me lo diga; porque yo, lo confieso, por mas que me escudriño la memoria, no doy con un solo caso.

He oido hablar y he leido algo de amigas de colegio; pero desgraciadamente no tengo noticia de que esas amistades hayan dado ocasion á ninguno de aquellos sacrificios que las leyendas eternizan.

No será que, siendo generalmente hombres los que escriben, hayan querido negar, ocultar, ni siquiera oscurecer,

una buena cualidad del bello sexo; porque esos mismos hombres han glorificado la sabiduría de Minerva, la virilidad de Semiramis, el amor conyugal de Artemisa y de doña Juana la Loca, el patriotismo y la severidad de la madre de Pausanias, y otras mil maravillas que redundan en alta gloria del sexo femenino; por lo cual, repito, no es probable que se hayan propuesto regatear á la mujer la cualidad de buena amiga.

¿Vamos á discurrir un rato sobre esto?

Discurriré yo en alta voz : siga el lector mi razonamiento, y si me extravío, con una leve señal avíseme.

Por lo pronto consta que la mujer es afectuosa. Con saber que la naturaleza la destinó para madre, bastaria para deducir que al mismo tiempo la habia dotado de afectos tales como la adhesion y la ternura mas exquisita.

Pero el ser excelente madre no implica la cualidad de buena amiga.

¿Qué le falta ó qué le sobra á la mujer para serlo?

Hay quien afirma que la sincera amistad es imposible entre mujeres. Así lo oyó asegurar la famosa madama de Pompadour, y replicó: «Miente quien tal diga;» pero yo no sé que ni en su tiempo ni mucho despues haya podido admirar el mundo ningun ejemplo de extraordinaria amistad entre personas del bello sexo.

Es cosa particular: en ciertas naciones las mujeres son mas ó menos artistas, mas ó menos enamoradas, mas ó menos dóciles, mas ó menos celosas, que en otras; pero en cuanto á ser buenas madres y malas amigas, parecen iguales en todo el mundo.

Este defecto lo confiesan como general en su sexo algunas escritoras, y una de ellas, que me parece de muy buena fé, lo disculpa ó lo explica en los siguientes términos :

«El hombre (dice) es libre en sus afectos, de manera que »puede preferir impunemente sus amigos á su familia, sus »deberes sociales á los deberes que la naturaleza le impone, »y hasta encuentra algo de heróico en sacrificar estos á la »ambicion, al servicio del rey ó al de la patria.

»Ese heroismo, empero, seria locura ridícula en la mu-»jer, que no puede, sin ser vituperada, preferir ningun afecto »á los que la naturaleza le impuso: antes que buena amiga, »tiene que ser buena hija, buena esposa, buena madre, y »mientras no cumpla con cada uno de esos sagrados deberes, »cualquiera otro sentimiento exclusivo le será reprochado. »No le es lícito sacrificar una obligacion á un afecto.»

Yo quisiera descubrir algo de exageracion, de error... en fin, algo que me ayudase á poner en duda la veracidad ó el acierto de la autora de las anteriores líneas; pero ¡cómo ha de ser! me doy por vencido: me resigno á creer que no existe la amiga.

Desbrocemos un poco la materia.

¿Puede existir amistad entre el hombre y la mujer?

Un hombre puede empezar por ser amigo de una mujer hermosa; pero suele acabar por ser su amante.

¿Y si no acaba por ahí?

Acabará por ser su médico, su usurero, su agente de negocios, su abogado, su corsetero; pero su amigo, no.

Un hombre puede empezar siendo amigo de una mujer fea, de una fealdad enemiga del amor, pero de tan excelentes cualidades que cada dia fortalezcan mas y mas la amistad...

En efecto; pero precisamente entonces no quiere la mujer ser su amiga.

Una mujer que ve cada dia crecer la amistad que un hombre le profesa, y ve que aquella amistad no acaba de convertirse en amor, truena contra aquel afecto estéril, mas ofensivo á sus ojos que la indiferencia glacial de todos los demás hombres.

De manera que de una fea puede ser un hombre el amante, pero no el amigo.

Hay una edad en que ya el hombre no siente el amor; en que la mujer no lo inspira.

¿Puede entonces una mujer ser amiga de un hombre?

Sí...

Pero no, no; porque el agrado, la tibia benevolencia que puede entonces nacer en el corazon hácia objetos no amados

antes, no merece el nombre de amistad. Podrá entonces la mujer ser muy abuela, excelente abuela; pero muy amiga, lo que es amiga, repito que no.

Lo repito... y sin embargo, hay viejas que lloran enternecidas al ver ó recordar á las compañeras de sus años juveniles, que no querrian alejarse nunca de ellas... Sí, como recuerdan la calle en que se criaron y el árbol á cuya sombra jugaban; pero el afecto que puede ser inspirado por paredes, adoquines, troncos y hojas, ¿merece ser calificado de amistad?

Convengamos en que no.

¿Qué seria del sér humano, si no fuese capaz de despertar afectos superiores á los que los objetos inanimados y las bestias consiguen inspirarnos?

Estoy impaciente por decir que las mujeres se engañan siempre que dicen ser ó tener amigas.

Ea, ya lo he dicho.

Puede una tener cinco novios: á su mejor amiga no le dará uno, ni el peor.

Todas, por lo general, desean una amiga; pero una amiga que lo sea suya, incondicionalmente.

Cuando una tiene un primo ó conocido, y este se aprovecha de esas relaciones para cortejar á otra, la otra dice de ella: «¡Qué excelente amiga!»

Pero desde el momento en que la otra cae en la cuenta y no quiere servir de pretexto para ajenos amoríos, entonces ¡qué mala amiga!

La novia se queja de largas ausencias del novio.

Él se excusa diciendo que le han entretenido los amigos.

Y entonces replica ella:

—Siempre se excusan Vds. con lo mismo. Nosotras nunca nos disculpamos con las amigas.

Y es verdad. Pero ¿cómo les ha de servir de disculpa lo que no existe?

El hombre agobiado bajo el peso de un grave disgusto, confia su pena á un amigo.

Lo que mas teme una mujer en caso semejante es que sospechen algo las que llama sus amigas.

Por algo será; alguna advertencia, alguna iluminacion instintiva les dice en los momentos solemnes que eso de amiga es un sustantivo masculino que, por abusiva ampliacion convencional, recibió del uso la terminacion femenina.

Entre tanto, es muy comun decir entre ellas: «Mi amiga »fulana..., una amiga mia..., mis amigas...»

Peor. Desgraciada la mujer que cree tener amigas, y mas desgraciada aun la que, sabiendo que no las tiene, las saca á colacion frecuentemente.

Los peores pasos que dan las mujeres en su vida, suelen darlos aconsejadas por una amiga.

Siempre que á una mujer irritada le oigan Vds. exclamar: «Razon tenia mi amiga cuando me dijo...» antes de que concluya tengan Vds. por seguro que va á decir un despropósito.

Y si no fuese despropósito lo dicho por la amiga, ¿cómo le habia de parecer bien á ella en medio de la irritacion?

El hombre es capaz de ser amigo de otros, aun reconociendo en ellos muchos defectos.

¿Y la mujer?

No.

La mas imperfecta que ella, no le parece digna de su amistad.

La mas perfecta la eclipsa, la mortifica con sus perfecciones; á ser amiga suya, prefiere devanarse los sesos por averiguar á qué defectos servirán de contrapeso sus buenas cualidades.

Para enemistar á dos mujeres, lo mas seguro y eficaz es alabar á cada una de ellas en presencia de la otra.

¡La amiga!

Antes de tener novio, es facilísimo que una niña crea en sus amigas; despues, es posible, pero ya no fácil; mas adelante, las madres se rien de sus hijas si las oyen ponderar la amistad de una compañera; pero tal es la ofuscacion del sexo en esta materia, que esas madres mismas aun creen en las amigas suyas.

Pero vamos á ver (que hay que mirarlo escrupulosamente todo).

¿Será que á la mujer le falte un sentido, un afecto, un órgano?

Ciertamente que no.

¿Será en ella imperfeccion el no sentir la amistad con igual vehemencia que el hombre?

Tampoco.

Ese sentimiento es poco susceptible de desarrollo en la mujer, precisamente porque no le es tan necesario como á nosotros.

Ellas podrán negarlo: no importa.

En los compromisos de honra ó de caudal, en los campos de batalla, en las peligrosas expediciones, en los momentos de flaqueza de ánimo, há menester el hombre que la amistad haga su oficio.

Unicamente el amigo puede en la guerra salvar la vida al amigo; en la penosa travesía, ayudar y alentar al amigo; en el caso de honra, volver por la del amigo; en la ofuscacion y el desfallecimiento, ver con claridad y sustituir con el esfuerzo y el criterio propios los del amigo abatido.

Pero ¿cuándo necesita la mujer á la amiga?

¿Qué fuerza física; qué aliento, qué sábio consejo podrá esperar de ella, que no pueda prometérselo del hermano, del esposo, del padre, del hijo, de la ley y aun de la consideracion social?

Digo á propósito de la consideracion social, porque si bien ellas lo niegan, la verdad es que en nuestra civilizacion la ha adquirido muy grande la mujer, y en todas ocasiones los sentimientos que al hombre inspira le valen mucho mas que cien mil amigas.

La mujer caida es despreciada de toda mujer y no de todos los hombres.

La mujer de conducta sospechosa ve formarse el vacío alrededor de ella. Si tiene algun pudor, las únicas que la tratan son las que ella quisiera tener mas lejos.

No hay mujer que en la sima de la degradacion no haya

recibido consejos saludables y desinteresados de algun hombre. ¿Qué le habrán dicho en cambio las mujeres que la rodeaban?

De modo que, segun voy viendo, el hombre no necesita ser amigo de la mujer; es decir, la mujer no necesita de la amistad del hombre, porque este, por deber, por cortesía, por lástima, por discrecion, por amor propio, es capaz de hacer por ella tanto como por la mejor amiga.

Él levantó para entrambos la cabaña, él mató la fiera con cuyas pieles debia ella abrigarse, él derribó la fruta suspendida de las altas ramas, él rompió el hielo y labró la cuenca para que ella bebiera...; y si esto hizo por ella siendo bárbaro salvaje, ¿qué no hará hoy por ella, aunque no sea su amigo?

Y entre tanto que esto hacia el hombre, ¿qué hacia la mujer?

Esto se cae por su peso: procurar ser mas atractiva que su compañera; disputar á esta el corazon del que podia ampararla, protegerla, alimentarla, engalanarla...

Y este, francamente, no podia ser el camino de la amistad entre ellas.

Y, ahora que se me ocurre: no hay que pensar que el no haber amigas entre las españolas sea efecto de organizacion social ó política, de costumbres ó de tradiciones, porque he visto que en los Estados-Unidos alguna vez salen desafiadas dos mujeres; pero ni aun de allí, donde son tan libres, se cuenta ningun raro ejemplo de amistad.

Entre dos mozas que crean ser las mejores amigas de la tierra, colocad un novio igualmente simpático á entrambas, y vereis la amistad qué paso lleva.

Hombres hay capaces de reñir con el mejor amigo por el amor de una mujer, no lo dudo; pero el hombre es capaz de subordinar sus resentimientos personales á la gloria de la ciencia, á las necesidades de la patria, al triunfo de una secta ó de un partido político.

La mujer no tiene por qué hacer semejantes sacrificios: carece de ocasion para ello.

Las mujeres son las que han dicho (no con falta absoluta de razon) que el amor es un episódio en la vida del hombre, al paso que llena toda la vida de la mujer.

Convenimos con la vulgar interpretacion que se da á ese aserto; mas por los clavos de Cristo, ya que convenimos con Vds. en esto, señoras; ya que tienen Vds. razon en que solo viven por el amor, no se empeñen luego en hacernos confesar tambien que viven para la amistad: que si á tanto nos obligan, es claro que accederemos por cortesía; pero será engañándolas á Vds., y diciendo al volver la espalda: la mujer es el ente mas contradictorio del universo.

Mírenlo Vds. bien, señoras: la mujer está destinada á ser madre; este es su sacerdocio natural y superior á todos, porque no lo ha creado una corriente de ideas, ni una lucha de clases, ni el egoismo de efímeros intereses: fué instituido desde la aparicion de la especie humana en la tierra.

Pues bien; la que lleva un hijo en su seno no puede, so pena de hacerse criminal, sacrificarse por una amiga, porque sacrificaria consigo misma una existencia de que es deudora á la humanidad y á la familia.

La mujer que tiene el deber de alimentar al hijo ya nacido de sus entrañas, tampoco puede posponer este deber natural á otro afecto.

Apenas libre de ese deber, que seria el mas penoso, si no fuera el mas sublime, la mujer se debe, no ya al hijo solo, sino al esposo, á la familia... ¿Me hacen Vds. el favor de decirme cuándo puede la mujer ser amiga?

¿En la primera edad, cuando no son personas libres ni responsables; cuando los afectos aun no están desarrollados ni arraigados?

¿En la edad postrera, cuando ya solo podemos vivir de los afectos que hemos inspirado anteriormente?

¡Bah!

Pero... Ahora que caigo en ello: en vez de reflexionar tranquilamente conmigo mismo, no parece sino que esté yo replicando á objeciones propuestas por el bello sexo, cuando lo cierto es que nadie me impugna, que estoy solo, absolu-

tamente solo, de manera que, como dijo el otro, es imposible estar mas solo.

Atribúyase mi exaltacion á que la inmensa mayoría de mis compatriotas hembras no opina como yo respectivamente á lo que es la amistad en su sexo; y como he oido á muchas (¿quién no habrá oido otro tanto?) sostener afirmaciones enteramente opuestas á las mias en la materia, se me antojó por un momento que las tenia delante, que las oia hablar, que iban á responder á mis preguntas.

Ya vuelto á la realidad, digo que es empeño vano el de sostener que exista la amistad entre el bello sexo, por la sencilla razon de que la naturaleza no lo ha hecho necesario: ni mas ni menos.

El hombre, sin verdaderos amigos, no podria acometer las atrevidas, heróicas empresas que le están encomendadas; pero sin amigas puede la mujer salir gloriosa del desempeño de las suyas.

¿Quiere esto decir que la mujer no sea benévola con las personas de su sexo?

De ningun modo.

¿Quiere decir que una mujer benévola con todas las demás no pueda distinguir á alguna ó algunas con afectuosas preferencias?

Tampoco. Pero no confundamos la benevolencia, sentimiento ciego que no particulariza con la amistad, que se dirige á determinado sugeto.

Se puede profesar, por ejemplo, cariño, gratitud á un perro; pero amistad, no.

Distingan bien las personas del bello sexo, distingan bien ese afecto de los demás, y verán cómo no sin razon me rio siempre que oigo á mujeres hablar de sus amigas.

La amiga es la que, fomentando una comun é irracional impaciencia, hace que entreguen al saludador el enfermo esposo de otra.

La amiga es la que, en vez de dirigir un aviso prudente ó un sano consejo al infiel esposo de otra, acompaña á esta al lugar en donde pierda la ilusion de que es

amada y la esperanza de recobrar un afecto que le es indispensable.

¡Y esto son amigas!

En verdad que no todas las mujeres conspiran contra el reposo y la ventura de sus conocidas; pero lo repito: la que mas bien haga á una amiga, ¿podrá hacer nunca por ella tanto como el hermano, el amante, el esposo, el padre ó el hijo?

Voy á concluir con una observacion que, á mi parecer, no carece de eficacia.

He observado que las mujerzuelas blasonan mas que nadie de tener muchas amigas.

He observado que en la mayor parte de los extravíos mujeriles interviene una amiga.

He observado que entre los hombres el contínuo trato fomenta las amistades, y que entre las mujeres, las que mas de veras siguen queriéndose son las que pasan largos años separadas.

He observado que entre los hombres, el mas honrado ha tenido amigos de mala cabeza, y entre las mujeres me parece que sucede todo lo contrario.

Ya ven Vds. que no soy carero; estas cuatro observaciones las doy por una sola.

Ahora lo que desearia es no haber sido pesado.

Temo en verdad que de pesadez se me acuse, y pido humildemente perdon á mis lectoras; porque, del modo que ellas lo entienden, soy su amigo, su verdadero amigo...

¿Que no?

Pídanme pruebas.

ROBERTO ROBERT.

LA SURIPANTA.

LA SURIPANTA

I

A fines del año 66 escribí yo, y se representó en el teatro de Variedades, aquella quisicosa titulada *El jóven Telémaco,* especie de cana al aire echada en mi vida literaria, sin mas importancia que la que se empeñaron en darle los que no estaban conformes con que un disparate cómico se representara cien noches en una temporada y produjera tanta diversion, tanto aplauso y tanto dinero.

¿Era mia la culpa? Seguramente que yo nunca me figuré que *aquello* fuese tan ruidoso ni tan repetido. Procuré que no fuera inconveniente en la forma, ya que no tenia trascencendencia alguna en el fondo. Traté de que produjera diversion al espectador y no defraudara las esperanzas de una empresa naciente. El público, que suele tener tambien sus humoradas, comenzó á aficionarse de aquella especie de zarzuela; repitió por calles y plazuelas sus coplas y sus coros, y aun sus palabras mas estrafalarias. Ello es que se empeñó la gente en celebrar la broma.

Entre el infinito número de excentricidades que en varios ratos de buen humor sembré en la obra, tal vez fué la mayor aquella caricatura del idioma griego de que me serví

para hacer un coro. Un coro que empezaba con estas palabras:

Suripanta-la-suripanta...

palabras que ni yo mismo sabré decir cómo ni por qué se me ocurrieron. Bien que estas cosas se ocurren siempre sin saber por qué, ó yo no entiendo una palabra de ocurrencias inesperadas.

Cantaban el coro dos docenas de muchachas bonitas, jóvenes y primerizas en esto del cantar á coro. Ni habian sido nunca coristas, ni pisó ninguna de ellas hasta entonces el tablado.

¿De dónde habian venido? ¿Quién las trajo á tal sitio?

El empresario del teatro se habia propuesto presentar al público de Madrid un género nuevo dentro del género especial de la zarzuela. Y como la novedad era su manía, quiso que todas las coristas fueran de nueva casta. Buscó, sabe Dios cómo, sabe él tal vez dónde, muchachas que quisieran dejar la soledad de la casa, ó las fatigas de la costura, ó la exígua retribucion de cualquier clase de trabajo, por las glorias de la escena ó las garantías del abonado. Casi todas ellas se presentaron ruborosas y llenas de temor al maestro de coros, que les probaba la voz para admitirlas ó desecharlas. Sus madres las ajustaron por cualquier cosa. Fogueáronse en los ensayos, lucharon como buenas en la noche de la inauguracion de la temporada, contribuyendo al éxito poderosamente. Agradaron por su buen ver, su soltura inesperada, sus maneras desenvueltas y sus pantorrillas izquierdas (entonces todavía no enseñaban mas que una), y el público las acogió con entusiasmo. Ellas fueron las que cantaron el coro de la *suripanta* con delicioso descaro: quiso el país darles un nombre, y como todas las palabras del coro eran nuevas, dieron en llamarlas *suripantas*, aumentando el idioma con una palabra que ya ha tomado carta de naturaleza.

Yo, pues, las bauticé. Las he visto nacer á todas, como Barrutia ha visto nacer á todo el mundo. ¿Conoceré yo el tipo?

Déjame ¡oh lector dificultoso! déjame por esta vez ser pretencioso y darme aire de conocedor del terreno que piso, porque yo te aseguro que la suripanta es tal como te la voy á pintar, y puedes darte por dichoso de creerme y de que te baste el relato que te haré, sin necesidad de que vayas á buscar el original, que es lo peor que sucederte pudiera.

Y ahora escucha.

II

Una muchacha de pocos años y menos juicio, que no se acomoda á *coser y cantar* como tantas otras que viven por esas guardillas, se ha mirado al espejo y se ha visto bonita. Tiene despejo, sabe lucir los piés en dias de lodo, ha frecuentados cafés cantantes, sabe de memoria algunas escenas de las mejores zarzuelas de Camprodon, y canta lo suficiente para que la oigan. Ella ha visto á una porcion de amigas antíguas hacer carrera en el teatro, le gusta ir bien vestida, y se ha hecho á sí misma la reflexion siguiente: «Una corista »de cualquier teatro gana doce reales diarios, y apenas tiene »para guantes. Una suripanta gana seis ú ocho reales, y todo »le sobra. ¿Pues no es esto milagroso? Hasta las hay que se »han ajustado de balde.»

Esta reflexion viene á confirmarse cada vez que su madre, ó su novio, ó algun tio lejano, la lleva al teatro de los Bufos. Desde la oscuridad de la galería observa detenidamente á las coristas del teatro. Ellas van elegantemente vestidas de raso y seda. Verdad es que esto, segun ella ha oido, lo paga la empresa. Pero ¿y las botas? ¡Qué botas! Es un axioma de moral social, que el calzado de lujo ha conquistado mas virtudes que todos los Tenorios de todos los tiempos.

El lujo de las suripantas consiste en las botas. Las hay que usan botinas de quince y de veinte duros. Para lucir bien estas botinas, hay que tener indispensablemente buenas pantorrillas. Ella sabe que tiene una pierna torneada sin que nadie se lo haya dicho aun, pero ya piensa en saber si se

equivoca. ¡Cómo se alegraria ella de que le celebraran las piernas! Estoy segurísimo de que las mujeres que gustan de oir piropos, piensan siempre que les echamos flores y les celebramos lo que está á la vista: «¡Qué lástima! Lo mas mono »está oculto.» Será un lunar, será un brazo estatuario, será... lo que sea, pero siempre hay algo que la vanidad hambrienta devora en silencio con amargura.

Pues señor, la muchacha vé una zarzuela de Offennbach, pero no la escucha. Aquel lujo inusitado de las coristas, aquella fama que tienen entre los concurrentes al teatro, aquella facilidad que hay en todas ellas de llegar á ser *partes principales*... ¿no es esto seductor en altísimo grado? ¿No es mas halagüeño que coser toda la semana encerrada en casa para comer garbanzos duros como piedras, que aun duros y todo, costaron tánto trabajo de ganar y tantas horas de dia y de noche?

En el entreacto, los concurrentes á la galería hablan de cosas de la casa.

—La Juana es la mas buena moza.

—Es mi hija.

—¡Ah!

—Sí, señor; y no es porque sea mi hija, pero tiene mas disposicion que ninguna. Ahí está el empresario que la quiere mas que á ninguna.

—¿Ha hecho ya papelitos?

—Sí, señor; ha hecho un paje en *La Genoveva* y una ninfa en *Los Dioses*, y en cuanto habló se le vino el público encima.

—¿Encima?

—De aplausos, quiero decir, hombre.

—¿Y la otra que se pone siempre á su lado?

—La Eduarda, ¡ya lo creo! Esa no necesita que la den papeles. Está *enredá* con el hijo del duque de la Salvadera: por cierto que al padre le cuesta eso muchísimos disgustos, porque, hijo mio, el niño se gasta con esa criatura los ojos de la cara. Lo que es así ya se puede gastar botas de ocho duros y pagar cuatro mil reales de casa. ¡Jesús! yo no sé cómo son algunas mujeres. Lo que es mi niña...

—Si creo que traen todas un jaleo...

—Ellas traerán *jaleo*, dice un acomodador terciando en la conversacion, pero el caso es que tienen buena ropa.

Estas palabras producen siempre su efecto.

¡Buena ropa! En Madrid es todo lo que hay que tener. Se puede carecer de buen pan, de buena casa, de buenos dineros, pero de buena ropa... imposible. ¡Oh! ¡La ropa! La ropa es el hombre, y no el estilo. La ropa es la mujer, la ropa es el crédito, la ropa el negocio, la ropa es todo. ¿No habeis oido lo que dicen las gentes de los barrios bajos? Allí lo entienden. Allí, cuando quieren expresar que una persona no tiene corazon para llevar á feliz término una empresa, dicen siempre: «¡Lo que es *ese*, no tiene ropa pa eso!»

¡Oh! ¡Pues si no fuera por la ropa!...

III

Ya está ajustada.

¿En cuánto? Eso es lo de menos. El capital no significa nada, el interés es todo.

Se visten estas señoritas en cuartos. No quiero decir que se visten en cueros.

Se visten en cuartos que son por lo general viviendas de dos ó tres personas del mismo vuelo. Reunidas de dos en dos ó de tres en tres, ahorran terreno á la empresa y gastan menos velas.

El cuarto de las suripantas tiene algo de la puerta de una plaza de toros. Todo el mundo quiere entrar á un tiempo. Suele haber cola.

En el entreacto se visten ó se desnudan las señoritas. La puerta está cerrada. Los abonados esperan á la puerta.

Estos abonados son por lo general gente jóven, *muchachos* de buenas casas, que necesitan querida por poco dinero. Ya saben ellos que la suripanta no cuesta gran cosa.

Un *muchacho*, entre la buena sociedad, es un pollo que tiene algo por su casa ó aparenta que lo tiene, gastando en cenar lo que no gana para comer y jugando á la *ruleta* ó al

quince para alivio de sus necesidades. Sócio del Casino ó del *Veloz*, amigo de todo el mundo, conocido universal, que se tutea con los toreros y habla á Dios de tú cuando se incomoda, el muchacho necesita una querida, pero una querida bonita y barata, porque lo importante es que la mujer no le cueste arriba de cincuenta duros mensuales. Cincuenta duros mensuales para la suripanta equivalen á una direccion para un patriota progresista. Y ahí tiene V. explicada la fácil y pronta subida de esta apreciable jóven. De su enredo con el muchacho resultan disgustos para alguna familia, cuentas que no se pagan, noches en blanco, pequeñeces por el estilo en la vida de un hombre soltero; tambien suelen resultar niños de ambos sexos. Pero ¿qué importa? Ni ella podia aspirar á mas, ni él á gastar menos. La suripanta asciende, el muchacho se divierte, el empresario engorda, el público aplaude.

Dichosas ellas, que han logrado cautivar el corazon de los solteros como nunca lo consiguió la modesta jóven casadera metida en su casa. ¿Qué tuvo que hacer la *suripanta* para adquirir sus *majencias* y su posicion desahogada? Bien poca cosa. Acortar el vestido por arriba y por abajo, lo cual produce economía de tela y enseñanza libre de hombros y pantorrillas. *¡Oh tempora, oh mores!*

EUSEBIO BLASCO.

LA MUJER DE EMPRESA

El último verano ¿quién lo habrá olvidado? ha sido un verano de prueba. El termómetro subia, subia, subia, ¿quién no lo recuerda? como un diputado ministerial. Los vecinos de Madrid sudaban, sudaban, sudaban, ¿quién puede ignorarlo? como un contribuyente en tiempos de órden. Todo el mundo aprendió á conocer la zona tórrida. Se saludaban las gentes diciéndose: «¡A treinta y... ha llegado!» Se despedian los amigos diciéndose: «¡Mañana será lo bueno! ¡Gran época »para las chinches y los mosquitos, enemigos del reposo »conyugal y de la paz de las familias...»

Pues bien: en esa época el que estas líneas escribe sufrió muchos dias de asfixia. ¿No habia de sufrirlos? ¡Figúrense Vds. que vivo en la vecindad de las nubes! Allí todo es oxígeno el aire y el sol todo es petróleo. No parece sino que impera soberanamente la justicia de las compensaciones, pues lo que el pulmon pierde á fuerza de subir escaleras lo gana á fuerza de respirar aires puros, y lo que gana el espíritu á fuerza de disfrutar calma y sosiego, lo pierde el cuerpo á fuerza de sentir cierzos y derretimientos. Pero no divaguemos.

Un dia bajo desde mis alturas al mundo: tenia la lengua pegada al paladar, la garganta pegada á la lengua y seca como un esparto, el viento combustible como un barril de

pólvora y desasosegado como un servidor de la nacion en la hora suprema de los cámbios de ministros: eran las dos en punto de la tarde, el rubicundo Febo coronaba de rayos espléndidos la frente de la coronada villa... y una honesta horchatería, velada entre unas cortinas de percal encarnado, me ofrecia á pocos pasos de distancia reparador asilo. Entré en ella, del mismo modo poco mas ó menos que debió entrar en Roma César, vencedor en Farsalia.

Consulté mis bolsillos, pedí grande con grande, sirvióme al punto la única persona que aquellas paredes ocultaban, miréla de hito en hito; era una mujer alta, bien parecida, obsequiosa, discreta, que recordaba haber sido jóven y no prometia aun ser vieja, delgada de talle, la nariz un si es no es remangada y la boca un si es no es entreabierta. ¿Cuál era su nombre? Yo lo ignoro. Pero aquella vez no era la primera que aparecia ante mis ojos. ¿No se reproduce este fenómeno contínuamente en todas las cinco partes del globo?

Sin embargo, como el que está solo tiene que conversar consigo mismo, y como yo para el caso me encontraba solo, empecé á discurrir quién seria aquella mujer de la cual yo conservaba antíguo conocimiento y de la cual no sabia, á pesar de todo, sino que acababa de servirme un vaso de limon con una botella de cerveza. ¿Quién era esa mujer? Despues de discurrir en balde media hora, creí adivinar que la habia comprado castañas en la calle de Alcalá. Pero al mismo tiempo me parecia que me habia escogido cigarros en el callejon del Perro. Y además, aquella voz la habia yo oido encarecer los pañuelos de holanda y las medias de algodon, que mi mujer revistaba, en el portal de una casa de la calle de Toledo. ¿Quién era la buena de la horchatera?

Así abismado en la sima de mis reflexiones, la cerveza se iba calentando, se iba deshelando el limon, la incógnita seguia impenetrable, y la curiosidad aumentaba hasta producirme fiebre. En los temperamentos nerviosos la fiebre es, por lo menos, tan cruel como en los enfermos del pecho. Cualquiera afecto vivo ó cualquiera contradiccion la provoca. Pero en los nerviosos como en los linfáticos, la fiebre engen-

dra la sed. Cuantos hayan padecido tercianas lo habrán visto comprobado en el libro de la experiencia. De modo que yo me encontraba en la horchatería peor que en la calle, mas sediento y no menos asfixiado. El limon se habia vuelto caldo dentro de la cerveza, que se habia vuelto aguarrás.

Llamé, dando un golpecito sobre la mesa con el puño del baston; presentóseme al instante mi conocida desconocida. «¿Qué quiere V.?» me dijo con un tono mitad afectuoso, mitad ordinario: «mas limon y mas cerveza,» la respondí entre lacónico y airado. Un minuto despues estaba servido. Miréla, miróme, fruncí el ceño, y ella se sonrió como se sonrien las mujeres que han sido madres. ¿No habeis reparado nunca ¡oh lectores! la diferencia que existe entre la sonrisa de una vírgen y la sonrisa de una viuda?

Aquella es mas pura, pero esta es mas dulce; aquella es mas casta, pero esta es mas suave; aquella es mas angelical, pero esta es mas humana. Aquella viene del amor infinito que Dios ha puesto en todos los corazones y parece decir: «¡Quién me explica este misterio!» La otra viene de la caridad instintiva que Dios ha puesto en todas las desgracias y parece decir: «¡Quién necesita de mi auxilio!» La una es todo regocijo, la otra todo melancolía. La una es todo promesas, la otra todo consuelos. La una es como un ramillete de ilusiones, la otra como un canastillo de bondades. La una es la aurora que ilumina, la otra es el iris que tranquiliza. La una tiene algo de la juventud que ama y olvida, la otra tiene algo de la maternidad que ama y recuerda...

Sobre esta materia de las sonrisas podria escribirse un libro, quizá interesante y de seguro provechoso. Pero no debo escribirlo yo en este momento. Seria cometer una estafa calificada. ¿No me han comprado mi manuscrito para sorprender secretos muy distintos? Seamos, pues, honrados, y vuelta á la horchatería. ¿Acaso la horchatería tiene mas de comun con el asunto principal que las sonrisas? No sé lo que me digo. Pero continúo. El lector juzgará cuando la sazon llegue. Sonrióse mi interlocutora mientras yo fruncia el ceño, continuamos mirándonos el uno al otro, y por fin ella me dijo:

—¿Ha tenido V. alguna desgracia de familia?

—No señora, le contesté con sequedad.

—¡Como le veo á V. tan triste!...

—No estoy triste, le repliqué mas secamente.

—¿La señorita ha salido con bien de su cuidado?...

Esta frase venia á ser toda una revelacion. Mi solícita desconocida era sin duda mi conocida despiadada. Ella y yo, no cabia disputarlo, nos habíamos encontrado alguna vez en el calvario de la vida. ¿Cuándo? ¿En qué punto? ¿Con qué ocasion? ¿Bajo qué pretesto? En vano me lo preguntaba á mí mismo. Reconocia su nariz remangada, reconocia su boca entreabierta, reconocia su voz respetuosa. Pero nada mas. ¿Quién era ella? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde sabia el estado de mi mujer y la aritmética de mi casa? Hé ahí el misterio.

Todo misterio es un tormento para la razon que busca por necesidad la luz y se ahoga por necesidad en la tiniebla. No se extrañe que yo padeciera horribles congojas en aquella gimnasia del espíritu. Investigar el bautismo de una persona indiferente, averiguar la genealogía de una criatura inofensiva, dudar sobre la historia de una pobre mujer del pueblo, luchar entre la curiosidad y el recuerdo, entre el olvido y la semejanza, es al fin y al cabo tropezar con un punto opaco y buscar un punto luminoso; es haberse encontrado con un misterio, tormento de la razon, que tiene el encargo de explicarse todas las cosas. Padecia, en efecto, congojas extremas. Mas no debian ser eternas. Habiendo pronunciado esta frase: «Yo quiero conocerla á V.,» recibí una contestacion que acabó con todas mis dudas.

Aquella mujer se llamaba Manuela; aquella mujer me habia vendido castañas en la calle de Alcalá; aquella mujer me habia vendido cigarros en el callejon del Perro; aquella mujer, que me acababa de vender limon y cerveza, le habia vendido á la que Dios me conserve, medias, y pañuelos, y abanicos, y cintas en la calle de Toledo; aquella mujer nos podia haber vendido á cualquiera de los dos ó á los dos juntamente muebles viejos en la calle de Tudescos, romances

nuevos en la plaza de la Cebada, periódicos flamantes en la puerta del Sol, y callos con chorizo en la ronda de Embajadores.

Ella habia prosmiscuado sin escrúpulo de conciencia todo género de comercio con todo género de industria. Habia sido bodegonera, ropavejera, castañera, agualojera, librera, ramilletera, doncella de labor, ama de llaves, patrona de huéspedes, y no habia dejado de ser honrada. Habia procreado hijos, educado sobrinos, casado jóvenes, cuidado viejos, sufrido pérdidas, pasado trabajos, llorado ingratitudes, hallado amistades, comprado, vendido, cambiado, restaurado, producido, alquilado, y á los cuarenta años de su edad no habia hecho *conocencia* con el remordimiento, como ella solia decir.

¿No es verdad que esta Manuela es un tipo muy español y muy madrileño? Yo he conocido mil Teresas, mil Juanas, mil Marías, que podrian llamarse Manuelas, si la comunidad de caractéres morales y de procedimientos económicos fueran parte á bautizar con el mismo nombre de pila diferentes ejemplares del sexo bello. Marías ó Juanas, Juanas ó Teresas, todas estas mujeres suelen poseer cierta cantidad de virtudes mezclada con cierta cantidad de vicios. Todas suelen ser sóbrias, generosas, compasivas, madrugadoras, afables, francas, sagaces, amigas de todo el mundo y enemigas solamente de la holganza. Todas suelen ser algo glotonas, algo borrachas, algo habladoras y algo presumidas.

Se vanaglorian de sus buenas acciones como los últimos romanos se vanagloriaban de sus feos vicios, y se perdonan sus actos malos como los epicúreos clásicos se perdonaban sus raras virtudes. Alguna vez ejercen el oficio de prestamistas y llegan hasta la usura. Pero muchas veces ejercen el oficio de filántropas y llegan hasta el sacrificio. Lo comprenden todo menos la servidumbre, y lo aceptan todo menos la bajeza. Pueden ser groseras, pero no aduladoras; murmuradoras, pero no chismosas; ignorantes, pero no esplotables; esplotadas, pero no víctimas. El trabajo es para ellas un medio y la independencia un fin. En política, si son algo, son liberales; en religion, si son algo, son excépticas.

Concurren en dia festivo á los teatros de segundo órden; frecuentan poco ó nada los paseos; desdeñan las exigencias de la moda; alternan el percal y la lana en sus vestiduras; rara vez se las ve de tertulia en el café y no se las ve nunca en los cafés de gran tono. Comen siempre en su casa. Puede ocurrir que hagan funciones de porteras y de modistas al mismo tiempo, que parezcan casadas y sean viudas, que se metan á casamenteras y compongan drogas contra la opilacion y las lombrices. Pero todas gastan irremisiblemente sortijas de oro y arracadas de diamantes ó de perlas. ¿No ha de encontrarse en el diccionario social un apellido genérico que personifique la raza?

Sí, esta clase de mujeres se llaman: *La mujer de empresa.* No hay que confundir á la mujer de empresa con la mujer de historia ni con la mujer de trapisonda, porque no hay nada de comun entre ellas, como no sea la contribucion que pagan unas y otras á la fortuna cuyos altibajos nadie con mas frecuencia experimenta. La mujer de trapisonda y la mujer de historia son mucho mas encopetadas, mucho mas cultas, mucho mas sibaritas que la mujer de empresa. «Pero mucho menos castizas, mucho menos indígenas, mucho menos españolas.»

Las primeras beben vino de Bordeaux y Champagne en sus fiestas y en sus banquetes; las segundas beben vino de Arganda ó de Valdepeñas en sus festines ó en sus francachelas. Las primeras necesitan pabellones para sus alcobas y alfombras para sus estrados; las segundas no han menester ni estrados, ni alfombras, ni alcobas, ni pabellones. Las primeras guardan cuidadosamente en el fondo de su conciencia algo que no se atreven á revelar en alta voz ni aun estando solas; las segundas cuentan en público y sin reserva ninguna toda su vida. Las primeras padecen de *spleen* cuando los tiempos vienen nublados; las segundas no pierden su alegría ni en los trances mas duros. Las primeras confian mas en la invencion de los otros que en su experiencia propia; las segundas lo fian todo de su experiencia y solo esperan de los otros lo puramente necesario.

Las primeras sienten inclinacion natural á la comedia y vanidad insaciable de artistas; las segundas se avergonzarian de ser cómicas y se contentan con ser vividoras. Las primeras son alhajas de doublé, y las segundas son brillantes en bruto. La mujer de trapisonda, como la mujer de historia, rie en los saraos, brilla en los paseos, reina en los palacios, y palidece, y se eclipsa, y llora en el retiro. La mujer de empresa es en todas partes idéntica á sí misma; no impera sino entre los desgraciados por su munificencia, no brilla sino entre los agradecidos por sus buenas obras, y no rie sino entre los modestos por su buena estrella.

La mujer de empresa se ve rara vez miserable, rara vez rica, rara vez sola, rara vez desesperada en el mundo. Conoce personas de todas categorías sociales y frecuenta casas de todas las apariencias posibles. No acostumbra á provocar ni á alimentar envidias. Cria sus hijos con la leche de sus pechos y los educa con el ejemplo de su vida. Goza buena salud y buena fama. Es respetada en el barrio por sus convecinos como una institucion, y conocida en todas partes por su nombre bautismal como una celebridad. Gusta de las meriendas campestres y muda poco ó nada de casero.

La señora Manuela, motivo para mí de tantas cavilaciones, fué reconocida por mi costilla tan pronto como pronuncié esas siete letras del vocabulario. No titubeó, no vaciló, no perdió un instante mi consorte para hacerme su biografía y su retrato. Al punto supe que habia sido peinadora, y modista, y encajera, y corredora de préstamos á real por duro, y empresaria de criadas sin acomodo, y recriadora de cerdos, y traficanta en ropas usadas, y frutera, y verdulera, y abastecedora de huevos y de gallinas la señora Manuela.

Dije: «Manuela;» y como si hubiera dicho Andrómaca ó Cleopatra, surgió toda una historia de este solo vocablo que parecia ser un símbolo. Y lo era en efecto. La señora Manuela representa una dinastía de mujeres y afecta una multitud de formas externas. Con pañuelo en la cabeza y vestido de tartan, con mantilla de raso y zapatos abotinados, con botillería de humildes mesas de pino ó con trapería de abundan-

tes trastos dorados, la señora Manuela es siempre la mujer de empresa. La mujer de empresa activa, decidora, bonachona, perspicaz, indomesticable, libre como el aire y fecunda como la tierra.

¿Merece figurar en esta galería de cuadros al vivo? Pues ahí está en carne y hueso. Un poco de sed, un poco de calor, un poco de fatiga me ha costado el encuentro; pero ahí está al fin y á la postre, con su nariz remangada, y su boca entreabierta, y su sonrisa bienhechora. La presento al público con la seguridad de que han de salir antíguos conocidos él y ella; la entrego á la jurisdiccion de la crítica con la esperanza de que hemos de merecer su gracia ella y yo. Si me equivoco, lectoras y lectores, si no conoceis á mi heroina y no me perdonais mis pecados, dejadme en el error de la inocencia, que es el mas llevadero de los errores.

PABLO NOUGUÉS.

LA MADRE DE LA DAMA JÓVEN

I

Tengo el gusto de presentar á Vds. á doña Rosario Perez de Periquete, viuda de D. Juan Periquete, dignísimo empleado que fué en el Ramillete de Palacio, en el mismo cargo que anterior y sucesivamente habian desempeñado no menos dignamente su abuelo y su padre, en tiempos mejores que los presentes, sobre todo para la dinastía de los Periquetes. Desde que esta señora quedó viuda á consecuencia de una pulmonía que su esposo tuvo la inadvertencia de coger en palacio un dia de gran convite del cuerpo diplomático, y que dió con el suyo en el lecho del dolor, perdió la buena señora, como ella dice, sus piés y sus manos, y comenzó á sufrir una larga série de apuros, ahogos y desventuras de todo género. Es verdad que le quedó una triste pension, recuerdo de los delicados servicios de su marido en el Ramillete; pero ¿qué eran tres reales y medio pelados para una señora acostumbrada en vida de sus padres y de su marido á una cómoda holgura? Doña Rosario tuvo que pensar en agarrarse á los huéspedes, es decir, en admitir en su casa personas extrañas, con asistencia ó sin ella ; y en verdad que fué grande el sacrificio hecho por la viuda, que en su vida le habia pa-

sado por la imaginacion la idea de que tuviera que descender á emplearse en tal industria, y mucho le apenaba considerar qué dirian sus padres y su esposo si levantaran la cabeza y la vieran sirviendo á extraños y reducida á la condicion de ama de casa de huéspedes. Pero la necesidad era apremiante, y no habia otro recurso; sin embargo, en aquella ocasion, como en todas, se manifestó la severa dignidad que distinguia á doña Rosario, pues si bien puso en el *Diario de Avisos* uno anunciando que recibiria huéspedes en su casa, añadió la siguiente postdata: «Se advierte que no es casa de »huéspedes.» Y con esto quedó un tanto satisfecha la dignidad de doña Rosario, considerando que si levantaran la cabeza sus padres y su marido, podria calmar la justa indignacion de los muertos resucitados mostrándoles aquella advertencia en el anuncio.

Que acudieron huéspedes á la casa de doña Rosario, no hay para qué decirlo; en Madrid siempre hay gentes dispuestas á vivir en el hogar ajeno: huéspedes acudieron en tan gran número, que pronto hubo de poner un papelito pegado con engrudo en la puerta del piso que habitaba, anunciando que la casa estaba llena, y así únicamente evitó que durante todo el dia estuviese la campanilla en movimiento.

Mas ¡ay! que si antes sufria ahogos y sofocaciones doña Rosario, mas sufria con los dichosos huéspedes; y con lo que ella contaba años atrás á sus amigas de confianza sobre el proceder de los huéspedes habria para escribir una historia mas terrible y conmovedora que aquella de las *Siete generaciones de verdugos* que tiempo há dió *La Correspondencia* en folletin á sus lectoras, ocasionando un aumento y una recrudescencia muy notables en las dolencias del sistema nervioso.

Doña Rosario tuvo que habérselas en aquella terrible campaña con los mas tronados estudiantes que cursaban en las aulas, con los bizarros oficiales del ejército mas avezados á la trampa, con los cesantes mas cariacontecidos y pelados, y en fin, con una numerosa coleccion de caballeros que no pagaban ó pagaban mal, y ponian á la atribulada patrona

en apuradísimas situaciones, obligándola á frecuentar las casas de préstamos para empeñar hoy un cubierto, mañana dos, otro dia otra cosa, y esperar así el principio del mes, porque todos los huéspedes ofrecian pagar en principio de mes, bien que rara vez lo cumplian.

Tenia doña Rosario una hija, una niña de corta edad, muy lista y pizpereta, chatilla, de ojos vivos, ligera como una ardilla, en fin, una chica que sabia mas que Brijan, y que, segun su madre, no habia salido á ella, sino á su abuela, que fué una mujer de muchísima travesura y de un humor regocijadísimo; tanto que, llegando al mismo rey noticias de su donaire, quiso verla S. M. y tenia gusto en conversar con ella, y si no la hizo camarista ó dama de honor, no fué por otra cosa mas que porque la reina le habia tomado aversion, celosa sin duda, aunque S. M. femenina disimulaba los celos con singular prudencia. Pues enteramente parecida á tan donosa señora era la hija de doña Rosario, y mucho mas que su abuela habria brillado y revuelto en el mundo la niña si no hubiese tenido la desgracia de quedarse sin padre á lo mejor.

Esta niña ayudaba á su madre en las faenas de la casa, apuntaba la ropa que se daba á la lavandera, cosia los botones á los huéspedes, escribia las cuentas que estos debian pagar, y las debian por lo regular eternamente, y se ocupaba en otros quehaceres compatibles con su edad.

Y hubo la casualidad de que fueron á ser huéspedes de doña Rosario un galan y una dama, marido y mujer, ajustados por la empresa que á la sazon perdia el dinero en el teatro de Novedades. Doña Rosario tenia algunos escrúpulos para decidirse á recibir en su casa á los dos comediantes; pero el galan le presentó al ir á ajustar la habitacion sesenta duros como sesenta soles, importe adelantado del primer mes de pupilaje, y quedó vencida al punto doña Rosario, no acostumbrada á tan bizarro proceder.

—Si levantaran la cabeza mis padres y mi esposo..., volvia á decir la ínclita patrona; pero se consolaba pensando que no la levantarian ya despues de tanto tiempo.

La empresa de Novedades era rica y tenia gusto en perder el dinero; de suerte que la dama y el galan, huéspedes de doña Rosario, pagaban puntualmente, y cada dia ganaban mas... el aprecio de su patrona, quiero decir. Poco á poco fué haciéndose doña Rosario amiga leal y franca, aunque no desinteresada, de sus huéspedes, y reconciliándose con la gente de teatro; y no dejó de divertirse en aquella época, porque sus huéspedes le solian dar un par de asientos de delantera de anfiteatro para que fuera con su hija á admirar los primores que ambos esposos hacian en las tablas.

Y con esto y con ver á los huéspedes estudiar y ensayar en casa los papeles que luego *ejecutaban* en el teatro, ante las desiertas butacas, la familia del empresario que ocupaba dos palcos, media docena de autores ganosos de ser *puestos en escena*, los acomodadores de las galerías y los agentes de órden público esparcidos en el coliseo para evitar todo trastorno, que no podria ocurrir á no promoverlo ellos mismos, ó los músicos, ó los mismos actores, se aficionó tanto á la escena la donosa Virtudes, que no se llamaba nada menos que Virtudes la hija de doña Rosario, en conmemoracion, digámoslo así, de las de toda la familia, que no hacia mas que imitar en el gesto y las actitudes al modelo que tenia en casa, y era cosa de gusto oirla recitar las décimás de doña Inés en *Don Juan Tenorio*, y con el chico del zapatero establecido en el portal representaba las mas tremendas escenas de *Sancho García*, y daba muestra evidente, en fin, de lo que habia de ser, andando el tiempo, en el terreno del arte.

Y sucedió que hubo de representarse en Novedades un drama de gran espectáculo y un si es no es de mágia, en el cual fundaba grandes esperanzas la empresa, prometiéndose que con él tendria aseguradas las Páscuas y podria recuperar una parte de lo perdido; bien que el empresario lo habria perdido todo con cierta satisfaccion, no por otra cosa, sino porque él no tenia la empresa para ganar dinero, sino para dar gusto y un gran sueldo á cierta bailarina, que no era cosa mayor en cuanto al baile, pero como mujer no tenia tacha, á no ser en la conducta, un poco ligera, eso sí; pero

esta cualidad era un encanto mas para el liberal empresario. En dicho drama, que además de mágico tenia sus puntos de sacro ó sacrílego, pastoril y pirotécnico, habian de tomar parte varios niños, y entre estos una niña, cuyo papel no dejaba de ser interesante y de empeño, como que tenia que hablar mucho la que lo representase. No sabia el empresario dónde hallar una niña con la inteligencia suficiente para representar aquel difícil papel, y era esta una gran contrariedad, porque las Páscuas se acercaban á mas andar y el drama no podia dejar de estrenarse, como que en él bailaba un paso sério de gran efecto la bailarina sin tacha en lo físico, por quien tantos sacrificios hacia aquel benemérito *caballo blanco*. La dama y el galan que vivian en casa de doña Rosario se acordaron de la donosa Virtudes; estimaron que era la niña muy capaz de representar el papel, y ofrecieron al empresario procurar por todos los medios que la madre permitiese á su hija presentarse en la escena.

—Doña Rosario, dijo la dama á su patrona, mi marido y yo tenemos que pedir á V. un favor.

—¡Ay! dígalo V. pronto, doña Conchita; oro molido que fuera... y siempre y cuando que esté en mis facultades... ¿Qué le hace á V. falta?... ¿Un espejo mas grande?... Ya lo sé, y se lo pondré á V.; por diferencia de seis reales no traje ayer uno que hay en la prendería de enfrente...

—No es eso, doña Rosario.

—Pues V. dirá, doña Conchita.

—Mi marido y yo tenemos necesidad de Virtudes.

—¡Ave-María! No se eche V. por los suelos, doña Conchita, que ya sé yo lo buena que es V.

—No me ha entendido V. Digo que necesitamos á Virtudes.

—¿A mi hija?... Pues voy corriendo... ¡Niña, ven, niña!

—Vamos á hacer en el teatro un drama en el que hay un bonito papel de niña, y queremos que lo haga Virtudes.

—¡Jesús! ¡Doña Conchita, por Dios! ¡Salir mi niña al teatro! ¡Qué vergüenza! ¡Si sus abuelos y su padre levantaran la cabeza!... ¡Jesús! ¡Ave-María Purísima! Esta doña

Conchita es el enemigo. ¡Vírgen de la Soledad, mi niña pisar las tablas!

—Señora, no hay motivo para tanto asombro.

—Doña Conchita, seria una vergüenza... ¿Qué diria la gente?...

—Señora, nada hay de indecoroso en eso, y estoy segura de que la niña tendrá mucho gusto en representar ese papel.

Y en efecto, la niña se volvió loca de alegría, y al fin su madre consintió, pero con la condicion de que se pusiera en los carteles que tomaria parte en la representacion del drama, por especial favor á la empresa, una niña de ocho años perteneciente á una de las mas distinguidas familias de la córte.

Doña Rosario asistió á los ensayos, escandalizada de oir los votos y juramentos del director de escena y de ver á las bailarinas con enagüillas cortas y las piernas al aire, dando zapatetas inconvenientes y volteretas poco honestas á la verdad. Y la buena señora no hacia mas que pensar, llena de terror, en la tremenda escena que le harian sus padres y su esposo si levantaran la cabeza y la vieran allí, en un escenario, al lado de la embocadura, sentada entre dos bailarinas, una de ellas picada de viruelas, y rodeada de músicos y danzantes, cuyo lenguaje no era por cierto el mas edificante que digamos.

II

Llegó el dia de la primera representacion del drama sacro-bíblico-mágico-profano, —profano por el paso que bailaba en uno de sus cuadros la protegida del empresario,— y doña Rosario se presentó á este apreciable primo á pedirle tres palcos, ocho butácas, veinte delanteras, y hasta sesenta localidades de menor cuantía, porque ella, dijo, tenia muchos conocimientos y que cumplir con mucha gente, y no hubo mas remedio que complacer á la exigente madre de la novel actriz.

Y corrió doña Rosario á casa, y auxiliada por un huésped que era muy buen muchacho y muy servicial, hizo la

distribucion de las localidades entre la vecindad, algunas familias de Palacio, ó mejor dicho, de empleados que habian sido de Palacio, y sus proveedores de cámara, es decir, el del almacen de ultramarinos, D. José el del molino de chocolate, el señor Pedro el carnicero, y otras personas no menos inteligentes que sabrian apreciar el mérito de la niña.

Doña Rosario se reservó el palco mas visible para ella, sirviéndose designar como sus acompañantes en aquella noche memorable á sus estimados amigos el hábil comadron que la habia asistido en su último parto, en el que vino al mundo Virtudes, y la señora y la hija del propio comadron, amigas íntimas de la venturosa madre, que en aquel dia recordó cien veces las épocas mas señaladas de su vida: el laborioso último parto; la circunstancia de que por tener ya cuarenta y cinco años en aquella época creyó que no estaba en cinta, sino hidrópica; su sorpresa cuando se convenció de que la hidropesía no era otra cosa que embarazo; la alegría que tuvo su marido, que tampoco creia en aquel embarazo fuera de sazon, y por último, hizo gran copia de reflexiones sobre el tema de lo que dirian sus padres y su marido si aquella noche levantaran la cabeza y se fueran al teatro de Novedades, por distraerse un rato, y vieran á su nieta é hija en medio de las tablas *cortando el verso* con sin igual donaire.

Llegó la hora de la funcion; el teatro estaba, por escepcion, ocupado en todas sus localidades, y allí lucia todas sus galas doña Rosario en su palco. Habia dejado ya vestida á la novel actriz, y en el momento de ir á levantarse el telon habia subido al palco, á fin de saludar á la familia del comadron y ver la aparicion de su hija en la escena. Luego volveria á los bastidores para estar al cuidado de Virtudes. Salió esta, y en honor de la verdad ha de decirse que salió con gran desparpajo, y sin temor á nada ni á nadie,—aunque su madre decia que estaba muerta de miedo la chica,—y dijo los primeros versos con la mayor naturalidad y gracejo, mereciendo un aplauso unánime y prolongado del público

ilustrado. Doña Rosario no pudo contenerse, y comenzó á sollozar; pero con tal estrépito, que el público fijó la atencion en el palco, sorprendido de que aquella señora llorase de aquel modo antes de que ocurriese catástrofe alguna en el drama.

—¡Hija mia! ¡Corazon mio! exclamaba la madre, gimiendo y llorando. ¡Si su padre levantara la cabeza se la comia á besos!...

—¡Fuera! gritaban desde la galería.

—¡Silencio!

—¡Que calle esa vieja!...

Doña Rosario, al oir esta frase, se levantó indignada, y hubiera dirigido algun enérgico apóstrofe al imprudente que la habia injuriado, si el comadron no la hubiese tirado de la manteleta, diciendo:

—Por Dios, señora, que va V. á armar un motin.

Doña Rosario calló y se fué á ver la funcion desde los bastidores.

Continuó la representacion, y Virtudes alcanzó un éxito completo, mucho mas éxito que la bailarina protegida por el empresario, la cual, en el paso nuevo expresamente inventado para ella, estuvo poco afortunada; pero esta *artista* hizo creer al empresario que la novedad de la niña le habia quitado á ella el *efecto*, y al *idem* exigió del empresario, y este del autor de la obra, que en las representaciones sucesivas el *paso* se bailara antes de la aparicion de la niña; pero cuentan las crónicas teatrales que no por eso alcanzó mejor éxito la intrépida bailarina en las sucesivas representaciones.

Un incidente interrumpió la representacion en el último acto. Despues de una larga tirada de versos dichos por la niña al primer barba, que representaba en el poema el papel del demonio, el público entusiasmado llamó á la escena á Virtudes, y le arrojó dulces y flores. Doña Rosario no se pudo contener, y en el momento del mayor entusiasmo popular, cuando la niña hacia con mucha monada graciosas cortesías, salió como un rayo de entre los bastidores á la es-

cena, cogió en brazos á su hija, y le dió los dos besos mas estrepitosos que se han oido en teatro desde que los hay.

Y figúrense Vds. el efecto que haria doña Rosario en medio de aquellos actores vestidos de romanos bien acomodados y demás gente ordinaria.

El público, sin consideracion, empezó á gritar:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Y el mismo *demonio* tuvo que empujarla hácia los bastidores.

Y se oian en el público estas voces:

—¡Que no salga la madre!

—¡Que baile la madre!

—¡Que diga algo la vieja!

Pero doña Rosario no oia nada, en medio de aquellas emociones.

—Perdone V., decia al *demonio*, no sé lo que me hago... ¡Jesús, qué chica! ¿Quién lo habia de decir?... ¡Si su padre levantara la cabeza!...

III

El drama se representó muchas noches, gracias al donaire de la tierna actriz; los periódicos estuvieron unánimes en el elogio como lo estaba el público en el aplauso, y el empresario hubiera bailado de contento en celebridad de tan singular fortuna: la que no estaba contenta era la bailarina, que bailaba aquel paso sin éxito, y de buena gana, para desahogar su pecho acongojado, hubiese ahogado entre sus pecadoras manos á la monuela que se habia atravesado en su camino, robándole la gloria artística, que estimaba la bailarina mas que el amor del empresario, bien que menos que el dinero...

Doña Rosario, que iba al teatro todas las noches con su hija, y ya sabia todo lo que allí pasaba y no se le ocultaba nada, habia sorprendido todos los misterios de bastidores y conocia la vida y milagros de todas las personas que intervenian en el teatro, desde el empresario hasta el último tra-

moyista. Por eso sabia de la bailarina mucho mas que el mismo empresario; y como doña Rosario no era muy discreta, y como además tenia ganas de vengarse de la bailarina, que tenia ódio y mala voluntad á su hija, hizo de modo que el empresario llegase á saber lo que á la alumna de Terpsícore no le podia convenir que supiera el que era su protector en este mundo.

Y una noche, en medio de la representacion, oyó el ilustrado público un ruido extraño de voces y bofetadas, que pronto comprendió no debia ser cosa del drama, porque oia palabras, aunque muy usuales, impropias de la época del poema y de los personajes que en él intervenian.

Era simplemente que la bailarina y doña Rosario se zurraban de lo lindo entre bastidores. La niña, que vió desde la escena cómo la sílfide cogia á doña Rosario del moño, corrió hácia el lugar del siniestro; el *demonio*, que tambien estaba en escena, la siguió, y en un momento se armó allí tal barahunda, que fué precisa la intervencion de la autoridad, y el público se alborotó tambien, y tuvo que variarse la funcion, porque doña Rosario se habia llevado á la niña; y aquel fué el último dia de la empresa. La bailarina envolvió en su ruina á cuantas familias dependian del teatro, y hubiera querido tener las fuerzas de Sanson para hacer caer con estrépito el teatro entero.

El empresario, aficionado ya á perder el dinero en el teatro, hubiera querido continuar con su empresa; pero como el dinero que perdia era de su mujer, el padre de esta tomó cartas en el asunto, enterado ya de las debilidades de su yerno, y no hubo mas remedio que renunciar á la empresa, haciendo este sacrificio el interesado en aras de su felicidad doméstica.

Virtudes quedó desconsolada.

Habíase ya acostumbrado á la escena, á los aplausos del público, y como sucede á todos los que emprenden la carrera teatral, no podia vivir ya sin esas emociones de la vida artística, no podia hallar entre las paredes de su casa el encanto que en medio de la decoracion de selva; sus mejores

trajecitos de calle le parecian ridículos comparados con aquel traje de seda cuajado de lentejuelas, y su misma madre le parecia una mujer prosáica, vulgar, cuando se acordaba de aquellos reinas, de aquellas damas matronas que habia visto tan de cerca en la escena.

Doña Rosario perdió los dos mejores huéspedes, la dama y el galan, que, cerrado el teatro, fueron ajustados para ir á hacer la *Pasion* en el de Zaragoza.

La bailarina, causa principal de la catástrofe, se retiró á la vida privada; un inglés se la llevó á Inglaterra, y segun cuentan los que la han visto allí, es muy dichosa con *mislon* (así llama ella al inglés), y este es con ella dichosísimo, tanto que no espera mas que la muerte de un tio millonario para casarse por lo fino con la salerosa española, bien que ya esta señora tiene sus cuarenta muy cumplidos.

Grande era la fama que habia alcanzado Virtudes desde que debutó en aquel malogrado drama, y esta fama le valió que varias sociedades dramáticas solicitaran su concurso; y así volvió la niña á la escena, desarrollando sus facultades en la modesta esfera de los teatrillos caseros, mientras llegaba á edad de poder ajustarse en un teatro público. Este era su sueño dorado. Ser actriz era su ventura.

Y lo fué.

A los diez y seis años fué ajustada con dos duros diarios en calidad de dama jóven para uno de los teatros de Madrid.

Doña Rosario accedió, convencida ya de que ni sus padres ni su esposo levantarian la cabeza, y sobre todo porque calculó que su hija ganaria mas representando comedias que ella admitiendo huéspedes con asistencia ó sin ella.

IV

Virtudes está hace años en el teatro haciendo papeles de dama jóven, y no ha cumplido lo que prometia cuando niña. Es una damita regular y nada mas; pero su madre cree que vale mucho mas que Matilde y Teodora, y que, si no le dan

papeles de primera dama, no es por otra cosa sino por miserables intrigas y envidia de las demás actrices.

Es, pues, ocioso decir que doña Rosario no puede ver ni pintadas á las artistas que pertenecen á la misma compañía que su hija; á todas las mira con cierto desden, no solo porque ella es una señora que nunca creyó tener que rodar por los teatros, sino porque en todas ha descubierto defectos y debilidades muy vituperables.

Ella es la que propala cuanto puede perjudicar en su reputacion á las rivales de su hija; ella sabe qué actor mira con buenos ojos á la graciosa; cuál es el motivo de que siempre tenga ajuste la característica, que ha perdido la voz, y por qué está escriturada tambien la hija de la característica, que no tiene mas que fachada y en las tablas no sabe mover las manos ni los piés, y habla con una lengua de estropajo que da fatiga oirla. Pero al empresario le gusta y por eso la ajusta, así como á la madre, que es una bruja, dicho sea sin ánimo de ofenderla.

Tambien su hija podria prosperar; pero como ella es una señora, y todos saben que su hija es hija de una señora, y que á ellas no se les pueden proponer ciertas cosas, por eso su hija no sale de hacer papelitos de poco mas ó menos, y no se la deja lucir.

Esto se lo cuenta doña Rosario á todo el que la quiere oir, y suele ocasionarle algun grave disgusto, porque las demás actrices no estiman oportuno dejarse despellejar impunemente; pero no por eso hace menor destrozo en las reputaciones ajenas la lengua de doña Rosario. Tiene en su favor la facilidad con que generalmente se da crédito á todo lo que se dice en desdoro de las actrices, y hay muchísimas personas que creen como artículo de fé toda calumnia que inventa doña Rosario.

Cuando se reparte una obra nueva, siempre tiene alguna observacion que hacer, siempre se cree en el caso de reclamar; ella reclama, aunque su reclamacion sea desatendida, porque, como ella dice, no quiere pasar plaza de tonta.

—D. José, le dice al empresario, con permiso de estas señoras.

El empresario en el ensayo siempre está hablando con las señoras de la compañía ó con las del cuerpo de baile, que es un cuerpo muy distinguido siempre por los empresarios.

—Usted dirá, señora, dice el empresario, separándose del grupo de señoras.

—Nada, queria decirle á V. que el papel que le han repartido á la niña es el peor de la comedia.

—Señora, eso al autor.

—Como aquí el autor no toca pito, y D. Juan (el primer actor) y V. son los que hacen y deshacen... ¿Le parece á usted bien que mi hija haga el papel de hija natural de un sargento francés?...

—No sé que tenga nada de particular.

—Para V. no, pero para ella y para mí tiene mucho, porque á nosotras nos conoce todo Madrid..., y luego que el papel en sí no vale nada. ¿Por qué no se lo ha dado V. á la Manolita Perez?...

Esta es la hija de la característica.

—Señora, porque la Manolita hace el papel en la pieza.

—Ese sí que es un bonito papel... Mire V. como á Virtudes no se le reparten piezas como esa.

—Ya se le repartirán, señora.

—Sí, ¡buenos son Vds.! Es claro, ya sé yo por qué es todo eso; porque como nosotras no somos como otras.... En fin, ese papel es muy malo.

—Pues ya se le dará otro bueno.

—Y no debia hacerlo. Con que yo se lo digo á V. para que sepa que, si hace el papel mi hija, es porque es demasiado buena y porque no somos como otras. ¡Ah! tambien le tengo que decir á V. que nos ponga otro cuarto, porque mi hija no se viste ya en el mismo que la Trinidad...

—¿Y por qué?

—Porque á la Trinidad van á verla muchos jóvenes, de estos poetillas sin un cuarto y periodistas insolentes, y puede figurarse alguien que van por mi hija. Si ella quiere visitas

que las tenga... Así le ponen luego esas gacetillas en los periódicos... ¡Jesús! ¡Para que mi hija fuera á pedir que le pusiesen un suelto!...

—¿No tenia V. mas que decirme?

—Ahora nada mas, sino que sepa V. que no somos tontas.

Parecida conversacion tiene con el autor de la obra, quien la tranquiliza prometiéndole que va á escribir para Virtudes un papel de mucho sentímiento.

—A ver si lo hace V., dice doña Rosario, para que vean que mi hija sabe hacer lo que haga otra, y mejor. ¡Jesús! ¡Tengo mas ganas de perder de vista el teatro!... ¡Esto no es mas que para cierta clase de gentes!... ¡Cuando una es una señora y ve ciertas cosas!... En fin, D. Arturo, á ver si le hace V. el papel á la niña. Por V. hace el de esta obra; pero ya le he dicho al empresario lo que viene al caso, y aun no se lo he dicho todo, porque una no puede olvidar que es una señora, y tiene que tener prudencia, aunque no vea una mas que injusticias. Vamos, que anoche toda la noche estuvo usted en el palco de la Gomez...

—Entré un rato...

—Sí, toda la funcion. ¿Ha notado V. cómo la huele el aliento?

—No señora.

—Pues hijo, si vuelca...

—A mí no.

—Pues no tiene V. poca suerte. Es muy guapa, eso sí; pero amigo, esa falta es garrafal.

Doña Rosario está siempre ojo avizor para que su hija no se enamore de niuguno de la compañía, porque tiene su plan trazado y no quiere que se le malogre la muchacha. Desea doña Rosario que su hija case con algun capitalista, ó cosa así, ó siquiera con un marqués, aunque sea entrado en años.

Ella sabe que muchas cantantes y algunas actrices y varias bailarinas han hecho buenas bodas, y quiere que su hija no sea tonta, y no se vaya á casar con algun actor tronera, ó con algun poeta entrampado, ó con algun músico buen mozo que no tenga un cuarto.

La virtud de su hija es ya proverbial, y no duda que esta virtud tan ponderada atraerá á algun caballero de las condiciones que ella desea.

Este es el desagravio que anhela ofrecer á la memoria de sus padres y de su esposo, que deben estar en el otro mundo muy apesadumbrados, si allí se ha sabido que su nieta é hija pertenece al teatro.

¿Conseguirá su intento la famosa doña Rosario?

¿Quién sabe?... Pronto ha de ser, porque de lo contrario temo mucho que su hija se deje aprisionar en las redes de amor que le tiende un cierto galan de carácter, recien venido de provincias, viudo, y que es un buen mozo irreprochable.

Muy escamada está doña Rosario con el galan de carácter, y buenos consejos da á su hija para que se reserve para el capitalista ó marqués ó ministro que cualquier dia le puede ofrecer la mano y el corazon; pero ¿podrá Virtudes esperar? ¿podrá sofocar la llama del amor que ya brota en su corazon?...

Y será lástima que el galan de carácter triunfe, porque él, eso sí, es un buen mozo, pero como comediante es de lo mas malo que se conoce, y como hombre lo es mas que Cain.

Yo creo que Virtudes se malograrà, y que doña Rosario tendrá que exclamar muchas veces todavía:

«¡Si levantaran la cabeza mis padres y mi esposo!... ¡Mas »vale que no la levanten!»

C. Frontaura.

LA VENUS CADUCA

Resistió heróicamente durante largos años; desafió con su descote los mas violentos resfriados; provocó las indigestiones; trató con menosprecio al sueño, y al rigor de los años y á los estragos del placer opuso una fortaleza y una constancia semejantes á las de Gerona y Zaragoza, siempre heróicas. Aun hoy dia, en los últimos años ó quizá meses de su vida, extenuada, trémula, frágil de miembros y casi apagados los sentidos, muere, pero no se rinde, como la guardia napoleónica. Aun se la vé colgándole del cabello unas usadas flores artificiales, recordando así las yerbas que suelen crecer entre las grietas de arruinadas almenas.

¡Qué buena moza fué! ¡Qué buena moza!... ¿Hay mas que verla?

A los trece años, parecia tener diez y ocho; á los veinte nadie le daba mas de diez y ocho; á los treinta, diez y ocho; á los treinta y cinco... diez y ocho. Despues, se conservaba en un estado tal, que era imposible fijar su edad aproximadamente; pero produjo durante largos años el efecto de una mujer jóven. Pasado ese período, todos los que no la habian conocido antes decian: «Se conoce que aun es jóven.»

Ahora...

Pero ahora, valiéndome del giro mas tortuoso que hallo

á mano para no hablar brutal y directamente de sus años, digo que sus hijas ya podrian ser abuelas.

¡Quién la vió y la vé hoy dia!

Antes descubria el torneado brazo para alegrar al sol de mayo; descubria los marmóreos hombros que asomaban á avergonzar el raso y el terciopelo; en dos pasos manifestaba cuán prodigiosa puede ser la flexibilidad de un talle femenil, y el relampaguear de sus ojos habria deslumbrado al lince.

Mirarla y no admirarla era imposible.

Nació hermosa, y se propuso ser hermosa hasta la muerte.

Casáronla y con esto no pasó de doncella á esposa, sino de hermosa mujer á mujer mas hermosa todavía.

Enviudó (á lo menos así lo dice), y el único cambio que hubo en ella fué convertirse en la mas hermosa de todas: doncellas, casadas y viudas.

¿Qué mas ha hecho durante su vida?

Distingamos á tiempo: todo cuanto ha hecho ha sido accidental ó á consecuencia de ser muy hermosa ó por no dejar de serlo.

No hay que preguntar si ha tenido amantes. ¿Podia dejar de tenerlos? Esto no dependia de su voluntad, ni le robaba tiempo, ni le daba ocupacion alguna, á menos que llamemos ocupacion á satisfacer nuestras vanidades.

No amó á nadie: ¡á nadie!... ¿Me explico con claridad? Por si acaso, me explicaré mejor.

El corazon de esa mujer palpitó constantemente de amor, de amor inmenso, que ella se dedicó á sí misma.

Hé ahí por qué es una de las mujeres que mas han amado, sin que nadie pueda jactarse de haber alcanzado su cariño.

Presintió quizá que habia nacido para ser causa de la admiracion de todos los hombres, y no para constituir la felicidad de ninguno.

Vivió entre el bullicio; jamás temió que la demasiada luz pudiera hacer descubrir defecto alguno en ella: la belleza exterior de su cuerpo fué su númen, su armadura de acero, el

objeto de su existencia, su embriaguez. Su familia, sus afectos, su pátria, su religion, sus amores, todo lo llevaba consigo; porque eran sus sedosos cabellos, sus fascinadores ojos, su gallardía. El hogar era cualquier sitio donde hubiese hombres que la contemplasen y mujeres que de grado ó por fuerza reconociesen su superioridad.

Cuando se ponia de moda una prenda que solo caia bien á las de baja estatura, la adoptaba ella, con la seguridad de que seria la única buena moza á quien le sentase bien.

Cuando era moda un color que solo favorecia á las morenas lo adoptaba ella, sin dudar un instante de que contribuiria á realzar su hermosura.

No ha tenido trato íntimo y continuado con mujeres. ¿Por qué?

Si toda mujer fuese vana y envidiosa, ya sabríamos el motivo; pero ya hemos convenido de buena fé en que esos vicios no son inherentes á todas las personas del bello sexo.

Las causas principales de ese hecho, son dos, á nuestro modo de ver. Consiste la primera, en que la vida de una mujer, consagrada como á un sacerdocio á conservar su hermosura, está sembrada de accidentes que la alejan del trato honesto con las demás. Consiste la segunda, en que la admiracion de toda mujer por la hermosura de otra es mas breve que la del hombre y no basta á satisfacer á ninguna hermosa.

De manera que, alejándose ella de unas y alejándose de ella otras, le pasó lo de acabar por no tratarse con ninguna.

Sus amores, si así podemos llamar á las concesiones hechas por nuestro tipo á sus amantes, con el solo objeto de prolongar unos dias el fanatismo ardiente y exclusivo causado por su hermosura, fueron siempre breves.

Por lo general suele ser larga la lista de amantes de tales mujeres, pero la narracion de los sucesos amorosos es breve.

Nadie sabe por qué dejó á este ni por qué la dejó el otro.

Digo que no lo sabe nadie, porque la gente se figura que ha de mediar algun motivo especial para que ocurra el

pronto rompimiento con cada uno de sus amantes, sin ver que el motivo es uno solo y está á la vista. Es que esa mujer no puede ser amada, por la sencilla razon de que no ama con ningun género de afecto.

Hay mujeres feas (¿para qué negarlo?) Hay mujeres poco sensibles al amor, y sin embargo, pueden ser amadas, ya por su buena índole, por su veneracion á los que le han dado el ser, por su modestia y su espíritu de órden, por su entusiasmo en favor de algo sublime; pero la mujer de que tratamos no puede ser amada. ¿Qué relacion puede establecerse entre el olfato y una planta inodora? ¿Cuál entre el paladar y las sustancias insípidas? Cualquiera de nosotros, es verdad, puede por medio de signos establecer un lenguaje convencional con un mudo; pero es porque el principal elemento de esa conversacion está en la inteligencia y no en los sonidos; pero con la mujer, para quien el verbo amar es neutro, supuesto que su accion no pasa á otra parte (como decíamos en la escuela), con esa mujer, digo, no es posible ninguna relacion amorosa.

Podrá suceder, y aun sucede casi siempre, que un desdichado se vuelva loco de amor por ella; pero á decir verdad, no es por ella, es por su hermosura; por la impresion que le causa el conjunto de tamaño, líneas, color y movimiento de aquella mujer, lo cual no es la mujer.

A ese mismo hombre, si antes de conocerla le hubiesen dicho: «Mira, existe en la tierra una persona que solo cuida de su hermosura; que nada siente por sus padres, por sus hermanos, por los niños; que se amó á sí misma sin haber amado antes las flores, los pájaros ni los pensamientos sublimes; que no se horroriza, sino que se fastidia al oir el relato de una desgracia;» si luego hubiesen añadido: «esa persona pertenece al sexo femenino y es hermosa, muy hermosa, hermosísima;» pregunto ahora: ¿aquel hombre podria haberla amado?

¿Sí? Pues entonces no enloqueció por ella, sino que ya estaba loco antes.

Reanudemos ahora nuestro relato.

Esta mujer, dejando aparte la contínua satisfaccion de saber que es hermosa, solo ha experimentado dos violentas sensaciones en su vida. La una fué terrible, porque soñó que de repente se habia vuelto fea: la otra fué para ella un celestial consuelo, porque la angustia la despertó, corrió á mirarse al espejo y vió que estaba hermosísima.

A cierta edad, ó mas bien dicho, á incierta edad, se va de su tierra.

En cada capital de provincia hay una Vénus decadente que procede de otra parte.

En Cádiz, la llaman la catalana; en Barcelona, la llaman la gibraltareña; en Santander, la llaman la mahonesa, y en Madrid... ¡oh! en Madrid hay tantas como provincias.

La Vénus decadente se cansa de ver que en los paseos la muestran á los forasteros, mas bien como objeto curioso que como persona admirable.

Ya dos ó tres veces han llegado á sus oidos las palabras de un indiscreto que, sin apartar los ojos de ella, preguntaba á otro:

—¿Cuántos años dirá V. que tiene esa señora?

Además, se le hace ingrato el contínuo espectáculo de los viejos que eran niños cuando ella era niña; además, ya no tiene adoradores; además, ya comienzan á escasearle los recursos, y no quiere pasar por el bochorno de que vean sus apuros los que la vieron derrochar; porque creo escusado decir que esa mujer gasta siempre mas de lo que tiene, porque el amor es pródigo de suyo, y ella, que se amó á sí misma con frenesí, nada se escatima, ni mucho menos.

Casi siempre se basta á sí misma.

Este casi, despues de lo que llevamos dicho, parece que deberia borrarse; pero tiene su significado, y es el siguiente:

Nuestro tipo, aunque siempre ajeno á los afectos, no siempre lo es al vicio.

El incentivo mismo de su hermosura la sirve admirablemente cuando es jóven y aun cuando ha dejado de serlo, pero llega al fin el momento en que la única aficion que siente es su mayor castigo.

Los que fueron cómplices de sus desórdenes, ya no están para bromas; los pollos inexpertos, si se dejan uncir una vez á su carro, se rebelan á las veinticuatro horas contra su ilegítimo imperio...

Entonces es cuando, llegada la Vénus á la caducidad, emigra voluntariamente.

A donde quiera que vaya, oye decir:

—¡Qué hermosa debe de haber sido esa mujer!

Nadie se equivoca sobre lo que fué; mas ¡ay! tampoco se equivoca nadie creyéndola lo que ya no es.

Desde aquel momento la decadencia es rápida.

Entonces es cuando empiezan á llamarle la atencion las personas unidas por lazos afectuosos; recorre de memoria su vida entera, y no encuentra uno solo, ni uno cuyo recuerdo le envie un pálido fulgor de cariño, de amor, de benevolencia...

Vive sola, ó en compañía de otra mujer, siempre inferior á ella por la educacion, por el caudal, por el buen gusto; pero siempre, siempre superior á ella, por la pasion, por el sentimiento, por la aplicacion de la inteligencia ó por otro concepto análogo.

A una veo casi todos los dias...

Es forastera, por supuesto; pero alguien la ha dado á conocer en los paseos, y mas de una vez he notado que hay gentes que la miran y se cuentan cosas de ella en voz baja unos á otros.

Se llama, ó se hace llamar, Palmira, lo cual ha dado ocasion á unos muchachos, estudiantes de medicina, para decir siempre que la encuentran en paseo: «¡Ahí van las ruinas de »Palmira!»

La region de los ojos va dilatando sus límites por aquel rostro en otro tiempo hermoso y de proporcionadas facciones. Sus lábios inseguros dan indicios de yo no sé qué afeccion morbosa, y veo que á cada paso tiene ella necesidad de secarlos con el pañuelo, ocultando en seguida las manos con el mismo afan con que antes las mostraba. Falta de firmeza, huye del bullicio para no caer derribada, y se sienta tres veces

si recorre la mitad del Prado ó del paseo de Recoletos. Su rostro es de una palidez desagradable; aquello no es color pálido: recuerda el vaso de agua en que los pintores agitan los pinceles para dejarlos limpios. Lleva la cabeza que parece erguida; pero no está sino caida hácia atrás, faltas de fuerza las vértebras para sostenerla.

Su conciencia está todavía como un espejo: el conocimiento, la reflexion, no han alterado su tersa superficie; no la han deslustrado con remordimiento alguno.

Quisiera ella no estar sola, tener el apoyo del hijo, la compañía del esposo, el arrimo del hermano, el lazo del parentesco; pero... no sabe nada de las dulzuras que entraña lo que desea.

No necesita amar ni ser amada; necesita no aburrirse, no vivir rodeada de silencio; ver á su lado una persona de quien pudiese decir: ese llamará al médico, ese me dará una taza de caldo, ese velará mi sueño, ese me llevará del brazo.

Agotadas en ella la hermosura y la sensualidad, ¿qué ha de quedar de aquella mujer donde tan poca cantidad de sér humano residia cuando estaba en la plenitud de la vida?

Triste es su morada, como es sordo y triste su corazon.

La mujer que vive con ella la sufre por necesidad; no diré que la aborrezca, pero tampoco siente por ella ningun cariño.

El dia que la vea enferma en cama, dirá entre dientes:

—Bien podria llevársela el Señor. Para lo que sirve en este mundo...

Y cuando la vea muerta, dirá: «¡Gracias á Dios!»

Y al cabo de muchos dias dirán en su tierra:

—¿Se acuerdan Vds. de aquella que habia sido tan hermosa, que se fué á Madrid; aquella que...?

—¡Ah! sí.

—Pues se ha muerto hace poco.

—¡Hombre!

Y con esto y encogerse de hombros habrán pagado el tributo á su memoria.

ROBERTO ROBERT.

LA CENICIENTA

I

Amable lectora: Aun cuando todos los artículos escritos para este libro de Las Españolas están de hecho y de derecho dedicados al bello sexo, yo te suplico que te fijes mas particularmente en este, no por lo ameno, pero sí por lo trascendental.

Porque trascendental es todo lo que atañe á la libertad, igualdad y fraternidad del hogar doméstico.

Si tú vives en Madrid ó en otra poblacion de primer órden, y de niña has leido ú oido cuentos de hadas, y ya de mas edad asistes á la ópera y te ocupas mas ó menos en las cosas literarias, habrás comprendido desde luego de qué tipo voy á hablar; pero como puede suceder que no todas se hallen en igual caso que tú, y yo pretendo ser leido y entendido hasta en los pueblos mas insignificantes de España, concédeme tu permiso para que, someramente y de pasada, cuente á mis lectoras incipientes la historia de *la cenicienta*.

No eran tres como las hijas de Elena, sino cuatro hermanas, hijas de padres anónimos, las que en tiempo prehistórico, y en yo no sé qué país (aunque debia ser oriental por la abundancia de piedras preciosas que en él habia), vivian

juntas bajo el mismo techo, aunque no con la debida hermandad.

Las cuatro eran jóvenes, solteras, y por lo que se deduce, lo pasaban con cierta estrechez pretenciosa, pues de no, hubieran tenido siquiera un *cuarteron* de criada, como dice Narciso Serra. Se deduce tambien que las tres mayores de las susodichas hermanas debian ser nada mas que *pasables*, y que por tanto pretendian suplir á fuerza de galas, dijes y perifollos las gracias que la naturaleza les habia negado.

En cuanto á la mas pequeña, nadie, excepto sus hermanas, podia decir si era fea ó bonita, pues ocupada incesantemente en las mas humildes y penosas tareas domésticas, estaba siempre andrajosa, despeinada y cubierta de unas espesas capas de polvo, carbon y ceniza; tanto, que por esta razon llamábanla por mal nombre *La Cenicienta*.

Cenicienta era, pues, no ya la criada, sino la esclava de sus hermanas, que abusaban de ella como las clases privilegiadas abusan del *cuarto estado*.

¡Qué tal! ¿eh?

Este abuso reconocia una causa; pero es el caso que, así como cuando menos se espera estalla una revolucion, del mismo modo donde menos se piensa existe una hada desfacedora de entuertos, que toma bajo su proteccion á los séres débiles y desgraciados.

El caso fué que la hada *Cucaracha* se dedicó á proteger á la cenicienta.

II

Las hermanas de esta asistian frecuentemente á espectáculos públicos, bailes, procesiones, etc., etc., mientras que la pobre niña se quedaba en casa, sola, atareada y llorosa, porque Cenicienta tenia quince años y medio, y á esta edad apetitosa la imaginacion no cabe entre cuatro paredes. Sucedió, pues, que una noche en que Cenicienta estaba sola, presentósela de repente la hada *Cucaracha* bajo la figura de

una gran señora llena de virtudes y gracias, y tomándola por la mano, la sacó al patio de la casa. Una vez allí, comenzó á tocarla con la punta de los dedos, á guisa de magnetizadora. Y ¡oh prodigio! la niña súcia, andrajosa y desgreñada, hallóse de súbito trasformada en una pollita capaz de enloquecer al gran Barbian de Persia.

Sartas de corales se entrelazaban á sus rubios, sedosos y largos cabellos; su tez era un ampo de nieve,

y sus ojos dos acianos
como los cielos azules,
como las estrellas claros.

En cuanto á lo demás de su persona, ¡válgame Dios! ¡Qué seno turgente, qué manitas un poco largas y estrechas, qué pierna, púdicamente velada, bajo un faldellin estezado en grebas de tisú de oro y plata, y qué piés de quince años, arqueaditos y calzados con unos zapatos azules cuajados de pedrería!

Digo á Vds. que Cenicienta estaba *hasta allí.*

La hada dió un silbido, semejante á los que se suelen oir en algunos teatros, y apareció un cupé tirado por dos cebras listadas de plata y gules, y haciendo entrar en él á la niña, se sentó á su lado.

Luego, dirigiéndose al cochero, que era un negrito muy curro, dijo:

—A los Campos Elíseos, y volando.

Aquella noche se inauguraban los *Campos*, y un gentío innumerable llenaba sus frondosas alamedas. Habia, no obstante, sitios casi solitarios, porque la mayoría de los concurrentes se agolpaban hácia el lado de la ria, como sitio mas fresco; de modo que el rey, que, *more democrático*, paseaba solo y á pié (para no confundirse con la multitud): andando y meditando en las elecciones, llegó á una plazoleta desierta, en donde sola y sentada en un banco vió... ya supondrán Vds. que vió á la cenicienta mirando al cielo y haciéndose aire con un abanico de pluma.

Verla el rey, y quedarse estupefacto, fué obra de un momento.

—*¡Gran Dio!* exclamó. ¿Quién es esa maravillosa beldad? ¿Pertenecerá á las retraidas que no quieren ir á la córte?

Y aproximándose á Cenicienta, comenzó á soltarla chicoleos.

Ella, con los ojos bajos, le escuchaba gustosa, porque el rey era jóven; pero de pronto, por frente de donde estaba, desembocaron tres señoras, contoneándose de un modo algo cursi. Cenicienta, al verlas, palideció, se puso en pié y gritó:

—¡Mis hermanas!

Y salió corriendo, tan turbada y presurosa, que se dejó caer uno de sus primorosos zapatos.

El rey sorprendido, é inmóvil como una estátua de magnesia, solo volvió en sí para recoger el zapatito.

III

El rey, de enamorado, no pensaba ni siquiera en la coalicion.

Hizo buscar á Cenicienta; pero como esta habia vuelto á su pristino estado, nadie hubiera podido conocerla en su humilde traje de fregona.

Agotadas todas las requisitorias, el monarca mandó publicar el siguiente pregon:

«Tomaré por esposa á la jóven de quince á veinticinco »años que pueda calzarse un zapato que todos los dias, de »diez á doce de la mañana, estará expuesto en el salon chi»nesco de mi palacio.—*Yo el rey.*»

A consecuencia de esto, todas las mujeres que tenian ó creian tener los piés pequeños acudieron á la capital, y durante un mes el rey, oculto tras de una cortina, vió á miles de mujeres intentar la prueba del zapato, pero inútilmente; ninguna podia calzársele, y el pobre señor, perdida la esperanza de lograr sus deseos, iba enflaqueciendo y desmejorándose, que daba lástima.

Un dia pensaba ya en retirarse de su puesto de observacion, cuando se presentó en la sala una mujer alta, esbelta, vestida de negro y con una falda tan larga que apenas la permitia andar. Tomó la enlutada el zapatito, sentóse de espaldas á donde estaba el rey, levantóse casi instantáneamente, dió una media vuelta, alzóse un poco el vestido y dejó ver un pié...

Cenicienta fué reina y Cucaracha camarera mayor.

IV

En los tiempos de Mari-Castaña, cuando la sociedad, ó mejor dicho, la humanidad no era mas que una monstruosa concatenacion de fanatismos, servidumbres y privilegios (creo que esto debe gustarle á Roberto Robert); cuando pasada la *edad sin medias*, como diria Manuel del Palacio, comenzaron á no ser tan frecuentes los latrocinios del acaso en la selva de los acontecimientos; cuando hubo mas unidad en las familias y mas fijeza en el hogar doméstico, el tipo de *Cenicienta*, material y moralmente considerado, se multiplicó extraordinariamente. Los conventos se llenaron de cenicientas, procedentes de nobles y pretenciosas familias, que preferian encerrarlas en ellos antes que consentirlas un enlace desigual; y el primogénito y la hija mayor absorvian la fortuna, la posicion y hasta la dicha de sus demás hermanos: la nobleza *obligaba* á sostener el rango: el nombre era antes que la humanidad.

Pero descendamos.

En casi todas las familias hay una víctima propiciatoria, y esta víctima, por regla general, suele ser lo mejor de la familia. Los hijos mas inobedientes é indóciles son mas queridos de sus padres, bien así como en la plaza de los toros son preferidos los *bichos* que derraman mas sangre y causan mas averías. Esto me recuerda un diálogo entre un sastre y un parroquiano suyo.

—Maestro, decia el parroquiano, ¿por qué me manda usted

tan pronto las cuentas, siendo así que á fulano y mengano no se las pasa V. en meses enteros?

—¡Toma! contestó el sastre, porque sé que V. las paga inmediatamente.

No sé si este diálogo está tan bien traido como los refranes de Sancho; pero yo comprendo la idea.

El hombre no se deja poner con tanta facilidad la ceniza en la frente, y por tanto, la especie *cenicienta* abunda mas especialmente en el sexo débil. Penetrad en una casa pobre, y al primer golpe de vista conocereis á la cenicienta. Vereis á la madre, cuando mas, haciendo calceta negligentemente; hallareis una jóven peinada á lo *chimborazo*, ó tal vez con peineta á la *derniére* española, que lee un periódico, acaricia un gato ó mira por el balcon; y al oir un ruido estridente y monótono que proviene de un rincon de la estancia, os fijareis en otra jóven pálida, ojerosa, medio peinada, que se encorva, como todos los que padecen, hácia una máquina de coser guantes.

Ecce Cenicienta.

Aunque seais jóven y guapo, la pobre no se atreve á miraros, porque la mirada de la madre pesa sobre ella, y parece decirla:

—Vamos, holgazana, date prisa; esta noche hay que llevar esa media docena de guantes, y estás todavía en el segundo.

En esto no hay exageracion: conozco ejemplar de cenicienta que se pasa trece horas diarias sobre la máquina de coser, habiendo Prado, jardinillos de Recoletos y *Molinero de Subiza.*

¡Horror!

V

No es completamente difícil observar esta especie de cenicienta fina y habilidosa que se ocupa en tareas propias de su sexo, pues al cabo algunas veces se deja ver; pero respecto á la *cenicienta* en toda la estension de la palabra, á la cenicienta fregona, es casi como un mito, y existe... porque sí.

Su aparicion es tan rara como la del cometa Biela.

Entrais en una casa, se os presenta toda la familia menos uno de sus miembros, preguntais con la mejor buena fé del mundo:

—¿Y Policarpa? (Policarpa es la cenicienta).

—Tan buena, se os contesta: ha salido.

Cenicienta ha salido siempre.

Pero en cambio dais en vuestra casa un té *dansant* ó un chocolate íntimo, y al presentarse la familia de Cenicienta sin ella preguntais tambien:

—¿Pues y Policarpita, cómo no ha venido?

—No ha consentido, por mas instancias que la hemos hecho: esa chica nos pone en ridículo. ¡Tiene un génio tan uraño!

¡Pobre Cenicienta, que se queda en casa, pensando tal vez en lo elegante que su hermana mayor ha ido al baile, ó quizá recordando á un jóven muy guapo que la miró con insistencia aquella mañana, cuando ella sacudia al balcon un ruedo!

Sucede á veces que estos sueños caseros tienen consecuencias lastimosas, porque Cenicienta alza en el pensamiento barricadas contra la tiranía doméstica, y poco á poco se va familiarizando con la idea de la rebelion; y de aquí resulta que se han dado casos de que anochezca y no amanezca, es decir, de que huya del hogar, que para ella no tiene amor ni calor, siguiendo al primer *quidam* que la mira con buenos ojos. Entonces la familia pone el grito en el cielo, la maldice, la deshereda (como si no lo estuviera ya), y el hermano mayor, si es andalúz, canta con aire de soledad esta copla-terceto:

Me lo desía mi madre:
cabrilla que tira al monte
no hay cabrero que la guarde.

Y lo peor es que, no el monte, los montes existen: Capellanes, el Imperial, la calle de Sevilla; y que la pobre ex-

cenicienta, de monte en monte, de tumbo en tumbo, y de mano en mano, va á parar á donde yo me sé.

Ahora bien, amable lectora, ¿tenia yo razon al suplicarte que fijases tu consideracion en este artículo, en vista de su trascendencia? Está escrito, no como alusion á tí, Dios me libre, pues harto se me alcanza que tú eres buena madre ó hija ó hermana, y que amas con perfecta igualdad de cariño á todos los miembros de tu familia; pero en los malhadados tiempos que corren, en los que todas las tiranías se exaltan mas y mas, exacerbadas por las convulsiones de la agonía, no solo se debe practicar el bien, sino propagarle, principalmente en el hogar doméstico, en donde muchas veces no pueden penetrar las leyes. Tú (perdóname si insisto en tutearte; esto es mas clásico), tú tal vez conocerás á alguna cenicienta encorvada hácia la máquina de coser ó hácia el fregadero, trabajando por otros y para otros, rodeada de holgazanes; y como esto no es justo, procura salvarla del naufragio doméstico, diciendo á su familia: bueno es el trabajo, base de toda felicidad y ley natural de toda criatura; pero toda *via dolorosa* tiene sus estaciones, y todo desierto debe tener su oasis. Una gran parte de esas pobres mujeres que pasean sobre el fango de las calles han sido cenicientas; porque si los conventos se van cerrando, los lupanares existen todavía, y el desnivel social produce el descarrilamiento de la inteligencia y del corazon.

VI

En este punto iba á terminar mi artículo; pero un amigo, que acaba de ojear las cuartillas anteriores, me dice:

—Grave cosa es ser cenicienta, mas á veces no hay mal que por bien no venga.

—Esplícate.

—Tú habrás oido hablar de madama Stael.

—Sí.

—Pues madama Stael ha sido cenicienta.

—¡Ah!

—Ella sobrellevaba el peso del trabajo de su casa, y por la noche, cuando su padre y su hermana salian, dejándola sola durante las largas noches de invierno, devoraba los libros de la biblioteca de su casa: en estas veladas nació *Corina*: Cenicienta sacó de entre las cenizas de su hogar una piedra preciosa.

—Lo ignoraba.

—Pues aun hay otra cenicienta mas notable.

—¿Quién?

—Catalina de Rusia.

—¡Cáspita!

—Catalina huyó de su casa á consecuencia de malos tratamientos y de penosas tareas domésticas. Esta desventura fué orígen de otras mil, hasta el estremo de obligarla á ser cantinera de ejército: en el ejército moscovita fué amada por Pedro el Grande, y desde la cantina del campamento se elevó á las gradas del trono imperial.

Casi me arrepiento de haber citado esta anécdota, porque pudiera suceder que *levantase de cascos* á alguna de mis lectoras cenicientas (si tengo algunas).

F. Moreno Godino.

LA SEÑORA DE PRONTO

¡La fortuna! ¿Acaso sabe nadie dónde está, qué es de ella, cómo se solicita su apoyo ni en qué casos y con qué condiciones concede sus favores? ¡Qué se ha de saber!

Se tienen noticias de su existencia porque los mitólogos la pintan siempre risueña, siempre agraciada y siempre acompañada de su famosa rueda.

Se sabe que vive y que se ocupa de las gentes porque algunas personas encuentran en ella apoyo.

Pero en cuanto á saber el cómo, el cuándo y el dónde se la solicita, no se tiene ni la mas remota noticia.

Las gentes la persiguen, eso sí, y ahí están como pruebas patentes las loterías oficiales, las particulares, las casas de juego, las bolsas... ; pero perseguir la fortuna es como querer detener el rayo: trabajo inútil.

Porque es veleidosa como la misma veleidad, insensata como un niño, caprichosa como una mujer, y ridícula y estravagante como un poeta romántico.

Como es dueña de haciendas (sin que esto quiera decir que no lo sea tambien de vidas), tan pronto eleva y entroniza á un tonto, como hunde en la miseria y las privaciones á un discreto.

De un zote, que nadie sabria sacar partido, hace ella con suma facilidad un banquero ó un ministro, un amante ó un héroe.

Así es que con su formalidad no se puede atar un ochavo de cominos, como dicen las gentes.

*
* *

Pues bien; en uno de estos caprichosos vaivenes hace la fortuna á la *señora de pronto*. ¿Cómo? ¿Por qué medios? De cualquier modo, valiéndose de los medios mas raros y estraordinarios, siempre que vayan acompañados de la sorpresa y la impremeditacion.

A veces es la lotería el arma de que se vale la fortuna, y un menestral cualquiera que invirtió un duro en un décimo ve multiplicado con esceso el capital arriesgado.

Otras veces el empleado de corto sueldo, que pone su actividad al servicio de un partido político, se ve de sopeton convertido en director de un ramo el dia en que triunfa su idea. Una vez director, ¿quién no llega á ministro? Y una vez ministro, ¿quién deja marchar la ocasion de ser rico para toda su vida?

Y como la señora de pronto no ha de ser precisamente fea, sino que, por el contrario, puede muy bien ser bonita, vea V. que estaba de doncella en una casa; que en esa casa habia un señorito que la perseguia; que ese señorito logró no sé qué favores, y que cuando esos favores tuvieron en ella una manifestacion determinada, hubo que remendar el honor de la chica con un matrimonio, que él aceptó gustoso, entre otras cosas, porque antes que nada es un caballero.

¡El amor! Pues si el amor es uno de los medios de que la fortuna ha echado mano con mas frecuencia para hacer señoras de pronto.

¿No se dice de él que iguala todas las fortunas? ¿No eleva á los humildes? ¿No humilla á los orgullosos? ¡Ah! sí señor, todo eso hace.

Así es que, si un hombre con dinero sobrado, con un

poco de despreocupacion y con otro poco de sensualismo y buen gusto, ve una mujer bonita, ¿quieren Vds. que se pare á razonar acerca de la diferencia de clases, y que esa misma diferencia sea un obstáculo para el logro de sus deseos?

No señor, nunca, y está muy bien hecho.

Así es que una señora se hace de cualquier mujer; pero... ha de ser mujer, eso sí; no puede prescindirse de esta circunstancia.

¿Fué corsetera, fué doncella de labor, fué simplemente hija de un menestral? No importa.

Por el contrario, cuanto mas de pronto sube á señora, mas escaleras ha tenido que recorrer, mas ínfima es la clase de donde procede.

*
* *

Así es que, lo primero que hace en cuanto se encuentra señora, es asombrarse, como se asombraria cualquiera, al ver convertido en realidad uno de los cuentos de Scherazada.

¿Con que es cierto que ella tendrá un abono en el teatro? ¿Con que es cierto que recibirá en sus salones á la gente mas escogida de las aristocracias de todo género? ¿Con que es cierto que no tendrá ya que pensar en levantarse temprano para ganarse el sustento? ¿Con que no cabe duda de que ella dejará de ser Juana Fernandez ó Pepa García, para ser *la* de Montellano ó *la* de Picoverde?

¿Y es verdad que aquel *agur* se verá sustituido por el «A »los piés de V.?» Y diga V.: ¿Con que tendrá modistas? ¿Y coches? ¿Y joyeros?

¡Oh! ¿Quién no pierde el juicio?

¿Quién? Ella.

Mire V. qué pronto se repone; mire V. qué pronto escudriña la nueva sociedad á que ha sido lanzada; mire V. qué pronto siente la necesidad de igualar en maneras, apostura, lenguaje, á las mujeres con que por causa de su nuevo estado se ve obligada á tratar.

¡Y qué difícil es esto! No, no creia ella que era tan difícil

hacerse la señora; y es que, ¡como antes pasaba por señora entre mujeres de menos disposicion que ella! ¡Como antes el cuello de *fichú* ó los guantes de cabritilla la diferenciaban de las demás!

Pero ¿hoy? ¿comparada con la de Guevara, que es tan elegante? ¿con la de Alburquerque, que es tan aristocrática? Calle V., ¡si pasa unos apuros!

*
* *

Así es que hace unos esfuerzos estraordinarios, sí señor, de todo punto estraordinarios.

Calcule V. que dice que su diversion favorita es la ópera, siendo así que no es verdad, porque á ella lo que le gusta son los bufos.

¡Aquel Arderíus, padre de la gracia! ¡Aquella jóven que hacia el papel de Carolina en *El Potosí submarino,* y que era tan desenvuelta, tan graciosa, con unas piernas y un talle...!

Mire V. que tener que dar una opinion acerca de Verdi, tener que decidirse entre Mozart ó Rossini, es para ella cosa grave y fastidiosa y comprometida. ¿No es verdad?

Porque es situacion crítica la de la señora de pronto cuando recibe un ataque de un pollo que la dice: «Pues, hija, »¿qué quiere V. que le diga? la aficion de V. á Verdi de»muestra poco gusto musical.»

Así es que ella ha adoptado ya una frase para cuando se habla de música, y la suelta siempre. «Vds. serán de la opi»nion que quieran, pero la mia es que, entre los músicos, »Wagner; entre los poetas, Zorrilla, y entre los pintores, »Rembrandt, y no hay quien me saque de aquí.»

En efecto, ¿cómo sacarla de esa opinion, que es la de su marido, cuyo marido la ha tomado de un revistero de periódico, cuyo revistero ha dicho eso por no tener ó no saber otra cosa qué decir?

Y no crea V. que ella no hace grandes esfuerzos por perfeccionar su instruccion.

Tiene profesor de francés; pero ¿quién la hace pronunciar la *u* francesa? ¿Quién la hace variar aquella traduccion que ella castellaniza diciendo: «Calipso no podia se consolar »de la partida de Ulises?»

Tiene profesor de música; pero ¿cómo acostumbrarse á que el movimiento de la mano derecha en el piano sea distinto del que corresponde á la mano izquierda? ¿Cómo digerir el do-mi-sol-do-sol?

Tambien tiene profesor de castellano; pero se le escapa á veces decir *cuala* ó *concencia* sin poderlo remediar, como sin poderlo remediar, cuando quiere afiligranar una conversacion, dice *concépeto* por concepto, y *bondaz* por bondad.

¡Qué apuros, gran Dios, qué apuros!

*
* *

¿Y en las comidas?

Porque ella será todo lo ordinaria que V. quiera, pero el marido no puede prescindir de llevarla á ciertos banquetes donde se comen cosas que ella no sabia ni por lo mas remoto que habria de llegar el momento en que tuviera que comerlas para no pasar plaza de persona de mal tono.

«¡Comer ostras! ¡Mire V. que es mucho disparate comer »ostras, dice ella para sí, cuando en mi pueblo las tiran al »mar por inútiles! ¡Calla! ¿Ahora una chuleta con papel? »¿Cómo se comerá esto? ¡Cielos! ¿Tendré tambien que comer »queso Roquefort con habitantes? ¿Y la empalagosa piña de »América? ¡Ay, ay, ay!...»

Y lo peor no es que tenga que comer de aquello, sino que cuando mas repugnancia le inspira un manjar, mas obligada se vè á decir: «Pues, mire V., este es mi plato favorito.»

Así es que la infeliz pierde el estómago, y sufre cada cólico que se la lleva Pateta.

¡Ella, que tenia por sueño dorado el jamon, tener que considerarle como manjar plebeyo y ordinario! ¡Verse obligada á comer lo que siempre le causó náuseas!

¡Oh! le digo á V. que el ser señora, y señora de repente,

de sopeton, es cosa para la cual se necesita un estómago á prueba de bomba.

*
* *

Al fin en los vestidos ya es otra cosa.

Si la cuestion está en tener modistas buenas, en comprar telas caras y en estrenar un vestido al mes, dificultades son estas que la señora de pronto vence con facilidad.

¿Qué modista tiene el apellido mas atravesado? ¿Qué tela llama mas la atencion hoy dia? Pues esa tela y esa modista se pagan, y ¡Cristo con todos!

Pero es el caso que lo que los franceses llaman *allure* no hay modista ni tela que lo impriman á la señora de pronto.

Así es que ella lleva un magnífico vestido de terciopelo... pero le sienta como ó un Santo Cristo un par de pistolas.

Y se pone dos pulseras en cada brazo, dos collares al cuello, cuatro sortijas en cada mano; pero detrás de aquel escaparate de joyas descubre cualquiera, sin poderlo remediar, el amaneramiento, la rudeza, el embarazo y todo lo que diferencia, en fin, á la señora de pronto de la que nació señora y continúa siéndolo.

Y sino, vamos á ver: por mas periódicos de moda á que esté suscrita, por mas que desee imitar á la señora de X ó á la de Z, ¿puede evitar que su pié no quepa en aquella diminuta bota? ¿Puede impedir que aquel taconcito estrecho y puntiagudo le tuerza el pié veinte veces al dia? ¿Puede reducir aquella mano robusta y desarrollada á las dimensiones de un guante fino y estrecho? ¡Oh! ¡Jamás! ¡Imposible!

Y no le vale el encargar sus vestidos á París, ni el tener el zapatero fuera de España, ni el servirse, en fin, de manufacturas extranjeras, porque esto será buen tono, pero... nada mas.

La verdad es que ella, como poco acostumbrada á esos trotes, no tiene aun formado el gusto.

Por eso recarga sus adornos, por eso se pone joya sobre joya y encaje sobre encaje.

Por eso el peluquero y la peinadora convierten su cabeza en un peinado acróstico, lleno de *crepés* y tirabuzones.

Por eso se pinta ella, trasformando su agraciado rostro en un boceto de pintor principiante.

Por eso llena de odoríficos estractos y esencias sus pañuelos.

Por eso, en fin, hace todo lo que hace, para separarse de la sencillez, la modestia y la naturalidad.

Pero por eso tambien, cuando mas engalanada se cree, cuando mas atractivos cree reunir, es precisamente cuando una señora pregunta en una reunion: «¿De quién me habla »usted? ¿De la de Carvajal? ¿De la señora de pronto?»

*
* *

Sin embargo, donde ella cree ganar batallas (vamos al decir) es con los criados.

Si puede llamar bruto al cochero veinte veces al dia, no desperdicia ni una vez siquiera. Se lo llama. El cochero, acostumbrado ya al trato, resiste ese y otros improperios; ella cree que el cochero ha callado por conviccion, y se considera desde luego mas superior en inteligencia de lo que es en realidad.

Otra vez llama á la cocinera y la reprende porque á un guiso le faltaba tal ó cual aderezo. La cocinera siente herido su amor propio de artista culinario, y responde: «Que ella »siempre lo ha hecho así, y que en las casas principales y en »las mas importantes cocinas no se hace de otro modo.» La señora no quiere dar su brazo á torcer (como vulgarmente decimos), replica á la cocinera «que no sabe su obligacion,» y la cocinera se despide protestando «que la señora podrá en»tender mucho de teatros y reuniones—¡oh, sarcasmo horri»ble!—pero que de cocina no entiende una palabra.»

Tambien suele regatear al ayuda de cámara las bujías, y hay aquello de: «Pues no sé cómo se gastan tantas bujías. »¿Qué demonios hace V. con ellas? ¡A ese paso!...»

Con lo cual, la señora de pronto creerá que cobra impor-

tancia entre sus criados; pero en realidad no es así, porque lo único que consigue es que estos noten la diferencia que hay entre aquella señorita y otras á quienes ellos sirvieron.

O bien que uno averigüe la procedencia, es decir, la posicion anterior de la señora—¡qué no averiguará un criado!—y murmure al despedirse de la casa y diga despues á la portera y los señores de la casa donde nuevamente se coloca:

«Me fuí de allí, porque... bien dice el refran: Ni pidas á »quien pidió, ni sirvas á quien sirvió.»

Con lo cual, ¿cómo queda la reputacion de aristocrática de la señora de pronto? Mal, muy mal.

Y cuando sale á colacion el hablar entre amigas de los criados, y ella dice: «Pues no hay en este mundo cosa peor »que verse entre criados. ¡Oh, si yo pudiese hacerme todas »las cosas!» los que oyen esta frase se sonrien, se burlan, murmuran, y en fin, la ponen en ridículo.

Tal es, pues, la señora de pronto, *por regla general*: afectada, ridícula, pretenciosa.

Cursi en su forma, cursi en su porte, cursi siempre que quiere dar á entender que nació en dorada cuna y que nunca ha pertenecido al vulgo indocto y falto de recursos.

*
* *

Me conviene, sin embargo, establecer una salvedad, para que no crean Vds. que este tipo es exclusivamente hijo de la moderna sociedad.

La señora de pronto de hoy, con su afectacion, su ridiculez y sus pretensiones, no es, ni con mucho, aquella señora de pronto de antes.

Esta debe su encumbramiento á un enlace, á una herencia, á un premio gordo, y al fin, despues de todo podrá tener sus rasgos de rudeza, pero no perjudica con ello á las demás.

¿Y qué me dicen Vds. de aquella plebeya antígua, cuyo marido, por haber demostrado arrojo en una batalla, se veia colmado de bienes por un rey; se encontraba de la noche á la

mañana dueña de villas y de tierras, y cargada de atributos señoriales?

Hoy la señora de pronto llamará *papá* y *mamá* á los infelices labriegos á quienes ayer llamaba padre y madre.

Pero ayer la señora de pronto llamaba esclavos y villanos á sus amigos y compañeros de la víspera.

Hoy la señora de pronto repartirá limosnas para alcanzar el título de bienhechora á fuerza de donativos, buscando así un homenaje á sus sentimientos.

La señora de pronto de ayer ahorcaba al primer vasallo que se le antojaba para hacerse respetar, y buscaba en el terror una sumision que no inspiraban sus propios méritos.

En fin, ayer, ni la señora de pronto, ni la señora de nacimiento, conocian el abecedario.

Hoy... conozco varias señoras de pronto que saben leer correctamente y con propiedad.

Sirva esta última declaracion de desagravio á las que hayan podido fruncir el ceño al contemplar el retrato que acabo de presentar á Vds.

MANUEL MATOSES.

LA QUE LLEVA PERRO

Quisiera, aunque no fuese mas que por un momento, retroceder á mi edad infantil, tropezar á la vuelta de una esquina con mi tipo, y poderle aplicar materialmente lo que viene á ser el objeto moral de este artículo: una maza ó gallardete de esos que cuelgan á menudo los chicos, y que dan derecho á chicos y grandes para apostrofar al transeunte con el saludo de ordenanza:

—¡Que lo lleva! ¡que lo lleva!

Y eso que, en buen hora lo diga, no nacen estos renglones de la envidia ni del despecho, ni se escriben en ódio á la raza canina, que tantos títulos tiene á la consideracion pública; no: inválido de las guerras amorosas, he esperimentado todos sus azares, todos, escepto el de tener por rival un perro.

Verdad es que yo no lo hubiera consentido nunca: todo lo que habria tolerado á una mujer es una mona, primero por la identidad de sexo, y hasta de inclinaciones, y despues por lo mucho que suele gustar á todas el oirse llamar contínuamente: ¡Mona mia!

Así es que no conozco los combates internos, las humillaciones morales, ni los bocados físicos que se ven obligados

á sufrir en silencio aquellos á quienes depara la fortuna una compañera, ya se llame novia, querida ó esposa, que cuente entre sus debilidades el sentimentalismo perruno.

El culto del perro tiene para la mujer diversas fases, y, segun la edad, diferentes manifestaciones. Para las jóvenes es el culto sencillo y misterioso del hogar, lleno sin duda de goces desconocidos, pero que ni traspasa los límites del decoro ni se opone al desarrollo de otros afectos; para las viejas es la condensacion en un sér animado de todas las ternuras, mimos y galanteos que recibieron acaso en su juventud, y que devuelven como un anticipo forzoso al único que por su inteligencia y su bondad encuentran algo parecido al hombre.

Las jóvenes tratan á su perro como á un esclavo; las viejas como á un dueño. Esta diferencia se advierte hasta en el nombre del animal: mientras la jóven llama al suyo *Lindoro* ó *Cupido*, la vieja lo bautiza siempre *Sultan*, *Turco* ó *Nabucodonosor*.

La diferencia se hace todavía mas visible en los caractéres. El perro de la jóven ladra; el de la vieja muerde: el primero es retozon y goloso; el segundo taciturno y egoista: aquel tiene para su ama la adhesion de la gratitud; este la conciencia del deber. A pesar de todo, á ninguno de ambos se le puede sacar á la calle sin cordon.

Entre las mujeres que llevan perro no incluyo, por supuesto, las grandes señoras á quienes suele acompañar en el carruaje: estas llevan el perro únicamente como un adorno; como llevan á veces una amiga; como llevarian un hijo si lo tuvieran.

El verdadero tipo de la *perrófila* es el de la que sostiene y educa al animal con sus propias manos y con sus propios recursos; la que se priva por él del manjar mas sabroso y del mas dulce sueño; la que le vela y asiste cuando está malo; la que le entierra, ó peor aun, le embalsama cuando muere, y si mas de una vez no le acompaña el sepulcro, es porque la *perrera* solo se usa en los ferro-carriles y en las cuadras.

He visto un ejemplar de esta clase que podria pasar por modelo.

La tierna solicitud del acreedor hácia el deudor; la abnegacion de una fea pobre para cualquiera que la mire con buenos ojos; el interés simple ó compuesto de todos los prestamistas y filántropos de la córte, no son nada al lado del interés, la abnegacion y la tierna solicitud que aquella virginal criatura de cincuenta años desplegaba en obsequio del mas chato, derrengado y gruñon de los perros habidos y por haber.

Canelo se llamaba, si bien este nombre era el menos usual en los labios de su protectora.

Bien mio, *tesoro*, *cielo*: estos y otros epítetos semejantes eran de los que se valia para atraerle á su blando regazo cuando algun devaneo del espíritu ó alguna necesidad de la vil materia le alejaban por un instante del lado suyo. Hasta recuerdo haberla oido exclamar un dia: «¡Terso de mi alma!» dirigiéndose al animalito, y no ciertamente en son de broma, porque entre los dos tenia dividido su cariño, y si la hubieran puesto en el caso de escoger, creo que por llevarme la contraria se habria quedado con los dos.

Nada faltaba á aquel perro para ser el mas feliz de los hombres; digo, de los perros. Tenia cama aparte con mosquitero para el calor; manta escocesa con orejeras y capucha para el frio; collar de plata y de charol para todas las estaciones. Y sin embargo, estaba escrito que la desgracia habia de perseguirle, y que su muerte seria desastrosa y vil como la de un criminal.

¿Cuál pudo ser la causa de esta mudanza? Supongo que ya lo habreis adivinado: una perra.

Canelo no salia jamás de casa solo, pero *Celinda* habitaba en la vecindad, y esto hizo que se cambiaran de ventana á ventana meneos de rabo equivalentes á saludos, y ladridos que acaso significaban juramentos. *Canelo* comenzó á enflaquecer visiblemente, y las caricias de su ama, en vez de halagarle como en otro tiempo, le arrancaban á menudo sordos gruñidos. Por fin, una noche, á la hora de recogerse,

el perro no se presentó: buscáronle por todas partes; en la cocina, en el desvan, en la carbonera: todo fué inútil. *Canelo* habia desaparecido.

En vano salieron en su persecucion las columnas de *La Correspondencia* y el *Diario*; en vano se escitó la codicia de los pobres y la generosidad de los ricos con promesas y súplicas; en vano se vigilaron la calle de la Montera y las avenidas del Rastro, lugares de contratacion perruna: cuatro dias despues del suceso, *Canelo* escuchaba todavía los gritos de angustia de su ama desde la boardilla del vecino, donde pasaba la luna de miel oculto con su adorada perra. Allí probablemente hubieran espirado entrambos de amor y de necesidad, si el portero de la casa, llevado del capricho de robar una estera, no hubiese penetrado por la ventana de la boardilla y hecho salir de ella á escobazos á los dichosos y fugitivos amantes.

No se crea por eso que ninguno de ellos pensó ni por un instante en volver á su casa; la perspectiva de la calle les sedujo, y silenciosos y ligeros se lanzaron hácia la escalera; pero denunciados por los gritos del portero, no tardaron mucho en caer en manos de sus implacables señores. *Celinda* fué indultada por el suyo, que debia mas tarde explotar las consecuencias de su falta; pero el pobre *Canelo*, despues de adivinar por una tremenda paliza la intensidad del cariño y de los celos de su ama, fué arrojado desnudo y hambriento á la via pública, donde al amanecer le hallaron los barrenderos moribundo, poniendo fin á sus tormentos el pisoton de una graciosa y compasiva burra de leche.

Pero el destino se encargó de vengar á *Canelo;* su ama al verse sola, y escarmentada segun decia de perros, trató de probar fortuna con los hombres, viniendo por fin á poder de uno que empezó por molerla los huesos, y acabó por comerle los cuartos.

Entonces fué cuando recordó con pena su conducta para con aquel animalito que no le habia sido infiel mas que una vez en su vida, y entonces tambien fué cuando mandó restaurar un retrato en que se la puede ver aun, sentada en

una silla, teniendo á sus piés al desgraciado perro, el cual lleva en la boca una carta cerrada, en cuyo sobre se lee: *Señora doña Angustias Gil, y Canelo.*

Y no es esto solo: no hace mucho que, escudriñando la pintura, un curioso descubrió en el reverso de ella la siguiente inscripcion:

Mujer, quien quiera que seas,
que este retrato contemples,
date á todos los demonios
antes de darte á *chusqueles.*
Que si es verdad que los hombres
á los perros se parecen,
los unos por lo que ladran,
los otros por lo que muerden,
yo, que *hombre* y *perro* he tenido,
pude á tiempo convencerme
de que un instante de *aquel*
vale mas que un siglo de *este.*

MANUEL DEL PALACIO.

FIN DE LAS ESPAÑOLAS PINTADAS POR LOS ESPAÑOLES.

ÍNDICE

ESCRITORES.	ARTÍCULOS.	Págs.
D. Enrique Perez Escrich.	*La cómica de la legua.* . . .	5
Roberto Robert.	*La tertuliana de café.* . . .	13
E. Rodriguez Solís.	*La bailarina.*	21
A. Sanchez Perez.	*La aficionada.*	29
Francisco Flores y García. . . .	*La pobre vergonzante.* . . .	41
Pablo Nougués.	*La pensionista..*	51
E. de Lustonó.	*La que viene á menos.* . . .	57
Roberto Robert.	*La pitonisa del barrio.* . . .	63
Pedro Avial.	*La bonita... y no mas..* . . .	71
Luis Rivera.	*La actriz de nacimiento.* . .	79
Leoncio Alier..	*La que no quiso casarse..* . .	89
R. Perez Galdós..	*Cuatro mujeres.*	97
Angel del Palacio.	*La modelo.*	107
F. Moreno Godino.	*La vieja verde..*	115
Angel Avilés.	*La curiosa.*	123
Manuel Matoses.	*La conspiradora.*	131
Roberto Robert.	*La que va á caer.*	143
Pablo Nougués.	*La Séneca.*	157
Enrique V. Cárdenas.	*La trapisondista.*	165
Adolfo de Mentaberry.	*La duquesa..*	175
Roberto Robert.	*La que espera en el café.* . .	183
P. Ximenez Crós.	*La que tiene muchos novios.* .	191
A. Sanchez Perez.	*La mogigata.*	201
Francisco Cantarell.	*La amable.*	213
Manuel Matoses.	*Las que se pintan..*	221
Roberto Robert.	*La amiga.*	233
Eusebio Blasco.	*La suripanta.*	243
Pablo Nougués.	*La mujer de empresa.* . . .	249
Cárlos Frontaura.	*La madre de la dama jóven.* .	257
Roberto Robert.	*La Vénus caduca..*	273
Florencio Moreno Godino. . . .	*La cenicienta.*	281
Manuel Matoses.	*La señora de pronto..*	291
Manuel del Palacio.	*La que lleva perro.*	301

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS DE ROBERTO ROBERT

LOS CACHIVACHES DE ANTAÑO

Contiene los siguientes capítulos: *Prólogo.* —*El Diablo.*—*El Santo Oficio.*—*Conjuros y exorcismos.*—*Los Milagros.*—*Los Autos de Fé.*—*Los Papas.*—*Los Templos y sus huéspedes.*—*Conclusion.*—Un tomo en 4.º de 350 páginas, 16 rs.

LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA

Contiene los siguientes capítulos: *Prólogo.*—*Los Judíos.*—*Los Siervos.*—*Los Peregrinos.*—*Los Obispos.*—*Castigos.*—*Las Indulgencias.*—*Conclusion.*—Un tomo en 4.º de 350 páginas, 16 rs.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

Contiene los siguientes capítulos: *Prólogo.*—*El Dinero de la Iglesia.*—*La Honestidad.*—*Los Cruzados.*—*El Pillaje.*—*La Brujería.*—*Los Señores.*—*La Simonía.*—*Conclusion.*—Un tomo en 4.º de 350 páginas, 16 rs.

LA CORTE DE MACARRONINI I

ENTREMÉS MANÁRQUICO

Un folleto en 4.º, 2 rs. en Madrid y 2 $^1/_2$ en provincias.

EL GRAN TIBERIO DEL SIGLO

ENTRE LUCES Y PEDRADAS

Jolgorio celebrado en Madrid con motivo del vigésimoquinto aniversario de Pio IX.

Un folleto en 4.º, 2 rs. en Madrid y 2 $^1/_2$ en provincias.

Los pedidos se harán á esta Administracion, calle del Aguardiente, núm. 6, acompañando el importe de los mismos en libranzas del Giro mútuo ó letras de fácil cobro.

21240

LS.C.
R6425c

Author Robert, Roberto [ed.]

Title Las Españolas pintadas por los Españoles.

Vol.2

NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU